LA CAÍDA DEL CIELO: LIBRO 1

TODOS LOS ÁNGELES DEL INFIERNO

MIRIAM MOSQUERA

Miriam Mosquera

TODOS LOS ÁNGELES DEL INFIERNO

FAERIS

A mamá, mi ángel.
Gracias por hacer que los jazmines
nunca me huelan a tristeza,
sino a amor.

Prólogo

Granada, diez años después de la Caída del Cielo

La Alhambra llevaba siglos reinando sobre Granada, pero cuando llegaron los demonios perdió todo su esplendor. Sus hermosas yeserías estaban ahora cubiertas de telarañas de oscuridad, y sus torres lloraban de pena por una gloria que ya solo pertenecía al pasado.

Su silencio, eterno y perturbador, estaba cargado de tanto dolor que ningún mortal era capaz de soportarlo. Por eso, porque había que estar muy loco para adentrarse entre sus muros, las leyendas contaban que era el mejor lugar para esconder un tesoro que obraba milagros; y tanto Félix como David sabían que encontrarlo podía salvar la vida de su amiga Frasquita. Así que decidieron intentarlo.

Las farolas de aceite eran las únicas luces que iluminaban las sucias calles de la ciudad, pues ni siquiera la luna y las estrellas ocupaban ya su lugar en el cielo. Desde que los ángeles habían perdido la guerra, no había un solo rincón en el mundo de los hijos de Adán en el que no hubiera hambre y miseria, ni uno solo en el que resplandeciera la luz. La taifa de Granada, donde el rey Luzbel había situado su Corte del Infierno, no era una excepción.

—Cuidado —susurró Félix, obligando a su hermano gemelo a esconderse entre las sombras de un callejón.

Una figura encorvada avanzaba en la noche, quejándose en voz baja. Los dos niños se quedaron quietos como estatuas. No podían llamar la atención. No podían arriesgarse a que los demonios los descubrieran.

—Los señores del Infierno son por todos conocidos… —cantaba la figura, que tenía voz de mujer, en un tono casi inaudible—. No repitas sus

nombres si quieres seguir vivo…

Un trueno rompió el cielo y, de repente, el cielo descargó toda su rabia en forma de lluvia. David observó el lento caminar de la anciana mientras la tormenta comenzaba a empaparle la ropa.

—Es solo una loca —murmuró.

A pesar de que aquella mujer parecía una inofensiva anciana, Félix no se fiaba de la oscuridad.

—No sabemos si es *solo* una loca —le respondió a su gemelo en voz baja. Entornó los ojos con desconfianza y, después, se giró para mirarlo—. Esto no es un juego, ¿sabes? Hay que estar muy atento para poder distinguir lo que es real y lo que no. Te dije que te quedaras en casa.

David apretó los labios, convirtiéndolos en una línea muy fina, y le respondió:

—Yo también tengo diez años y soy tan valiente como tú. No iba a quedarme en casa sabiendo que existe una forma de ayudar a Frasquita.

Aunque Dancaire se cuidaba mucho de no decirlo delante de ellos, Félix y David le habían escuchado hablar con los otros adultos: «Con las gracias de los gemelos podremos entrar en la Alhambra. Solo tienen que aprender a controlarlas». No sabían por qué su mentor quería adentrarse en aquel lugar, pero sospechaban que tenía algo que ver con lo que contaban las leyendas. Y estaban a punto de averiguarlo.

—Vale —le dijo Félix, admirando y temiendo a partes iguales la determinación que veía en los ojos verdes de su hermano—. Pero no te confíes.

David quería mucho a Frasquita, quizá incluso más que él, y estaba seguro de que nada iba a detenerlo. Cada vez que la veía toser, luchando con todas sus fuerzas por una nueva bocanada de aire, su corazón se rompía en mil pedazos. El delicado cuerpo de su amiga no aguantaría mucho más aquella enfermedad, y solo un milagro podía hacer que volviera a brillar la vida en su mirada. Por eso, desesperados, habían corrido a buscar el tesoro de los cuentos. Por ella. Por salvarla.

—Vamos —susurró Félix, instando a su hermano a continuar cuando la anciana se marchó y ambos estuvieron seguros de que no había nadie en la calle.

A pesar de la tormenta, la ciudad parecía dormida, recogida entre los brazos de la noche. Sin embargo, los dos hermanos sabían que en el interior de todas y cada una de aquellas casas golpeadas por la guerra y la pobreza había alguien que sufría. Como su amiga Frasquita.

Avanzaron en silencio como dos gatos callejeros, y cuando la Alhambra se alzó ante ellos, los latidos de sus corazones se aceleraron de golpe. La luz de la luna no brillaba en el cielo, pero alrededor de la fortaleza flotaban docenas bolas de fuego que parecían soles en miniatura y teñían sus muros de rojo. Como el dolor. Como los ojos de los siervos de Luzbel. Como los gritos de los asesinados en las plazas. En las paredes de sus torres crecían cientos de iünas, las flores negras del Infierno, y casi parecían arañar la roca, haciéndola sangrar sombras.

El palacio maldito era mucho más grande de lo que imaginaban los dos hermanos, más silencioso, e incluso de lejos hizo que sintieran un escalofrío. Si los descubrían allí, los matarían; pero no pensaban echarse atrás. Al contrario que a los adultos, los abusos de los demonios no les habían quitado aún ni la fe ni la esperanza.

Félix miró a David y, cuando este asintió con decisión, supo que había llegado el momento. Cerró los ojos un segundo y se obligó a tranquilizarse. Sabía que si estaba nervioso no lo conseguiría. Dancaire les repetía una y otra vez que aún no eran lo bastante fuertes, que todavía no podían controlar su poder, pero eso no les iba a impedir intentarlo.

El niño respiró hondo y dejó que su gracia le recorriera las entrañas. Unos intrincados tatuajes dorados comenzaron a acariciarle la piel, y enseguida notó el poder de los ángeles calentándole la sangre. Los dibujos aparecieron en sus brazos, en su pecho, en sus piernas; y, con cada uno de ellos, Félix se sintió más fuerte.

«Los niños nacieron justo cuando los ángeles desaparecieron para siempre», habían escuchado decir a Dancaire. «Ellos son su último milagro».

Cuando Félix volvió a abrir los ojos, David desapareció. No era la primera vez que lo veía hacerlo, aunque siempre le sorprendía ver como el cuerpo de su hermano, que hasta ese momento había sido una palpable réplica del suyo, se volatilizaba. Era así como habían hecho el viaje desde la

taifa de Córdoba hasta la de Granada en una sola noche: transportándose y volviéndose invisibles cuando lo necesitaban, haciendo uso de sus gracias. Era así como habían planeado colarse en la Alhambra.

—Dame la mano —le dijo Félix al vacío. Alargó el brazo y, aunque a su lado no parecía haber nadie, los cálidos dedos de su hermano se entrelazaron con los suyos, compartiendo así su poder. Cuando su cuerpo se volvió traslúcido como el de su gemelo, no sintió nada—. ¿Estás preparado?

—Siempre —le respondió David.

Félix volvió a cerrar los ojos y, usando toda la energía que había en su interior, llevó su cuerpo y el de su hermano hasta el interior de la Alhambra. Estaba nervioso porque, aun invisibles, no estaba seguro de poder conseguirlo. Sin embargo, al poco sus pies tocaron de nuevo el suelo. El vértigo desapareció y ambos suspiraron aliviados.

—¿Oyes algo? —le preguntó a su gemelo en un susurro. No se atrevió a soltarle la mano porque, si lo hacía, volvería a ser corpóreo—. Parece que no hay… nadie.

—Nada —musitó David. Estaba tan nervioso que, sin pretenderlo, perdió el control de su poder y volvieron a hacerse visibles—. No oigo nada.

Félix soltó la mano de su hermano y desenvainó el cuchillo que escondía en el cinturón. Después, comenzó a atravesar las lujosas estancias del palacio. David lo imitó.

El interior del palacio maldito estaba desierto, vacío, abandonado. Solo la lluvia rompía el inmaculado silencio, pues ni los soles de fuego que flotaban por los pasillos hacían ruido al arder. Las yeserías que decoraban las paredes, cuyas formas sinuosas les recordaban a sus tatuajes de oro, parecían susurrar a su paso, suplicándoles que tuvieran cuidado. «No deberíais estar aquí», les decían en silencio.

Más que aire, en aquel momento respiraban frío, el cual se colaba en sus pulmones y les mordía los huesos, haciéndoles tiritar. Ambos podían sentir a los fantasmas del pasado rozándoles la piel, llorando, instándolos a salir corriendo. Por un momento, Félix estuvo a punto de hacerles caso. ¿Y si la quietud inhumana de aquel lugar no era más que una trampa? ¿Dónde

estaba el famoso tesoro? ¿Y si todas las leyendas no eran más que eso y habían hecho aquel viaje para nada?

—Vamos por aquí —le susurró Félix a su gemelo, apretando con más fuerza el cuchillo.

David asintió, pero a los pocos pasos tuvo que detenerse. De repente, la oscuridad parecía hablarle. Una palabra. Un murmullo lejano de ultratumba. Una voz hecha de dolor que le provocó un escalofrío.

«Daaaviiid…».

Félix atravesó las sombras y, tras abandonar una sala en cuyos techos de madera brillaban cientos de estrellas de oro, salió a un enorme patio rectangular lleno de columnas de mármol.

Y entonces se detuvo de golpe.

Lo primero que vio fue el cadáver de un hombre encandenado a una de las columnas. La lluvia golpeaba con fuerza su piel pálida, mortalmente blanquecina. El estómago de Félix se encogió de miedo y asco. Aunque no era el primer muerto que veía, el cuerpo de aquel hombre estaba en un avanzado estado de descomposición, con las cuencas de los ojos vacías, la piel reseca y los huesos del rostro muy marcados. El niño tragó saliva, intentando luchar contra las ganas de vomitar, pero cuando levantó la vista para seguir avanzando, todo empeoró.

Había muchas columnas en aquel espacio abierto, y en todas y cada una de ellas había un cadáver encandenado; hombres, mujeres y niños cuyos cuerpos putrefactos hacían que, a pesar del frescor de la lluvia, el aire fuera irrespirable.

«Daaaviiid…».

Félix quería salir corriendo, pero no podía hacerlo; no cuando habían llegado tan lejos, no cuando Frasquita se estaba muriendo. Se tapó la nariz con una mano y, con las piernas temblando, avanzó bajo la lluvia hasta llegar a la fuente de mármol que reinaba en el centro del patio.

Doce surtidores en forma de león sostenían una pila de gran tamaño llena de un líquido espeso y oscuro que solo podía ser sangre. Brotaba de la boca de los leones convertida en hilos de oscuridad, y el niño no pudo evitar preguntarse si esta pertenecería a todos esos cuerpos que convertían aquel lugar en un cementerio.

—Félix, vámonos —murmuró David, acercándose a su gemelo. Por primera vez en toda la noche, parecía mucho más pequeño de lo que en realidad era—. Por favor.

Félix, sin embargo, no le respondió. Se había quedado mirando la sangre de la fuente, como hipnotizado, porque se había dado cuenta de que la superficie del líquido rojo permanecía lisa, como si las gotas de lluvia no pudieran alcanzarla.

Alzó la cabeza para mirar los soles en miniatura que flotaban sobre sus cabezas, y entonces entendió de golpe por qué la lluvia no apagaba su fuego: porque lo que estaban viendo no era real, sino una ilusión provocada por Tzadi. El Arlequín.

«Tzadi es como un hechicero,
y con su magia hace realidad tus más profundos miedos».

Félix giró sobre sí mismo justo cuando las sombras de la noche tomaron forma. Se convirtieron en seis demonios encapuchados que tardaron solo un segundo en rodearlos; dos frente a ellos, dos a los lados, dos detrás.

David gritó y Félix se apresuró a cogerle la mano. De pronto olvidó todas las advertencias que le habían hecho tanto Dancaire como sus padres y, desesperado, llamó a su poder. Sin embargo, se había puesto tan nervioso que solo fue capaz de transportarse dos centímetros hacia la izquierda. Ni siquiera el brillo dorado de sus tatuajes pudo permanecer en su piel.

—Menuda sorpresa —dijo uno de los demonios a su espalda, con una voz grave y profunda como un abismo, al darse cuenta de lo que había intentado hacer.

El que tenían a la derecha chasqueó los dedos y tanto la lluvia como los cadáveres que hasta hacía un momento llenaban el patio desaparecieron. El lugar se quedó vacío, seco, el silencio roto únicamente por la sangre que manaba de la fuente.

—¿Por qué estáis aquí? —les preguntó uno de los demonios que estaba frente a ellos. Su voz era como el fuego: áspera e hipnótica, letal y peligrosa.

Félix apretó los dientes y alzó la cabeza para mirar al demonio, pero enseguida se arrepintió de haberlo hecho. La capucha de tela le cubría medio rostro, aunque dejaba ver su ojo izquierdo, rojo y brillante como si en su interior ardieran las llamas del Infierno. El derecho, parecía oculto tras un parche. El valor que Félix había creído tener hasta ese momento se esfumó de golpe porque sabía perfectamente quién era: Yud, el Escamillo.

«Yud no tiene poder,
dicen que se lo quitó Luzbel».

El corazón de Félix comenzó a latir a toda velocidad. Desesperado, intentó transportarse otra vez, pero de nuevo solo consiguió desplazarse unos pasos.

—Dejad que mi hermano se marche —suplicó el niño—. Por favor. La idea de venir ha sido mía. ¡Él no tiene una gracia!

El Escamillo entornó su ojo visible y, tras unos segundos de silencio, miró al resto de demonios. Félix y David no se atrevieron a hacer lo mismo. Los seis señores del Infierno los rodeaban; el más peligroso de todos estaba frente a ellos.

Y le estaban mintiendo.

—¿Qué dices, Yud? —preguntó uno de los demonios que tenían detrás —. ¿Dejamos que el inútil se vaya?

El Escamillo se quitó la capucha y la luz de los soles flotantes iluminó por fin su rostro completo. Aunque sus rasgos eran humanos, hermosos como si hubieran sido esculpidos en mármol, Félix y David temblaron cuando vieron que unos tatuajes negros se deslizaban por la piel pálida de su cuello, trepando como salvajes enredaderas hasta el mentón.

—¿Por qué estáis aquí? —repitió Yud, esta vez separando cada palabra con un silencio—. Si nos dais una respuesta satisfactoria, quizá tengamos clemencia.

—No queríamos molestar —dijo David llorando—. Solo estábamos jugando.

—No pensábamos tocar nada —añadió Félix.

Yud ladeó la cabeza, observándolos con atención. Dio un paso hacia Félix. El mundo entero dejó de girar para David en ese preciso instante. El miedo que le invadió el cuerpo al ver a su hermano en peligro lo paralizó. De repente se sintió muy pequeño frente a seis gigantes Goliats, como un insecto que ve cernirse sobre sí el pico de un pájaro hambriento.

—Solo escucho tonterías saliendo de vuestra boca —les dijo el demonio con su voz de fuego—. Os he preguntado *por qué* estáis aquí y estoy empezando a perder la paciencia.

—El tesoro —murmuró David, aterrado, incapaz de mirarlo a la cara—. Estábamos buscando el tesoro.

—El tesoro —repitió el Escamillo. Miró al demonio encapuchado que tenía a su izquierda y le hizo un gesto con la cabeza—. Shin, ¿qué opinas?

«Shin es el rey de las tormentas,
que tenga cuidado quien mienta».

—Dice la verdad —le respondió este, sin moverse del sitio, con una voz grave y gutural—. Pero no *toda* la verdad.

David, asustado, decidió seguir buscando la compasión del monstruo. No quería que los llevaran a la Plaza. No quería que los mataran.

—¡Solo queríamos salvar a nuestra amiga Frasquita! —exclamó. Los ojos se le llenaron de lágrimas y empezaron a temblarle las manos—. ¡Está muy enferma!

Yud entornó los ojos y estudió con atención a los niños. Los tatuajes le acariciaban la piel del cuello como tentáculos hechos de oscuridad; un negro intenso sobre el blanco más puro.

—Así que habéis venido hasta aquí por amor —les dijo el demonio, casi acusándolos de cometer un crimen.

David asintió con efusividad, creyendo que la nobleza del sentimiento los salvaría; pero Félix, mucho más desconfiado, supo enseguida que el Escamillo les estaba tendiendo una trampa. Y no podían hacer nada para escapar de ella.

—¿Amor? —preguntó Tzadi, situado a su izquierda, mientras se quitaba la capucha y daba un paso al frente. Tenía la belleza delicada de los ángeles

caídos, con un aro de plata decorándole la aleta derecha de la nariz y unos tatuajes en forma de máscara arremolinándose alrededor de los ojos—. El amor es una aberración propia de los ángeles.

Escupió en el suelo tras decir la palabra *ángeles* y Félix sintió un escalofrío recorriéndole la espalda. Le habían visto usar su gracia y, tal y como le habían advertido tantas veces, iban a matarlo. Los demonios jamás perdonaban a los ángeles. Los demonios *no toleraban* la existencia de los ángeles.

—Por favor —rogó Félix—. No nos llevéis a la Plaza. Por favor.

—No volveremos a entrar aquí —añadió su hermano—. ¡Lo juro!

Yud guardó silencio y, durante un segundo, durante un fugaz y esperanzador segundo, los hermanos pensaron que los matadores iban a dejarlos marchar. Algo en el gesto del Escamillo, un destello en su ojo visible, les hizo creer que aquellas criaturas infernales también tenían sentimientos, que sabían lo que era la piedad.

Pero se equivocaban.

—Por favor —gimoteó de nuevo David—. No nos llevéis a la Pla…

—No os vamos a llevar a la Plaza —le cortó Yud—, pero tenemos que extirpar ese *amor* que tenéis dentro para impedir que sigáis dando problemas.

—¡No! —gritó Félix.

Yud lo empujó con desprecio y, cuando Shin lo sujetó por los hombros, le arrancó el corazón del pecho. Los lamentos desesperados de Félix llenaron todos y cada uno de los oscuros rincones de la Alhambra, cuyas antiquísimas paredes parecieron gritar con él.

—Esto es lo que les pasa a aquellos que traicionan las leyes de Luzbel —dijo el Escamillo, con rabia, tirando el corazón al suelo.

David boqueó con los ojos muy abiertos y, a los pocos segundos, se desplomó a los pies del matador. Solo cuando se aseguró de que David estaba muerto, Yud se giró para mirar a Félix, aún sujeto por los fuertes brazos de Shin.

—¿Desde cuándo tenéis esas gracias? —le preguntó Yud.

Félix, con la cara empapada en lágrimas, tembló. Estaba tan pálido que su rostro parecía el de un fantasma.

—Desde siempre. Na… nacimos así.

La respuesta no pareció complacer al Escamillo, porque frunció el ceño y se giró hacia Shin.

—Dice la verdad —sentenció este.

Yud asintió y volvió a mirar al niño.

—¿De dónde venís?

—Por favor…

—¿De dónde?

Félix sabía que, si mentía, los matadores lo sabrían. Sin embargo, no podía decirles la verdad. No podía llevarlos hasta Dancaire y Frasquita.

—De una de las taifas del mar —dijo, sin pensarlo—. De la de Huelva.

—Mentira —exclamó Shin al instante, como si pudiera oler el engaño de Félix—. Vienen de la de Córdoba.

El niño tragó saliva y, cuando Yud le fulminó con la mirada, sintió que el suelo bajo sus pies desaparecía.

—¿Quién os ha dicho que aquí hay un *tesoro*? —inquirió el demonio.

—Nadie.

—Miente otra vez —murmuró Shin con su voz gutural.

—¡Es una leyenda! —exclamó Félix, desesperado—. ¡Un cuento! Por favor…

—¡Ah, un cuento! —le interrumpió el Arlequín—. Me encantan esas estúpidas historias que inventáis los hijos de Adán.

—Cállate, Tzadi —gruñó Yud—. ¿Qué clase de cuento?

Félix contuvo el aliento, asustado. Los miembros de la Corte del Infierno vivían en el palacio de Dar al-Horra, en Granada, y solo salían en contadas y raras ocasiones. No sabían lo que ocurría en las calles, lo que la gente decía de ellos. Ni siquiera los caciques, jefes de las taifas, solían ser dignos de su trato. Para los demonios, los hijos de Adán eran seres inferiores, meros siervos, y en diez años no se habían molestado en acercarse a ellos ni para hacerles daño.

Félix sabía que cuanto más les contara, más tiempo permanecería con vida. Así que comenzó a hablar.

—Desde hace años se… se rumorea que aquí hay un tesoro tan valioso que merece la pena estar maldito el resto de tu vida por encontrarlo —les

dijo, aún temblando—. Se rumorea que la Alhambra es… es una fortaleza que esconde una riqueza sin igual, y que los señores del Infierno se encargan de custodiarla. Que solo alguien con un poder similar al suyo podría entrar y salir con vida. El… el Tesoro de los Ángeles, lo llaman.

Félix pensaba que los matadores se burlarían de él, pero sus palabras cayeron como una losa entre los demonios. Todos ellos se pusieron muy tensos y, durante unos instantes, el único sonido que se escuchó fue el de la sangre que escupían los leones de la fuente. Félix pensó que sus palabras habían asustado a los soldados del Averno, pero lo que habían hecho era enfurecerlos.

Antes de que pudiera decir nada más, Yud apretó la mandíbula y, con mucha rabia, arrancó el corazón del niño, provocándole un dolor tan intenso como liberador. Al contrario que el de su hermano, el cuerpo de Félix tardó unos segundos en darse cuenta de que su pecho estaba vacío, de que ya no había un motor que bombeara su sangre. Cuando Shin lo soltó, su corazón aún latía en la mano del Escamillo, aferrándose inútilmente a la vida.

—Tenía las marcas de los ángeles en la piel —gruñó Tzadi, con un visible desagrado—. ¡Tenía las marcas de los malditos ángeles!

Yud estrujó el corazón de Félix y después apretó los dientes. Había visto las marcas; claro que las había visto. El Tesoro de los Ángeles. Luzbel les había dado unas órdenes muy claras y tenían que cumplirlas. Yud, por encima de todos los demás, tenía que hacerlo.

—Estos niños fueron bendecidos con gracias —explicó—. Conociendo a los ángeles, estoy seguro de que hay más. Muchos más.

—Tenemos que encontrarlos —dijo uno de los demonios que, hasta el momento, había permanecido en silencio. Su voz sonó lejana, como si viniera de todas partes y de ninguna a la vez.

—Sí, Vav —le respondió Yud, bajando la vista para mirar la sangre que le mojaba las manos—. Tenemos que encontrarlos y acabar con ellos.

—¿Crees que…?

Yud alzó la mano y, como si no quisiera que las paredes del palacio maldito los escucharan, le indicó que guardara silencio. Sabía qué era lo que iba a preguntarle, y tenía la respuesta preparada.

—No podemos permitir que los mortales descubran lo que hay en la Alhambra.

Los seis señores del Infierno guardaron un tenso silencio. Ninguno se atrevía a decirlo en voz alta, pero todos ellos sabían que si los humanos descubrían lo que estaban escondiendo en aquel palacio, el reinado de Luzbel podría acabar para siempre.

—Vamos a ir a por a todos esos hijos de los ángeles —sentenció Yud—. Empezaremos a buscarlos en el lugar del que han salido estos dos: la taifa de Córdoba.

Y con esas palabras, sellaron el destino del mundo.

Expulsión 2:7-8

7. Luzbel, en el huerto celestial estuviste, de toda piedra preciosa era tu vestidura:
zafiro, esmeralda y oro; los primores de tamboriles y flautas
estuvieron preparados para ti en el día de tu creación.
Perfecto eras en todos tus caminos desde el día que fuiste creado,
y perfecto fuiste incluso cuando te acusaron de maldad.

8. El Traidor castigó a los ángeles que se rebelaron,
arrojándolos al Infierno y entregándolos a prisiones de oscuridad,
pero estos no pronunciaron jamás juicio de maldición,
ni dejaron atrás el camino recto.

«La Expulsión de Luzbel» según las Escrituras de la Iglesia de los Renegados

1

Sevilla, veinte años después de la Caída del Cielo

Antes de la Caída del Cielo, cuando los demonios no gobernaban la Tierra, las plazas de tortura se llamaban plazas de toros. A pesar de que la llegada de las huestes de Luzbel lo había cambiado todo, seguían siendo recintos majestuosos, inmensos anfiteatros de sangre y albero, el ejemplo perfecto de lo bien que casaban la belleza y la muerte.

Solo en aquellos lugares, lo que para unos era una fiesta para otros era un martirio. La forma de vivirlo dependía de la posición que ocuparas en la sociedad; para los poderosos, los castigos en las plazas eran toda una celebración; para los que teníamos que luchar a diario contra el hambre, los gritos del público sediento de sangre eran aterradores. Como yo estaba en lo más bajo de la sociedad, la única forma que tenía de acceder a la Plaza era como condenada. O camuflándome entre las sombras.

Si en nuestro mundo siguiera brillando la luna, estaba segura de que esa noche estaría llena, tiñéndolo todo de plata. Sin embargo, como todo lo que era bello y radiante, el astro nocturno había desaparecido tras el exterminio de los ángeles. De día, el cielo estaba cubierto por un velo, como si estuviera de luto, y su azul había sido sustituido por un gris opaco que siempre auguraba tormenta. De noche, la oscuridad más aterradora se tragaba cualquier resquicio de luz.

Por eso, la Plaza de Sevilla estaba iluminada con bolas de fuego. No era un fuego normal, sino uno que brillaba incandescente como traído del mismísimo Averno; redondo, hermoso, atrayente; antorchas que flotaban por encima de nuestras cabezas como pequeños soles, creando un bello

espectáculo de luces y sombras que solo podía ser obra de un señor del Infierno.

—Los matadores están aquí —susurré, mirando las brillantes bolas de fuego—. Perfecto.

Comencé a caminar por los tejados que cubrían las gradas superiores de la Plaza, sostenidos por una sucesión de arcos que arropaban la parte más alta de los tendidos, sin acercarme a las zonas donde había más luz. Si alguien alzaba la vista, se daría cuenta de que había una figura que se movía con el sigilo de un ladrón. Sin embargo, como todos los allí presentes estaban ansiosos por ver lo que iba a ocurrir en el ruedo, y no sobre sus cabezas, dudaba que alguien lo hiciera. Los poderosos se creían tan intocables que ni teniéndonos delante de sus narices eran capaces de vernos. Para ellos éramos invisibles, y eso nos daba poder.

Corrí durante unos segundos y después me agaché y esperé. Mientras, oía los murmullos del público. El corazón me latía a toda velocidad, pero no era por el miedo, sino por la rabia. Podía notar la ira palpitándome bajo la piel, quemándome las entrañas. Iba vestida como un muchacho y llevaba sujetas al cinturón las dos dagas kinjaras que me había regalado Dancaire. Sus filos eran de oro y sus empuñaduras parecían hechas de azulejos, con figuras de colores que se entrelazaban formando estrellas de ocho puntas. Azul, amarillo, blanco, verde y rojo; aquellas armas destinadas a matar estaban ornamentadas con la misma elegancia que el más fino de los alicatados, con el mismo gusto con el que habían decorado sus palacios los reyes del pasado.

Aunque eran muy ligeras, perfectas para ser lanzadas, usarlas en aquel momento habría sido una locura. En nuestro mundo, morir no solo significaba el final de la vida, sino también que, al no existir ya el Cielo, nuestras almas iban directas al Infierno. Como aún no estaba preparada para pasar allí la eternidad, me limité a observar.

En las gradas que no cubrían los tejados estaban sentados los humanos que, tras la Caída del Cielo, habían ocupado los mejores puestos de la sociedad. Los delatores, los que habían colaborado con los demonios. Encajes, sedas, satenes, terciopelos y joyas, sus ricas vestimentas solo mostraban una parte muy pequeña de toda su riqueza, un resquicio de los

lujos a los que los menos afortunados no teníamos acceso. Entre ellos estaban los caciques, dueños y señores de las taifas, sus soldados y familias. Las mujeres llevaban una peineta de gran tamaño en la cabeza y, sobre ella, una fina mantilla de blonda negra que les llegaba hasta los codos, lo que las convertía en blancos muy fáciles de atacar.

Casi sin darme cuenta, mis ojos se posaron en el perfil de un hombre moreno de mediana edad, vestido con una levita negra, barba bien recortada y el porte de un noble. No tuve que esperar a que girara la cabeza para reconocerlo: era Antonio de Oria y Velasco, duque de Punta Umbría y cacique de Sevilla.

—¿Qué te pasa? —le preguntó a su joven esposa, Julia, que estaba sentada a su lado. Desde donde estaba no podía escucharlo, pero cuando te dedicas a robar desde niña aprendes muy rápido a leer los labios—. ¿Estás asustada?

Julia giró la cabeza hacia él y se encogió de hombros. Las bolas de fuego que flotaban en el aire hicieron destellar el bonito collar de esmeraldas que llevaba en torno al cuello. Mi mente de ladrona solo pudo pensar en la forma de robárselo sin que se diera cuenta.

Antonio se inclinó para depositar un beso en los labios de su esposa y yo arrugué la nariz. ¿Qué pensaría Julia si supiera lo que su marido hacía con mi prima Candela cuando caía la noche? Supuse que se escandalizaría, y no porque estuviera enamorada de él, sino porque la estaba engañando con alguien inferior, con una simple cigarrera de la Fábrica. Eso jamás podría perdonárselo.

—No tengas miedo —le dijo Antonio, mirándola a los ojos—. Esto nos beneficia, querida. No lo olvides.

Me tragué las ganas de lanzarle una daga y continué examinando la Plaza con la mirada. Justo frente a mí, al otro lado del ruedo, estaban los palcos, las gradas reservadas para los demonios. La mayoría eran soldados —el famoso regimiento de dragones de Luzbel—, todos con unos rostros aterradores y perfectos, los ojos rojos como la sangre y la piel llena de tatuajes. En Sevilla no estábamos acostumbrados a verlos, pero Dancaire nos había explicado cientos de veces que las vetas negras de sus cuerpos eran un símbolo de estatus.

—Si solo tienen tatuajes en las manos son simples soldados rasos —nos decía—, y lo único que pueden hacer es transportarse con la oscuridad. Si los tienen incluso en la cara significa que son señores del Infierno. Y su posición va acorde con su poder.

—¿Y qué significa ser un señor del Infierno? —le preguntaba una curiosa Carmen de diez años—. ¿Es como ser un príncipe?

—Algo así —nos explicaba él—. Se los llama de muchas formas: señores, príncipes, caídos, matadores… Pero, al final, es lo mismo. Ellos fueron los primeros ángeles que apoyaron a Luzbel en su rebelión contra la jerarquía del Cielo. Cuando esta salió mal y el Creador encerró a los rebeldes en el Infierno, arrancándoles las alas y convirtiéndolos en demonios, Luzbel los hizo señores en su Corte. A mayor posición, más poder, más tatuajes y, sobre todo, más maldad.

Entorné los ojos y, apretando los puños con fuerza, alcé la vista para observar el Palco Real. Allí, tras la elegante balaustrada blanca, estaba sentado Luzbel, el rey del Infierno. Llevaba días escuchando los rumores en las calles, en la Fábrica, en la taberna; pero no había querido creerlos. Hasta ese momento.

Nunca había visto el rostro de Luzbel, pues el rey de los demonios había pasado de no salir nunca de la taifa de Granada a estar una década encerrado en la de Córdoba. No me sorprendió descubrir que parecía tan humano como el resto de demonios. Vestido con una capa de plumas negras, tenía el pelo revuelto y tan rubio que casi parecía blanco. Su rostro fino y de ángulos marcados estaba plagado de tatuajes, tantos que casi cubrían por completo la palidez de su piel. Sobre la cabeza, llevaba una brillante y fina corona negra que simulaba los largos y enredados cuernos de un carnero.

—Encantada de conoceros, majestad —susurré, como si pudiera escucharme, impregnando mis palabras con hiel—. Llevo mucho tiempo esperándoos.

A su alrededor estaban sentados cinco de los seis señores del Infierno. Todos ellos iban vestidos con trajes de negro y plata y conversaban entre ellos, probablemente sobre lo divertida que iba a ser la brutalidad que

estaban a punto de presenciar. ¿De qué podían hablar si no unas criaturas hechas de la más pura perversión?

Como tampoco había visto nunca a los matadores, los observé a todos con curiosidad. Los cinco tenían una belleza intimidante y sobrehumana, un poder inigualable. Al contrario que los dragones, que solo podían transportarse de un lado a otro, los señores del Infierno también podían provocar dolor, modificar la realidad a su antojo, poseer cuerpos. Sus nombres se repetían una y otra vez en las canciones populares y los cánticos de la Iglesia. Tzadi, Nuun, Vav, Resh y Shin. No sabía quién era cada cual, pero sí que faltaba uno, el que tenía un parche cubriéndole el ojo derecho: Yud, el Escamillo; el señor del Infierno por el que me había arriesgado a ir hasta allí.

—¿Dónde estás? —le pregunté al aire, buscándolo.

De repente, el público guardó silencio y todos mis sentidos se pusieron alerta. El ambiente cambió, cubriéndose con un manto de cruel expectación, y supe que el espectáculo estaba a punto de comenzar. Unos dedos invisibles me estrujaron el estómago y apreté los dientes con mucha fuerza. La salida al ruedo del matador era inminente.

—Vamos, Yud —dije, la emoción recorriéndome el cuerpo como una potente descarga eléctrica.

Sin embargo, quien salió a la Plaza desde detrás de la barrera no fue un demonio, sino un hombre: Balthasar, el Apóstata, líder de la Iglesia de los Renegados. Llevaba puesta la túnica roja de los religiosos, lujosa como solo puede serlo una prenda comprada con el diezmo que quienes teníamos menos suerte estábamos obligados a pagar. Nadie sabía cuántos años tenía —podrían haber sido tanto cuarenta como seiscientos—, pero su mirada azul dejaba claro que, en su interior, había algo mucho más antiguo que un alma; algo no del todo humano. Y era aterrador.

—Taifa de Sevilla —exclamó, alzando las manos, con su voz grave y rugosa. Todos en el público, tanto mortales como demonios, se pusieron en pie y agacharon la cabeza en señal de sumisión. Yo fui la única que la mantuvo bien alta—. Esta noche tenemos el honor de contar entre nosotros con la presencia del mismísimo Luzbel, Rey del Cielo y el Infierno, Señor

de la Oscuridad y protector de nuestras almas, aquel que no es traidor. *In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi.*

—*In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi* —repitió la multitud.

Luzbel inclinó la cabeza a modo de saludo, aunque ni él ni sus matadores se movieron de sus asientos. Cerré los puños con tanta fuerza que me clavé las uñas en las palmas. Los odiaba, los odiaba tanto que quería gritar. Si hubiera podido matarlos en aquel mismo momento, lo habría hecho sin dudarlo.

Pero los demonios no podían morir.

—Esta noche —continuó Balthasar tras inclinarse ante el rey—, nuestras almas van a presenciar un espectáculo bello y enriquecedor, un castigo que encarna el verdadero espíritu de la justicia, el único pago que merece la perfidia. Esta noche, el devoto Óliver López será sacrificado en honor de nuestro rey para condenar la depravación de sus actos impuros. El estoque lo empuñará uno de los seis señores del Infierno: Yud, el Escamillo. Gloria a él.

Los latidos de mi corazón se aceleraron de golpe. Llevaba diez años esperando ese momento, queriendo ponerle rostro al nombre que me había destrozado la vida, levantándome cada mañana con la única esperanza de poder encontrarlo algún día. Llevaba diez años preparándome para hacer pagar a Yud por sus pecados.

—¡Gloria para Yud el Escamillo! —gritó alguien desde el público.

—¡Gloria a él! —le respondieron a coro.

Su entusiasmo me revolvía el estómago. Podía entender que los demonios corearan a uno de sus señores del Infierno, pero ¿los humanos? ¿Cómo de privilegiado tenías que ser para sentirte más cerca de las tropas demoníacas que de tus semejantes?

Balthasar abandonó el ruedo para volver a su asiento y, tras unos segundos de incertidumbre y algún que otro murmullo, el Escamillo apareció en mitad de la Plaza. Surgió de la nada en un parpadeo, haciendo que el público rompiera en aplausos. Esta vez, incluso Luzbel y los matadores se levantaron para honrar su presencia, lo que hizo que titilara el fuego de las bolas flotantes que iluminaban la Plaza. Yo, por el contrario, me quedé muy quieta.

El Escamillo iba vestido con el característico traje de los matadores; seda azabache e intrincados bordados de plata, chaquetilla con alamares y hombreras sobre camisa, chaleco y corbatín; pantalones sujetos con tirantes, ajustados hasta la pantorrilla, y medias color sangre, todo decorado con pequeñas piedras argénteas que brillaban bajo el fuego sobrenatural que iluminaba la Plaza. Iba vestido de luces, pero estaba hecho de sombras. Yo lo sabía mejor que nadie.

En la cadera llevaba envainados dos afilados estoques de plata y, sobre el pelo oscuro peinado hacia atrás, la montera. Aunque desde mi posición no podía distinguir bien sus rasgos, su piel era blanca, como hecha de nácar, y los tatuajes en forma de enredaderas le acariciaban el cuello. El ojo derecho lo llevaba tapado con un parche que cubría en parte la belleza de su rostro. Nadie sabía por qué lo llevaba, pero deseaba con todas mis fuerzas que fuera la consecuencia de un terrible sufrimiento.

Yud alzó las manos y la Plaza se sumió en un silencio sepulcral que encendió todas mis alarmas; el silencio previo a la muerte. Podía escucharse incluso el roce de la suela de los zapatos del matador contra el albero. Dejé de respirar porque sentí que todos los demonios de la Plaza podrían escuchar como el aire entraba y salía de mis pulmones. El público también contuvo el aliento, pero fue por un motivo diferente: el Escamillo se había quitado la montera y, llevándosela al pecho, se había inclinado ante su rey. Luzbel, la viva imagen de un poderoso capitán de barco, pareció complacido con el gesto de su marinero de luces y asintió con la cabeza. Al hacerlo, un rayo rompió el cielo y el trueno que vino después ensordeció el mundo.

—¡Que comience el espectáculo! —gritó Balthasar desde su asiento.

Yud volvió a colocarse la montera y desenvainó los estoques. Comenzó a darles vueltas con una elegante destreza, haciendo círculos con ellos como si los filos no fueran más que extensiones de sus propios brazos. Cada vez que se movía, el fuego de las antorchas arrancaba destellos a las piedras preciosas de su traje. Si hubiera podido matarlo, me habría resultado muy fácil convertir su espalda en una diana y hacerle caer de rodillas; pero era inútil incluso pensarlo.

Dos demonios lanzaron desde detrás del burladero a un chico joven vestido de blanco, haciendo que cayera contra el albero con un golpe sordo. Llevaba los ojos vendados y las manos atadas a la espalda, el rostro deformado por los golpes, el pelo pajizo manchado de sangre.

—Óliver —le susurré en la distancia, como si pudiera mandarle fuerzas.

Óliver había sido uno de mis primeros amigos en Sevilla. Vivíamos puerta con puerta, y gracias a la ayuda de su familia había aprendido lo importante que era forjar alianzas con aquellos con quienes compartes sufrimiento. Juntos habíamos pasado de ser dos niños asustados a dos adolescentes sinvergüenzas. Yo había sido testigo de cómo él empezaba a coquetear con chicas, y él de cómo asesinaba yo la debilidad de mi niñez con las kinjaras en la mano.

—Carmencita, hay muy pocos demonios en Sevilla —me decía, esbozando esa sonrisa suya con la que pensaba que iba a comerse el mundo, cuando desafiaba las leyes de Luzbel.

—Pocos no significa ninguno —le contestaba yo.

Nunca le advertía por miedo, sino por sentido común. El Creador ya no existía, Luzbel lo había matado junto a todos sus ángeles, y estábamos completamente solos. Era una locura estar dispuesto a morir por una quimera, por una antigua fe que nos habían prohibido, por un Cielo que no podíamos recuperar.

—Levántate —le ordenó Yud. Su voz cargada de desprecio hizo eco en el silencio de la Plaza.

Óliver se puso de rodillas y, aun sin ser capaz de verlo sabía dónde estaba. Le suplicó:

—Por favor. —Me enfadó ver lo aturdido y asustado que estaba. Sabía que antes de soltarlo en la Plaza le habían torturado, y no quedaba en él nada del muchacho al que había conocido—. Juro que me arrepiento de todo, juro que…

—¡Levántate! —lo interrumpió el Escamillo, perdiendo la paciencia.

Óliver se puso en pie, temblando, pero al hacerlo le fallaron las piernas y volvió a caer. El público lo abucheó, disfrutando con su humillación, y yo me mordí la lengua con tanta fuerza que enseguida noté el sabor metálico de la sangre. Tenía que hacer algo. Tenía que detener aquel espectáculo.

Desenvainé una de mis kinjaras y, como siempre, sentí una descarga de energía subiéndome por el brazo. Casi podía sentir como el filo dorado de las dagas me llenaba de fuerza, llamándome a la batalla.

—Así que eres un devoto —escupió Yud, colocando la punta de uno de los estoques contra el pecho de Óliver. Su voz sonaba atronadora en aquel silencio sepulcral—. ¿Cómo puedes llorar por un creador que no fue capaz de salvar a las que decía que eran sus criaturas más amadas? ¿Cómo puedes tener fe en alguien que os traicionó y abandonó?

Óliver negó con la cabeza y casi pude sentir como la venda de sus ojos se empapaba de lágrimas. Solo era un niño asustado, un muchacho que se creía mucho más valiente de lo que era; y eso le había salido caro. Su irreverencia había terminado convirtiéndose en su sentencia de muerte.

—No —mintió Óliver, aterrado—. No es verdad, yo…

—Los dragones te escucharon blasfemar contra el rey —le cortó Yud, alzando la voz. Apreté la empuñadura de la daga con más fuerza. No podía acabar con el Escamillo pero sí con Óliver, y tenía que ser cuanto antes—. ¿Acaso no recitaste «Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él»?

—Lo siento —volvió a rogar Óliver—. No sabía lo que decía.

—Claro que lo sabías. Juan 8:44. ¿Crees que la antigua fe es desconocida para nosotros?

—Por favor —suplicó el muchacho—. No quiero morir.

Yud subió la punta del estoque y se la colocó al chico bajo la barbilla, obligándolo a levantar la cabeza.

—No quieres morir —repitió el Escamillo. Por un momento, por una milésima de segundo, me pareció que el tono del matador era compasivo, como si en vez de asco sintiera lástima por él. Por supuesto, solo fue una ilusión; los demonios no conocían la clemencia—. Bueno, podemos jugar a un juego. Lo único que tienes que hacer es correr. Si consigues esquivar mis estocadas, te dejaré vivir.

Alguien en el público silbó, emocionado, y yo apreté los dientes. «Mátalo, Carmen. ¡Vamos! —pensé—. No dejes que lo humillen así. No dejes que sufra. Es lo que él querría que hicieras».

Óliver, asustado, se levantó y comenzó a correr, haciendo volar la tierra del ruedo bajo sus pies. Luzbel, desde el palco, alzó con interés la cabeza.

Me dejé caer con destreza hasta el borde del tejado, quedándome en el lugar exacto en el que la luz de las bolas de fuego se encontraba con la oscuridad, y volví a convertirme en una estatua. Si avanzaba un solo centímetro me descubrirían, pero todo mi cuerpo me gritaba que actuara, que acabara con la vida de Óliver de una forma rápida y limpia, que le quitara ese placer a Yud. Podía escuchar la voz de Dancaire en la cabeza diciéndome que no hiciera ninguna estupidez, pero con el paso de los años me había vuelto una experta en ignorarlo.

El Escamillo desapareció y, en un latido, reapareció delante de Óliver, que había atravesado corriendo casi toda la superficie del ruedo. La luz era rápida, pero los demonios siempre nos demostraban que más lo era la oscuridad.

—¿Eso es lo máximo que vas a esforzarte por salvar tu vida? —le preguntó el matador, alzando el estoque. El público abucheó de nuevo—. Pensé que me habías dicho que *no* querías morir.

Levanté el brazo con rabia, dispuesta a lanzar la kinjara, pero justo en ese momento, Luzbel apartó la vista del espectáculo y me miró. A pesar de la oscuridad y la distancia, tuve la sensación de que sus ojos rojos se encontraban con los míos. Me quedé paralizada y la sangre comenzó a arderme dentro de las venas. Sin poder hacer nada para impedirlo, en mis brazos comenzaron a aparecer tatuajes dorados. La tinta de oro recorrió mi piel con elegancia y llenó de reflejos áureos mis brazos, mi pecho, mi vientre.

—¡No, mierda, ahora no! —gruñí en voz baja.

Envainé las kinjaras y sacudí los brazos con fuerza, pero lo único que conseguí fue que de la palma de las manos me brotaran dos pequeñas y delicadas flores blancas. Al verlas me desestabilicé y, si no hubiera sido porque en todos mis años de supervivencia había entrenado el equilibro, me habría precipitado contra las gradas.

El rey del Infierno seguía mirando en mi dirección, con el ceño fruncido, y no dejó de hacerlo hasta que el público prorrumpió en aplausos. Tanto él

como yo giramos la cabeza para mirar de nuevo hacia el ruedo y nos olvidamos de la existencia del otro.

—¡Uno! —gritó Balthasar.

Yud acababa de clavar el filo de plata de su estoque en la espalda de Óliver, y la punta del arma atravesaba empapada en sangre el pecho del chico. Mi amigo jadeaba, y yo sentí el mismo dolor que si me hubieran desgarrado a mí las entrañas, la misma impotencia de quien sabe que ya no puede hacer nada por salvar a un ser querido. Óliver, condenado a un asesinato consentido y jaleado, ya no tenía escapatoria. Yud había vuelto a salirse con la suya.

El público enloqueció, pidiendo más sangre, y yo, que solo quería gritar, que solo quería matarlos a todos, le di una patada a las tejas y retrocedí para volver a lo más profundo de la oscuridad. Tenía que marcharme antes de que Luzbel volviera a mirar en mi dirección y, esta vez, me demostrara de la forma más cruel y sanguinaria que sí me había visto.

Estrujé las flores que aún tenía en las manos y, sin ninguna lástima, las hice desaparecer. Ambas se convirtieron en polvo y, con ello, se borraron los tatuajes de oro de mi piel. Las flores eran un símbolo de los ángeles, una prueba de que había existido una época anterior a la Caída del Cielo. Y por ello eran peligrosas. Inútiles, pero peligrosas.

Me di la vuelta y la plaza entera abucheó de nuevo. Probablemente, Óliver había esquivado una de las estocadas del Escamillo.

—Vamos, pequeño —le susurré a Óliver—. Ya solo te queda uno y la muerte te salvará de la vida.

Me acerqué hasta la cañería por la que me había subido al tejado y, antes de descender por la fachada de la Plaza, me giré para lanzarle una última mirada al Escamillo. A pesar de la rabia que sentía, del asco y del dolor, me alegraba de verlo allí. Llevaba media vida prometiéndome a mí misma que lo buscaría, pero al final había sido él quien había venido hasta mí.

Por fin, después de diez años, iba a poder llevar a cabo mi venganza.

2

En cuanto mis pies tocaron el suelo, una sombra se cernió sobre mí. Estaba tan acostumbrada a sentirme en peligro que, sin pensarlo dos veces, desenvainé una de mis kinjaras y empujé al intruso contra el muro de la Plaza, poniéndole el filo en el cuello.

—¿Carmen? —me preguntó Candela, asustada.

Antes de que dijera mi nombre, sin embargo, yo ya la había reconocido. Hecha de oro y mar, llevaba el pelo rubio recogido en un moño bajo y una camisa blanca metida dentro de una discreta falda marrón. El frío lo ahuyentaba con un mantón de lana sobre los hombros. A la luz de las farolas de aceite que iluminaban la calle, su piel no parecía tan pálida y sus ojos azules brillaban como llenos de fuego.

—Candela —le dije, envainando la daga de nuevo—. ¿Qué haces aquí, prima?

No éramos primas de verdad, pero Dancaire nos había adoptado a la vez y, al compartir unas gracias que ninguna de las dos éramos capaces de comprender, nos unían unos lazos mucho más fuertes que los de la amistad. No éramos ni hermanas ni amigas, sino ambas cosas a la vez.

—Buscarte —me respondió ella, llevándose una mano al cuello para, de forma inconsciente, comprobar que no la había herido—. Sabía que no ibas a poder resistirte a venir.

Todo en su cuerpo me gritaba que estaba enfadada, así que me crucé de brazos y la miré. Todos habíamos visto como los demonios aparecían de repente y se llevaban a Óliver. ¿Qué pretendía que hiciera? ¿Quedarme quieta? Ya había cometido ese error una vez.

—No iba a dejarlo solo —me defendí.

Candela negó con la cabeza, disgustada, y dio un paso hacia mí.

—No podías hacer nada por él y lo sabes —susurró, controlándose para no alzar la voz—. A quien no tenías que haber dejado sola es a su madre. Es nuestra compañera, Carmen. Habría agradecido que vinieras con nosotras y le dieras el consuelo que necesitaba.

Leonor, la pobre Leonor. Cuando se habían llevado a Óliver, mis primas habían corrido junto a su madre para que no estuviera sola. Yo no había sido capaz. No podía mirar al dolor a los ojos. No quería verme reflejada en ellos y que todas las heridas que llevaba años cerrando volvieran a abrirse de golpe.

—Joder, Candela, tenía que intentarlo.

—Ha sido una estupidez —me regañó ella—. Están diciendo que Luzbel está aquí, Carmen. ¡El mismísimo rey del Infierno! ¿Y si por culpa de tu maldita impulsividad llegan a descubrirte? ¿Y si nos descubrieran a todos? Tienes que empezar a pensar más las cosas.

—Estoy aquí, ¿no? —le respondí—. Eso es porque no me han descubierto.

Aparté la mirada y, Candela, aprovechando mi descuido, me cogió la mano derecha. En cuanto me rozó, su piel se llenó de tatuajes dorados. Ella ahogó un grito, yo me aparté con brusquedad.

—¡Te he dicho mil veces que no hagas eso! —exclamé.

—No has venido aquí por Óliver —me reprochó. Aunque nuestro contacto solo había durado un segundo, fue suficiente para que su gracia descubriera todos mis secretos—. Has venido por Yud.

Al escuchar el nombre del matador en boca de mi prima, el corazón me dio un vuelco. Sin embargo, que Candela usara su gracia para sacar a la luz lo que no quería contarle me hacía sentir incómoda y expuesta. Nadie tenía derecho a saber los secretos que tanto me esforzaba en esconder. Nadie.

—¿Y tú por qué estás aquí? —contraataqué—. ¿Para buscarme a mí o para ver a Antonio?

Candela me miró, los ojos azules reflejando su dolor, y yo apreté los labios. La quería muchísimo, pero, si quería discutir, lo haríamos. Ambas teníamos armas suficientes para hacernos daño.

—No necesito venir aquí para verlo —se defendió ella.

Justo en ese momento, el público de la Plaza estalló en vítores y un escalofrío me recorrió la espalda. Aquella alegría solo podía significar que el Escamillo había matado a Óliver y que había enviado su alma al Infierno para toda la eternidad. El espectáculo estaba a punto de finalizar.

—Vámonos —le indiqué a Candela.

La cogí del brazo y ella, sin decir nada, comenzó a caminar. A pesar de que ambas habíamos nacido en la taifa de Córdoba, llevábamos diez años viviendo en Sevilla. Las dos conocíamos sus calles como la palma de la mano, tan bien que ni siquiera nos importaba recorrerlas por la noche, cuando estaban gobernadas por las tinieblas.

El aire olía a tristeza, a corazones rotos por el dolor, a una miseria eterna y congelada. A excepción de las mansiones nobles del barrio rico, la catedral y el alcázar, en aquella ciudad no había un solo edificio que estuviera completamente en pie. Nadie se podía permitir arreglar los desperfectos que había dejado la guerra entre los ángeles y los demonios, la guerra que había roto el equilibrio del mundo. Había casas que estaban en ruinas, otras presentaban grietas y quemaduras, pero todas tenían recuerdos de una época dolorosa en la que tanto la Tierra como el Cielo se habían convertido en el Infierno.

Entramos en un callejón estrecho y, al ver que estaba plagado de flores negras, arrugué la nariz. Donde antes de la Caída habían crecido claveles, lavandas y jazmines, los demonios solo permitían que brotaran flores con cinco pétalos en forma de pentagrama y el tallo lleno de espinas: las iünas, las flores del Infierno.

Candela y yo aceleramos el paso. Tras atravesar un par de calles desiertas, llegamos a nuestro destino: la taberna de Lillas Pastia. Aunque no era muy grande y la fachada encalada estaba llena de desconchones, era una de las más conocidas de la ciudad. En la puerta, sentado como si estuviera esperándonos, había un perro de hocico fino y pelaje canela que movía el rabo con alegría.

—Hola, Pan —le dije, agachándome para acariciarle la cabeza—. Luego te saco algo de comer.

Sus ojos ambarinos brillaron con emoción y, agradecido, me lamió la mano. Estaba segura de que me había entendido; él siempre lo hacía. Desde

que lo había encontrado abandonado cuando era un cachorro, nuestra conexión había sido muy especial. Yo era la primera persona a la que se había atrevido a acercarse, y siempre sabía cuándo estaba triste, cuándo necesitaba que apoyara la cabeza sobre mis piernas y me diera un cariño silencioso, cuándo correr a mi lado.

—¿Por qué no lo metes dentro? —me preguntó Candela—. Hace un poco de frío.

—Prefiere quedarse fuera vigilando —respondí—. Ya sabes lo desconfiado que es.

Candela asintió y, sin decir nada, abrió la puerta. Acaricié a Pan detrás de las orejas a modo de despedida y entré en el local tras mi prima.

El calor nos golpeó en la cara al poner un pie en la taberna. El interior estaba iluminado con lámparas de aceite, y las llamas que ardían en la chimenea teñían de un cálido naranja las paredes blanqueadas. La estancia olía a madera quemada, pero también a hogar, a la satisfacción de tener el estómago lleno, al abrazo de un ser querido.

Había cinco mesas de madera rodeadas de bancos y sillas de enea, todas ellas dispuestas en torno al centro del salón. En aquel momento estaban vacías, esperando a unos clientes que, tras el espectáculo en la Plaza, llegarían con un hambre voraz de comida, alcohol y belleza.

—¡Ya estamos aquí! —anunció Candela.

Su voz, sin embargo, quedó silenciada por la música. Al igual que las flores, la risa y los sueños, esta había desaparecido con el exterminio de los ángeles. Los demonios habían sumido al mundo en un oscuro silencio, y solo existía una persona que podía crear aquel sonido tan dulce e hipnótico, un sonido que en ese momento conquistaba la taberna con sus rápidas espirales. Alguien con una gracia.

Joaquín, a quien llamaban «el Remendao» por todas las cicatrices que marcaban su cuerpo, tenía la espalda apoyada contra la pared. Con los ojos cerrados, tocaba la pequeña flauta de madera que le había regalado Dancaire al unirse a la familia.

Vestido con un calzón que le llegaba hasta la rodilla y un fajín rojo en torno a la cintura, tenía el pelo castaño revuelto y una barba de un par de días cubriéndole el rostro. Como no se había puesto chaqueta y llevaba la

camisa abierta, se podían ver los tatuajes dorados que recorrían su piel de bronce como si fueran joyas.

—Joaquín —susurré.

Candela me miró y vi que sus ojos azules se volvieron dorados; entonces supe que no teníamos escapatoria. La suave melodía que danzaba en el aire nos arrastró con ella. Y las dos caímos en su embrujo.

Me quedé quieta y los latidos de mi corazón se ralentizaron, como si el tiempo se hubiera detenido. No podía moverme, pero tampoco quería hacerlo. No hasta que Joaquín me lo ordenara. La música me entraba por los oídos, pero sonaba en el cerebro, transformándolo en el de un títere que no controlaba su propio cuerpo. Era Joaquín quien usaba las notas musicales como hilos para manejarme.

«Carmen —me susurraba la flauta—. Ven conmigo».

—Joaquín —lo llamó el anciano Lillas Pastia, que limpiaba vasos detrás de la barra—. Ya vale.

El chico dejó de tocar y me miró fijamente. Al ver que no me movía, que mis ojos habían adquirido el color del oro, susurró «despierta». La orden sonó en todo mi cuerpo, haciendo eco en el pecho, y el conjuro se rompió con la violencia de un cristal que se estrella contra el suelo. Candela sacudió la cabeza a mi lado, como si la acabaran de despertar de un largo sueño, y yo fruncí el ceño. Odiaba que Joaquín usara su gracia para controlarnos con su música.

—No vuelvas a hacerlo —lo amenacé.

—Lo siento —se disculpó él. Sus ojos brillaban más verdes que nunca en contraste con su piel morena—. No me he dado cuenta de que habíais llegado.

Aunque estaba enfadada con él, sabía que era verdad. Su música embrujaba a todo aquel que la escuchaba, pero su verdadero poder residía en que podía hipnotizarte y darte órdenes que te veías obligado a cumplir. Solo existía un límite: que el control se restringía a una persona. Mis primas y yo habíamos aprendido muy pronto las reglas de su gracia; y él, si no quería llevarse un puñetazo, tenía prohibido usarla contra nosotras.

—Es muy peligroso que toques la flauta, Joaquín —le regañó Candela —. Ya lo sabes. Guárdala.

—¿Vais a querer cenar algo, niñas? —nos preguntó el anciano tabernero, sacándose de los oídos los tapones de algodón que lo protegían de la gracia de Joaquín—. La noche es muy larga y no quiero que paséis hambre.

Aunque la vida nos había enseñado que la comida nunca se rechazaba, lo que había visto en la Plaza me había cerrado el estómago por completo. Candela tampoco parecía muy dispuesta a comer nada, así que fui a responder al anciano, pero Joaquín lo hizo por mí:

—Ellas no sé, pero a mí me encantaría cenar algo. ¿Qué delicioso plato tenemos hoy en el menú?

Lillas Pastia lo fulminó con la mirada y, frunciendo el ceño, le respondió:

—Pan con pan, Remendao. Dicen que es la comida de los tontos, así que supongo que te gustará.

—¡Oye! —respondió él, esbozando una sonrisa que le iluminó el rostro.

Candela entornó los ojos y respondió:

—No te preocupes, Pastia. Gracias. Guarda la comida para mañana.

—¿Eso que oigo es la molesta voz de Candela? —preguntó alguien desde el pequeño almacén que había junto a la barra—. ¿A quién estás regañando ahora, prima?

Triana salió de la trastienda y se apoyó en el quicio de la puerta para desgajar la naranja negra que tenía entre las manos. Su pelo era del color de las alas de un cuervo, como el mío, pero mucho más liso. Esa noche se lo había recogido en un moño alto decorado con una peineta, lo que le daba un toque distinguido.

Iba vestida con una falda acampanada de seda azul decorada con tres volantes de encaje negro que, como le llegaba hasta los tobillos, dejaba entrever sus medias blancas. En la parte de arriba, completando el atuendo que confirmaba que en las taifas la miseria se vestía de oropeles, llevaba una elegante camisa blanca de talle ajustado y manga larga, y un mantón negro sobre los hombros. Su piel era tan morena como la mía, aunque no tanto como la de Joaquín; pero sus ojos eran más marrones y más claros. Todo en su cuerpo eran curvas, y ella parecía disfrutar sabiendo lo sensual y hermosa que era. Sabía brillar allá donde estuviera y, como una auténtica reina, nunca agachaba la cabeza.

—Deberíais cambiaros cuanto antes —nos advirtió el tabernero—. Los soldados no tardarán en llegar.

—No deberíamos hacer esto hoy —musitó Candela, cruzándose de brazos—. Los señores del Infierno están en Sevilla.

Joaquín abrió mucho los ojos y, bajando la voz, le preguntó:

—¿Entonces es cierto? ¿Han venido?

—Sí —le respondí yo con frialdad—. Y hasta aquí el interrogatorio. Pastia tiene razón.

—Hasta aquí el interrogatorio porque no quieres que se enteren de que has ido a la Plaza a verlos—me reprochó Candela.

En la taberna se instaló un silencio sepulcral que, durante unos segundos, solo interrumpió el crepitar del fuego de la chimenea. Entorné los ojos y Lillas Pastia, que había vuelto a centrarse en limpiar los vasos sucios, fue quien rompió la tensión entre nosotras:

—La Carmen es un como gato salvaje. Cuando la llamas, no viene y, cuando no la llamas, sí. Es mejor dejarla libre.

—Podemos ponerle un cascabel —le respondió Triana, siguiéndole la broma. Al llevarse a la boca un trozo de naranja, sus largos pendientes en forma de gota brillaron con la luz de las lámparas—. Así no se nos perderá tan a menudo.

—Dejaos de tonterías —dije mientras comenzaba a caminar entre las mesas aún vacías del local. Candela, muy a mi pesar, me siguió—. Que los matadores estén en Sevilla no cambia nada para nosotros.

El almacén de la taberna era pequeño y estaba lleno de barriles, pero era el único lugar en el que podíamos prepararnos sin que nadie nos viera. En cuanto entré, mi prima Frasquita se abalanzó sobre mí con dos pomposas faldas entre las manos.

—¡Por fin estáis aquí! —exclamó, nerviosa—. Hay que darse prisa.

Tiró de mi camisa para empezar a desvestirme, pero yo le sujeté las muñecas y se lo impedí. Sabía lo que pasaba cuando Frasquita se alteraba.

—Frasquita —le dije, poniéndome seria—. Tranquilízate.

Aunque todos teníamos la misma edad, Frasquita era la que parecía más joven. Tenía el pelo de un castaño claro que, cuando lo bañaba la luz, se

convertía en caramelo; pero eran sus ojos, del mismo color gris ceniza del cielo, los que acaparaban toda la atención de su rostro.

—Lo siento —se disculpó. Tosió con fuerza, haciendo que su pecho se quejara, y después continuó—. Es que con todo lo que ha pasado estoy muy nerviosa. He escuchado lo de los demonios y… no quiero que nada salga mal.

Frasquita era tan dulce y delicada que, cuando me enfadaba con ella, me sentía terriblemente mal. Hasta su falda, de un rosa muy suave, era más inocente y recatada que la de las demás. La enfermedad respiratoria que había estado a punto de matarla cuando solo tenía diez años le había dejado tantas secuelas que no podíamos evitar cuidarla como si fuera a romperse en cualquier momento.

—Nada va a salir mal —le dijo Candela, calmándola—. Ya lo verás. Tú respira tranquila.

Frasquita nos miró a ambas y asintió, como si nuestra presencia le hubiera dado fuerzas. Después, nos entregó las faldas de seda que llevaba entre las manos. A mí me dio la roja; a Candela, la verde.

—¿Son nuevas? —le pregunté.

Me deshice de los pantalones de hombre que le había robado a Joaquín y me la puse. Las cintas de las kinjaras me las até a los muslos, contra la piel, porque sin ellas me sentía desnuda.

—Las he cosido yo —nos dijo Frasquita algo avergonzada, mientras se frotaba las manos con nerviosismo.

Nuestra ropa casi siempre era de antes de la Caída, ya que no podíamos permitirnos comprarla nueva, así que solía estar muy desgastada. Sin embargo, Frasquita podía convertir un viejo trozo de tela en una obra de arte. Debido a su enfermedad no podía trabajar en la Fábrica junto a las demás, así que se había formado como costurera en la casa de los marqueses de Raga. Con el paso de los años, había terminado convirtiéndose en la modista principal de la marquesa.

—Eres una artista —le dijo Candela con una sonrisa.

—Todavía tengo mucho que aprender —respondió ella, sus mejillas teñidas de un rojo muy parecido al de mi falda—. La marquesa tiene mucha ropa que me sirve como insp…

—¡Frasquita! —gritó Triana desde el salón—. ¡Emergencia! ¡Ven un momento!

Puse los ojos en blanco y Frasquita esbozó una tímida sonrisa.

—Su alteza real me reclama —susurró.

Me dio un rápido beso en la mejilla y yo, que no pude apartarme a tiempo, fingí que me daba una arcada. Candela frunció el ceño, pero, antes de que pudiera decir nada, Triana volvió a gritar:

—¡Y dile a Candela que venga!

—Como sea una tontería, la mato —se quejó.

Siguió a Frasquita mientras se metía la camisa dentro de la falda. En cuanto me quedé sola, suspiré. Me coloqué un rizo rebelde detrás de la oreja y, al recordar a Óliver y a Yud, la sangre de mis venas se volvió más caliente.

Bufé con fastidio, odiando no ser capaz de controlar mi gracia, y puse las palmas de las manos hacia el techo. Cerré los ojos y el poder comenzó a fluir al instante. Los tatuajes dorados me acariciaron la piel y sentí un ligero mareo, como si lo que mi cuerpo estaba creando necesitara mucha más energía de la que podía obtener. A los pocos segundos apareció entre mis manos, como surgida de la nada, una brillante flor roja.

—¿Carmen?

La voz de Dancaire me hizo dar un respingo. Estrujé la flor en la palma de la mano y los tatuajes de mi piel desaparecieron al instante.

—Dancaire —musité.

El hombre dio un paso hacia mí y se quitó la capucha de la capa que lo resguardaba del frío, dejando que la luz de las lámparas de aceite iluminara su piel cobriza. Como tenía el pelo largo, siempre enredado, se había puesto una bandana para apartárselo de la cara; eso hacía que sus grandes ojos marrones y su nariz ganchuda destacaran aún más.

—No deberías hacer eso —me riñó sin perder la calma que lo caracterizaba. Un fino aro de oro soltó un destello desde su oreja derecha, y no pude evitar preguntarme a quién se lo habría robado—. Es peligroso.

—Ya lo sé —me defendí—. Pero sabes de sobra que no puedo controlarlo.

Dancaire me cogió la mano con delicadeza y me obligó a enseñarle los restos de la flor. Sus dedos eran largos y finos, hechos para robar, pero también suaves y cálidos. Aunque aún no había cumplido los cuarenta, tanto mis primas como yo lo veíamos como a un padre, como el hombre que se había encargado de nosotras cuando los demonios asesinaron a nuestras familias; como nuestro mentor e instructor. No solo nos había salvado, alimentado y vestido, también nos había dado un motivo para vivir. Y los cinco le habríamos seguido hasta el fin del mundo.

—Un clavel —me dijo, esbozando una sonrisa. Cuando cayó el Cielo, Dancaire tenía casi veinte años, así que había visto con sus propios ojos un mundo plagado de flores. Ni mis primas ni yo habíamos conocido la vida sin demonios, y sus historias eran para nosotras como cuentos de hadas—. El símbolo de la pasión y el amor. Te pega mucho.

—Voy a vomitar —resoplé.

Su sonrisa se hizo más amplia y, como me temía, aprovechó el momento para soltar una de sus frases intensas.

—«Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor —me dijo—, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor». Corintios 1:13.

Puse los ojos en blanco porque, si había un versículo de la antigua fe que me había repetido hasta la saciedad era ese. Y lo odiaba.

—No tengo ninguna de esas tres cosas, Dancaire. Ni fe, ni esperanza ni amor. Y tampoco las necesito.

—Eso es lo que tú te crees, Carmen, pero todos estamos hechos de lo mismo.

No, yo no. Hacía diez años que me lo habían arrebatado todo, incluido el corazón. Aparté mis manos de las suyas con brusquedad y Dancaire, algo apenado, me escrutó con sus profundos ojos negros.

—Has estado en la Plaza —me dijo.

—¿Cómo lo sabes?

Dancaire abrió la boca, pero enseguida volvió a cerrarla. Aunque mis primas no parecían haberse dado cuenta, hacía tiempo que había descubierto que, cuando nuestro mentor tartamudeaba, era porque estaba mintiendo. Por eso a veces prefería quedarse en silencio. No sabía cuál era

la razón, pero las mentiras se le quedaban atascadas en la boca, enredadas entre los labios, y casi siempre morían antes de nacer.

—Hay… he… ti-tienes… —Al darse cuenta de que era absurdo intentarlo, decidió recurrir a la verdad—. Mis informadores. Te han visto.

—¿Tus informadores me estaban siguiendo? ¿Es que no te fías de mí?

—Me fío, Carmen, claro que me fío. Pero estoy preocupado.

Bufé, incapaz de controlar el enfado que de repente sentía arder en el estómago, y me crucé de brazos. Después, como si eso lo justificara todo, solté:

—Los señores del Infierno están aquí. Y el rey. Los he visto.

Dancaire apretó los labios, más incómodo que sorprendido, y su respuesta fue para mí la peor de las traiciones.

—Lo sé.

—¿Sabías que el Escamillo estaba en Sevilla y no me lo has dicho?

—No quería que hicieras ninguna estupidez. No quiero que acabes como Óliver.

La mención de Óliver me dolió como una puñalada.

—Ese demonio me destrozó la vida —espeté, camuflando la tristeza con rabia—. Lo sabes perfectamente.

—A ti y a otras muchas personas, Carmen, pero eso no justifica que te lances contra él en una misión suicida. No estás preparada para enfrentarte a un matador.

—Sí lo estoy.

—No, no lo estás, y parece que se te olvida que lo que hacemos aquí también es luchar. No todo se limita a vengarte de Yud.

Por mucho que odiara reconocerlo, por mucho que me costara admitir que luchar no solo era empuñar un cuchillo, Dancaire tenía razón. Gracias a lo que robábamos en la taberna, muchos de nuestros vecinos sobrevivían un día más. Con un solo kilo de garbanzos, Lillas Pastia podía dar de comer a muchas familias hambrientas durante días. Por eso, por conseguírselo, arriesgábamos cada noche nuestra libertad.

—No se me olvida —murmuré con resignación.

Dancaire me miró fijamente durante unos segundos, como si mi rostro lo transportara al pasado, a una época en la que fue feliz, y después suspiró

con tristeza.

—Eres igual que tu padre, ¿sabes? —me dijo, aún perdido en mis rasgos —. Los mismos ojos, la misma pasión. Él también estaba siempre metido en problemas, pero era inevitable admirarlo.

Quise preguntarle por mi padre, que siguiera contándome cosas para, de alguna forma, sentirme más cerca de él, pero, de repente, la taberna se llenó de voces y gritos que nos indicaron que los soldados habían llegado.

—Ayúdame —me pidió Dancaire, empujando uno de los grandes barriles que ocupaban el almacén.

Lo movimos entre los dos con algo de esfuerzo y, justo debajo, apareció una trampilla secreta. Los caciques llevaban años buscando a Dancaire por todas las taifas, pues estaba acusado de contrabando y robo a mano armada. Por eso siempre nos asegurábamos de tener cerca una salida que le permitiera huir lo más rápido posible. Así, utilizando los túneles que recorrían el subsuelo de Sevilla, se había convertido en una sombra que iba y venía, en un espectro que aparecía cuando más lo necesitábamos y desaparecía cuando menos lo esperábamos.

—Ten cuidado —me dijo, cubriéndose de nuevo la cabeza con la capucha de su capa de lana.

—Tú también —le respondí.

Ambos nos quedamos en silencio, mirándonos; queriendo abrazarnos pero sin atrevernos a hacerlo. Ni él sabía cómo dar cariño ni yo cómo recibirlo, así que las muestras de afecto físicas eran algo desconocido para nosotros.

—Tú tienes más peligro que yo —soltó a modo de despedida.

Después se metió en la trampilla y desapareció. Estaba acostumbrada al sabor de su ausencia, pero siempre me dolía ver cómo se marchaba y nos dejaba solos de nuevo. Volví a colocar el barril en su sitio y, sin entretenerme un segundo más, salí del almacén.

Como siempre, las mesas de la taberna habían sido ocupadas por los soldados de los caciques, vestidos con su característico uniforme azul marino y blanco. A la mayoría de ellos los conocía, pues los que pasaban la noche en Lillas Pastia solían repetir; tratarlos como si nos deleitara contar con su presencia era una forma de conseguir que vaciaran los bolsillos.

—¡Ponnos unas aceitunas, Pastia! —gritó uno de los soldados.

—¡Eso con la segunda ronda! —le respondió el tabernero desde detrás de la barra, donde preparaba las bebidas acompañado de Joaquín.

Mientras Candela y Frasquita saludaban a los clientes, Triana jugueteaba con un abanico de encaje negro sentada a una de las mesas. Comencé a caminar por la taberna mientras echaba un vistazo rápido a los soldados. Sin que ninguno de ellos se diera cuenta, me fui fijando en cuántos llevaban a la vista su bolsa de oro, en cuáles estaban más llenas. Lo primero que necesitabas para robar era seleccionar a tu víctima; lo segundo, hacer que se confiara y no sospechara de ti ni un solo segundo. Lo tercero, y eso era lo más importante, entretenerla.

—¿Cómo está hoy mi Carmencita? —exclamó una voz justo detrás de mí.

Una mano impactó justo en el lugar en el que acababa mi espalda, y yo, enfadada, me di la vuelta. Sentado a una de las mesas había un soldado que conocía muy bien: el teniente Zúñiga.

De nariz prominente y un bien peinado bigote, Pablo de Zúñiga era uno de nuestros clientes habituales y la mano derecha de Antonio, el cacique. Estaba obsesionado conmigo, para mi desgracia, pero cuando bebía se iba de la lengua con facilidad, algo de lo que solía aprovecharme.

—Teniente —le dije, tragándome las ganas de que fuera mi puño lo que impactara en su cara—. ¿Cómo está hoy?

Me aparté con disimulo de su mano y apoyé los codos en su mesa. Aunque nuestros rostros quedaron a la misma altura, sus ojos fueron directos a mi escote.

—Ahora que te tengo aquí, mucho mejor —ronroneó él—. Te he echado de menos.

Sonreí, aunque las manos me temblaban de rabia, y jugueteé con sus dedos de forma inocente.

—Podemos mejorarlo todo aún más —murmuré en un tono sugerente—. ¡Candela! ¡Tráele un poco de manzanilla al teniente!

La manzanilla era un vino que traían desde la taifa de Cádiz y que los soldados de los caciques adoraban. Su tono amarillento se debía a que la mayoría de botellas que se conservaban eran de antes de la Caída, cuando el

color original de las frutas no había sido engullido aún por la oscuridad de los demonios. Aunque eso la hacía cara y exclusiva, Lillas Pastia se aseguraba de tener siempre suficientes botellas de manzanilla en la taberna ya que, cuando los soldados se emborrachaban era mucho más fácil engañarlos.

—Siempre sabes lo que me gusta —me dijo Zúñiga, saboreando las palabras.

Candela se acercó y me entregó una botella y un vaso. Los soldados le silbaron como si estuvieran llamando a un perro callejero, pero ella se limitó a guiñarles un ojo y a volver a marcharse. Ninguno de ellos sabía que Candela era la amante de su cacique, claro, porque entonces ni siquiera se habrían atrevido a mirarla.

—Tu prima ha engordado —me dijo Zúñiga, mirando a Candela con poco disimulo.

Esbocé la mejor de mis sonrisas falsas, pero no le contesté. Lo que me gustaría decirle me habría traído muchos problemas, así que tenía que hacer un esfuerzo por morderme la lengua. Dejé el vaso sobre la mesa y comencé a llenarlo de manzanilla.

—Tú, sin embargo, siempre estás espléndida —continuó, pasándose la lengua por los labios—. Algún día conseguiré que caigas y te terminaré pidiendo matrimonio.

«Que caigas», como si yo fuera una presa y él un cazador, como si insistir fuera lo único que necesitaba para conquistarme.

—Usted ya está casado, teniente —respondí, haciendo un esfuerzo por ocultar mi rabia.

Un soldado de la mesa de al lado expulsó el humo de su cigarrillo y exclamó:

—¡Ya ves tú lo que le importa su mujer al teniente! Lo que quiere es librarse de ella y llevarte a ti a la fiesta del Alcázar.

—¡A la fiesta del Alcázar y al huerto! —exclamó otro, sonriendo.

El teniente los fulminó con la mirada y, muy serio, los regañó:

—¡Morales! ¡García! Cállense si no quieren pasar dos días enteros en el calabozo.

Los dos soldados se callaron al instante, pero yo ya había cogido el hilo que habían soltado sin darse cuenta. Una fiesta en el Alcázar.

—¿Una fiesta? —pregunté. Hacerme la tonta era un arte que había perfeccionado con los años y resultaba ser sorprendentemente efectivo para sacar información—. ¿Qué fiesta? ¡Me encantan las fiestas!

El teniente apretó los labios, pero cuando lo miré a los ojos con una fingida inocencia, se terminó derritiendo.

—Pasado mañana por la noche Antonio va a celebrar una fiesta en el Alcázar —me contó—. Lo único que sabemos es que hay que llevar máscaras, lo demás es una sorpresa.

Que Antonio fuera a dar una fiesta significaba mucha comida, mucho dinero; una oportunidad para nosotros. Esbocé una radiante sonrisa.

—Ah, qué maravilla —le dije—. Debe de ser increíble vivir de fiesta en fiesta: hoy en la Plaza, mañana en el Alcázar… —Me obligué a rebajar la punzante ironía de mi voz—. ¿Y a qué se debe esta celebración?

El teniente cogió el vaso de vino y, tras acercárselo a los labios, me respondió:

—A que Luzbel va a trasladar la Corte del Infierno a Sevilla. Después de diez años, los demonios deben de haberse cansado de Córdoba.

Así que los rumores eran ciertos. Los demonios no estaban en Sevilla solo de visita. Apreté la botella con fuerza, pero ninguno de los soldados pareció darse cuenta de ello. Que Luzbel trasladara la corte a la taifa de Sevilla supondría más control para nosotros, menos libertad. Con el rey y sus matadores en la ciudad, la presencia de los dragones y las ejecuciones en la Plaza serían constantes.

La historia se repetía.

—¿Hasta cuándo? —pregunté—. ¿Van a quedarse mucho tiempo en Sevilla?

—Quién sabe —me respondió Zúñiga, encogiéndose de hombros.

Justo en ese momento, Triana se puso en pie y, cuando abrió su abanico, los soldados empezaron a silbar. Estaban allí por ella, para escucharla y admirar su belleza tan parecida a la de un animal salvaje; y Triana lo sabía. Triana lo disfrutaba. Por eso, cuando empezó a cantar, el mundo se rindió a sus pies.

Había interpretado aquella tonadilla muchas veces, pero siempre lo hacía de una forma única, especial y diferente. La letra hablaba de la Giralda, el campanario de la catedral de Sevilla, pero también de un amor prohibido, de dos amantes que decidían morir juntos para no tener que separarse nunca.

Como cantar no era ilegal y nuestra voz era el único instrumento musical cuyo uso no estaba penado con la muerte, se había convertido en nuestra vía favorita para contar cuentos y leyendas, en el elemento central de las liturgias religiosas. La de Triana, además, era un prodigio; por eso los soldados la escuchaban absortos, casi enamorados.

Candela y yo aprovechábamos esos momentos para pasearnos entre las mesas y robarles todo lo que podíamos. Unas veces solo conseguíamos un par de monedas y teníamos que conformarnos con la caja de la noche, otras nos hacíamos con un verdadero botín. Al día siguiente, todos tendrían tanta resaca que no estarían seguros de cuánto dinero se habían gastado en bebida, de cuánto habrían pagado a Lillas Pastia para conseguir que Triana volviera a cantar, así que no teníamos que preocuparnos. Les hacíamos sentir tan bien que jamás sospechaban de nosotras.

Miré de reojo la bolsa de oro del teniente Zúñiga, colgada con confianza de su cinturón, y le hice un gesto casi imperceptible a Triana. Ella, que había entendido a la perfección mi mensaje, desfiló entre el humo y las mesas moviendo el abanico, sin dejar de cantar, y se acercó lentamente hasta nosotros.

—¡Ay, mi amante prohibido! —entonó—. ¡Tu ausencia se ha vuelto martirio!

Zúñiga la miró, embobado, y cuando se pasó la lengua por los labios, mi prima le tocó la cara con cariño. Un instante después, el teniente comenzó a reírse a carcajadas. Eso era lo que provocaba la gracia de Triana; el secreto mejor guardado de la taberna de Lillas Pastia.

La risa había sido un regalo de los ángeles y, como ellos, nos había abandonado para siempre. Por eso, por sentir durante un segundo aquella descarga desconocida que les recorría el cuerpo y les explotaba en el estómago, los soldados abarrotaban cada noche la taberna. Buscaban a

Triana, sí; pero sobre todo la inexplicable felicidad que les provocaba la risa, convertida para ellos en una especie de droga.

Las carcajadas del teniente llenaron de calidez la taberna y, mientras el resto de soldados lo miraban con envidia, alargué el brazo que tenía libre y le abrí la bolsa.

—¿Dónde estará mi luna? —cantaba Triana—. ¿Dónde estarán mis sueños?

Cogí un par de monedas entre los dedos, pero justo entonces aparecieron los demonios. Y el embrujo se rompió de golpe.

3

De nada sirvió haber cerrado puertas y ventanas, porque los dragones de Luzbel aparecieron en la taberna de repente, haciendo que hasta al rincón más cálido del local llegara un frío que congelaba los huesos. El fuego de la chimenea tembló ante su presencia y la dulce voz de Triana se apagó de golpe, sustituida por un tenso silencio. Pan ladraba en la calle, desesperado, y todos nos quedamos paralizados.

Eran ocho e iban vestidos de negro, dos estoques de plata envainados, un látigo colgado en el cinturón. La única parte de su cuerpo en la que había tatuajes era las manos, lo que significaba que solo eran dragones. Sin embargo, al verlos, hasta los soldados de los caciques se irguieron incómodos en sus asientos.

—Vaya, vaya —dijo uno de los demonios, abriéndose paso para observarnos a todos con atención. Iba vestido con un traje de luces negro muy parecido al que le había visto al Escamillo, pero alrededor de los ojos tenía unos tatuajes que formaban una especie de máscara y me dejaron sin respiración. Era un señor del Infierno, uno de pelo negro, manos llenas de anillos y la aterradora perfección de los ángeles caídos. Un matador—. Así que estáis aquí. Teniente Zúñiga, jugar al escondite con vosotros podría ser tremendamente divertido si vuestro putrefacto olor a mortalidad no fuera tan fácil de rastrear.

El metal de las kinjaras ardía contra la piel de mis piernas, casi gritando mi nombre. Candela y Triana se habían quedado quietas entre las mesas, muy serias. Frasquita, de pie en un rincón, estaba a punto de echarse a llorar. «No te pongas nerviosa —quise decirle—. Respira con calma».

Mis ojos se cruzaron con los de Joaquín en la distancia, y supe enseguida que su mente estaba trabajando tan rápido como la mía para idear un plan

que nos permitiera escapar de allí cuanto antes.

—Maestro —exclamó el teniente Zúñiga, poniéndose en pie—. Es la noche libre del pelotón. Estábamos…

—¿Noche libre? —preguntó el matador, ladeando la cabeza. Un pendiente de plata en forma de cruz brillaba en su oreja izquierda, a juego con el aro que decoraba la aleta derecha de su nariz—. ¿Necesitáis descansar de vuestro servicio al rey del Infierno? ¿Así de falsa es vuestra fe en él?

El teniente Zúñiga tragó saliva y pareció hacerse más pequeño.

—Excelencia…

—*Excelencia* —le imitó él, haciéndole burla—. ¡Cállate! El rey no quiere que le sirvan ni traidores ni pusilánimes.

El matador levantó las manos y, de repente, la taberna estalló en llamas.

Ahogué un grito y me tapé la cabeza con las manos, asustada. Después, pensé en mis primas. ¡Mierda! Teníamos que salir de allí. No podía permitir que murieran calcinadas. Mataría a todos los demonios con mis propias manos si así podía salvarlas.

Entrecerré los ojos y las busqué con la mirada, pero entonces me di cuenta de algo: aquel incendio repentino no desprendía calor. Olía a quemado y las llamas hacían brillar nuestra piel en tonos amarillos y naranjas, pero no quemaban. Era una ilusión, una forma de asustarnos, y solo había un señor del Infierno capaz de moldear la realidad a su antojo: el Arlequín.

—Tzadi —lo llamó uno de los dragones, colocándose junto a él. Tenía el pelo oscuro, despeinado, y todo en él eran ángulos rectos: la mandíbula, la nariz, los pómulos. Sus ojos rojos eran ligeramente almendrados, felinos, y era el único de los demonios que llevaba las manos tapadas con unos guantes de cuero negro—. Ya vale.

Esperaba que Tzadi no le hiciera caso a un simple soldado, que incluso lo castigara por su insolencia, pero no fue así. El matador puso los ojos en blanco y, bajando de nuevo las manos, apagó las llamas. Tanto el olor a quemado como el miedo se quedaron con nosotros.

—Nunca me dejas divertirme —le dijo el Arlequín—. ¡Estaba a punto de hacer que el fuego les quemara de verdad!

El dragón se cruzó de brazos y se mantuvo impasible. Eso pareció provocar aún más a su señor, ya que esbozó una sonrisa que, aunque pretendía ser divertida, me provocó un escalofrío. Cuando se giró de nuevo hacia nosotros, mi corazón empezó a latir con fuerza.

—Menudo lugar inmundo —murmuró Tzadi, arrugando la nariz—. Deberíamos limpiarlo.

—Tzadi, no —le advirtió el dragón.

El matador lo ignoró y, afilando aún más su sonrisa, chasqueó los dedos de la mano izquierda. Al instante, todos los soldados de Antonio se desplomaron, muertos en el acto como si una daga invisible les hubiera atravesado el corazón.

Frasquita soltó un grito y Candela se tapó la boca con las manos. Yo apreté los dientes con fuerza y el estómago se me encogió de golpe. El muy cabrón los había matado a todos con un solo movimiento. ¿Y si nosotros éramos los siguientes? No. No podía permitirlo.

—Mucho mejor —dijo Tzadi, aún sonriendo—. Ahora la taberna es un lugar digno para un señor del Infierno.

El Arlequín se acercó hasta el cuerpo del teniente Zúñiga y lo apartó con el pie sin ningún tipo de compasión. Después, se sentó en la silla en la que este había estado unos segundos antes. El demonio de los guantes, que se había quedado muy serio, lo siguió y se sentó a su lado con cara de pocos amigos. El resto de dragones ocuparon las mesas libres.

—¿Por qué nadie me ha traído aún nada para beber? —gritó el matador con el desprecio y la seguridad de aquellos acostumbrados a que les sirvan —. ¿Es que además de estúpidos sois sordos?

Miré a Lillas Pastia, que lo observaba todo con preocupación desde detrás de la barra y supe que no había escapatoria. Teníamos muy pocas posibilidades de acabar la noche con vida.

—Eh, tú —me llamó Tzadi—. Asquerosa hija de Adán. Llénale el vaso a tu señor.

La forma en la que dijo «hija de Adán», como si ser humana fuera un insulto infame, hizo que me enfadara. Clavé mis ojos en los suyos, negro sobre rojo, y la rabia me explotó dentro del pecho. Sabía que mis primas me

gritaban en silencio que me quedara callada, que no lo desafiara, pero me fue imposible.

Tiré la botella de manzanilla al suelo, haciendo que se rompiera en mil pedazos. Cuando el charco de vino amarillento me mojó pies, le respondí:

—Aquí el único asqueroso eres tú.

El silencio que siguió a mis palabras fue tan frío y cortante como la mismísima muerte. Solo se escuchaban los ladridos de Pan en el exterior. Sin embargo, no me arrepentía. Llevaba tanto tiempo deseando enfrentarme a los señores del Infierno que lo único que pude sentir fue la emoción ardiéndome en los dedos.

Apreté los puños con rabia, esperando la famosa ira del Arlequín, pero su reacción me pilló totalmente desprevenida: volvió a sonreír. El resto de demonios lo hicieron después, con la única excepción del que llevaba los guantes. Por alguna razón, eso me hizo sentir desprotegida. Sabía gestionar la rabia y los insultos, pero no que se burlaran de mí.

—Qué divertido —murmuró Tzadi—. La sucia y repugnante humana tiene carácter.

Joaquín se apoyó en la barra, quizá pensando en saltar para impedirme hacer una tontería, pero Lillas Pastia lo sujetó del brazo y lo obligó a quedarse donde estaba. Era yo quien le había plantado cara a un señor del Infierno y era yo quien iba a recibir su castigo. Lo sabía y no me importaba; estaba preparada para ello.

Por todo lo que me habían arrebatado.

—Tú no sabes quién soy yo —repliqué, acercando lentamente las manos hasta los muslos, donde tenía envainadas las kinjaras—. Vas a tener que ser mucho más cabrón si quieres hacerme llorar.

Si conseguía que el Arlequín se me acercara, podría clavarle un daga en el pecho. Solo necesitaría tres segundos para levantarme el vestido, sacar el arma y atravesarle la piel. No podía matarlo, pero le haría daño. Eso era lo único que deseaba: provocarle dolor. La boca se me llenaba de un sabor glorioso al pensar en verlo sufrir; al imaginarlo arrodillado frente a mí con una herida abierta manchando de sangre su piel pálida y perfecta.

—¿Quieres que sea más cabrón? —me preguntó Tzadi, poniéndose en pie. Sus ojos rojos brillaban como si tuvieran dentro las mismísimas llamas

del Infierno—. Muy bien, prepárate.

El matador desapareció y, en un parpadeo, volvió a aparecer frente a mí. Era alto, y su piel desprendía un olor intenso y embriagador que mareaba y cautivaba, un olor dulce y a la vez ardiente que me traía muy malos recuerdos. Al tenerlo tan cerca me di cuenta de que los tatuajes que formaban la máscara alrededor de sus ojos eran palabras que se superponían unas a otras casi hasta hacerlas ilegibles: «no matarás», «no robarás», «no cometerás actos impuros», «no mentirás». Los Diez Mandamientos de la antigua fe.

Entorné los ojos y, cuando fui a mover la mano para desenvainar una de mis kinjaras, escuché un grito. De repente me quedé paralizada, con todos los músculos en tensión, porque era la voz de mi madre. Me estaba llamando.

—¡Carmen! —gritaba—. ¡Mi niña! ¿Dónde estás?

La busqué con la mirada por toda la taberna, pero nadie más parecía escucharla. Y entonces lo entendí.

Las malditas ilusiones de Tzadi.

—¿Echas de menos a tu mamá? —me preguntó el matador, fingiendo una mueca de tristeza—. ¿La mataron los demonios malos?

No pude evitar que mis mejillas enrojecieran, lo que me hizo sentir aún más rabia y humillación.

—Eres un hijo de…

—No, estúpida —me cortó él—. Lo que soy es un señor del Infierno, y eso es mucho peor.

A pesar de que sabía que no eran reales, los gritos de mi madre me impedían pensar con claridad. ¡Maldito asqueroso!

—¿Quieres que baje al Infierno y le dé a tu mami un beso de buenas noches? —me preguntó Tzadi—. ¿O prefieres hacerlo tú misma?

Tres segundos. Solo necesitaba tres segundos. Moví la mano con disimulo y rocé la tela del vestido. Sin embargo, justo en ese momento, la sangre de mis venas comenzó a arder, lo que significaba que mi gracia estaba a punto de descontrolarse. ¡No, joder! ¡Otra vez no!

Me quedé quieta, luchando con todas mis fuerzas para que no aparecieran mis estúpidas flores, y Tzadi se aprovechó de ello. Al ver que

no me movía, levantó la mano derecha y me apartó el pelo con delicadeza, haciendo que todo mi cuerpo se pusiera en tensión. Los gritos de mi madre cesaron de golpe, pero las palabras con las que Tzadi los sustituyó fueron mucho peores.

—Si no te portas bien —me susurró, acercando los labios a mi oreja—, le arranco a la rubia el bebé que lleva en el vientre. No creo que sea un espectáculo que te apetezca presenciar.

Un tortazo me habría dejado mucho menos impactada que lo que acababa de escuchar. ¿La rubia? ¿Candela? ¿Estaba mi prima embarazada de Antonio? Podía ser una mentira del Arlequín, otro de sus engaños, pero sospechaba que no lo era. Al igual que el secreto de Candela, el matador parecía haber averiguado también el mío: que la única forma de tenerme controlada era amenazando a aquellos que me importaban.

Tzadi volvió a colocarme el pelo en su sitio y, tras mirarme durante unos segundos con una sonrisa demente en los labios, se dio la vuelta. Mi sangre volvió a templarse y mis músculos se relajaron. Sin embargo, aunque me había derrotado y lo sabía, su espectáculo no había hecho más que comenzar.

—¿Sabes qué? Ya no me apetece beber nada —dijo. Echó un vistazo a la taberna y, para sorpresa de todos, detuvo su mirada en Joaquín—. Ahora me apetece comérmelo a él.

Solté un grito y di un paso al frente, pero al mismo tiempo que el demonio desaparecía para volver a aparecer junto a mi amigo, un dragón surgió de la nada y me sujetó con fuerza. Intenté zafarme de él, gritando desesperada, pero era mucho más fuerte que yo. Sus grandes brazos se convirtieron en una prisión de la que era imposible escapar.

—¡No! —chillé—. ¡Déjalo en paz!

Tzadi agarró a Joaquín y, cuando Lillas Pastia intentó hacer que lo soltara, el matador lo empujó con tanta fuerza que el anciano se golpeó contra la madera de la barra y perdió el conocimiento. Al ver que se desplomaba en el suelo, me revolví con toda la rabia que fui capaz de sacar. Triana intentó acercarse a ayudarlo, pero dos demonios aparecieron junto a ella y la obligaron a ponerse de rodillas.

—Viejo idiota —murmuró Tzadi, dedicándole una mirada de desprecio al cuerpo del tabernero—. ¿Por dónde iba? Ah, sí.

El matador agarró la cara de Joaquín, clavándole las uñas en la piel, y comenzó a lamerle el cuello con lentitud. Ascendió hasta la mejilla sin detenerse, degustando el sabor de su piel, y el chico cerró los ojos con fuerza.

—¿Qué pasa? —le preguntó Tzadi. Llevó una mano a la cintura de Joaquín e, ignorando la incomodidad de este, la introdujo dentro del pantalón—. ¿No te gusta?

No podía soportarlo. Prefería mil veces que me hicieran daño a mí a que se lo hicieran a mi familia. Me revolví en los brazos del demonio y, sin poder contenerme, grité:

—¡Como sigas tocándolo te mato, maldito cab…!

—Carmen, cállate —me suplicó Joaquín, que parecía más enfadado que nunca entre los brazos del matador—. Te está provocando.

Tzadi alzó una ceja y volvió a sonreír. Después, empujó la cabeza de Joaquín contra la barra, obligándolo a inclinarse sobre ella, y colocó la boca junto a la oreja del chico.

—Qué humano más listo —le dijo, agarrándolo del cuello. Levantó la vista para mirarme y, después, clavó los ojos en uno de sus dragones—. Hein, este sabe demasiado a sal. Quédatelo. —Un demonio de pelo rubio y tres aros de plata en la ceja derecha apareció tras la barra con una cruel sonrisa en los labios. Tzadi se incorporó y el dragón se colocó detrás de Joaquín, sujetándolo como si no fuera más que un juguete que podían pasarse a su antojo—. Yo prefiero el dulce.

El Arlequín echó un vistazo a la taberna y sus ojos se detuvieron unos segundos en Triana. La miró con sorpresa, como alguien que se encuentra una joya muy brillante en medio de un montón de estiércol, pero enseguida apartó la vista de ella y miró a Frasquita. Ese fue el instante en el que enloquecí. A Frasquita no. ¡No! Si la tocaba, le cortaría la lengua.

—¡Suéltame! —le grité al demonio que me retenía.

Tzadi apareció tras Frasquita y, abrazándola por la espalda, esbozó una sonrisa lasciva que me puso los pelos de punta. Ella gimoteó, asustada, pero

a quien estaba mirando el señor del Infierno era a mí. Tal y como había dicho Joaquín, me estaba provocando. Sabía cuál era mi punto débil.

—A esta me la llevo —murmuró Tzadi sin apartar sus ojos de los míos. Frasquita tosió entre sus brazos, como si le costara respirar, y un incendio de rabia me quemó las entrañas—. A la que no es capaz de mantener la boca cerrada, matadla a latigazos. Con los demás, haced lo que queráis.

El dragón que me retenía me tiró al suelo y luego fue a coger el látigo que llevaba en el cinturón. Cuando lo chasqueó, sentí un relámpago de dolor en la mejilla. Todo mi mundo se volvió rojo y ni siquiera pude ver cómo el Arlequín desaparecía de la taberna con una aterrorizada Frasquita.

—¡Parad, por favor! —escuché llorar a Candela—. Haremos lo que queráis.

Nadie le hizo caso.

Levanté las manos para tocarme la mejilla y enseguida noté el calor húmedo de la sangre. El dolor era intenso, tanto que parecía que me habían arrancado la piel, pero eso no me amedrentó. En cuanto recuperé la visión me incorporé para encararme al demonio, pero otro latigazo de dolor, esta vez en el brazo, me desgarró la manga del vestido y me obligó a encogerme de nuevo.

—¡Ya basta! —gritó Triana.

Jadeé y alcé la cabeza con rabia y orgullo. Volví a incorporarme. Pan comenzó a arañar la madera de la puerta con una angustiosa desesperación. Todo a mi alrededor daba vueltas y mis heridas vomitaban sangre. El sufrimiento, sin embargo, me daba más ganas de luchar.

—Sois unos… sois unos…

—¡Carmen, que te calles! —me gritó Joaquín de nuevo.

Un segundo después, escuché el sonido de un tortazo.

El demonio del látigo, al ver que no me rendía, gruñó y volvió a fustigarme. El cuero me desgarró la carne de la espalda, provocando que un grito que provenía de lo más profundo de mi pecho se estrellara contra las paredes de la taberna. El dolor era tan fuerte que, cuando entendí que iban a matarme, sentí una inexplicable satisfacción.

El dragón levantó el látigo para darme el golpe definitivo, pero justo en ese momento, el demonio de los guantes apareció junto a él y le sujetó el

brazo.

—Para —le ordenó.

El dolor debía de estar provocándome alucinaciones, porque por un segundo me pareció que un demonio me estaba salvando la vida. Y eso era imposible.

—El rey dejó muy claro que no matásemos a nadie fuera de la Plaza —añadió—. Es hora de marcharse.

El demonio del látigo no parecía muy dispuesto a hacerle caso, pero terminó resignándose y dio un paso atrás sin decir una palabra. Sorprendentemente, ninguno de los dragones se opuso a la orden.

Estaba algo mareada y, cuando intenté mirar al demonio de pelo oscuro que había detenido los latigazos, su rostro se volvió borroso. Cerré los ojos, sintiendo un dolor insoportable en todo el cuerpo, y entonces él gritó:

—¡Advertid a toda la taifa de Sevilla de que, de ahora en adelante, los dragones de Luzbel patrullarán las calles día y noche! ¡La Corte del Infierno está ahora en la ciudad! ¡Decidles a todos vuestros vecinos que si alguien nos desafía, si alguien se atreve a oponerse a nuestras órdenes, será enviado a la Plaza! —El demonio clavó sus ojos rojos en mí y, aunque me estaban abandonando las fuerzas, me pareció que lo hacía con algo de compasión—. Convertíos en nuestros mensajeros y agradeced así que esta noche os dejemos con vida.

Solo cuando los demonios desaparecieron me permití perder el conocimiento.

4

Aún me acordaba de mis padres. A pesar de que habían pasado diez años desde que los demonios se los llevaron, todavía podía escuchar sus voces antes de irme a dormir, oler el aroma de sus abrazos cuando había tormenta.

—¿Oyes cómo cantan las estrellas? —me preguntaba siempre mi madre cuando nos tumbábamos en su cama por la noche—. Están tristes porque ya no las podemos ver.

Y yo, con la inocencia de la infancia, cerraba los ojos y lo escuchaba. En el ambiente flotaba una melodía suave, repetitiva e hipnótica que solo podía provenir de las estrellas. Jamás las había visto, pues las sombras que habían traído los demonios las cubrían, así que todo lo que me contaban sobre ellas alimentaba mis fantasías.

—No quiero que estén tristes —respondía yo sin saber que quienes producían aquel sonido eran los grillos—. ¿Lloran porque están solas?

—Sí, pero en realidad no lo están —añadía mi padre, acariciándome el pelo con cariño para ayudarme a dormir—. La luna está con ellas.

La luna. Yo había nacido justo cuando los demonios llegaron al mundo, así que, como todo lo que había desaparecido con la Caída del Cielo, también era desconocida para mí. La luna era una quimera, y el sol, aunque nos alumbraba, siempre estaba cubierto por un triste velo grisáceo. Llevábamos diez años viviendo bajo un cielo color tormenta por el día; durmiendo bajo la oscuridad absoluta por la noche.

—Contadme otra vez la historia de los ángeles —les pedía siempre, en voz baja, deseando saber más sobre aquel lugar fantástico que había existido antes de la guerra.

—Érase una vez —comenzaba mi padre, convirtiendo su voz en un refugio— un mundo en el que los ángeles reinaban en el Cielo. Gracias a ellos, en la Tierra brillaba todos los días la luz del sol; la bóveda celeste era azul claro y, cuando los humanos cerraban los ojos para dormir, sus mentes creaban hermosas imágenes a las que llamaban sueños. Unos meses al año, la Tierra se llenaba de flores de todos colores, y la gente lo celebraba diciendo que había llegado la primavera. —Ahí yo siempre sonreía porque sentía que dentro de mí habitaba esa desaparecida primavera, y que esa era la razón por la que mi gracia podía crear flores—. La gente reía y bailaba al ritmo de la música cuando caía la noche, porque, como los malvados demonios que se habían rebelado contra el Creador estaban encerrados en el Infierno, nadie tenía miedo.

—Pero se escaparon —decía yo entonces, sabiendo el punto de la historia en el que cuento se volvía pesadilla.

—Sí, mi niña, los demonios se escaparon del Infierno y volvieron al Cielo a buscar venganza. Así comenzó la guerra.

El conflicto había acabado cuando los demonios conquistaron el Cielo, cuando provocaron una explosión tan poderosa que destruyó la Tierra casi por completo, pero las consecuencias de la guerra habían marcado nuestras vidas. Hambre, miseria, frío, miedo y tristeza eterna; la presencia de los demonios lo había convertido todo en un Infierno.

—¿Y por qué los ángeles no nos protegieron, papá? —le preguntaba en un susurro, apretándome más contra el cuerpo de mi madre—. ¿Por qué nos abandonaron?

—No nos abandonaron, Carmen. Los demonios los mataron a todos.

Poco después, los que estarían muertos serían ellos.

Yo acababa de cumplir diez años cuando Luzbel decidió trasladar la Corte del Infierno a Córdoba. Desde que la explosión destruyó el Cielo, los demonios habían permanecido en la taifa de Granada y en muy pocas ocasiones los habíamos visto salir de ella; alguna ejecución importante, las misas más solemnes en la catedral de Córdoba, una fiesta que se les había ido de las manos. Ni Luzbel ni sus matadores parecían querer abandonar la Corte, instalada en el palacio de Dar al-Horra. Las leyendas de que en la Alhambra guardaban un tesoro navegaban por las calles sin descanso.

«Se dice que la Alhambra es una fortaleza que esconde una riqueza sin igual y que los señores del Infierno se encargan de custodiarla».

Así, Granada se convirtió en una ciudad maldita, una ciudad que el rey del Infierno había nombrado capital y a la que nadie quería acercarse. Durante diez años de mi vida, aunque en Córdoba aún se respiraban las consecuencias de la guerra, los demonios no fueron más que un peligro lejano. Sabía que existían, que debía tener cuidado de que no descubrieran mi gracia, pero no conocía de primera mano su crueldad. Nunca había podido comprobar si sus ojos eran tan rojos como decían.

Un día, sin embargo, todo cambió. Aquella mañana hacía mucho frío y las gotas de lluvia se colaban por las grietas de las paredes de nuestra casa. Mi madre se había despertado inquieta, como si supiera lo que iba a pasar, y Dancaire, que siempre nos visitaba antes del trabajo para traerme una jícara de chocolate, no apareció por casa.

—¿Va a venir hoy Candela a jugar? —le pregunté a mi padre, inocente, cuando lo vi mirar por la ventana con desconfianza—. ¿Y David y Félix?

Me encantaba jugar con Candela y los gemelos porque ellos, al igual que Frasquita, también tenían algún tipo de poder. Nuestros padres nos obligaban a guardarle el secreto al mundo, pero entre nosotros no teníamos por qué fingir.

Por eso, la tormenta me preocupaba. ¿Y si ese día no les dejaban salir? ¿Y si tenía que quedarme en casa encerrada? Mi padre, sin embargo, ni siquiera me contestó.

—Manuel —lo llamó mi madre, la voz impregnada de miedo—. Deberíamos marcharnos.

—¿A dónde? —pregunté yo.

—Dancaire dijo que lo esperáramos —murmuró mi padre, ignorando mi pregunta—. Debe de estar a punto de llegar.

Los dos se miraron, hablándose en silencio, y yo sentí que se me encogía el corazón. No entendía por qué estaban tan nerviosos.

—¿Ha pasado algo? —pregunté, asustada.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y, al darse cuenta de mi tristeza, mi madre me abrazó. Por aquel entonces aún era capaz de llorar.

—No te preocupes —me susurró, arropándome—. No pasa nada.

Un rayo restalló en el cielo y, cuando después explotó el trueno, los tres nos sobresaltamos. En la calle comenzaron a escucharse voces alteradas. Gritos. El disparo de un fusil.

—Vienen hacia aquí —murmuró mi padre, alejándose de la ventana para agacharse a mi lado—. Carmen, tienes que esconderte.

Mi madre me abrazó con más fuerza y yo, asustada por el alboroto que se escuchaba en el exterior, negué con la cabeza.

—¿Y vosotros? —pregunté.

—Nosotros tenemos que hablar con los soldados —me respondió mi padre con un hilo de voz. Los gritos del exterior se escuchaban cada vez más cerca—. En cuanto se den cuenta de que somos inocentes, se marcharán.

Alguien golpeó la puerta de nuestra casa con fuerza, y yo me tragué un grito. Estaban intentando echarla abajo.

—¡Abrid la puerta ahora mismo! —gritó alguien al otro lado.

Mi madre me cogió la cara para obligarme a mirarla. Sus ojos negros brillaban llenos de lágrimas y, por alguna razón, pensé en las estrellas.

—Escóndete, Carmen —me ordenó—. ¡Ya! Si descubren tu gracia, nos matarán a todos.

Me habían advertido desde pequeña de que los demonios podían aparecer en cualquier momento, de que si venían a nuestra casa yo tendría que esconderme; pero nunca había pensado que se tratara de una amenaza real.

—No salgas por nada del mundo —me pidió mi padre, conteniéndose para no ponerse a llorar también—. Por favor.

Otro golpe en la puerta me hizo dar un respingo. Mi madre me arrastró hasta la chimenea y, apartando con el pie la alfombra que había frente a ella, dejó a la vista una trampilla de madera. Hacía años que habían construido un refugio subterráneo en el que cabía una persona para que, en caso de que sus temores se hicieran realidad y llegaran los soldados, yo pudiera esconderme. Esa era la única forma de que los demonios no me encontraran y descubrieran que tenía una gracia.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —me dijo mi madre, con la voz entrecortada, mientras me abría la trampilla—. No hagas ningún ruido.

Asentí, incapaz de decir nada, y comencé a bajar las escaleras. Mi madre alargó la mano y me rozó los dedos con cariño.

—Te quiero —me susurró.

Un nuevo golpe hizo que nos separáramos. Mi madre, asustada, cerró la trampilla a toda prisa y, tras colocar la alfombra sobre ella, me sumió en la húmeda oscuridad. Cuando los soldados profanaron nuestro hogar, contuve el aliento.

—¿Qué está pasando? —oí preguntar a mi padre.

Su voz sonaba tranquila, pero yo sabía que estaba nervioso. Como yo. Miré a mi alrededor, pero no podía ver absolutamente nada. Allí abajo solo me acompañaban las sombras y el frío. Alargué el brazo y toqué las paredes que me rodeaban, sintiendo que me faltaba el aire.

—Registrad la casa —ordenó uno de los soldados.

Me llevé las manos a la boca y me quedé muy quieta. No quería ni respirar por si acaso me escuchaban. Mis padres eran inocentes y, si los soldados no me encontraban, no tendrían nada con lo que acusarlos. Se marcharían. Tenía que volverme invisible.

—No estamos escondiendo nada —dijo mi madre, nerviosa.

—Cierra tu sucia bocaza si no quieres que te peguemos un tiro —la amenazó un soldado.

¿Por qué le hablaba así a mi madre? ¡No podían hacerles daño! ¡No habían hecho nada! Las botas de los soldados impactaron contra el suelo y yo cerré los ojos con fuerza. Estaban recorriendo la casa. Se escucharon golpes, un cristal estrellándose contra el suelo. Cerré los ojos y me imaginé que aquello no estaba ocurriendo, que mis padres y yo acabábamos de despertarnos y estábamos desayunando juntos pan con aceite, que las lágrimas que mojaban mis mejillas eran de felicidad.

—¡No hay nadie más! —gritó un soldado. Se le escuchaba lejos, en la habitación principal.

Suspiré, aliviada, pero un segundo después un trueno explotó en la distancia y, sin darme cuenta, solté un grito. Volví a taparme la boca, pero cuando escuché las botas de los soldados sobre mi cabeza, supe que no había nada que hacer. Me habían descubierto.

Sin embargo, nadie abrió la trampilla.

No tardé en darme cuenta de que el ambiente se estaba enrareciendo. Al minúsculo sótano llegó un olor intenso que se parecía al del fuego, pero no tenía nada que ver con él. Era un aroma dulce a la vez que ardiente; un aroma que me recordaba a la madera quemada. Arrugué la nariz, intentando identificar de dónde provenía el olor, y entonces mi sangre comenzó a calentarse. Un instante después, como siempre que me alteraba, la piel se me llenó de tatuajes dorados desde los hombros hasta los pies.

—Maestros —musitó uno de los soldados con una empalagosa admiración.

¿Maestros? Sabía que así era como llamaban a los señores del Infierno, y eso me puso nerviosa. ¿Acaso había demonios en mi casa? No, no podía ser. Los matadores estaban en Granada junto a Luzbel.

—Por favor —suplicó mi padre, sabiendo que si los mismísimos señores del Infierno aparecían en nuestra casa era porque se los acusaba de algo grave—. Esto tiene que ser un error. Somos fieles seguidores de la Iglesia de los Renegados y…

—Silencio, devoto.

Un golpe seco me hizo dar un respingo. Después, los gritos de mi padre me atravesaron el pecho. ¡Le estaban haciendo daño! ¡No!

—¡Parad! —lloró mi madre—. ¡Por favor!

Jamás había escuchado gritar así a mi padre. Me encogí sobre mí misma y tuve que taparme los oídos para no escuchar su dolor.

«No salgas por nada del mundo».

—¿Hay alguno más? —preguntó una voz áspera y profunda que solo podía ser de un demonio.

—No, excelencia.

Los gritos de mi padre cesaron, pero no los llantos de mi madre. Por eso no me moví. Su sufrimiento me destrozaba por dentro.

—Llevadlos a la Plaza —ordenó el demonio—. Yo mismo ejecutaré la sentencia.

¿A la Plaza? No. ¡No! ¡Mis padres eran inocentes!

—Sí, maestro Yud.

Subí las escaleras a toda prisa. Intenté abrir la trampilla, pero era imposible hacerlo desde dentro. Estaba construida así a propósito, para

esconderme a mí y que no pudiera salir antes de tiempo.

—¡No hemos hecho nada! —se defendió mi madre.

Los escuché forcejar, un par de gritos, un nuevo golpe. La puerta se abrió y volvió a cerrarse. Después, silencio. La casa se había quedado vacía, como mi pecho. Porque se los habían llevado.

Grité desesperada y me senté en el suelo del minúsculo escondite para llorar. Golpeé las paredes con los puños, llamando a mis padres. Cuando horas después alguien abrió la trampilla, ni siquiera recordaba mi nombre. Solo había lágrimas y dolor. Mucho dolor.

—Carmen —me dijo Dancaire, ofreciéndome la mano para ayudarme a salir—. Tenemos que irnos.

—¡Te odio! —le grité con la voz desgarrada—. ¡Tenías que haberlos ayudado!

No sabía si la acusación era hacia él o hacia mí misma, pero me daba igual. Lo único que me importaba era que los demonios se habían llevado a mis padres, que Yud iba a matarlos en la Plaza y que sus almas, al no existir el Cielo, irían directas al Infierno. Para toda la eternidad.

«Yo mismo ejecutaré la sentencia».

—Carmen, recuerda que el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate de muchos —me susurró Dancaire—. Marcos 10:45. Tarde o temprano lo entenderás.

No, no quería entenderlo. Cerré los ojos y, al recordar la intensidad del olor de los demonios, lloré. Lo hice por mis padres, porque iban a matarlos por una razón que no comprendía, pero también por mí, porque ya nunca volvería a ser la misma. Lloré por los ojos y por las manos, porque de ellas brotaban sin cesar jazmines blancos hechos de pena. Lloré, lloré como las estrellas al sentirse solas en el cielo, y ya no volví a hacerlo nunca más.

—No sé si algún día lo entenderé —le dije a Dancaire, sintiendo que me ardía el pecho de dolor y rabia—. Pero voy a hacérselo pagar. Te juro que voy a hacérselo pagar.

Y, desde ese día, lo único que me importó de verdad fue la venganza.

Me incorporé de golpe, asustada, y busqué mis kinjaras. Al ver que no estaban atadas a mis piernas, como siempre, el pulso se me aceleró.

—Carmen —me dijo Frasquita, intentando calmarme. Estaba sentada en una silla de madera junto a la cama, en mi habitación, con un libro sobre las piernas. Solo tardé un segundo en entender que estábamos en casa, sanas y salvas. Vivas. Ni ella ni yo llevábamos ya la ropa que nos poníamos para actuar, sino los camisones de lino que usábamos para dormir—. Tranquila. Estaba a punto de hacerte un sueño para que descansaras.

Todo mi cuerpo se quejó de golpe y, entonces, lo recordé: los latigazos, el demonio de los guantes, los soldados muertos. Tzadi. De repente, las heridas empezaron a arder y lo único que pude hacer fue apretar los dientes y soltar un gruñido, tragándome el dolor. Estaba sudando y, si cerraba los ojos, podía ver pequeñas luces rojas en la oscuridad.

Pan, que estaba tumbado a los pies de la cama, me miró con una preocupación muy humana en sus ojos ambarinos. Verle allí con nosotras me hizo sentir algo mejor. Le hice un gesto con la mano y él se acercó para que lo acariciara.

—¿Tzadi…?

—¡No digas su nombre! —me cortó Frasquita.

Estiró el brazo para dejar el libro sobre la mesilla de noche y, cuando agarró el cuenco de madera y el trozo de tela blanca que había justo a su lado, comenzó a toser. Algo dentro de su pecho sonó extraño, como si estuviera roto.

—El Arlequín —especifiqué, para que se tranquilizara—. ¿Qué pasó con él?

—Nada —me respondió ella, los ojos húmedos por culpa del esfuerzo—. No me hizo nada. Me llevó al callejón que hay al lado de la taberna, pero apareció Pan e intentó morderle. Después… usé mi gracia.

—¿Usaste tu gracia contra un señor del Infierno? —le pregunté, sorprendida por su valentía.

—Estaba distraído con el perro —me respondió ella, algo avergonzada —. Le llené la cabeza de sueños en los que se emborrachaba y después se quedaba dormido en el suelo. Cuando despierte, pensará que las imágenes

que tiene en la cabeza son recuerdos y ni siquiera se acordará de mi cara. O eso espero.

El don de Frasquita siempre me había fascinado. En un mundo gobernado por los demonios, soñar era un lujo tan ajeno a nosotros como las flores, la música o la risa. E igual de peligroso. Me enorgullecía que hubiera sido tan valiente, pero, a la vez, no podía evitar sentirme culpable. Aunque ella no fuera a reprochármelo, sabía que quien había desencadenado el caos tras la aparición de los demonios en la taberna había sido yo. Si me hubiera callado, si me hubiera controlado, no habría puesto las vidas de mi familia en juego.

Busqué los ojos grises de mi prima, pero ella apartó la mirada. Estaba más pálida y ojerosa de lo normal, así que, probablemente, desde su enfrentamiento con Tzadi, no había dejado de tener ataques de tos. Las condiciones en las que vivíamos no ayudaban a que su salud mejorara. Teníamos la suerte de vivir en una casa, pero en invierno siempre entraba el aire gélido del amanecer a través de las grietas de las paredes y el frío nos arañaba los pulmones. Los suyos, tan frágiles, eran los que más sufrían. Y yo lo hacía con ellos.

—¿Los demás están bien? —le pregunté.

Me acordé de Candela. Tzadi me había dicho que estaba embarazada, y no era una buena noticia. En nuestro mundo, tener un hijo no era una celebración, y mucho menos si el padre era un hombre de una clase social superior, casado y que, con toda probabilidad, repudiaría a la madre cuando se enterara. ¿Cómo había podido Candela ser tan poco precavida? ¿Acaso había dejado de tomarse las hierbas que nos entregaba Dolores todos los meses? ¿Qué iban a hacer seis delincuentes con una boca más que alimentar?

—Por suerte están todos bien —me respondió Frasquita—. Incluido Lillas Pastia. Ni siquiera los soldados de Antonio estaban muertos.

—¿Cómo que no estaban muertos? —Entorné los ojos y la miré sin entender nada—. No respiraban, Frasquita.

—Fue una ilusión —susurró ella—. El Arlequín… Quizá le pareció divertido ver nuestra reacción, no lo sé. Lo importante es que cuando rompió el espejismo, volvieron a respirar.

—Eso explica por qué el demonio de los guantes detuvo los latigazos —murmuré, más para mí misma que para Frasquita—. Dijo que el rey no les dejaba matar a nadie fuera de la Plaza.

Por alguna razón, no podía dejar de pensar en ese demonio. Había algo en él que me intrigaba. ¿Por qué hasta Tzadi le había obedecido? ¿Por qué se tapaba las manos con unos guantes?

—¿Te duelen? —me preguntó Frasquita, haciéndome volver a la realidad.

Me encogí de hombros, incapaz de decir en voz alta lo mucho que me ardían las heridas de la cara, los brazos y la espalda. Frasquita, a modo de respuesta, mojó el trozo de tela blanca en el líquido del cuenco y se inclinó hacia mí. Antes de que me tocara la piel, sin embargo, me aparté de ella con brusquedad.

—Es solo agua con sal —me explicó con la voz cansada—. Tengo que limpiarte las heridas, Carmen.

—Estoy b…

Joaquín entró en ese momento en la habitación y las palabras se me atascaron en la garganta. Llevaba la misma camisa blanca que dejaba al descubierto una parte de su pecho, y el pelo castaño revuelto. Tenía el pómulo derecho hinchado, y un feo moratón le teñía el rostro de rojo y morado. Aunque me aliviaba verlo bien, sano y salvo, no me gustó recordar lo que, por mi culpa, Tzadi había estado a punto de hacerle.

—Vete a dormir, Frasquita —le indicó a mi prima—. Tienes que descansar. Ya sigo yo.

Ella dudó unos segundos, pero, cuando estaba a punto de negarse, comenzó a toser. Fue un ataque fuerte, tanto que yo me incorporé en la cama y Joaquín corrió a su lado. Hasta Pan se levantó para acercarse a ella.

—Tranquilos —nos dijo, haciendo un gesto con la mano. Casi no podía respirar.

—¿Te traigo un poco de agua? —le preguntó Joaquín, preocupado.

Ella negó con la cabeza y, cuando se calmó, se quedó mirando hacia abajo, controlando el dolor que debía de sentir dentro del pecho. Al verla así, comprendí que seguía siendo la niña delicada que había conocido en Córdoba; la niña que no podía jugar con nosotros y se limitaba a mirar con

envidia y admiración como los demás trepábamos a los árboles. La niña que, a pesar de todo, llevaba veinte años burlándose de la muerte.

Y yo, estúpida e imprudente, la había puesto en peligro.

—Estoy bien —afirmó, levantándose de la silla. Le entregó a Joaquín el cuenco de agua y él, sin decir nada, lo cogió—. Solo necesito descansar un poco.

—¿Quieres que te acompañemos? —le pregunté.

Ella negó con la cabeza y, esbozando una sonrisa triste, se acercó hasta la puerta.

—Vigila que no le suba la fiebre —le dijo a Joaquín.

Cuando se marchó, Pan se bajó de la cama de un salto para irse con ella. Aunque sabía que era por una buena causa, me sentí algo traicionada al ver como el perro me abandonaba y me dejaba sola con Joaquín.

—¿Vienes a reñirme por haber sido una irresponsable y haber arriesgado vuestras vidas y todo eso? —le pregunté—. Si es así, puedes marcharte. Ya me siento lo bastante mal.

Lo miré y, cuando mis ojos se encontraron con los suyos, me arrepentí de haberlo hecho. Eran de un verde muy intenso, un verde demasiado bonito para ser real.

—No niego que te lo merezcas —me respondió él, sentándose en la cama junto a mí—. Pero no, no he venido a eso. Estoy aquí para cuidarte. Deja que alguien lo haga por una vez en la vida.

Las heridas de los latigazos empezaron a escocerme, como dándole la razón, y yo apreté los labios con fuerza. Siempre había tenido mucha resistencia al dolor, además de una increíble capacidad de curación, así que no estaba acostumbrada a que estuvieran pendientes de mí. Había aprendido muy pronto a apañármelas sola, y nunca había sido una buena paciente.

—Yo no necesito que me cuiden —espeté.

—Por supuesto que no —musitó él, poniendo los ojos en blanco.

—Además, ¿por qué tienes que ser tú quien lo haga? —le ataqué.

Joaquín sonrió, sabiendo que esa era la máxima muestra de cariño que iba a recibir por mi parte. La cicatriz que tenía en la comisura derecha de los labios se tensó. Tenía otra sobre el tabique de la nariz, que era ligeramente aguileña, y una más grande en la sien izquierda. Las que más

llamaban la atención, sin embargo, eran la que le cruzaba la mandíbula, que le bajaba hasta el cuello, y la que tenía en la mejilla derecha, justo debajo del ojo. La hinchazón del pómulo, sin embargo, las relegaba todas a un segundo plano.

—Puedo llamar a Lillas Pastia —me dijo, sin dejar de sonreír—, pero sabes que no lo hará con tanta delicadeza.

¿Por qué tenía que preocuparse tanto por mí? ¿Por qué tenía que empeñarse en hacerme sentir querida y especial? Chasqueé la lengua con fastidio y, sabiendo que era una batalla en la que tenía todas las de perder, extendí el brazo.

—Date prisa —le ordené, apartando la mirada.

Joaquín empezó a limpiarme las heridas del brazo con suavidad, con cariño, y yo me mordí la lengua para no quejarme. A pesar de que el agua con sal me quemaba, no podía negar que dejar que me cuidara después de lo que había pasado era, hasta cierto punto, agradable. Pero eso siempre era peligroso. No podía bajar la guardia.

—A mí me habría gustado que alguien me ayudara —me dijo, tras unos minutos de silencio—. Que me limpiaran bien las heridas para que no me quedaran cicatrices.

Estaba tan concentrado que ni siquiera levantó la cabeza. Yo, sin embargo, sí lo miré. Eran sus cicatrices las que le habían dado el mote del Remendao, pero nunca hablaba de ellas. Lo único que sabíamos era que había sufrido quemaduras siendo solo un niño y que, por ellas, se odiaba. Había crecido con una inseguridad de la que le era muy difícil desprenderse.

—Por favor —supliqué—, no seas como Dancaire. No me recites un versículo de la antigua fe para que aprenda el valor de dejarme cuidar.

—¿Efesios 4:2?

—Ese es sobre la paciencia —respondí—. Estoy segura de que ahora recitaría Salmos 147:3, que dice algo sobre curar heridas.

—Ah, sí. Dice que cierres la boca cuando te han abierto la piel a latigazos y alguien que te quiere está intentando ayudarte.

Nos miramos fijamente y, aunque intenté mantenerme seria, terminé esbozando una sonrisa. En un mundo normal nos habríamos reído y

habríamos dejado que la felicidad destruyera por un segundo todas nuestras preocupaciones, pero en el nuestro era imposible hacerlo. La risa se nos quedaba atascada en el pecho y, al igual que la música, era engullida por la oscuridad antes de nacer.

—¿Sabes? —susurró con la voz empapada de nostalgia—. Mi madre siempre decía que el mejor remedio para curar una herida es el amor. Antes me parecía una estupidez, pero… cada vez me lo creo más.

Al escuchar la mención a su madre, mi corazón se saltó un latido. Si había un tema que Joaquín tocaba aún menos que el de sus cicatrices, era el de sus padres. Al igual que yo, se había quedado huérfano siendo un niño y, cuando más perdido estaba, Dancaire lo había adoptado. Mis primas y yo llegamos a la familia con solo diez años; él, cuando tenía catorce. La inocencia de nuestra infancia se había convertido entonces en un recuerdo, en un tesoro olvidado que habíamos escondido bajo llave.

—¿Murió antes de que te hicieras las quemaduras? —le pregunté—. ¿Por eso no pudo ayudarte a curarlas?

Joaquín asintió y, como ninguno de los dos tenía ganas de revivir a los muertos, dimos por terminada la conversación. Quería volver a dormirme, intentar descansar, pero mi cabeza tenía ganas de trabajar. No podía dejar de pensar en los demonios, en lo que había pasado en la taberna, en lo que había visto en la Plaza.

—¿Por qué estarán aquí? —le pregunté sin poder contenerme. No me hizo falta especificar a quiénes me refería; él lo sabía de sobra.

—No lo sé —me respondió, llevando la tela mojada hasta las heridas de mi rostro.

Aunque parecía tranquilo, estaba tan cerca de mí que pude sentir cómo se le tensaban todos los músculos. No quería seguir con aquella conversación, y eso no hizo más que aumentar mis ganas de continuarla.

—Tendremos que averiguarlo —insistí—. No estoy tranquila sabiendo que el Escamillo está tan cerca.

Joaquín apartó la tela de mi cara y se puso muy serio. Hasta el verde de los ojos se volvió más oscuro.

—¿Por qué no dejas de buscar problemas? ¿O no vas a parar hasta que te maten?

—No pienso acobardarme ante…

—¡Carmen, ya vale! —exclamó, soltando el trozo de tela de golpe—. ¡Olvídate del Escamillo, por favor! ¿Has visto lo que Tzadi ha estado a punto de hacernos? ¿Lo que ha estado a punto de hacerme *a mí*? ¡Pues Yud habría sido mil veces peor!

Al verle explotar, la culpabilidad volvió a aplastarme los hombros como una pesada piedra y me di cuenta de mi propio egoísmo. Me había centrado tanto en mi dolor, en mi venganza, que ni siquiera le había preguntado cómo se sentía, si necesitaba algo de mí.

Sin embargo, y aunque eso me hizo daño, no pude pedirle perdón.

Hacía años que me sentía incapaz de demostrar afecto, de decir en voz alta palabras como «lo siento» o «te quiero». Por mucho que los sentimientos me hirvieran dentro del pecho, estos se me congelaban entre los labios cuando intentaba sacarlos. Hacía diez años que el dolor me bloqueaba, que me había refugiado en un escudo de orgullo y odio que me hacía sentir mucho más segura que la fragilidad del amor.

—No voy a olvidarme del Escamillo hasta que esté muerto —admití, aun sabiendo lo mucho que eso iba a dolerle.

Joaquín suspiró y, tras frotarse el entrecejo durante unos segundos, alzó la cabeza y me miró. Esperaba que discutiéramos, pero lo que me dijo fue mucho peor que cualquier insulto, mucho peor que cualquier ataque. Lo que me dijo después me dejó totalmente desarmada.

—Carmen, hoy he pasado mucho miedo —musitó—. Te quiero demasiado como para perderte.

Que Joaquín estaba enamorado de mí era algo que llevaba años sospechando; por la forma en la que me miraba, por cómo me cuidaba, por cómo intentaba cogerme las manos cada vez que nos acostábamos. Yo siempre buscaba el calor de su cuerpo; él, el de mi corazón. Sabía de sobra que yo no le correspondía, pero eso jamás había sido un impedimento para convertirme en el centro de su mundo.

—Joaquín…

—Sé que nunca vas a quererme como yo te quiero a ti —me cortó, inclinándose para acercarse un poco más—. Y no te lo digo para exigirte nada, sino para que lo recuerdes cada vez que vayas a meterte en

problemas. Por favor, Carmen, por el cariño que me tienes, olvídate de la venganza.

Quería salir corriendo, irme muy lejos y no volver jamás. Joaquín era guapo, valiente y siempre estaba para mí cuando lo necesitaba; era imposible que no me gustara. Sin embargo, no podía permitirme amarlo. Había aprendido hacía mucho que el amor no era más que sufrimiento y debilidad. Si dejaba que los sentimientos guiaran mis actos y me hicieran olvidarlo todo, estaría perdida.

—Yo nunca voy a querer a nadie como tú me quieres a mí —le dije, hiriéndome con ello.

Me perdí durante un instante en el verde de sus ojos y, al hacerlo, me sentí tan vulnerable que me enfadé. Con él por desestabilizarme, por quererme, por hacerme sentir una egoísta; conmigo misma por no corresponderle, por no ser capaz de conjugar el verbo amar junto a su nombre. Me enfadé con todo y con todos y, guiada por el fuego que eso me provocaba en las entrañas, lo sujeté por la nuca y lo besé.

No fue un beso romántico y delicado, sino uno salvaje, desesperado y febril; un beso que me representaba a la perfección. Él no tardó en devolvérmelo y, con la respiración acelerada, me rodeó con los brazos y me tumbó en la cama. Yo gemí y dejé que me tocara, ignorando el dolor de las heridas, mientras impregnaba mi piel con su aliento. Sus manos ansiosas subieron desde mi cintura hasta mis pechos, haciéndolos suyos, y yo arqueé la espalda para pegarme más a él. Quería sentirlo cerca, muy cerca, y que una vez más el placer hiciera desaparecer nuestro sufrimiento.

—Carmen… —susurró cuando bajó sus labios hasta mi cuello.

Rodé para colocarme encima de él y le puse la mano en la boca, impidiendo que dijera mi nombre, que convirtiera aquel acto animal en algo romántico. Después comencé a quitarle la ropa.

Me olvidé de los latigazos cuando él también empezó a desnudarme. Acabamos piel con piel, nuestros cuerpos unidos, besándonos las heridas. Sus manos me recorrían con admiración, las mías hacían lo mismo con necesidad. Ambos sabíamos que aquella noche podía ser la última, que con los demonios en Sevilla era mucho más fácil que descubrieran nuestras gracias y nos condenaran a morir en la Plaza; así que decidimos

aprovecharla. Labios, piel, sudor, suspiros y caricias; Joaquín conocía mi cuerpo tan bien como yo el suyo y, juntos, éramos capaces de vencer, aunque fuera por un instante, a la oscuridad que nos acechaba.

—Algún día amarás —suspiró él, borracho de placer, mientras sus manos se colaban entre mis piernas—. Estoy seguro de que lo harás.

No sabía de qué me estaba hablando, pero tampoco me importaba. Hasta que volviera a amanecer, lo único que necesitaba era que tanto la soledad como el miedo fueran solo un espejismo.

—Sigue —le indiqué, algo mareada por la maestría con la que sus dedos me tocaban.

Él obedeció y yo cerré los ojos, dejando que su calor derritiera el aliento gélido del miedo. El mundo entero desapareció a mi alrededor y, cuando no aguanté más, descargué toda mi rabia, todo mi dolor, en un gemido de placer. Mi cuerpo entero se contrajo y Joaquín, que sabía perfectamente qué era lo que me gustaba, retiró la mano y bajó los labios hasta mi vientre, creando un reguero de besos allí por donde pasaba, erizándome la piel. Volvió a ascender hasta mi cuello, hasta mis labios.

—Hazlo ya —le ordené, sintiendo que me temblaban las piernas de pura excitación.

—¿El qué? —me preguntó él, en un tono travieso—. ¿Esto?

Entró en mí con delicadeza y yo tuve que contenerme para no gritar. El cuerpo entero me ardía y, cuando sentí su dureza, enloquecí y me dejé llevar. Ya no había dolor que importara, ni odio ni miedo, solo Joaquín y lo que su cuerpo me hacía sentir. Comenzamos a movernos con una pasión desenfrenada, dos animales salvajes que gruñían y se arañaban y querían desgarrarse con los dientes; dos llamas provocando un incendio que nublaba los sentidos.

—Sí —susurré, incapaz de contener la sonrisa que me inundó el rostro —. Esto.

Le clavé las uñas en la espalda y, cuando él me mordió la mandíbula, temblé y me deshice bajo su peso. La explosión empezó en mi vientre, pero me llegó hasta las manos, hasta las rodillas, hasta los labios. Casi pude sentir un terremoto moviendo los cimientos de la tierra.

—No puedo más —gimió él, casi en una súplica—. Te juro que no puedo más.

Lo miré a los ojos y me moví con más fuerza para ayudarle, para llevarlo más adentro, al paraíso de placer en el que yo ya había desembarcado. Él no tardó en derretirse en mi interior y yo, perdida en sus ojos, estuve a punto de dejar que entrelazara sus dedos con los míos.

Por suerte, aparté la mano en el último momento.

5

A la mañana siguiente me desperté con el amanecer. Joaquín ya no estaba en mi cama porque le había pedido que se marchara. Él siempre intentaba quedarse a mi lado por las noches, después de habernos empapado el uno del otro, pero yo no quería que me abrazara cuando más sola me sentía.

—A veces siento que me estás utilizando —me había dicho una vez, dolido.

No le había contestado porque, en el fondo, tenía razón. Y me odiaba a mí misma por ello.

Sin darle más vueltas, encendí la lámpara de aceite que tenía junto a la cama y, antes de ponerme en pie, me levanté las mangas del camisón y me miré las heridas que los latigazos me habían hecho en los brazos. No me sorprendió encontrarlas completamente cerradas. La piel, unas horas antes en carne viva, ni siquiera tenía costra. Siempre me había curado muy rápido porque mi cuerpo sabía que no podíamos permitirnos flaquear.

Suspiré con cansancio y, después, me levanté y comencé a vestirme. Como todas las mañanas, tenía que ir a trabajar a la Fábrica. Me puse unas medias blancas con algún que otro agujero, atadas a las rodillas con lazos negros, y una falda del color del fuego cuyo largo dejaba ver mis zapatos de tafilete rojo. Me abroché una camisa de manga larga y, sobre los hombros, para evitar el frío, me eché un mantón de lana. El pelo, negro y rizado, me lo dejé suelto. Cogí las kinjaras que mis primas, al quitarme la ropa, habían dejado en la mesilla de noche. Aun sabiendo que no debía hacerlo, me las até en los muslos. Era incapaz de explicarlo, pero cuando sentía su filo dorado contra la piel notaba el cuerpo lleno de energía, como si saber que las tenía cerca me hiciera más fuerte. Por eso nunca las soltaba.

Salí de la habitación justo cuando Triana abandonaba la suya. Se había vestido con una camisa blanca de manga larga y una falda hasta los tobillos, pero, al contrario que yo, llevaba el pelo recogido en un moño. Hasta recién levantada sus movimientos eran elegantes, hermosos, de una arrogancia regia que atraía todas las miradas.

—Hombre, mira a quién tenemos aquí —me dijo mordaz cuando nos encontramos en el pasillo—. ¿Cómo estás, primita? Nosotros bien, gracias por preguntar. Hemos estado a punto de morir por tu culpa, pero supongo que deberíamos estar acostumbrados a las consecuencias de tus arrebatos.

No pude evitar que la sangre me subiera hasta las mejillas y las tiñera de rojo. Ya me sentía lo bastante mal por lo que había pasado en la taberna como para que Triana me hiciera sentir aún peor.

—Déjalo, ¿vale? Estamos todos bien y eso es lo importante. No tengo ganas de discutir.

—Claro, no tienes ganas de discutir —replicó ella—. Carmen tiene muy mal carácter y es mejor dejarla tranquila, aunque nos haya puesto a todos en peligro. ¡Démosle vía libre a sus locuras, qué más da!

Puse los ojos en blanco y, en silencio, caminé hasta las escaleras. Triana, aún molesta, me siguió. Así, acompañadas únicamente de una punzante incomodidad, bajamos y cruzamos el patio para entrar en la cocina.

Dentro olía a lumbre, a tostadas recién hechas, y, a través de la ventana, entraba la luz del amanecer. Dancaire siempre nos decía que, antes de la Caída, el cielo se teñía de rosas y naranjas cuando salía el sol, pero nosotras solo conocíamos el gris claro que nos habían dejado los demonios, la tormenta eterna que nos metía el frío en los huesos y había condenado al sol a ser un inocente preso.

—¡Buenos días! —exclamó Triana—. Qué alegría veros a todos sanos y salvos. Anoche llegué a pensar que tendríamos que celebrar un funeral.

—¡Triana! —la regañó Frasquita, sentada en la mesa junto a Joaquín y Candela.

—Ah, ¿ahora resulta que soy la única que lo pensó?

Pan estaba sentado junto a la mesa, a la espera de que alguien le diera su desayuno. Me agaché junto a él y le acaricié la cabeza, centrándome en la suavidad de su pelaje para ignorar a Triana.

—Buenos días, chiquitín —le dije.

—Buenos días a ti también, Carmen —me respondió Joaquín, esbozando una sonrisa divertida.

Alcé la cabeza para mirarlo y las imágenes de la noche anterior invadieron mi mente; sus manos recorriendo mi cuerpo, sus besos acariciando mis heridas, sus jadeos en mi piel. El brillo de sus ojos verdes pellizcándome el estómago por dentro.

—No me había dado cuenta de que estabas aquí —le dije, volviendo a ponerme en pie—. Pan eclipsa tu presencia.

—¿Has dormido bien? —me preguntó Frasquita, algo inquieta.

Asentí y, cuando abrí la boca para responder, alguien se quejó desde la chimenea.

—¡Ah! ¡Cómo quema!

Dancaire estaba también en la cocina, concentrado en coger las tostadas que había sobre la rejilla de la lumbre. Eran negras, pero no porque se hubieran quemado, sino porque desde que el equilibrio de la Tierra se había alterado con la Caída del Cielo, todo en la naturaleza lo era; las plantas, los árboles, las flores. Ya no existía un mundo sin sombras, y hasta nuestra comida tenía el color de la noche.

—Carmen —me dijo Dancaire cuando sacó del fuego las rebanadas de pan—. ¿Cómo estás?

—Bien —le respondí sin ganas de darle más detalles.

Dejó la bandeja sobre la mesa y se me acercó. Después, sin pedir permiso, me cogió la cara para observarme con atención, frunciendo ligeramente el ceño. Sus manos, como siempre, estaban calientes.

—Es increíble que las heridas se te hayan curado ya —comentó Joaquín, sorprendido—. Anoche tenían muy mala pinta.

—¿Preferirías que siguieran abiertas? —le respondí, apartándome de nuestro mentor para sentarme en una de las sillas vacías.

—Lillas Pastia me ha contado lo que pasó en la taberna —nos informó Dancaire. El aro de oro de su oreja soltó un destello cuando se sentó a mi lado—. No tendría que haberos dejado solos.

—Si hubieras estado anoche en la taberna —le dijo Triana, dándole un mordisco a la tostada que acababa de coger—, Tzadi te habría matado.

—¡No digas su nombre en voz alta! —exclamó Frasquita asustada.

—Y no hables con la boca llena —la regañó Candela.

—No entiendo por qué no podemos decir su nombre, ¿acaso se va a aparecer? —preguntó Triana—. ¿Y si lo digo por la noche cuando esté en la cama? La verdad es que era un demonio muy guapo.

—¡Triana! —la reprendió Frasquita—. No sé cómo puedes bromear con eso.

—Debería darte asco incluso pensarlo —añadí yo.

Candela arrugó la cara en un gesto de disgusto y alargó el brazo para alcanzar una rebanada de pan.

—Oye —le dijo Triana, mirándola con los ojos entornados—, ¿cuántas te has comido ya? Tú nunca desayunas tanto. Deja algo para los demás.

Candela se quedó muy quieta y yo la observé con atención. Sabía por qué tenía más hambre de lo normal y quería ver cómo reaccionaba. ¿Hasta cuándo pensaba escondernos su secreto?

—¿Por qué controlas lo que como y lo que no? —le respondió a la defensiva—. ¿Me vas a cobrar por comer de más?

—Bueno, ya vale —las interrumpió Dancaire, con su voz grave y autoritaria—. ¿Qué es lo que dice Lucas 3:11, Triana?

—Que compartamos la ropa o algo así.

—El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene qué comer, haga lo mismo —recitó nuestro mentor—. Todo lo que tenemos es también de los demás, porque puede que el pan se parta con las manos, pero se reparte con el corazón.

Triana asintió sin dejar de masticar el trozo de tostada que tenía en la boca y musitó:

—Pues dile al corazón de Candela que reparta mejor, porque ella lleva por lo menos tres tostadas y yo solo me he comido una.

—Ya está bien, de verdad —suspiró Dancaire, cortando la discusión—. Tengo que hablar con vosotros y no tengo mucho tiempo.

Que Dancaire dijera que tenía que hablar con nosotros nunca auguraba nada bueno. Su mera presencia no solía augurar nada bueno. Por eso, todos nos pusimos tensos. Ni siquiera Triana se atrevió a abrir la boca de nuevo.

—Supongo que os habéis dado cuenta de que la situación en la ciudad ha cambiado —continuó él—. La Corte del Infierno está ahora aquí, en Sevilla, y eso significa que debéis tener más cuidado que nunca. Lo fundamental es que no llaméis la atención, así que iréis de casa al trabajo y del trabajo a casa, sin entreteneros. No quiero que corráis riesgos innecesarios.

—¿Por qué me miras a mí? —le pregunté, frunciendo el ceño.

—¿Tú qué crees? —inquirió Triana, esbozando una sonrisa burlona—. Es inexplicable, pero está claro que eres su favorita. Si cualquiera de nosotros hubiera hecho lo que hiciste tú anoche…

—No tengo ningún favorito —la interrumpió Dancaire—. Y no solo te miro a ti, Carmen, porque todos corréis peligro. Ninguno de vosotros está acostumbrado a vivir rodeado de demonios, y lo que visteis anoche no es más que una muestra muy pequeña de lo que son capaces. Solo os voy a pedir una cosa: si os dicen que hagáis algo, lo hacéis; si os dicen que no lo hagáis, os quedáis quietos. ¿Entendido? Nada de desafiarlos.

Apreté la tostada sin darme cuenta y el aceite me manchó la mano. Quería luchar contra los demonios, no someterme a sus leyes.

—¿Vamos a… vamos a tener que marcharnos de Sevilla? —susurró Frasquita.

Todos nos quedamos callados, recordando con inquietud lo que había pasado diez años atrás. Cuando Luzbel trasladó la Corte a Córdoba, la taifa que nos había visto nacer a Candela, Triana y a mí, se convirtió en la nueva Granada. Los dragones colonizaron la ciudad y entraron en las casas sin avisar, llevándose a la gente entre gritos y dejando huérfanos por centenares. Los asesinatos en la Plaza se multiplicaron y vimos desaparecer a muchos de nuestros seres queridos de la noche a la mañana, incluidos nuestros padres. Si no hubiera sido por Dancaire, jamás habríamos sobrevivido.

Eso era lo que le esperaba a Sevilla.

—No… no creo que… qui-quizá si… —tartamudeó Dancaire. Al darse cuenta de lo mucho que le costaba, de que las mentiras no podían salir de su boca, se obligó a decir la verdad. Solo yo parecí darme cuenta de ello—. No

lo sé, en realidad. Tengo que hablar con los informadores. La situación es muy complicada.

Al pensar en abandonar Sevilla, en mi pecho se mezclaron dos sentimientos: las ganas de hacerlo y alejarme de Luzbel y sus matadores para siempre; y las de quedarme para acabar por fin con el Escamillo. No quería alejarme de Yud hasta que estuviera muerto.

—Si nos vamos de Sevilla se darán cuenta enseguida —dijo Joaquín, negando con la cabeza—. Cuando dejasteis Córdoba erais solo unas niñas huérfanas, pero ahora… Si faltamos al trabajo dos días seguidos, los soldados empezarán a buscarnos. Nadie se escapa de pagar el diezmo.

—Además —añadió Candela—, ¿a dónde íbamos a ir? No sabemos qué hay al otro lado de la sierra.

A pesar de que sospechaba que la causa por la que Candela no quería abandonar Sevilla era Antonio, sabía que tenía razón; no sabíamos qué había más allá. Con la explosión que provocó la Caída del Cielo, el mundo tal y como lo conocíamos había desaparecido en un mar de fuego y oscuridad. Por alguna razón, solo aquellos que vivíamos en el pequeño territorio de las taifas, conocido con anterioridad como Andalucía, habíamos sobrevivido. Sin embargo, no teníamos escapatoria posible. Al norte estaban las montañas; al sur, el océano.

—Podemos quedarnos en Sevilla y luchar contra ellos —propuse—. Podemos seguir actuando como siempre.

—Claro que sí, Carmen —me dijo Triana—. Has entendido a la perfección lo de no llamar la atención.

—No, nada de luchar —sentenció Dancaire, poniéndose muy serio—. Vuestra prioridad tiene que ser que los demonios no descubran vuestras gracias, ¿me habéis oído? Dejadme pensar qué vamos a hacer.

Me puse en pie y todos se giraron para mirarme. Incluso Pan, siempre tan tranquilo, levantó la cabeza con sorpresa. Estaba cansada de esconderme e intentar pasar desapercibida, cansada de ser una cobarde.

—Si hay alguien que pueda enfrentarse a ellos —afirmé—, somos nosotros.

—Carmen —me advirtió Joaquín.

—Se le ha ido la cabeza del todo —añadió Triana.

Sin embargo, lo decía de verdad. Tenía que haber alguna forma de destruirlos, alguna forma de usar nuestras gracias contra ellos. Me negaba a pensar que estuviéramos indefensos.

—Si los ángeles murieron —dije, apretando los puños—, también podrán hacerlo los demonios.

Dancaire clavó sus ojos oscuros en los míos, pero no dijo nada. Como siempre, lo que estaba pasando por su mente en ese momento era un misterio.

—La lección en la que se explica que solo los ángeles pueden matar a los demonios te la perdiste, ¿verdad? —me preguntó Triana.

—Y todos los ángeles están muertos —apuntó Candela.

—Pero tú usaste tu gracia contra Tzadi —le dije a Frasquita, que ante mis palabras se hizo más pequeña—. Si pudiste dormirlo significa que tenemos una oportunidad contra ellos.

—Que pudiera dormirlo no significa que consiguiera llenarle la cabeza de sueños —me respondió ella—. No sé… no sé hasta qué punto fue una estupidez lo que hice.

Abrí la boca para replicar, pero Dancaire dio un golpe en la mesa y todos nos sobresaltamos.

—¡Ya vale! —exclamó—. Carmen, admiro tu efusividad y te prometo que encontraremos una forma de enfrentarnos a los demonios, pero si queremos que ese día llegue, tenemos que seguir con vida. Ahora no es el momento de pensar en otra cosa que no sea sobrevivir.

—¿Y merece la pena vivir sometidos? —le pregunté.

—Vivir siempre merece la pena —me respondió él—. El Creador nos dio…

—¡Deja de repetir versículos de la antigua fe como si fueras un loro! —le grité sin poder contenerme—. Ni el Creador ni los ángeles hicieron nada por nosotros cuando estalló la guerra, y ahora ya no pueden ayudarnos.

—Tu padre no querría que tú…

—¡Mi padre también está muerto, Dancaire! ¡Acéptalo de una vez!

Solo los crujidos de la lumbre rompieron el silencio que siguió a mis palabras. A pesar del dolor en la mirada de mi mentor, no me arrepentía de lo que había dicho. Ni Marcos, ni Lucas, ni los Corintios podían luchar por

nosotros; y sabía que no era la única en aquella cocina que lo pensaba. Por mucho que Dancaire se empeñara en ello, la antigua fe servía para tan poco como la nueva para acabar con los demonios, y nadie podía resucitar a los muertos.

Estaba a punto de decir eso en voz alta cuando Frasquita comenzó a toser y todos dimos un respingo. Ella se tapó la boca con la mano y, a pesar de las quejas de sus pulmones, negó con la cabeza.

—Tranquilos —dijo, con los ojos llenos de lágrimas.

Candela le puso una mano sobre la pierna y Dancaire se levantó a toda prisa para llevarle un vaso de agua. Frasquita, agradecida, se lo bebió a sorbitos, haciendo que la tos mitigara.

—¿Quieres que te acompañe a casa de los marqueses? —le pregunté.

—No, Carmen —me respondió ella, esbozando una sonrisa triste—. Estoy bien.

Dancaire volvió a sentarse en la mesa y, al cabo de unos segundos, a todos se nos había olvidado por qué acabábamos de discutir. A nadie le importaban los demonios cuando recordábamos que Frasquita podía morir.

—Ayer no conseguimos nada de dinero —dijo Joaquín de repente, cambiando de tema para obligarnos a todos a pensar en otra cosa—. ¿Qué vamos a hacer? Hoy llegan a Sevilla las caravanas de las demás taifas. Necesitamos conseguirle provisiones a Lillas Pastia y no nos las van a regalar.

El dinero. Con todo lo que había pasado en la taberna, lo había olvidado por completo. A nosotros nos pagaban lo justo para vivir y pagar el diezmo de la Iglesia, así que robábamos a los soldados en la taberna para poder comprar más comida cuando llegaban las caravanas. Lillas Pastia era quien se encargaba de distribuirla entre quienes más lo necesitaban, usando la taberna como tapadera. Si no robábamos, había mucha gente que no podría comer; y el hambre era el peor de los demonios.

Dancaire entornó los ojos y casi pude escuchar cómo trabajaba su cerebro. Habíamos visto esa expresión muchas otras veces y sabíamos lo que significaba: que tenía un plan.

—Yo me encargaré de eso —musitó—. Vosotros, id a trabajar.

—No te vamos a dejar solo —le dijo Joaquín—. Dinos qué podemos hacer y lo haremos.

—No vais a hacer nada —le respondió Dancaire muy serio—. Es demasiado peligroso. Además, hoy os necesito en la ciudad. Quiero que me digáis exactamente cuántos dragones hay en las calles, en los campos, en la Fábrica. Frasquita, tú tienes que estar atenta a las conversaciones que escuches en casa de los marqueses. Cuanta más información tengamos, mucho mejor.

Justo en ese momento, las campanas de la catedral rompieron el silencio de la ciudad. Todas tañeron a la vez con ímpetu y algo de rabia, y convirtieron cada segundo en un doloroso golpe de bronce. Su sonido entró por las ventanas y se nos enquistó a todos en el pecho. Pan comenzó a ladrar y solo dejó de hacerlo cuando le acaricié la cabeza para que se relajara.

—Hora de marcharse —canturreó Triana, levantándose de la silla.

—No hagáis ninguna tontería —nos pidió Dancaire, preocupado, cuando los demás hicimos lo mismo—. Por favor.

Nadie le contestó. Joaquín iría a trabajar al campo, como todos los hombres de Sevilla; nosotras, a excepción de Frasquita, a la Fábrica de Tabacos. Los cinco, sin embargo, sabíamos de sobra que la vida tal y como la conocíamos estaba a punto de convertirse en un mero recuerdo.

6

La Fábrica de Tabacos de Sevilla tenía su propia organización interna. Las cigarreras, organizadas en mesas de seis, quitábamos los nervios centrales de las hojas negras de tabaco y las cortábamos para liarlas y convertirlas en cigarros.

Aunque solíamos hablar en voz alta mientras trabajábamos, aquella mañana el silencio y la tensión se palpaban bajo los techos abovedados de la nave principal. La presencia de los demonios en Sevilla había hecho que sustituyéramos las animadas conversaciones por susurros y miradas de soslayo.

Mientras liaba las hojas de tabaco con la agilidad que otorga la experiencia, alcé la vista para mirar a los dos dragones que, desde el otro lado de la estancia, nos vigilaban. Con las manos llenas de tatuajes, uno de ellos tenía el pelo largo y cobrizo, recogido en una trenza que le caía sobre el hombro derecho; el otro, algo más alto, lo tenía negro y rizado. Ambos nos observaban con aire de aburrimiento, como si haber sido relegados a vigilar el trabajo de cincuenta humanas fuera lo peor que podría haberles pasado.

Candela, sentada frente a mí, miraba sin disimulo a una compañera de la mesa de al lado. La mujer, poco mayor que nosotras, tenía atado un cordel a la pierna y, con él, hacía que se balanceara una pequeña cuna de madera en la que descansaba un bebé recién nacido. Probablemente, al verlo, Candela estaría pensando en la locura que era tener un hijo en un mundo como el nuestro, en las complicaciones que iba a traernos su imprudencia. No podíamos darle un futuro a ese niño cuando ni siquiera podíamos asegurar el nuestro.

—¿Soy yo o aquí dentro hace hoy más calor de lo normal? —preguntó Triana, sentada junto a mí. Dejó de redondear cigarros sobre el tarugo de madera y comenzó a abanicarse con las manos—. Me estoy derritiendo.

Volví a mirar a los dos dragones que paseaban por la nave y, con la voz teñida de rabia y desafío, le respondí:

—Es que los demonios lo han convertido todo en el Infierno.

—Carmen —me regañó Candela, mirándome con el ceño fruncido—. Ya vale.

Dolores, la encargada de nuestra mesa, negó con la cabeza. A pesar de tener un rango superior al nuestro, siempre nos había tratado con cariño. Era ella quien nos había enseñado a trabajar cuando, con solo doce años, habíamos entrado como aprendizas. Con paciencia y dedicación, Dolores nos había demostrado que, a pesar de todo, nuestras compañeras de trabajo también podían ser familia. Era ella quien nos protegía y quien, sin que nadie lo supiera, nos entregaba cada mes las hierbas que impedían que nos quedáramos embarazadas. Su lema era «en la Fábrica de Tabacos, si tocan a una, nos tocan a todas». Y nosotras lo habíamos aplicado a la vida.

—No te esfuerces, Candela —le dijo la mujer, clavando sus ojos marrones en los de ella—. Esta zagala es un pájaro rebelde imposible de domar.

—Si los demonios escuchan a Carmen decir esas cosas, la castigarán. ¿Ya os habéis olvidado de lo que pasó anoche?

—Yo no —respondió Triana.

—Los demonios son como los perros —dije, la vista fija en el tabaco, pero mi mente recordando a Tzadi—, pueden oler el miedo. Si no lo tienes te respetan más.

Dolores soltó un bufido y, sacándose unas tijeras del bolsillo del delantal, me replicó:

—No seas tonta, niña. —Comenzó a cortar una hoja negra de tabaco—. Viví muchos años en Granada cuando la Corte estaba allí y los conozco bien; no es así como se consiguen las cosas con ellos.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó Triana, apoyando los codos en la mesa.

Dolores miró por encima del hombro para comprobar que los dragones estaban aún al otro lado de nave, y después susurró:

—Que jamás vais a ganarles en una lucha, así que si queréis tener alguna ventaja contra ellos tenéis que ser más listas y darles lo único que no han tenido durante miles de años, lo único que el Creador les quitó al encerrarlos en el Infierno: placer y diversión.

Arrugué la nariz al escuchar las palabras «demonio» y «placer» en la misma frase. La única razón por la que me apetecía acercarme a ellos era para apuñalarlos, ni siquiera me había planteado que tuvieran deseos o pudieran disfrutar de algo que no fuera causar sufrimiento.

—Los demonios conocen muy bien el dolor —continuó Dolores, mirándonos a todas—, así que si lo que queréis es tenerlos en la palma de la mano, tenéis que seducirlos y dejar que os seduzcan para que bajen la guardia.

—Preferiría cortarme los dedos de las manos con un cuchillo sin afilar antes que seducir a un demonio —espeté.

—Los demonios no seducen, Dolores —apuntó Candela—. Cuando desean a alguien, lo toman y ya está.

Sabía que mi prima estaba pensando lo mismo que yo; la forma en la que Tzadi había tocado a Joaquín en la taberna; cómo se había llevado a Frasquita sin que pudiéramos hacer nada para impedirlo.

—¿Que los demonios no seducen? —replicó Dolores, dejando las tijeras sobre la mesa—. A ellos les gusta jugar, está en su naturaleza, y eso es una ventaja. No te matarán si les haces creer que tienes algo que quieren. Cuanto más tardes en dárselo, más tiempo permanecerás con vida.

Para bien o para mal, no podía negar el hecho de que a los demonios les gustaba jugar. Era lo que Tzadi había hecho conmigo, y yo había caído en su trampa.

—Cuando vivía en Granada —continuó la mujer—, trabajé durante un tiempo en las cocinas del palacio de Dar al-Horra. Allí conocí a los señores del Infierno y pude ver todo lo que hacían en la Corte.

—¿Y qué hacían? —quiso saber Triana.

—Fiestas, fiestas sin límites que dejarían en evidencia a la más salvaje de las nuestras… y que estaban repletas de humanos. Nos odian, sí, pero

también les fascinamos.

Bufé con aburrimiento y Dolores me miró con el ceño fruncido.

—¿Sabes por qué llevan humanos a sus fiestas? —le pregunté, perdiendo la paciencia—. Para torturarlos y matarlos. No hay más. Eso es lo que de verdad les gusta. ¿No has visto lo que nos hacen en las Plazas?

—Te equivocas —replicó la mujer—. Los demonios no solo parecen hombres, sino que les atrae lo mismo que a ellos.

Puse los ojos en blanco y Triana, cuyo interés cada vez parecía más real, preguntó:

—¿Y por qué parecen hombres? ¿Por qué no hay *demonias* o como quiera que se llamen las hembras de su especie?

Dolores volvió a comprobar que los dragones seguían sin hacernos caso y, después, respondió:

—Porque el Creador hizo antes a los ángeles. Primero fueron ellos, luego Adán y, por último, Eva. Digamos que los ángeles fueron una prueba.

Eso explicaba por qué todos los demonios, que eran ángeles caídos, parecían hombres. Habían sido un modelo que el Creador, aburrido de su perfección, tuvo que mejorar. Adán y Eva fueron su obra final.

—¿A nosotras nos creó las últimas? —preguntó Triana, alzando una ceja —. Eso explica por qué tenemos menos defectos.

—Vamos a terminar metiéndonos en un lío —musitó Candela—. Callaos ya.

Las tres le hicimos caso y volvimos a centrarnos en el tabaco. Las palabras de Dolores, sin embargo, se quedaron dando vueltas en mi cabeza. ¿Y si era verdad que la tentación era el único punto débil de los demonios? ¿Era ese el camino para acercarme al Escamillo? No, era asqueroso incluso pensarlo. El único placer que iban a encontrar conmigo era el de la muerte.

Seguí trabajando para distraer la mente y, cuando unas horas después sonó la campana que indicaba el descanso, ya me había olvidado por completo del tema.

—¡Venga! —nos apremió uno de los demonios—. ¡Daos prisa!

Con la disciplina de un pelotón de artillería, todas las cigarreras nos pusimos en pie y, en silencio, pusimos rumbo a la salida. Antes de abandonar la mesa cogí con disimulo las tijeras de Dolores y me las metí en

el bolsillo del delantal. Aunque también llevaba las kinjaras escondidas, había tantos demonios en la ciudad que quería llevar encima todas las armas que me fuera posible.

En el patio, como hacíamos cada mañana, nos acercamos a la fuente que había en el centro. Pasábamos tanto calor dentro de la nave que salíamos ansiosas por beber agua y limpiarnos el sudor. Por esa razón, los soldados del cacique se reunían en la entrada de la Fábrica a esa hora, para observar con un interés excesivo cómo el agua nos acariciaba la piel y, si tenían suerte, incluso nos mojaba la ropa.

—¡Oye, guapa! —me gritó uno de los soldados cuando pasé por su lado —. ¿Por qué no vienes a darme un beso? Hoy me siento muy solo.

Apreté los puños y me giré para encararme con él, pero Candela me cogió por la muñeca y, con esfuerzo, me llevó hasta la fuente. Allí, Triana y las demás cigarreras se agachaban para lavarse. Al contrario que en la nave, el cielo abierto del patio parecía darles ganas de hablar, y el silencio que nos había acompañado toda la mañana se llenó enseguida con sus voces.

—¿Por qué no me has dejado decirle a ese soldado qué es lo que quiero darle de verdad? —le pregunté a Candela, molesta.

Mi prima se colocó a mi lado y, bajando la voz, dijo:

—Porque hoy no están solos, Carmen. Mira.

Me giré con disimulo para seguir la dirección de su mirada y entonces los vi: al otro lado del patio había tres dragones. Dos de ellos eran los que nos habían estado vigilando en la Fábrica, pero el que más llamó mi atención fue el que los acompañaba. Era el demonio que me había salvado la vida en la taberna. Con unos guantes de cuero cubriéndole las manos y el pelo oscuro despeinado, el rostro tan perfecto como lo recordaba; estaba hablando con sus compañeros.

De repente, la rabia me estalló dentro del estómago. Su mera existencia me gritaba «estás viva gracias a mí», y no quería sentirme en deuda de ninguna forma con un demonio. Sabía cómo lidiar con el resentimiento, pero no con la gratitud.

—¿Qué narices hacen aquí? —pregunté—. Deberían estar vigilando al rey, ¿no?

—El rey no necesita que lo vigilen —me respondió Triana, aún agachada sobre la fuente—. Nosotras, al parecer, sí.

—Claro que nos vigilan —dijo Candela—. Tenéis escrito en la cara «estamos haciendo algo malo». Disimulad un poco.

—¿Y si comprobamos si Dolores tiene razón con eso de la tentación? —nos preguntó Triana.

Se levantó un poco la falda y se bajó las medias, dejando a la vista las pantorrillas. Después, comenzó a mojarlas con el agua de la fuente. Alzó la vista para mirar al demonio de la trenza y él, al darse cuenta, clavó sus ojos rojos en los suyos. Al principio pareció extrañado, como si no supiera qué era exactamente lo que quería Triana, pero cuando ella le sonrió, él le devolvió el gesto. Y yo me puse nerviosa.

—Triana —la advirtió Candela—. ¿De verdad quieres que se acerque?

—Candela, se te va a llenar el pelo de canas como sigas así de amargada —le respondió ella.

—Si se acerca, lo rajo —añadí yo, deseando sacar las tijeras que había escondido en el delantal.

Pero Triana se estaba divirtiendo de verdad, y cuando eso sucedía era imposible detenerla. Se subió un poco más la falda, mojándose la pierna hasta la rodilla, y el demonio ladeó la cabeza con interés.

—Parece que funciona —susurró Triana, masajeándose con el agua.

El demonio de la trenza se pasó la lengua por los labios, sin dejar de mirar a Triana, y a mí me entraron ganas de vomitar. Me di la vuelta, asqueada, y mi mirada se cruzó con la del soldado que me había pedido un beso unos minutos antes. Estaba diciéndole algo a uno de sus compañeros, señalando a Triana, y cuando lo vi hacer un gesto obsceno y sonreír con lascivia, no aguanté más. Me daba igual que fueran muchos más y que estuvieran armados, iba a romperles los dientes.

Avancé hacia ellos, enfadada, pero cuando estaba a pocos pasos me detuve de golpe. Dos soldados humanos llegaron corriendo hasta el patio, sudando como si los persiguiera la mismísima muerte, y solo se detuvieron al llegar junto a sus compañeros, que dejaron de prestarnos atención.

—¿Qué ocurre? —le preguntó uno de los soldados a los recién llegados.

El que parecía menos acalorado cogió aire y, poniéndose muy serio, dijo:

—El teniente Zúñiga nos necesita a todos inmediatamente en la Dehesa.

—¿Por qué? —preguntó otro soldado.

—Porque hemos encontrado al Dancaire. Vamos a capturarlo.

Mi corazón se detuvo durante un segundo y, después, comenzó a latir a toda velocidad. Dancaire. Solo hizo falta una palabra para que todo mi mundo se volviera del revés. No. ¡No! ¿Cómo podían haberlo encontrado? Dancaire era un fantasma que llevaba años burlándose de la justicia, una sombra imposible de rastrear.

Mi mente se puso en marcha al instante y los pensamientos se me agolparon en la cabeza. Tenía que impedirlo. Tenía que hacer todo lo posible por entretener a los soldados y retenerlos allí; tenía que ayudarle. En la puerta de la Fábrica había al menos veinte; si conseguía que llegaran tarde a la Dehesa, quizá le daría a Dancaire una oportunidad de escapar.

Miré a mis primas y se me ocurrió una idea. Guiada por la desesperación, le grité a Triana:

—¿Qué has dicho? ¡Repítelo, bruja!

Tanto humanos como demonios se giraron para mirarme, lo que me dio fuerzas para continuar con la farsa. Triana alzó la cabeza, confusa, y yo la miré como lo hacía cuando éramos niñas y quería que me ayudara a ocultarle algo a Dancaire. La miré con ansias de complicidad y ella, tras observar de reojo a los soldados, lo entendió.

—¡Que estoy harta de ti! —vociferó, poniéndose en pie. Candela intentó impedir que lo hiciera, pero ni Triana ni yo le hicimos caso y avanzamos para encararnos en el centro del patio—. ¡Harta!

Las cigarreras dejaron de lavarse y comenzaron a murmurar. Me saqué las tijeras del delantal y amenacé a Triana con ellas, haciendo que nuestras compañeras ahogaran un grito.

Triana, sin embargo, sonrió y sacó sus propias tijeras del bolsillo de su delantal. No me sorprendió que hubiéramos pensado lo mismo, ya que nos habíamos criado juntas.

—¡Eh, vosotras! —gritó uno de los soldados.

Ataqué a Triana y ella dio un paso atrás, por lo que me quedé a pocos centímetros de rajarle la cara. Si hubiera querido hacerle daño, lo habría hecho; pero solo quería llamar la atención de los soldados. No me

importaba pasar la noche en el calabozo si con eso le daba tiempo a Dancaire.

Triana apretó la mandíbula y yo, aprovechando que le estaba dando la espalda a los soldados y no podían verme, usé el filo de las tijeras para hacerme un corte en el antebrazo izquierdo. Aunque fue rápido y limpio, sentí un dolor intenso cuando el metal me abrió la piel. Eso, sin embargo, no me detuvo.

—¿Pero qué me has hecho? —grité mientras la sangre caliente me empapaba el brazo y mojaba el suelo.

Los soldados se acercaron hasta nosotras, apartando a las demás, y yo tuve que contener una sonrisa triunfante. Alcé las tijeras de nuevo, pero no me dio tiempo a hacer nada con ellas. Una sombra apareció en ese momento junto a mí y, con una mano enguantada, me agarró la muñeca en el aire, haciendo que las soltara de golpe. Cuando el metal manchado de sangre se estrelló contra el suelo, el patio entero enmudeció.

—La sangre de las heridas que se hace uno mismo no huele igual que la sangre de las que nos hacen otros —me susurró, con una voz tan grave y profunda que me recordó al calor crepitante del fuego—. ¿Qué era lo que pretendías, hija de Adán?

Era él, el demonio que había detenido los latigazos en la taberna. Su rostro estaba muy cerca del mío; sus ojos rojos evaluándome, analizándome. Tiré de la mano para que me soltara, pero no lo hizo. Tenía demasiada fuerza.

—Me han atacado —me defendí.

—No es verdad. Te has rajado tú.

—¿Y qué? —le pregunté, desafiante—. ¿Qué vas a hacerme?

Los dragones les indicaron a los soldados humanos que se marcharan, que ellos se encargaban de la situación, y estos obedecieron de inmediato. ¡Mierda! ¡La distracción no había servido para nada! Candela se acercó a abrazar a Triana y las dos, asustadas, observaron cómo el demonio me retenía.

—Si quieres comprobamos cómo huele la sangre de una herida que no te has hecho tú misma —me amenazó el demonio, mirándome fijamente.

Intenté zafarme de nuevo, la rabia y la preocupación ardiéndome dentro del pecho, pero no lo conseguí. Ya no tenía las tijeras, pero sí las kinjaras. Podía desenvainar una y clavársela en el estómago.

—Sé cómo huelen las heridas que hacen los demonios —repliqué, recordando lo que me habían hecho la noche anterior—. Si quieres impresionarme, vas a tener que esforzarte un poco más.

El demonio me observó con atención y llevó la vista hasta la herida que el latigazo me había hecho en la cara. Al darse cuenta de que estaba cerrada, de que donde debería haber una costra la piel se había regenerado por completo, entornó los ojos.

—Ten cuidado porque tus deseos pueden hacerse realidad —me susurró.

Volvió a mirarme a los ojos y mis entrañas se encogieron llenas de ira. Moví la mano que tenía libre para sacar la kinjara, pero el demonio averiguó mis intenciones y me cogió también la otra muñeca, inmovilizándome los brazos a la espalda. Después, desaparecimos del patio.

El estómago me dio un vuelco y escuché gritar a Candela. No sabía lo que estaba pasando, pero contuve la respiración cuando sentí mi cuerpo ingrávido, como si estuviera hecho de sombras y volara, y durante unos segundos sentí un frío inhumano. Un instante después, volví a ver la luz y mis pies tocaron el suelo.

Aparecimos en el callejón del Agua, una calle estrecha y solitaria que, llena de iünas, discurría junto a la antigua muralla. Tardé un momento en darme cuenta de que el demonio me había transportado con él a través de la oscuridad.

Aunque estaba algo mareada, intenté liberarme. El demonio gruñó y me empujó contra la piedra de la muralla, aprisionándome con su propio cuerpo. Colocó los brazos a ambos lados de mi rostro, convirtiéndolos en los barrotes de una jaula, sus piernas sobre las mías.

—¡Quieta! —me ordenó, los ojos ardiendo muy rojos, aterradores.

Estaba tan cerca que nuestros rostros casi se rozaban, que su respiración me calentaba la piel. Tenía unas facciones asquerosamente perfectas, los pómulos y la mandíbula tan marcados que parecían tallados con cincel. Tres aros de plata brillaban en su oreja derecha, mientras que el cartílago de la izquierda se lo atravesaba un pendiente en forma de flecha.

—¡Suéltame!

Intenté de nuevo escapar de su prisión, moviéndome como un animal atrapado; y justo en ese momento la sangre de mis venas comenzó a calentarse. Los tatuajes dorados fueron apareciendo en la piel de mis brazos al ritmo de los latidos de mi corazón. ¿Lo estaría notando él? Gruñí, ansiosa por escapar, pero el demonio se limitó a observarme con atención.

—No vas a matarme —le dije, escupiendo las palabras, al ver que no tenía forma de huir—. Tu rey no te lo permite.

—¿Por qué crees que tendría algún interés en matarte? —me preguntó él, alzando una ceja.

—¿En qué lo ibas a tener si no?

El demonio se quedó muy quieto, analizando mi rostro con detenimiento. Su mirada se detuvo unos segundos en el lunar que tenía debajo del ojo derecho, observándolo con interés. Mi pecho subía y bajaba con rapidez, casi rozando el suyo, y tenía la garganta seca.

—Hay muchas cosas de ti que me interesan —susurró.

Parpadeé un par de veces, incrédula, y él, probablemente interpretando mi sospecha como interés, bajó la vista hasta mis labios. ¿Por qué me miraba de una forma tan sugerente? ¿Acaso, como nos había dicho Dolores en la Fábrica, estaba tentándome?

En realidad no me importaba, porque no pensaba seguirle el juego.

Con un rápido movimiento lo empujé y me liberé de su prisión. Comencé a correr, pero él volvió a agarrarme con sus manos enguantadas. Apreté los dientes, rabiosa, e hice lo único que se me ocurrió para apartarlo de mí: darle un manotazo en la cara. En cuanto mi piel rozó la suya, el demonio gritó y se apartó de golpe, llevándose las manos al rostro como si le hubiera quemado.

Me miré las palmas de las manos y, sintiendo que la fuerza para crearla salía de lo más profundo de mis entrañas, hice aparecer una bonita flor roja.

Un clavel. El símbolo de la pasión y el amor.

—Espero que tengas dónde esconderte —gruñó el demonio—, porque acabas de firmar tu sentencia de muerte.

Tenía la mandíbula crispada y se sujetaba la cara como si el dolor fuera insoportable. Verlo así, como si él fuera la presa y yo el cazador, me

produjo una extraña y sorprendente satisfacción.

—¿Es una amenaza? —le pregunté, entornando los ojos.

—Una advertencia, más bien.

Aunque sus pies estaban clavados en el suelo, el ligero movimiento de sus hombros me indicaba que estaba intentando transportarse. No parecía poder conseguirlo. Quería marcharse, o quizá acercarse a mí con la velocidad de las sombras, pero su poder no le respondía. ¿Sería también por culpa de mi gracia? ¿Por lo que le había hecho? Frasquita había conseguido dormir a Tzadi, y yo acababa de quemarle la cara a aquel demonio.

Podíamos hacerles daño. *De verdad* podíamos hacerles daño.

Tenía que avisar a mi familia. Tenía que contarles que era yo quien tenía razón, que éramos más poderosos de lo que habíamos pensado y que, quizá, existía alguna oportunidad de vencerlos. Tenía que hacerlo antes de que el demonio recuperara su poder y me matara.

Tiré la flor al suelo y, levantándome la falda, desenvainé una de mis kinjaras. Lo amenacé con el filo de oro mientras comenzaba a retroceder, y él observó el arma durante unos segundos. Después, cuando clavó sus ojos en los míos, me pareció ver algo humano dentro de ellos, algo que no había visto en los demás y se parecía peligrosamente a la compasión. Así me había mirado cuando había detenido los latigazos. ¿Habría sentido, aunque fuera por un segundo, lástima por mí?

No quería que lo hiciera, porque yo era incapaz de sentirla por él.

—No te atrevas a acercarte a mi familia —le dije, aún con la daga en alto.

—¿Es una amenaza?

—Una advertencia, más bien.

Di media vuelta y comencé a correr. No me di cuenta de que había dejado el clavel tirado en el suelo, dándole con ello un inesperado toque de color a un lugar gris en el que, por primera vez, un demonio había mirado a una humana como si fuera una igual.

7

Aún tenía la daga en la mano cuando llegué a casa. Había salido corriendo del callejón, mirando hacia atrás cada dos pasos, con el aroma del clavel metido en la nariz. El demonio, sin embargo, no me había seguido. Y yo no podía creérmelo. ¿Cómo había sobrevivido a un enfrentamiento con un hijo de Luzbel? ¿Cómo había podido *quemarle*?

—Hola, pequeño —le dije a Pan, acariciándole la cabeza cuando corrió a recibirme—. Menos mal que estás aquí.

El perro me lamió la mano con cariño mientras movía el rabo, y yo sonreí.

—Carmen.

Al escuchar la voz de Joaquín di un salto y, con los latidos disparados, lo amenacé con la kinjara.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó.

Al darme cuenta de que estaba bien, de que estaba a salvo, los músculos de mi cuerpo se relajaron.

—¿Y tú? —le respondí, bajando la daga—. ¿No deberías estar trabajando?

—Han cogido a Dancaire —soltó él, poniéndose muy serio—. Y a Pastia. Van a acusarlos de robo y contrabando.

Apreté los dientes con fuerza y tiré la daga al suelo, haciendo que Pan se asustara con el golpe. La empuñadura, aunque parecía hecha de una fina cerámica, no se rompió.

—¡Joder! —exclamé, apartándome el pelo de la cara—. ¡Van a condenarlos a morir en la Plaza!

—Nos han visto cientos de veces en la taberna —me dijo Joaquín, dando un paso nervioso hacia mí. El dolor se reflejaba en el verde de sus ojos—.

No creo que vengan a por nosotros, pero debemos estar alerta.

Maldije por lo bajo y lo miré, preocupada. Claro que iban a venir a por nosotros. Probablemente no por relacionarnos con Dancaire y Lillas Pastia, sino porque yo acababa de quemarle la cara a un jodido demonio.

—¡Madre mía, Carmen! —exclamó Joaquín de repente—. ¿Qué te ha pasado?

Había olvidado por completo la herida que me había hecho con las tijeras. Me miré el antebrazo y resoplé con fastidio.

—Nada —respondí, quitándole importancia.

Joaquín se acercó y me cogió el brazo con delicadeza. Sus manos estaban calientes y eso me hizo sentir bien. Por eso, solo por eso, no me aparté.

—Estás temblando —susurró él, mirándome a los ojos con preocupación.

Tenía razón. Me temblaba todo el cuerpo, pero no sabía a qué se debía. ¿Estaba enfadada o tenía miedo? ¿Era inquietud o dolor lo que sentía dentro del pecho? Quizá solo era la conmoción de haberme enfrentado a un demonio.

Joaquín hizo el amago de abrazarme, pero en el último momento decidió quedarse quieto, a la espera. Sabía que no me gustaban los abrazos y no quería incomodarme. Yo tenía mi propio lenguaje del amor, mis formas de demostrar afecto, y él siempre se acomodaba a ellas. Él siempre se esforzaba por hacerme sentir bien.

—Cuéntame todo lo que sepas —le pedí, algo nerviosa—. Por favor.

Joaquín suspiró y, después, me dijo:

—Te lo contaré arriba. Primero deberías cambiarte.

Bajé la vista y, al darme cuenta de que mi ropa estaba llena de sangre, asentí. Recogí la kinjara del suelo y subimos las escaleras el uno detrás del otro, seguidos de cerca por Pan. Cuando llegamos a mi habitación, el perro se subió a la cama de un salto y Joaquín comenzó a hablar.

—Dancaire iba a asaltar las caravanas de comida que llegan hoy a la ciudad —me dijo mientras se acercaba hasta la pared para descolgar una de mis camisas limpias. Solo tenía dos, aunque era mucho más que lo que podía decir la mayoría de gente de las taifas—. Estaba en la Dehesa con los

de la banda, esperando, pero han aparecido los soldados de Antonio y los han cogido.

—¿Cómo te has enterado?

—El Bigotes me ha dado un chivatazo. —Apartó la mirada cuando me entregó la camisa, como si nunca me hubiera visto desnuda, y yo la cogí sin decir nada. El Bigotes era uno de los informadores de Dancaire, un chico joven que pasaba desapercibido entre los soldados y que sentía un mal disimulado afecto por mi prima Frasquita—. Ya sabes que es una conexión, y cuando Dancaire y los demás no han salido del túnel con la mercancía… se ha temido lo peor. Ha ido al cuartel de la Puerta de la Carne a husmear y, después, ha corrido al algodonal para contármelo. En cuanto me lo ha dicho, me he escapado del trabajo para buscaros.

—¿Y lo tienen allí? —le pregunté, esperanzada, mientras me ponía la camisa limpia y me la metía dentro de la falda—. A Dancaire. ¿Lo tienen en el cuartel?

Joaquín se quedó callado unos segundos, mirándome con tristeza, y después musitó:

—No. Lo han llevado a la prisión del Alcázar.

La prisión del Alcázar. ¡Mierda! Sería mucho más difícil sacarlo de la cárcel del palacio, sobre todo ahora que era la nueva sede de la Corte del Infierno.

—Ahora cuéntame qué te ha pasado —me pidió Joaquín, probablemente para cambiar de tema y que olvidara cualquier idea de rescatar a Dancaire que se me pasara por la cabeza.

—Los soldados de Antonio han aparecido en la Fábrica —le expliqué, casi atragantándome con las palabras, mientras comenzaba a deambular por la habitación—. Han dicho que habían encontrado a Dancaire y que iban a ir a por él. Triana y yo hemos intentado retenerlos, pero no ha servido para nada. Después, un demonio me ha…

—¿Te ha hecho algo? —me interrumpió él. Aunque parecía tranquilo, apretó los puños con tanta fuerza que se le marcaron todas las venas del brazo.

—No —respondí, sorprendiéndome a mí misma al darme cuenta de que estaba siendo sincera—. Lo ha intentado, pero… le he quemado la cara.

Con las manos.

—¿Que has hecho qué?

—No sé qué ha pasado —respondí, tan asombrada como él—, pero creo… creo que ha tenido algo que ver con mi gracia. ¡Ha servido para algo, Joaquín! ¡Podemos hacerles daño!

—¿Has usado tu gracia contra un demonio?

Pan, aún tumbado en la cama, levantó la cabeza y nos miró con interés. Quizá era el cambio en el tono de nuestra voz lo que había llamado su atención, pero parecía realmente interesado en la conversación.

—Pues claro que la he usado. ¿Qué querías que hiciera cuando me tenía retenida? ¿Preguntarle su color favorito?

Joaquín chasqueó la lengua y se masajeó el entrecejo durante unos segundos. Después se acercó hasta mí y me cogió las manos.

—Tienes que irte de Sevilla cuanto antes —me dijo—. Yo te acompañaré.

—¿Te has vuelto loco? —le pregunté, zafándome de él—. No voy a irme sin sacar a Dancaire de esa prisión.

—Carmen…

—¡No, Joaquín, no voy a abandonarlo!

Me di la vuelta para no tener que mirarlo a la cara. Sabía tan bien como él que lo que le estaba diciendo era una locura, pero no pensaba echarme atrás. Si tenía que morir, lo haría; yo no iba a dejar atrás a Dancaire. Él nunca lo había hecho conmigo.

—¿De verdad… de verdad crees que nuestras gracias pueden hacerles daño? —me preguntó, rompiendo el incómodo silencio en el que nos habíamos sumido.

Cerré los ojos un segundo, recordando la agradable sensación que había recorrido mi cuerpo cuando le había quemado la piel al demonio, y después volví a girarme hacia él. Nuestra experiencia con los siervos de Luzbel era prácticamente nula. Hasta ese momento nos habíamos limitado a mirarlos de lejos en contadas ocasiones. Nunca habíamos tenido la oportunidad de enfrentarnos a uno cara a cara. ¿Cómo íbamos a saber lo que nuestras gracias podían provocarles?

—Tanto la de Frasquita como la mía han funcionado —respondí—. ¿Por qué no iban a hacerlo las vuestras?

—Eso significaría que tenemos una oportunidad —murmuró él, cruzándose de brazos. Sabía que no le emocionaba la idea de entrar en el Alcázar, pero también que no iba a dejarme sola. Joaquín nunca me dejaba sola—. Tendríamos que encontrar la forma de entrar en la prisión.

Empecé a deambular de nuevo por la habitación, esta vez más nerviosa, y entonces lo recordé: la fiesta del Alcázar. Cuando el teniente Zúñiga la había mencionado en la taberna, solo me había importado que el motivo de su celebración era el traslado de la Corte a Sevilla. En ese momento, lo vi como una oportunidad. Nuestra única oportunidad.

—Mañana por la noche habrá un baile de máscaras en el Alcázar —dije, sintiendo la emoción en las entrañas—. ¿Crees que podremos colarnos?

—No debería ser un problema para unos ladrones como nosotros.

Entorné los ojos, pensativa, y seguí dando vueltas por la estancia. Ir al Alcázar, donde estarían Luzbel y sus matadores, era una completa y absoluta locura. Sin embargo, ¿qué otra opción teníamos? ¿Dejar morir en la Plaza a nuestro amigo y mentor? ¿A Lillas Pastia? No, no iba a permitirlo.

—Necesitamos organizamos —murmuré, casi sin darme cuenta—. Y armas.

—No —me respondió Joaquín—. Lo que necesitamos son máscaras.

Máscaras, claro. Ahí estaba la clave. Si nos disfrazábamos bien, haciéndonos pasar por nobles y seguidores de Luzbel, colarnos en la fiesta podía ser fácil.

Lo difícil iba a ser convertirnos en ellos.

Cuando mis primas llegaron a casa, estaba anocheciendo. Por la ventana de mi habitación se veía el cielo, que tenía un degradado que iba del gris claro al negro más oscuro, el color de la ausencia del sol y la luna. Joaquín y yo nos habíamos quedado dormidos en mi cama y, sin darme cuenta, había apoyado la cabeza en su pecho. El rítmico movimiento de su respiración me tenía hipnotizada. Su piel olía a romero, un aroma que hacía que mis

heridas dolieran menos y sintiera algo a lo que no estaba acostumbrada: tranquilidad.

—¿Hola? —gritó Triana desde el piso de abajo—. ¿Hay alguien?

Abrí los ojos de golpe y, al darme cuenta de la postura en la que estábamos, me incorporé de un salto y me alisé las arrugas de la falda, disimulando la incomodidad que aquella intimidad me provocaba. Pan, tumbado a los pies de la cama, empezó a mover el rabo.

—¡Estamos arriba! —respondió Joaquín mientras se levantaba.

Mis primas subieron las escaleras a toda prisa y, cuando llegaron a mi habitación, Candela corrió a abrazarme.

—¡Carmen, estás viva! —exclamó, al borde del llanto—. Estábamos muy preocupadas. ¿Te ha hecho algo ese demonio?

—No —respondí, dando un paso hacia atrás para apartarme—. ¿Y a vosotras?

—Nada —murmuró Candela, colocándose el mantón de lana que le cubría los hombros—. Nos han obligado a trabajar hasta el final de la jornada y nadie nos ha dicho una palabra sobre ti. Estábamos de los nervios.

Volvió a mirarme de arriba abajo, como si no pudiera creerse que estuviera entera, y yo me sentí terriblemente mal. Yo estaba sana y salva, sí, pero Dancaire y Lillas Pastia no. Y eso iba a destrozarlas.

—Lo de la pelea fue muy divertido —me dijo Triana, sentándose en la cama para acariciar a Pan—, pero ¿nos puedes explicar a qué narices vino todo eso? ¿Qué pretendías?

Joaquín y yo intercambiamos una mirada de complicidad y, con un nudo en la garganta, decidí contarles la verdad.

—Escuché a los soldados decir que iban a capturar a Dancaire. Estaba intentando retrasarlos, pero no sirvió para nada.

—Lo han llevado a la prisión del Alcázar —añadió Joaquín.

Candela ahogó un grito y se tapó la boca con las manos. Triana, sin embargo, se quedó muy quieta, mirándonos como si no nos creyera.

—¿Cómo? —preguntó Candela con un hilo de voz.

Sus ojos azules se convirtieron en cristal por culpa de las lágrimas. Entendía su dolor, pero no podíamos detenernos a llorar. Si el demonio del

callejón no había aparecido aún para castigarme, no tardaría en hacerlo. Y aún había muchas cosas de las que hablar.

Suspiré con cansancio y, alternando la mirada entre mis dos primas, dije:

—Joaquín y yo vamos a colarnos mañana en la fiesta del Alcázar para intentar salvarlos; a él y a Lillas Pastia.

Un silencio sepulcral se instaló entre nosotros; durante unos segundos solo se escucharon las voces que nos llegaban desde la calle. Pan, que había vuelto a dormirse, soltó un largo suspiro en sueños, pero nadie le hizo caso.

—¿Una fiesta en la que no solo estarán los hombres más importantes de la ciudad, sino también el rey de los demonios y los señores del Infierno? —preguntó Triana en un tono mordaz—. ¿Qué puede salir mal?

—Yo voy —dijo Candela.

—Esto no es ningún juego —replicó Joaquín—. Es muy peligroso.

Mi primer impulso fue el de apoyarlo, pero entonces me miré las manos y recordé el bonito clavel que había creado en el callejón. No íbamos a enfrentarnos a soldados humanos, sino a criaturas del Infierno, y la única arma que teníamos contra ellos éramos nosotros mismos.

—¿Estaríais dispuestas a usar vuestras gracias contra los demonios? —les pregunté—. ¿Estaríais dispuestas a enfrentaros a ellos?

—Desde luego que no —dijo Triana.

—¿Qué estás tramando? —me preguntó Candela, alzando una ceja.

—Empiezo a pensar que no es casualidad que todos nosotros fuéramos unos recién nacidos cuando los demonios destruyeron el mundo —le expliqué—. Empiezo a pensar…

—Que los ángeles nos dieron sus gracias por alguna razón —me cortó ella.

Como no fui capaz de decirlo en voz alta, asentí. ¿Y si nuestras gracias no eran una casualidad? ¿Y si eran algo más que un efecto secundario provocado por la explosión que destruyó el Cielo?

—El único problema es que no tenemos claro que todas las gracias vayan a funcionar contra ellos —explicó Joaquín—. No sabemos qué les provocarán.

—Da igual —dijo Candela, que de repente se había puesto muy seria—. Entraremos sea como sea.

—Yo no he dicho que vaya a ir —apuntó Triana.

La ignoré y, sin pretenderlo, le miré el vientre a Candela. Ahí dentro había un bebé, y no quería que corriera riesgos innecesarios. Para ella, entrar en el Alcázar no solo iba a ser peligroso a nivel físico, sino también a nivel emocional.

—En la fiesta va a estar Antonio —le advertí— y también su mujer. ¿Eso no te distraerá?

Candela alzó la barbilla con orgullo, como si así quisiera ocultar que mis palabras le habían hecho daño, y me respondió:

—También va a estar el Escamillo y ni siquiera has mencionado la posibilidad de que eso te distraiga a ti. No será esa la razón por la que quieres entrar en el Alcázar, ¿verdad?

Apreté los dientes y di un paso hacia ella, enfadada por sentirme atacada, rabiosa porque, en el fondo, sabía que tenía razón. Mi prioridad era Dancaire, por supuesto, pero también había pensado en Yud. No sabía cómo iba a reaccionar si me lo encontraba en el Alcázar. Estaba *deseando* encontrármelo en el Alcázar.

—Si crees que no voy a saber controlarme delante de…

—¡Bueno, ya está bien! —exclamó Joaquín, acercándose hasta nosotras para separarnos—. ¡No os pongáis a discutir ahora!

Justo en ese momento, alguien abrió la puerta de la calle y Pan soltó un ladrido. Todos nos quedamos quietos, expectantes, pero fue Frasquita quien subió las escaleras y entró en la habitación. En su rostro brillaba una sonrisa que, al vernos todos tan serios, se evaporó de golpe.

—¿Qué ha pasado? —preguntó algo asustada.

Candela se acercó hasta ella para darle un abrazo y, sin poder disimular el nudo que tenía en la garganta, le dijo:

—Menos mal que estás bien.

—Frasquita —la llamé yo, intentando parecer tranquila—. Cuando anoche tocaste a Tzadi…

—No digas su nombre —me interrumpió ella.

No le hice caso.

—Cuando anoche tocaste a Tzadi —repetí, demostrándole que no tenía miedo—, ¿qué pasó? ¿Le hiciste daño?

Frasquita se encogió un poco, como golpeada por una ráfaga de aire gélido, y después se acercó hasta nosotras. Recordar lo que había pasado con Tzadi hizo que sus ojos grises se oscurecieran, que pareciera más frágil y pequeña de lo que ya era.

—No —respondió, casi en un susurro—. Solo lo dormí. ¿Por qué?

—¿No lo quemaste? —insistí yo.

Ella frunció el ceño, extrañada, y después negó con la cabeza.

—Entonces cada gracia actúa de forma distinta con los demonios —dije, mirándolos a todos.

Si Frasquita podía dormirlos y yo quemarlos, ¿qué podrían hacerles los demás? ¿Los controlaría Joaquín con su música? ¿Y la risa de Triana, qué les provocaría? ¿Candela sería capaz de averiguar lo que sentían o había algo más?

—Con el mío se morirán de risa —apuntó Triana—. Aunque no literalmente.

—O sí —le respondió Joaquín.

—Qué pena que no vayamos a comprobarlo —dijo Triana sin dejar de acariciar a Pan—. No voy a unirme a vuestra misión suicida.

—¿Misión? —preguntó Frasquita.

—Nada interesante —le respondió Triana—. Como han detenido a Dancaire y a Lillas Pastia, quieren colarse en una fiesta llena de demonios para sacarlos de la prisión del Alcázar y evitar que los maten. Ah, y lo mejor de todo es que parece que podemos atacarlos con nuestras gracias, pero no tenemos ni idea de qué les van a provocar. Un plan sin fisuras.

Frasquita abrió mucho los ojos, sorprendida y asustada, y después me miró a mí. No tuve más remedio que apretar los labios y asentir con la cabeza, sabiendo que con ello le estaba partiendo el corazón.

—Tú no vas a venir —añadí para tranquilizarla. ¿Y si le daba un ataque de tos mientras estábamos dentro del Alcázar? ¿Y si dejaba de respirar?—. Pero puedes ayudarnos a entrar. Trabajas en casa de los marqueses, has tenido que ver o escuchar algo que pueda ayudarnos.

Frasquita se quedó pálida de repente, como si la sangre se le hubiera congelado dentro de las venas. Los ojos le brillaban como si estuviera a punto de ponerse a llorar, pero ninguna lágrima asomó por ellos.

—Sé… sé dónde tienen la invitación —titubeó. Tosió y a mí se me encogió el corazón, pero enseguida recuperó la compostura—. La he visto. Podemos dormirlos, robársela y hacernos pasar por ellos. Cogeremos sus vestidos.

—He dicho que tú no…

—¿Y nos valdrán? —inquirió Candela, pasándome por encima—. La marquesa tiene como cincuenta años.

—Les haré los cambios que sean necesarios —respondió Frasquita—. Para algo soy su costurera, ¿no?

Los cinco nos quedamos callados, notando la tensión que había invadido el ambiente y, tras unos segundos de silencio, Triana suspiró.

—¿De verdad me vais a obligar a ir con vosotros? —preguntó.

—Es la única oportunidad que vas a tener en la vida de ponerte un vestido bonito —le dijo Frasquita, esbozando una sonrisa.

—¿Cómo de bonito? —inquirió Triana, los ojos entornados con interés.

—Precioso.

Aunque la preocupación me latía en la garganta, el orgullo que sentía dentro del pecho me hizo quedarme callada. Esos eran los ladrones valientes y sinvergüenzas a los que tan bien conocía; esa era mi familia. Ninguno de nosotros se quedaba solo jamás.

—Vale, me has convencido —dijo Triana, poniéndose en pie—. En el fondo lo hago por vosotros, porque si no voy me vais a echar muchísimo de menos. ¿Preparamos algún otro detalle de nuestro plan suicida o podemos bajar a cenar?

Estaba a punto de decir que no había más que hablar cuando Candela, muy seria, nos dijo:

—Deberíamos tener claro quién es cada uno de los matadores.

Triana puso los ojos en blanco y se sentó de nuevo en la cama. Frasquita comenzó a frotarse las manos con nerviosismo y, Joaquín, que miraba a Candela con atención, se cruzó de brazos.

—¿Por qué? —pregunté yo—. Vamos a llevar máscaras, me da igual si el demonio con el que me cruzo se llama Resh o Nuun.

¿Daría igual también si me cruzaba con el demonio del callejón? ¿Y si de alguna forma me reconocía? No, no iba a hacerlo. Con la cara tapada con

una máscara, era imposible que supiera quién era.

—Carmen —susurró Frasquita—. No digas sus nombres.

—Porque son los únicos demonios con poderes en toda la Corte del Infierno —me respondió Candela, ignorándola—. Tenemos que reconocerlos para saber qué puede hacer cada uno de ellos y así anticiparnos. Todos los dragones pueden transportarse, sí, pero ya visteis lo reales que parecen las ilusiones de Tzadi. Lo que hacen los señores del Infierno no es ninguna tontería.

—¡Que no digáis sus nombres! —insistió Frasquita—. ¡Para algo tienen apodos!

—¡Madre mía! —exclamó Triana—. ¡Qué pesada eres! ¿Qué te pasa con sus nombres?

—¿No os acordáis de la canción que nos cantaba Dancaire cuando éramos pequeñas?

Nadie respondió, por lo que Frasquita carraspeó y, sin alzar el tono de voz, comenzó a cantar:

—«Los señores del Infierno son por todos conocidos; no repitas sus nombres si quieres seguir vivo».

Triana bufó con escepticismo y, apoyando las manos en el colchón, le replicó:

—Por favor, Frasquita, es una canción infantil muy tonta.

La canción infantil sobre los matadores. Recordaba a Dancaire cantándonosla por las noches hasta que nos dormíamos, a Candela y a Triana entonándola mientras saltaban a la comba, a mí repitiendo una y otra vez la estrofa que hablaba del Escamillo mientras pensaba en la muerte de mis padres. Era una canción infantil, sí, pero también una advertencia.

—Yo no la conozco —dijo Joaquín, que se había unido a la familia mucho más tarde—. ¿Qué dice?

Frasquita lo miró algo asustada, como si no se atreviera a entonarla en voz alta.

—¿De verdad tengo que cantarla yo? —le preguntó.

—Nadie más se la sabe —respondió Candela.

—Es que no quiero decir sus nombres.

—Bueno —añadió Triana—, la canción dice que no *repitas* sus nombres. Técnicamente, si los dices solo una vez, no estás incumpliendo las normas.

Frasquita suspiró y, tras cerrar los ojos para coger fuerzas, empezó a deambular por la habitación.

—Está bien —dijo. Carraspeó para aclararse la garganta y, después, comenzó a cantar en voz baja—. «Shin es el rey de las tormentas, que tenga cuidado quien mienta».

—A Shin lo llaman el Tifón, y no solo detecta las mentiras, también puede crear tormentas —explicó Candela—. Tiene unas letras extrañas tatuadas en la cara que van desde la frente hasta la barbilla. Ah, y lleva trenzas en el pelo.

—¿Cómo sabes eso? —le preguntó Joaquín, extrañado.

—Porque, a diferencia de vosotras, escucho lo que cuenta Dolores de sus años en Granada.

—Sigue —le indiqué a Frasquita. No quería que aquella conversación se eternizara.

Ella asintió y, sin dejar de caminar, continuó cantando:

—«Resh está hecho de fuego, no hay más que llamas en su cuerpo».

—No es tan impresionante como parece —la interrumpió Triana, mirándose las uñas.

—El fuego es aterrador —comentó Joaquín—. He vivido en mi propia piel lo destructor que puede llegar a ser.

Resh, el Magma, era quien creaba las bolas flotantes que iluminaban la Plaza. Se comentaba que por sus venas corría fuego en vez de sangre, y eso lo hacía impredecible.

—«¡Cuidado con Nuun, que con tres ojos puede verte! —continuó cantando Frasquita—. ¡Cuidado con Nuun, que puede poseerte!».

Nuun, el Monje, era quien les había dado fama a las posesiones demoníacas. No me tranquilizaba pensar que había un matador que podía meterse dentro de nuestro cuerpo.

—A Nuun se le reconoce porque tiene un ojo tatuado en la frente —expuso Candela—. De ahí lo de los tres ojos. Ah, y también puede poseer animales.

Todos miramos a Pan que, al sentirse observado, alzó la cabeza para mirarnos con la sospecha pintaba en sus ojos ambarinos.

—Curioso, pero bastante tétrico —murmuró Triana—. Ese tiene que ser el peor.

Frasquita negó con la cabeza y, bajando un poco más la voz, continuó con la canción:

—«Vav puede provocar dolor, romperte un hueso o detener tu corazón».

—Vale, el peor es ese sin duda —dijo Triana.

—Vav siempre lleva una máscara que le tapa la nariz y la boca —explicó Candela, colocando la mano en la zona del rostro que el matador llevaba cubierta—. Lo llaman… el Torturador.

Me estaba empezando a doler la cabeza. Era mucha información para una sola noche, y saber que los señores del Infierno eran tan poderosos no me tranquilizaba. Por mucho que pudiéramos hacerles daño, nuestras gracias eran una broma si las comparábamos con sus poderes.

—«Tzadi es como un hechicero» —continuó Frasquita—, «y con su magia hace realidad tus más profundos miedos».

—Acordaos de que Tzadi tiene unos tatuajes alrededor de los ojos que…

—Ya lo conocemos —la corté—. El siguiente.

Frasquita me miró y, quedándose donde estaba, cantó con algo de tristeza la última estrofa:

—«Yud no tiene poder, dicen que se lo quitó Luzbel».

Por alguna razón, el Escamillo era el único de todos sus hermanos que no podía utilizar la magia oscura del Infierno. Por eso debía de haberse convertido en el más cruel y sanguinario de todos los demonios.

—A Yud se le reconoce porque lleva el ojo derecho tapado con un parche —explicó Candela—. Y tiene unos tatuajes en forma de tentáculos que le suben por el cuello.

Apreté los puños al pensar en Yud, ya que su mera existencia transformaba mi sangre en odio. El día en que por fin lo tuviera delante, el día en que estuviéramos cara a cara, sería el día de su muerte. Vivía por y para ese momento.

—Muy bien, pues ya podemos reconocerlos a todos —dijo Triana, volviendo a ponerse en pie—. Ahora sabemos de buena mano que no

tenemos ninguna oportunidad contra ellos. ¿Cenamos?

Suspiré, agotada, y me froté las sienes. Necesitaba asimilar todo lo que había pasado aquel día. Estaba rabiosa, cansada y triste, pero sobre todo preocupada. ¿Y si no tenían a Dancaire en la prisión del Alcázar? ¿Y si estaba llevando a mi familia a una muerte segura?

—Carmen —me llamó Joaquín—. No deberías dormir esta noche aquí.

—¿Y vosotros? —pregunté, mirándolos a todos.

—A nosotros puede que nos busquen los soldados —respondió él—, pero no somos sospechosos. Si actuamos con normalidad y fingimos no saber nada, no van a detenernos. Tú has atacado a un demonio, corres peligro.

Tenía razón. Si el demonio del callejón me estaba buscando, no tardaría en encontrarme. Podía averiguar fácilmente dónde vivía. «Espero que tengas dónde esconderte, porque acabas de firmar tu sentencia de muerte». Se me erizó el vello de la nuca solo con recordar su voz.

—Podemos preguntarle al Bigotes si puedes dormir en su casa —continuó Joaquín—. Dancaire se ha escondido allí muchas veces. Iré contigo.

—No —le dije, poniéndome seria—. Iré sola. Tenéis que ir mañana a trabajar como si no supierais nada de mí, de Dancaire o de Lillas Pastia.

—¿Y si nos preguntan dónde estás? —preguntó Frasquita.

—Fingid que he desaparecido.

Todos asintieron y, sin decir una palabra, salimos de la habitación; yo para marcharme, ellos para despedirse. Pan se bajó de la cama de un salto y nos siguió, trotando con alegría.

—Nos vemos mañana en la casa de los marqueses —nos indicó Frasquita al llegar al vestíbulo—. Venid cuando terminéis de trabajar. Os haré entrar de uno en uno.

—Tened cuidado —les dije a todos, abriendo la puerta.

—Tú también —me respondió Joaquín, abrazándome con la voz.

Me apresuré a salir a la calle para rehuir el dolor de la despedida y Pan, como si no quisiera que me fuera sola, comenzó a ladrar. Candela lo mandó callar y, antes de darme tiempo a decir nada, antes de poder arrepentirnos de aquella decisión, cerró la puerta y me dejó sola en la oscuridad de la noche.

8

La casa de los marqueses de Raga era un auténtico palacio. Estaba situada en el barrio rico, donde vivían aquellos que no habían sufrido lo más mínimo con la Caída del Cielo, los que siempre habían estado en la cúspide de la sociedad. La fachada tenía dos plantas; en la de abajo estaba el portón de entrada, rodeado por una moldura de piedra y enmarcado por dos columnas de mármol blanco que sostenían el balcón balaustrado de la de arriba. Las rejas de hierro forjado que protegían las ventanas tenían el escudo de la familia de Raga: dos leones rampantes separados por una lanza.

Un carruaje tirado por dos caballos atravesó la noche a toda velocidad, y yo me aparté justo a tiempo para no ser arrollada. Me coloqué bajo una de las farolas de aceite que iluminaban la calle y, con disimulo, me retiré de la cara el mantón de lana que me cubría la cabeza. Dentro de la casa había luz, y me pregunté si Frasquita habría llevado a cabo su parte del plan. ¿Estarían los marqueses ya dormidos? ¿Habrían llegado los demás? Solo tenía una forma de averiguarlo.

Di un paso al frente, pero justo en ese momento dos soldados uniformados pasaron por delante de la casa de los marqueses. La mayoría de ellos estaban ya en el Alcázar, pero a otros, probablemente los de rango más bajo, les habrían ordenado vigilar las calles. Y yo había tenido la mala suerte de encontrármelos. Llevaban un fusil colgado al hombro y, en cuanto me vieron, me miraron con desconfianza.

—Por favor —les dije, la voz suplicante y la vista fija en el suelo—. Denme una moneda para comer.

—¡Lárgate de aquí o te pego un tiro! —me ordenó uno de ellos—. Aquí no se permiten ni vagabundos ni prostitutas.

Aunque me entraron ganas de desenvainar las kinjaras, me cubrí la cara con el mantón y fingí que abandonaba la calle cojeando. Sin embargo, en cuanto los soldados estuvieron lo bastante lejos, corrí hasta la casa de los marqueses y golpeé la puerta con la aldaba dorada.

—Vamos, Frasquita —murmuré, mirando a ambos lados de la calle con la inquietud de quien se sabe perseguido—. Ábreme.

Un minuto después, mi prima abrió la puerta vestida con su sencilla ropa de trabajo y, sin decir una sola palabra, tiró de mí hasta meterme en la casa.

—Carmen —me dijo, mirándome de arriba abajo—. Nos tenías preocupados. Los demás ya están arriba.

Estábamos en un amplio zaguán de paredes alicatadas con azulejos. A ambos lados teníamos sendas puertas de madera y, frente a nosotras, se abría un patio de planta cuadrada con galerías porticadas y columnas de jaspe negro. Su suelo estaba recubierto de brillantes losas ajedrezadas y, en el centro, se alzaba una fuente de piedra cubierta de iünas que vomitaba agua como una herida abierta.

—He tenido que esperar un poco para poder salir de casa del Bigotes sin que nadie me viera. ¿Has podido…?

—Sí —me cortó ella—. Están todos dormidos, los marqueses y los sirvientes.

Frasquita comenzó a caminar y yo la seguí. Atravesamos el patio en silencio y, al otro lado, encontramos las escaleras que llevaban al piso superior. Las subimos con el sigilo de dos ladronas pero, al contrario que cuando robábamos, estábamos nerviosas. En mí se notaba por el corazón, que me golpeaba el pecho con mucha fuerza; en Frasquita, porque no dejaba de frotarse las manos. Las lámparas de aceite lo teñían todo de un cálido y titilante color naranja que, a su vez, creaba sombras danzantes en las paredes.

Cuando llegamos a la planta de arriba, dejamos atrás un par de inmensos y lujosos salones, cada cual mejor decorado que el anterior. Sin hacer ningún ruido, llegamos a la alcoba de la marquesa. Frasquita cerró la puerta de madera tras nosotras y a mí me llegó el intenso olor de la madera quemada mezclado con el de un dulce perfume de mujer.

—¡Por fin! —exclamó Triana, levantándose de uno de los grandes sillones que había frente a la chimenea encendida. Se había puesto un bonito vestido azul oscuro que resaltaba todas sus curvas, las mangas y el cuerpo cubiertos de un fino encaje dorado. El pelo, largo y liso, lo llevaba suelto—. Si llegas a tardar un minuto más, nos vamos a la fiesta sin ti.

—No digas eso —la regañó Candela, levantándose enseguida del otro sillón. Llevaba el pelo de oro recogido; su vestido, de color vino, no era tan provocativo como el de Triana. Más vaporoso y elegante, destacaba mucho el azul de sus ojos y le hacía parecer una mujer de clase alta—. Nadie se va a quedar atrás.

—¿Dónde está Joaquín? —pregunté.

—Aquí —dijo él, saliendo justo en ese momento de la habitación contigua; un dormitorio más pequeño en el que, probablemente, dormiría la hija de los marqueses—. Estaba terminando de vestirme.

Giré la cabeza para mirarlo y me quedé sin palabras. Llevaba un traje de levita negro, un chaleco color crema con bordados dorados y, a juego, un corbatín anudado al cuello. Jamás lo había visto tan elegante, tan guapo, y odié que eso me provocara un extraño vértigo en el estómago.

—Estás horrible —le ataqué, intentando ocultar así el hecho de que mis mejillas se habían encendido.

—¿Gracias? —respondió él esbozando una sonrisa.

Crucé la habitación para acercarme a la amplia cama con dosel que había en el centro de la estancia y le di la espalda tanto a Joaquín como a los sentimientos que me provocaba. Como el suelo estaba cubierto con una gruesa alfombra, mis pies no hicieron ningún ruido.

—Vamos a cambiarnos —me dijo Frasquita, colocándose junto a mí. Sobre la colcha bordada de la cama, además de una caja de madera llena de extravagantes máscaras, había dos vestidos. Como los de Candela y Triana, ambos eran de manga larga. Uno de ellos celeste; el otro, de un degradado que iba del negro más oscuro en el torso al rojo más intenso en la falda—. Vas a querer el rojo, ¿verdad?

Asentí y me deshice de mi ropa con rapidez. Después, me puse el vestido. Llevaba las kinjaras envainadas en los muslos y, al mirar a

Frasquita, me di cuenta de que se había escondido un pequeño cuchillo en las medias.

—¿Dónde habéis encerrado a los marqueses? —pregunté, indicándole a Frasquita con un gesto que me ayudara a abrocharme el vestido.

—En la habitación pequeña —me respondió ella, algo avergonzada, mientras me apretaba las intrincadas cintas que mi vestido tenía a la espalda —. No se despertarán hasta mañana y…

—… pensarán que han ido a la fiesta —continué yo—. ¿Y los sirvientes?

—En la cocina. Tampoco van a despertarse.

En cuanto Frasquita terminó con mi vestido, cambiamos de posición para que yo pudiera ayudarla con el suyo.

—¿No fueron los marqueses de Raga los que entregaron a su hijo como *primogénito*? —quiso saber Triana.

Todos conocíamos la existencia de los primogénitos, pero era una práctica que solo se llevaba a cabo en la alta sociedad. Guiados por un fanatismo que no era más que desesperación camuflada de fe, las familias ricas entregaban a sus primeros hijos recién nacidos a la Iglesia de los Renegados para que los Apóstatas los criaran y los convirtieran en ofrendas cuando crecieran. Lo hacían en honor del rey de los demonios, y este, a cambio de su sacrificio, les otorgaba un lugar de honor en el Infierno. Desde que el Cielo y los ángeles habían desaparecido, esa era la única forma de asegurarle a tu alma una eternidad libre de torturas en el Infierno.

—Sí —respondió Frasquita, en voz baja—, pero no hablan mucho sobre el tema.

—No me extraña —bufó Triana—. Yo tampoco mencionaría el hecho de que le he regalado mi bebé recién nacido al Apóstata Balthasar.

—El Apóstata Balthasar es peor que los demonios —soltó Joaquín—. La maldad más pura tiene su rostro, y no el de Luzbel.

—¿Por qué dices eso? —le pregunté. Me di la vuelta para mirarlo en cuanto terminé de abrocharle las cintas del vestido a Frasquita—. ¿Lo conoces?

—No —musitó él—. No lo conozco.

Todos odiábamos a los Apóstatas porque el diezmo que nos exigían pagarles nos condenaba a la pobreza más absoluta, pero el resentimiento que rezumaba la voz de Joaquín me hizo sospechar que había algo más. Los miembros de la Iglesia también estaban en lo alto de la escala social, y para ellos no éramos más que las ovejas de un rebaño. Habían servido al Creador y, con la llegada de Luzbel, se habían cambiado de bando. Como agradecimiento por su servicio, el rey del Infierno les había dado unos privilegios que los demás ni siquiera éramos capaces de soñar.

—Tenemos que elegir una máscara —nos apremió Frasquita, algo nerviosa.

Joaquín se apresuró a acercarse a la cama, huyendo de mi mirada inquisitiva, y las demás lo seguimos.

—Yo me quedo con esta —dijo Triana, cogiendo una máscara hecha de plumas de oro que formaba dos alas, una a cada lado.

—Pues yo esta —indicó Joaquín, eligiendo una de color blanco y diamantes negros que, al contrario que las demás, cubría la cara casi por completo—. Es la única que me va a tapar las cicatrices.

Frasquita escogió una máscara azul con peces de escamas lustrosas alrededor de los ojos, y Candela una de seda blanca cuyo lado derecho se abría con la forma de una elegante mariposa. Yo fui la última en elegir, y terminé cogiendo una de encaje rojo y negro a juego con mi vestido.

—Tenéis todos claro lo que hay que hacer, ¿verdad? —pregunté, colocándome la máscara.

—Hay que salir de esta casa en carruaje y entrar en el Alcázar sin que nadie se dé cuenta de que somos unos farsantes —explicó Triana—. Ah, y engañar a cientos de demonios para robarles un par de prisioneros. Fácil, ¿eh?

—Carmen, por favor, intenta controlarte esta noche —me pidió Candela —. Por mucho que te digan, por mucho que veas… no saltes.

Apreté los dientes y, aunque quise replicar, no lo hice. Lo que había pasado en la taberna de Lillas Pastia no podía repetirse. Aunque viera a Yud, aunque el pecho se me llenara de furia, tenía que hacer un esfuerzo por controlar mi carácter. No podía volver a poner a mi familia en peligro.

Cuando todos tuvimos el rostro cubierto con las máscaras, nos miramos entre nosotros para comprobar que no era fácil reconocernos. La tensión se palpaba en el ambiente, y el aire parecía haberse vuelto más espeso.

—Recordad que la prisión del Alcázar es subterránea y la entrada está en el centro del jardín del laberinto —explicó Candela.

—Habla más claro, prima —le dijo Triana.

—Que tenemos que atravesar todo el Alcázar para llegar hasta allí —le expliqué yo.

Nos miramos de nuevo y, sin decir nada, asentimos. Después, salimos de la habitación. Con cada paso que dábamos, más nerviosos nos poníamos. Parecía que la casa entera tuviera ojos, y me obligué a repetirme varias veces la razón por la que estábamos cometiendo aquella locura: salvar a Dancaire y Lillas Pastia.

En cuanto llegamos al zaguán, Frasquita abrió la puerta que había en el lado izquierdo, la que llevaba a las cocheras, y nos indicó que entráramos. Joaquín fue el primero en hacerlo, y yo fui tras él. En el interior, la luz de las lámparas hacía brillar las figuras de bronce de un carruaje negro tirado por dos impresionantes caballos.

—¿Quiénes sois vosotros? —nos preguntó un hombre de mediana edad, vestido de forma elegante, que hasta ese momento había estado apoyado contra la puerta del carruaje. El cochero—. ¿Dónde están los marqueses?

Joaquín se apresuró a sacar la flauta de su chaqueta y, cuando el hombre dio un paso hacia nosotros, se la llevó a la boca. Mis primas y yo nos tapamos los oídos. Los caballos del carruaje, aunque cabecearon con incomodidad, permanecieron en calma.

—¿Qué es eso? —preguntó el hombre, frunciendo el ceño.

Sin embargo, no tuvo tiempo de averiguarlo. Las dulces notas de la flauta de Joaquín comenzaron a bailar en el ambiente y el cochero se quedó muy rígido. Sus ojos se volvieron dorados al instante.

—Llévanos al Alcázar —le ordenó Joaquín—. Es una orden.

Él asintió y, cuando sus ojos recuperaron su color habitual, nos abrió la puerta del carruaje. Los cinco nos apresuramos a entrar.

El interior del vehículo estaba cubierto de terciopelo de seda roja, el techo y las puertas incluidos. Había siete grandes ventanas que nos

permitían ver la calle, pero echamos las cortinas, todas ellas con el escudo de los marqueses bordado, para que así nadie se diera cuenta de que éramos nosotros quienes estábamos dentro.

—Qué maravilla —murmuró Triana cuando nos sentamos—. Esta es la vida que me merezco.

—Bueno, nos tienes a nosotros —le respondió Frasquita, colocándole una mano en la rodilla.

—Eso es lo peor —replicó Triana—. Preferiría ser marquesa.

El cochero azuzó a los caballos con las riendas y, a los pocos segundos, el carruaje comenzó a moverse. Estaba tan nerviosa que incluso me costaba respirar. Me picaba la cara por culpa de la máscara y no estaba acostumbrada a llevar un vestido tan pesado.

—¿Llevas la invitación? —le preguntó Candela a Frasquita.

Ella asintió y se sacó del escote un sobrecito rojo. Todos contuvimos el aliento y, cuando Frasquita lo abrió, guardamos silencio. En su interior había una pequeña tarjeta de color blanco en la que podía leerse la fecha y, escrito con letras elegantes y estilizadas, una frase:

Marqueses de Raga y familia

Debajo, grabado con una brillante tinta roja, había un sol. Un lucero. El vello se me puso de punta y, aunque ninguno de nosotros se atrevió a decirlo en voz alta, sabíamos que nos estábamos lanzando de cabeza a la muerte. ¿Qué oportunidad teníamos contra los demonios? ¿Acaso pensábamos de verdad que cinco ladrones huérfanos iban a poder engañar a los señores del Infierno?

Atravesamos la ciudad a toda velocidad y, al cabo de unos minutos que se nos hicieron eternos, el carruaje se detuvo. Cerré los ojos un segundo, intentando tranquilizarme, y cuando volví a abrirlos, suspiré. Ya no había marcha atrás.

—Si a alguno de nosotros le pasa algo… —dijo Joaquín.

—No —le corté yo—. No lo digas. No va a pasar.

La puerta del carruaje se abrió, pero no era el cochero quien nos estaba esperando en la calle, sino la criatura más extraña que había visto en mi

vida. Aunque parecía una mujer, su cuerpo estaba cubierto de un suave pelaje de color rosa, como el de un animal. Estaba desnuda, pero tenía una melena blanca que le caía en suaves ondas sobre los pechos. En su cabeza había dos largos cuernos, como si fuera un ciervo, pero lo más inquietante de todo era su rostro. Sus ojos eran blancos, como hechos de leche, pero tenía otros dos en las mejillas que, cada vez que parpadeaba, lloraban sangre.

—Bienvenidos, marqueses de Raga —nos dijo la mujer-ciervo. Su voz era muy dulce, tan suave como el algodón—. Por favor, entréguenme su invitación y se la cambiaré por un sol.

Frasquita, sin decir una sola palabra, se la entregó.

—Muchas gracias —respondió ella.

En cuanto sus manos tocaron el sobre, el papel estalló en llamas y todos dimos un respingo. La mujer parpadeó, haciendo que de los ojos de las mejillas saliera sangre, y el fuego se transformó en una brillante esfera que flotaba sobre la palma de su mano.

—Este es vuestro sol —nos informó—, un préstamo de su excelencia, el maestro Resh. No os desprendáis de él en toda la noche.

Alargó el brazo para entregarme la bola de fuego y yo, con algo de desconfianza, la cogí. Al tenerla sobre la mano, sin embargo, no sentí calor. Flotaba, como si estuviera hecha de aire, y ni siquiera notaba su presencia. Era exactamente igual a las bolas de fuego que había visto iluminando la Plaza cuando Yud mató a Óliver; las bolas de fuego del Infierno.

—Acompañadme, por favor —nos indicó la mujer-ciervo, esbozando una sonrisa que mostraba una hilera de dientes afilados.

Bajamos del carruaje en silencio. ¿Qué narices era esa criatura? ¿Era real o una ilusión creada por Tzadi? Tenía miles de preguntas dando vueltas en mi cabeza, pero todas se esfumaron cuando me di cuenta de dónde estábamos.

Un frondoso jardín, negro y salvaje, se abría ante nosotros. Había iünas por todas partes, pero también plantas con dientes que se movían como si tuvieran vida propia. Cientos de soles flotaban en el aire, como si las mismísimas estrellas hubieran revivido y bajado del cielo. En el suelo había un largo camino de baldosas rojas que nos invitaba a cruzar aquel bosque

encantado e infernal. Llegaba hasta un arco de piedra por el que trepaban cientos de iünas que, cayendo como enredaderas, nos impedían ver lo que había al otro lado.

—En esta fiesta no hay normas —nos dijo la mujer-ciervo, que parecía orgullosa de ver cómo observábamos el bosque con una mezcla de miedo y sorpresa—. A partir de la medianoche todo estará permitido y no sabréis lo que es real y lo que no. Aprovechad vuestra presencia aquí para cumplir vuestras fantasías.

Nos hizo una reverencia y, cuando volvió a estirar la espalda, nos observó con expectación. Nos estaba invitando a entrar. Miré a los demás y, sabiendo que deberíamos fingir curiosidad y no miedo, comenzamos a caminar. Joaquín se situó a mi lado y la luz del sol que flotaba sobre nuestras cabezas arrancó destellos de oro a los bordados de su chaleco. Cuando me ofreció el brazo, me agarré a él sin dudarlo.

Atravesamos en silencio el camino de baldosas rojas, mirando de reojo a las plantas con dientes que parecían querer comernos de un solo bocado, y cuando apartamos la cortina de iünas para franquear el arco de piedra, supimos que era ahí, al otro lado, donde empezaba la fiesta de verdad.

Lo primero que llamó mi atención fue la amplitud del patio cuadrado que nos recibió. Lo segundo, que lo que este simulaba era el interior de una plaza. Mi corazón se encogió de dolor al ver que el suelo estaba cubierto de albero y, sobre nuestras cabezas, flotaban los soles de los invitados.

La fachada del palacio principal, que se abría en forma de U en torno al patio y se organizaba en dos plantas, tenía galerías porticadas con arcos que simulaban las gradas de aquel lugar infernal en el que habían asesinado a tantas personas que me importaban. Lo peor de todo era que, al igual que la plaza, aquel patio estaba lleno de demonios. Nunca había visto tantos juntos. Eran más de cien, más de doscientos, todos altos y hermosos, los ojos rojos como la sangre.

Iban vestidos con un elegante uniforme ceremonial de color blanco con un fajín rojo a la cintura y una capa de terciopelo negro que les caía sobre el hombro izquierdo. También llevaban máscaras, y parecían competir por ver cuál era la más extravagante de todas. No pasé por alto que llevaban

guantes de seda cubriéndoles las manos, lo que nos impedía saber si eran simples dragones o poderosos matadores.

—Madre mía —susurró Frasquita con la voz teñida de miedo.

Avanzamos con lentitud por el patio, observándolo todo con atención, sintiéndonos unos intrusos en un mundo que nos era totalmente ajeno. Los demonios, por supuesto, no estaban solos; entre ellos también había humanos. Eran muchos menos, pues solo estaban quienes pertenecían a la clase de alta de Sevilla, pero, enmascarados y bien vestidos, se codeaban con los demonios como si fueran sus iguales.

Por el patio también se movían, con una agilidad animal, docenas de mujeres-ciervo, la mayoría de ellas portando bandejas repletas de copas de oro. Bajo la luz de los soles danzaban también sinuosos hombres-pez con la piel cubierta de escamas que brillaban como joyas y el pelo hecho de algas cayéndoles sobre los hombros. Bailaban entre los invitados al ritmo de una música que solo ellos parecían estar escuchando. Tenían la boca cosida, como si quien los hubiera creado no quisiera que hablaran. Las heridas que los hilos les provocaban aún estaban abiertas, casi en carne viva.

Los observé, la curiosidad en los ojos y el asco en los labios, pero justo en ese momento alguien se cruzó en nuestro camino y nos hizo detenernos.

—¿Algo de beber?

Frente a nosotros había una híbrida que, al igual que las mujeres-ciervo y los hombres-pez, era aterradora. Sobre los ojos, que también eran blancos, tenía otros cuatro, formando un semicírculo en su cráneo sin pelo. De la mandíbula le salían unas pinzas que se movían lentamente, como si masticaran una presa invisible, y de la espalda ocho patas largas que, al igual que su cuerpo huesudo, estaban cubiertas de pelo. Me puse muy tensa al darme cuenta de que era una araña de tamaño humano.

—¿Agua bendita? —nos preguntó. Tenía telarañas entre los labios—. El mejor elixir para pasarlo bien.

¿Agua bendita? ¿Era un eufemismo o de verdad era eso lo que los demonios utilizaban para emborracharse? Aunque estuvimos tentados de decir que no, los cinco sabíamos que debíamos actuar como los marqueses, acostumbrados a asistir a las fiestas de la Corte. Si ellos bebían de esa agua bendita, nosotros también teníamos que hacerlo.

Triana dio un paso al frente y, sin decir una palabra, cogió una de las copas. Sin que nos diera tiempo a impedírselo, se bebió el líquido de un trago y, después, se limpió los labios con la palma de la mano. Todos la miramos expectantes, algo asustados, pero ella dejó la copa en la bandeja de nuevo y se limitó a encogerse de hombros, como si se hubiera bebido un simple vaso de vino.

—Tan deliciosa como siempre —mintió.

La mujer-araña esbozó una sonrisa carente de sentimiento y, usando para ello sus alargadas patas, cogió cuatro copas y nos las entregó a los demás. No nos lo pensamos dos veces, las cogimos y nos las llevamos a la boca.

En cuanto el líquido pasó por mi garganta, me di cuenta de que estaba dulce. Parecía un licor, uno empalagoso que sabía a todas las frutas a la vez y a ninguna en particular, un licor desconocido que hacía desear seguir bebiendo. Sin embargo, no sentí nada extraño cuando entró en mi cuerpo, ni siquiera la ligera turbación que producía el alcohol de verdad.

—Divertíos —dijo la mujer-araña, como una despedida, cuando dejamos las copas vacías sobre la bandeja.

—Espero que esa araña gigante fuera una ilusión —murmuró Triana—. Me niego a pensar que vamos a encontrarnos insectos de ese tamaño por todos lados.

—A mí me perturban más los peces que bailan —respondió Joaquín, mirando a los híbridos con escamas.

Continuamos avanzando, caminando con precaución y algo de miedo. No conocíamos el Alcázar, y solo sabíamos que teníamos que llegar hasta el centro del jardín del laberinto. El cómo íbamos a hacerlo era todo un misterio.

Observé con atención la puerta de entrada al palacio, calculando a cuántos demonios tendríamos que sortear para llegar hasta ella. Justo en ese momento las campanas de la catedral rompieron el silencio de la noche, y el estómago se me encogió de golpe.

—Tened cuidado —musité, recordando lo que nos había dicho la mujer-ciervo a nuestra llegada—. Ya es medianoche.

Di un paso hacia delante, pero Joaquín se detuvo en seco y, mirando hacia arriba, exclamó:

—¡El cielo está rosa!

Fruncí el ceño y miré hacia arriba, extrañada, pero enseguida me di cuenta de que tenía razón. El cielo, que debería haber sido negro, se había vuelto rosa. En él, además, se estaban formando espirales verdes que parecían hechas de pura magia. No podía ser real. El agua bendita debía de estar haciéndonos efecto y el límite entre la realidad y la fantasía empezaba a difuminarse. Eso iba a ralentizarnos mucho.

—Dancaire —murmuré. Los movimientos a mi alrededor empezaron a ser más lentos, los sonidos más lejanos—. Acordaos de Dancaire.

Joaquín abrió los ojos como platos y se acercó a cogerme las manos.

—Carmen, estás preciosa —me dijo—. *Eres* preciosa. Gracias por aceptar casarte conmigo esta noche. Pensé que nunca me querrías como yo te quiero a ti.

Intentó darme un beso, pero yo di un paso hacia atrás y se lo impedí.

—No —le dije. Estaba empezando a marearme.

—¡Carmen, es nuestra boda!

—¡Vivan los novios! —gritó Frasquita, emocionada.

—Sabía que terminaríais casándoos —añadió Candela, limpiándose una lágrima furtiva.

De repente, todos los invitados tiraron sus copas al suelo y empezaron a besarse con una pasión desenfrenada. Demonios con demonios, con mujeres o con hombres. En grupo. Daba igual. Ya no había normas y todos podían tocarse, desvestirse y lamerse como si estuvieran hechos de gula y lujuria, como si no existieran barreras que se lo impidieran.

A nuestro lado, cuatro mujeres se arrodillaron en el suelo y se quitaron los vestidos para que un grupo de demonios vertieran sobre sus cuerpos un líquido que parecía sangre, salido de unos recipientes en forma de cráneos humanos que les entregaron dos mujeres-araña.

—*¡In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi!* —gritó una de ellas mientras se acariciaba los pechos teñidos de rojo—. ¡A través del sexo libero mi cuerpo y entrego mi alma al Señor del Cielo y el Infierno!

No sabía si lo que estaba viendo era real o no, pero no podía apartar la vista. Nunca había visto tantos cuerpos desnudos, tantas ansias de placer. Los demonios corrían detrás de los humanos y estos se dejaban aprisionar

por ellos, sonriendo, haciendo realidad sus fantasías en aquel improvisado jardín de las delicias.

Con un extraño cosquilleo en el bajo vientre, giré la cabeza para observar cómo una mujer-ciervo ataba a dos hombres con una cadena como si fueran perros amaestrados y les daba de comer madroños.

—Sois muy buenos chicos —les decía antes de entregarles los frutos—. Me gusta que le hagáis caso a vuestra ama.

Los dos hombres la miraban con devoción y ella, complacida, dejaba que le limpiaran con la lengua el jugo que le quedaba entre los dedos.

¿Y si yo también le pedía un madroño? ¿Me lo daría? ¿Me dejaría chuparle los dedos después? No, no podía pensar en eso. Tenía que centrarme. Me di la vuelta para mirar a mis primas con una sensación cálida y burbujeante en el estómago, pero al darme cuenta de que Triana no estaba, se me pasó de golpe. ¡Mierda! No tenía que haberme distraído. ¿Dónde se había metido?

—¡Triana! —la llamé— ¿Por qué habéis dejado que se marche?

Comencé a caminar por el patio, esforzándome por diferenciar lo que era real de lo que no, y todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Hasta el más mínimo detalle se amplificaba en mi cabeza; podía escuchar los colores, sentir los segundos. Un hombre semidesnudo le lamía el pecho a otro mientras le desabrochaba el pantalón. Una mujer estalló en llamas cuando una híbrida le arrancó un gemido de placer al tocarla bajo el vestido. Un demonio con una máscara de serpiente me ofreció una manzana que me dejó sin palabras, porque no era de color negro, sino rojo.

Parpadeé y, obligándome a avanzar a través de aquella sugerente alucinación que no dejaba de tentarme, terminé localizando a Triana. Estaba besándose acaloradamente con un demonio, degustando sus labios como si de repente hubiera olvidado quién era y por qué estábamos allí. ¡No podía caer tan rápido en la tentación! Me acerqué corriendo hasta ella y tiré de su brazo.

—¿Qué haces? —lloriqueó cuando la aparté del demonio y volví a llevarla junto a los demás—. ¡Me lo estaba pasando bien! ¿Y si era un matador y terminaba convirtiéndome en señora del Infierno?

—Yo sí que te voy a convertir en señora del Infierno —le respondí, cortante—. Vuelve a alejarte de nosotros y ya verás.

Estaba mareada, como si hubiera bebido demasiada manzanilla, y sentía que estaba perdiendo el control de mi propio cuerpo. Sin embargo, no podía olvidarme de la razón por la que estábamos haciendo aquello; no podía olvidarme de Dancaire y Lillas Pastia.

—Tenemos que entrar al palacio —les dije a todos, cerrando los ojos un segundo para que el mundo dejara de moverse—. Aquí no vamos a encontrar la entrada a la prisión.

Joaquín me miró como si no entendiera por qué estaba de tan mal humor y, cuando vi cómo brillaban sus ojos por debajo de la máscara, algo cambió de repente. Madre mía, tenía razón. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¡No podía estar tan enfadada el día de nuestra boda!

Yo iba vestida de blanco y él, de negro. Las máscaras desaparecieron. En el verde de sus ojos estaban reflejados todos los momentos que habíamos pasado juntos; su voz en mis noches en vela, sus manos curándome las heridas, su apoyo constante en la debilidad. Mi corazón empezó a latir con fuerza y, sin poder resistirme, di un paso hacia él.

—Joaquín —dije.

Las campanas repicaban por nuestra unión y el aire olía a flores, flores de verdad. Dejé que Joaquín me estrechara entre sus brazos y, guiada por el amor que sentía, apoyé la cabeza en su pecho.

—Carmen —susurró él.

Me dio un suave beso sobre el pelo y yo derribé de golpe todas las barreras que había impuesto. Ni siquiera recordaba la razón por la que las había levantado.

Sin embargo, cuando más segura y feliz me sentía, una voz grave y profunda nos hizo volver a la realidad.

—Disculpad.

Me separé de Joaquín y, molesta, me giré para mirar al demonio que nos había interrumpido. Tenía el pelo negro y, bajo una máscara con dos cuernos de bronce, brillaban unos ojos rojos ligeramente almendrados.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Joaquín.

—No —respondió el demonio, sus ojos aún clavados en los míos—. Solo me gustaría saber si me prestaría a la marquesa un segundo.

—¿Prestarme? —pregunté—. ¿Acaso soy un objeto que os podéis pasar el uno al otro?

—¿Hay algún problema? —insistió Joaquín.

—Ninguno —respondió el demonio, metiéndose una mano en la chaqueta—. Pero creo que tengo algo que le pertenece.

Cuando volvió a sacar la mano, me entregó una delicada flor roja. Era tan hermosa que, por un segundo, pensé que se trataba de una ilusión. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que no lo era.

Contuve el aliento y sentí que mi corazón se detenía en un latido, como si el mundo entero se hubiera paralizado en ese preciso instante.

Porque era el clavel que había dejado tirado en el callejón del Agua.

9

Lo primero que hice fue observar el clavel, que sobre la tela blanca del guante parecía una herida abierta. Lo segundo, mirarlo a él a los ojos.

Era el demonio del callejón, lo sabía. A pesar de la máscara, no tenía ninguna duda. Había sobrevivido dos veces a esa mirada, pero no lo haría una tercera.

—Creo que se equivoca —le dijo Joaquín.

—Muy pocas veces lo hago —le respondió el demonio, seguro de sí mismo.

Joaquín frunció el ceño y, en un acto reflejo, se metió la mano en la chaqueta. Al darme cuenta de lo que quería hacer, todos los músculos de mi cuerpo se tensaron. ¡No podía sacar la flauta allí, delante de todos aquellos demonios! ¡No podía dejar que nos descubrieran tan pronto! Le sujeté la muñeca y negué con la cabeza. No teníamos escapatoria.

Busqué a mis primas con la mirada, pero todas parecían haber encontrado un divertimento mejor: Triana estaba hablando con un demonio que le acariciaba un hombro con deseo, Candela perseguía a una de las mujeres-araña con una excesiva fascinación y Frasquita, con una tonta sonrisa en los labios, daba vueltas mirando el cielo de color rosa. El plan era un desastre y, si no hacíamos algo, jamás llegaríamos a la prisión.

Volví a mirar el clavel y entonces lo supe; tenía que proteger a mi familia. El demonio no los quería a ellos sino a mí, y la única forma de deshacernos de él era entregarme. Las piernas me temblaban por culpa del miedo, la rabia y el asco, pero cogí aire y di un paso al frente.

—¡Carmen! —exclamó Joaquín, agarrándome la mano—. ¡No me abandones! ¡No te vayas con él!

Su súplica me hizo daño en el pecho, pero no podía entretenerme más. Dancaire y Lillas Pastia estaban encerrados, en peligro, y teníamos que ayudarles.

Esbozando una sonrisa tranquilizadora, lo engañé:

—Es él quien va a casarnos. Solo quiere saber mis votos antes de la ceremonia. Volveré enseguida.

Joaquín no pareció muy convencido con la explicación, pero, al cabo de unos segundos, terminó por creerme. ¿Por qué no iba a hacerlo si nunca le había mentido?

—Vale —musitó, aún con un resquicio de tristeza—. Pero no tardes.

Me soltó, pero sus dedos se quedaron rozando los míos. El demonio, al otro lado, me ofreció su mano enguantada. Me quedé quieta un instante, observando los dos caminos que se abrían ante mí: Joaquín y la seguridad de mi hogar, y el demonio que me había buscado para, probablemente, acabar con mi vida.

Sin pensarlo mucho, cogí la mano del demonio. Teníamos una misión que cumplir.

—Te tomas muchas molestias solo para matarme —le dije a mi captor en cuanto me dejé arrastrar por él. El dolor de dejar atrás a mi familia me arañaba el pecho por dentro.

—¿Por qué estás tan obsesionada con que quiero matarte? —me preguntó él con una mezcla de sorpresa y regocijo.

La fiesta iba subiendo de intensidad. En el patio había surgido una selva de hojas negras entre la que los invitados, desnudos y sin ningún tipo de pudor, se perdían para dejarse llevar por la lujuria. Vi a un demonio dándole latigazos a un hombre atado al tronco de un árbol, provocándole gemidos tanto de dolor como de placer; y una mujer parecía estar vomitando fuego. Intentaba no mirar, pero sentía una morbosa fascinación por todo lo que estaba ocurriendo.

—Tú mismo dijiste que había firmado mi sentencia de muerte.

Notaba la suavidad de su guante blanco en torno a mi mano, su aroma embriagador en la nariz. Pero no, no podía caer en su juego. Era él quien tenía que caer en el mío. Esa era la única forma de sobrevivir.

—Y dije la verdad. —Apretó mi mano con más fuerza y yo sentí un pellizco en el estómago—. Aunque nunca mencioné que fuera a matarte yo.

Sonrió y, desde su altura, me miró. La máscara solo le tapaba una parte de la cara, así que podía verle la mandíbula, la boca, el cuello. El pelo oscuro brillaba bajo su sol flotante, cuya luz nos envolvía a ambos. Todo en él era terciopelo y porcelana, mármol y oro; bello y aterrador.

Mi corazón latía con fuerza, pero no sabía si era porque me sentía presa y tenía miedo o porque me creía cazadora y deseaba atacarle. Quizá un poco de ambas. El metal de las kinjaras contra la piel de los muslos me daba la razón.

—Entonces, ¿qué quieres hacer conmigo? —inquirí.

—Te dije que había muchas cosas de ti que me interesaban —respondió, sus ojos clavados en los míos—. Déjame averiguarlas.

Tiró de mi cuerpo y me obligó a pegarme al suyo, colocándome la mano en la cintura como si fuésemos a bailar un vals. Me tensé de repente. Estaba cerca de mí, demasiado cerca, y me sorprendí al notar que dentro de su pecho latía algo que podría ser un corazón.

—Relájate —me susurró.

Comenzó a moverse lentamente, obligándome a hacerlo con él. Lo miré con desconfianza. Cuando estaba a punto de replicar, lo percibí: una guitarra. Joaquín tenía una escondida y, alguna vez, cuando era de noche y estaba solo, le había escuchado tocarla. Por eso reconocí el suave rasgar de sus cuerdas.

—¿En qué me beneficiaría a mí darte lo que quieres? —le pregunté—. ¿Qué obtendría a cambio?

La suave melodía nos abrazó; cálida, hermosa, sensual. Él comenzó a moverse con más ímpetu, con más pasión, y yo me dejé llevar por su cuerpo. La música era pura magia, el acompañamiento perfecto para aquella trampa de los sentidos, y, aunque estábamos en el centro del patio, nadie nos observaba.

Todos los invitados estaban demasiado ocupados satisfaciendo sus instintos más primarios como para prestarnos atención. En el aire habían empezado a flotar pompas de jabón y, a nuestro lado, dos mujeres se

besaban mientras un par de demonios, de rodillas junto a ellas, les subían el vestido para lamerles las piernas.

Con cada vuelta que dábamos, yo perdía un poco más el control sobre mí misma. El agua bendita había conquistado mis entrañas, liberándome de unas cadenas que ni siquiera sabía que me retenían, y poco a poco me fui olvidando de lo mucho que odiaba al demonio que me tenía entre sus brazos.

¿Por qué, de repente, me estaba pareciendo atractivo?

—Obtendrías placer, por ejemplo —me explicó él—. ¿No es la lujuria el pecado favorito de los hijos de Adán?

Sus pupilas estaban dilatadas, un gran círculo negro en un lago rojo, y no pude evitar preguntarme si estaría excitado. ¿Qué se sentiría al acostarse con un demonio? Los hombres y mujeres que había a mi alrededor no parecían estar sufriendo, al contrario. Nunca había visto a nadie disfrutar de una forma tan intensa, y yo también quería experimentar aquel éxtasis desenfrenado.

—No me interesa el placer si os implica a vosotros —respondí, luchando con todas mis fuerzas contra el aturdimiento que me nublaba la mente.

—¿Seguro? —insistió él, acariciándome con la voz—. Dicen que los humanos no lo experimentáis de verdad hasta que lo probáis con un demonio.

—Sí —musité, a regañadientes—. Seguro.

Aunque no quería reconocerlo, sentía que yo era un insecto y él estaba hecho de miel. No solo era absurdamente perfecto, sino que también tenía algo que me intrigaba, algo distinto al resto de demonios, algo que me moría por averiguar. Odiaba sentir esa horrible fascinación, lo odiaba con todas mis fuerzas. Sin embargo, habría hecho cualquier cosa por que me quitara la ropa y lamiera mi cuerpo hasta hacerlo arder.

¿Qué narices me estaba pasando? Quería pegarme un puñetazo a mí misma.

—Qué pena —murmuró él, ajeno al debate que se estaba librando en mi interior—. Esta es una noche para cumplir fantasías, pero parece que las tuyas difieren mucho de las mías.

Había una voz en mi cabeza que me gritaba que tuviera cuidado, que le atacara antes de que lo hiciera él; pero mi cuerpo se sentía más ligero que nunca. Tenía el sabor dulce del agua bendita en los labios y el tiempo se había ralentizado de golpe. Los segundos eran largos y cada uno de ellos duraba horas enteras.

—¿Qué fantasías tienes? —le pregunté, incapaz de retener las palabras entre mis labios.

—¿Ahora mismo? —Su voz era casi un susurro, fuego y terciopelo, y yo me quedé sin respiración—. Mi boca recorriendo la piel de tu cuello, mis manos subiendo por tu abdomen, tus gemidos en mi oreja.

Se inclinó sobre mí y, haciéndome doblar la espalda, dejó caer todo mi peso sobre su brazo. Desprendía tanto calor que parecía que íbamos a salir ardiendo de un momento a otro; tanto que las gotas de sudor comenzaron a acariciarme la piel del escote.

—¿Qué fantasías tienes tú? —quiso saber.

El cielo se había vuelto naranja, como el fuego. Sonreí, admirando la belleza de aquel mundo de fantasía en el que todo era posible, y, casi sin darme cuenta, puse los brazos alrededor del cuello del demonio. Lo único que separaba su piel de la mía eran las mangas de mi vestido, y quería que me lo quitara.

—¿Por qué me lo preguntas? —susurré—. ¿Vas a hacerlas realidad?

Él, a modo de respuesta, acercó los labios a mi mandíbula, a mi cuello, a mi pecho. No llegó a tocarme, quizá porque tenía miedo de que mi piel volviera a quemarle. Tenerlo tan cerca me hizo comprender por fin por qué Eva había caído en la tentación de la serpiente.

—No pares —musité, escuchando mis palabras como si fueran las de otra persona.

El demonio volvió a incorporarme y, haciéndome girar sobre mí misma, se quedó detrás de mí y me sujetó el cuello con una mano. No lo hizo con fuerza, sino con una delicadeza sugerente, convirtiendo sus dedos enguantados en un collar que, aunque podría matarme, no quería que me quitara.

—Carmen —me susurró en el oído, colocando la mano libre alrededor de mi cintura, obligándome así a pegarme a él—. Un nombre precioso.

Notaba su aliento sobre la piel, su corazón palpitando en mi espalda, su mano acariciándome el vientre. Podía sentir contra el cuerpo partes del suyo que me parecían muy humanas, partes que quería descubrir más a fondo.

—¿Cuál es el tuyo? —le pregunté, cerrando los ojos—. Tu nombre.

El demonio pasó la nariz por mi pelo y, apretando con suavidad los dedos enguantados que tenía en torno a mi cuello, guardó silencio. Estaba segura de que no me iba a responder cuando, para mi sorpresa, murmuró:

—Aleph. Puedes llamarme Aleph.

Por alguna razón, aquellas cinco letras me hicieron sonreír. Era como si, al decirme su nombre, se hubiera abierto ante mí; como si de alguna forma nos hubiera puesto al mismo nivel. Eso me gustaba.

—Aleph —dije, saboreando cada letra en mi lengua. Era un nombre que no me habría importado gritar cuando el placer me hiciera estallar.

—Carmen —repitió él, acercando su rostro al mío—. Cumpliré todas tus fantasías, pero a cambio me dirás dos cosas: de dónde sacaste la daga con la que me amenazaste en el callejón y cómo hiciste aparecer esa flor.

El clavel. Mis kinjaras. Sonreí y, por un momento, estuve a punto de decirle la verdad. Deseaba tanto que me besara y me arrastrara a la orgía que nos rodeaba que estuve a punto de contárselo todo; las gracias, mi familia, Dancaire. Pero, justo cuando giré la cara y nuestras bocas se rozaron, él se apartó. Y eso me enfadó. Odiaba que me dejaran con las ganas.

—Un trato es un trato —me dijo.

Me di la vuelta y, agarrándole las solapas de la chaqueta, lo obligué a acercase de nuevo. No se resistió.

—Te lo contaré todo —le dije, clavando mis ojos en los suyos—, pero no vuelvas a hacerme eso.

—¿Es una amenaza? —me preguntó, esbozando una sonrisa.

—Una advertencia, más bien.

Me acerqué hasta sus labios con una vergonzosa desesperación y, cuando sentí su aliento sobre mi piel, susurré:

—La daga…

—¿Carmen? —me llamó alguien.

Abrí los ojos de golpe y las palabras se me atascaran dentro de la garganta. Porque era la voz de mi madre.

Tanto ella como mi padre se encontraban frente a mí, mirándome como si no me reconocieran. Todo mi cuerpo comenzó a temblar. Estaban allí, vivos, esperándome; y todo lo que hasta ese momento me había importado se volvió insignificante. Aunque mi mente me decía que no podía ser verdad, mi instinto me gritaba que no podía ser mentira, que los estaba viendo con mis propios ojos. Nunca los había visto morir, en realidad. ¿Y si Yud no había llegado a matarlos?

Me separé de Aleph y corrí a abrazarles, olvidándome de todo, con la garganta en carne viva.

—¡Mamá! —grité, convertida de nuevo en una niña pequeña—. ¡Papá!

—¡Cómo te hemos echado de menos! —me dijo mi padre cuando me apretó contra su pecho.

—¡Y yo a vosotros! —le respondí, estrechándolos con fuerza.

La música que había estado escuchando hasta ese momento cesó de golpe y, en su lugar, comencé a escuchar el canto de unos extasiados grillos. Cuando cerré los ojos y apoyé la cara en el cuello de mi madre, oliendo su piel como si nunca hubiera dejado de hacerlo, me sentí de nuevo en casa, en Córdoba, en una época en la que solo existía la felicidad.

—Las estrellas están cantando —me dijo mi padre—. ¿Las escuchas?

—Sí —le respondí, siendo más feliz en aquel instante que en los diez años anteriores—. Las escucho.

Me separé de ellos, emocionada, y cuando los miré a los ojos tuve que ahogar un grito. Los tenían blancos, lechosos. En sus cuellos, además, habían aparecido heridas sangrantes que les empapaban la ropa y los volvían a matar. Y eso me partió en dos.

—Carmen —me suplicó mi madre, cogiéndome las manos—. Ayúdanos. Por favor.

—Mamá —murmuré, temblando. Su piel estaba muy fría. No quería separarme de ella, pero me vi obligada a soltarla para que no me congelara —. ¿Qué te pasa? ¡Mamá!

—Carmen —me llamó mi padre, casi con urgencia, antes de caer de rodillas al suelo y empezar a derretirse como si fuera una vela.

—No puedo hacer nada —les dije, desesperada, al ver como volvían a desvanecerse ante mis ojos—. ¡No puedo!

Mi madre gritó y yo, destrozada, di un paso hacia atrás. No podía verlos morir otra vez. No podía dejar que Yud me los arrebatara de nuevo.

Yud.

Al pensar en él, algo dentro de mi mente encajó y, como si acabara de despertarme, me di cuenta; no eran mis padres de verdad. El Escamillo los había asesinado, y recordarlo me hizo darme cuenta de todo lo que era mentira; el color del cielo, la música y los grillos, mi deseo por un demonio que quería matarme.

Volví a mirar a mis padres, esta vez con rabia, pero ellos ya no estaban allí. En su lugar había dos mujeres-ciervo que se tapaban la boca con las manos para esconder su cruel sonrisa.

Les di la espalda, furiosa, y mis ojos se volvieron a encontrar con los de Aleph. Me estaba esperando, expectante, porque había dejado nuestro baile a medias. En ese momento tenía dos opciones: resistirme a los engaños de aquel mundo al revés o aprovecharme de ellos. Pero solo una me permitiría llegar hasta la prisión.

Por eso, tomé una decisión.

Aquel demonio me había intentado seducir para sacarme información, se había aprovechado de mi falta de lucidez, pero yo podía hacer lo mismo con él.

«A los demonios les gusta jugar, está en su naturaleza, y eso es una ventaja; no te matarán si les haces creer que tienes algo que quieren. Cuanto más tardes en dárselo, más tiempo permanecerás con vida».

Si quería jugar, jugaría. Y no estaba dispuesta a perder.

—Disculpa la interrupción —le dije, usando la voz más sugerente que fui capaz de fingir—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí, ya me acuerdo. Te contaré de dónde saqué la daga y cómo hice la flor, pero antes quiero que me lleves a los jardines.

El demonio clavó sus ojos del Infierno en los míos, quizá intentando averiguar si le estaba mintiendo, y con la voz llena de dudas me preguntó:

—¿Por qué?

Dije lo primero que se me pasó por la cabeza, porque en aquella fiesta todo era posible y hasta los sueños más absurdos podían hacerse realidad:

—Porque quiero ver algo bonito.

Cuando él guardó silencio, mi estómago se hizo más pequeño. ¿Y si me estaba creyendo demasiado lista, demasiado valiente? Hasta que no lo vi asentir, no respiré de nuevo. Quizá me considerara peligrosa, pero seguía siendo una humana; una frágil y débil criatura que podía controlar con facilidad. Y eso me daba poder.

—Por supuesto —me respondió, la voz cálida y tentadora—. Daremos un paseo hasta allí. Voy a enseñarte dónde está la fiesta de verdad.

Avanzamos en silencio para llegar hasta la entrada del palacio, juntos, rodeados de invitados enmascarados e híbridos que se dejaban llevar por su lascivia. Nos movíamos entre jadeos, gemidos y sudor como si estuviéramos en un extravagante y sensual sueño, en un mundo de fantasía en el que todos querían demostrar a base de excesos que nada ni nadie podía ponerles límites.

Estaba aún algo mareada por culpa del agua bendita, pero el dolor de haber visto a mis padres me mantenía lo bastante consciente como para ser capaz de llegar hasta la prisión. Cómo iba a sacar a Dancaire y Lillas Pastia de allí era un misterio, pero lo conseguiría. No podía permitirme no hacerlo.

Busqué a mis primas y a Joaquín entre la desenfrenada multitud, aunque ellos, como buenos ladrones, parecían haberse vuelto invisibles. ¿Habrían encontrado la forma de llegar hasta el jardín del laberinto o se habrían dejado llevar por la lujuria, como casi me había pasado a mí? Esperaba que hubieran sido más fuertes.

Cuando Aleph y yo atravesamos la puerta del palacio, tuve que entornar los ojos porque, en el interior, había una tormenta. ¿La habría provocado Shin, el Tifón?

Los rayos explotaban en los altos techos de la estancia haciendo que se turnaran la luz y la oscuridad, convirtiendo a los invitados que estaban dentro en monstruos deformados por las sombras. Cuando la luz los iluminaba, todos se transformaban en esqueletos ebrios que se besaban y restregaban sin importarles con quién.

—No te separes —me pidió Aleph.

Por las paredes subían y bajaban las mujeres-araña, haciendo acrobacias con sus telas blanquecinas como si fueran artistas de circo. Las miré, entre maravillada y asqueada, pero Aleph se abrió paso entre la multitud y me cogió del brazo para arrastrarme tras él. En unos minutos, tras atravesar un par de estancias más, llegamos a una sala amplia cuyas paredes estaban decoradas con intrincadas yeserías. Había muchísima gente, tanta que nos era imposible seguir avanzando, pero todos permanecían quietos, atentos, mirando hacia el fondo como un público que espera que comience el espectáculo. Fruncí el ceño, y cuando me di cuenta de qué era lo que estaban esperando, me quedé sin respiración.

Al otro lado de la sala había una tarima sobre la que se levantaba un inmenso trono de ébano y plata. De él pendían tres cadenas y, sujetos a ellas por el cuello, tres híbridos sentados en el suelo; hombres con cuerpo canino recubierto de un espeso pelo negro; las bocas grandes y llenas de dientes, los ojos lechosos. En vez de cola tenían una serpiente y, donde deberían haber tenido el pecho, la carne estaba desgarrada.

—Cerberos —me dijo Aleph, en un tono ligeramente burlón, al ver cómo miraba a los perros fantasma.

Tras el trono, vestido con su túnica roja, estaba el Apóstata Balthasar. Cuando este alzó los brazos, todos los invitados comenzaron a rezar a la vez. Sus voces se unieron como si fueran una sola y, convirtiéndolo en un cántico aterrador, repitieron:

—*In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi.*

Parecían hipnotizados, repitiendo la oración una y otra vez bajo la luz parpadeante de los rayos. Cuanto más rápido lo hacían, más parecían fortalecerse las sombras. Quería marcharme de allí cuanto antes, pero Aleph me retenía como si quisiera que viera aquel espectáculo con mis propios ojos. «¿No querías ver algo bonito? —parecía querer decirme—. Pues aquí lo tienes».

—*In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi.*

De repente, una figura apareció sobre la tarima como traído por uno de los rayos, justo delante del trono. Los cánticos cesaron y no tardé en darme cuenta de que se trataba del mismísimo Luzbel, el rey del Infierno.

Tragué saliva. Su rostro lleno de tatuajes quedaba a la vista de todos, porque, al contrario que los demás, no llevaba ninguna máscara. A pesar de que parecía humano, solo hacía falta mirarlo para comprobar que no lo era.

Alto y de complexión delgada, emanaba la misma elegancia que un gato, la misma ferocidad que un lobo. Debía de tener miles de años, pero su piel parecía hecha de porcelana —blanca, suave, impoluta—, y solo la mancillaban las vetas negras de sus tatuajes. A pesar de que tenía muchísimos, el que más llamaba la atención era el que tenía sobre la nariz, en forma de una cruz cuyos brazos se alargaban por encima de las cejas. En las sienes, dos palabras se podían leer a la perfección: *non serviam*. En la frente reconocí el lucero que había visto en la invitación a la fiesta, como un sol que guiaba a sus súbditos en el camino de las tinieblas.

—¡Gloria para Luzbel, Rey del Cielo y el Infierno, Señor de la Oscuridad y protector de nuestras almas, aquel que no es traidor! —exclamó Balthasar.

Las orejas de Luzbel estaban llenas de pendientes y las manos repletas de anillos; la plata brillaba con fuerza bajo la luz de los rayos. En la cabeza, sobre el pelo blanquecino, llevaba la corona de cuernos.

Cuando sonrió y alzó las manos, un escalofrío me recorrió la espalda. Sus dientes, al igual que sus joyas, estaban hechos de plata.

—¡Gloria a él! —corearon los invitados, como si estuviéramos en una misa.

Aunque había visto al rey de los demonios en la Plaza hacía solo dos noches, nunca lo había tenido tan cerca. Solo nos separaban unos pocos metros, unas cuantas filas de invitados, y eso me hizo darme cuenta de cuán intenso era mi odio hacia él. Me temblaban las piernas, el estómago, las manos. Él era el culpable de todo, quien había destruido al Creador, a los ángeles, quien había roto el equilibrio de la Tierra. Él era quien había extendido un Infierno que debería haber permanecido oculto para toda la eternidad. Él, y solo él, era el causante de la conquista, el hambre y la muerte que nos asolaban desde hacía veinte años.

—¡Bienvenidos! —gritó de repente una voz que, de lo familiar que me resultó, hizo que volvieran a dolerme las heridas de los latigazos—. ¡Bienvenidos, mortales e inmortales, híbridos y quimeras, lascivos y

pecadores! ¡Espero que vuestros cuerpos estén ya lo suficientemente embriagados de agua bendita para disfrutar de la fiesta!

Tzadi, con una máscara de arlequín llena de cascabeles, había aparecido de repente en el centro de la sala, haciendo que se abriera un círculo en torno él como si fuera un maestro de ceremonias. Aleph y yo nos quedamos justo en la primera fila, lo que me hizo sentir incómoda y expuesta. No podíamos salir de allí. ¿Y si Tzadi me reconocía a pesar de la máscara? ¿Y si decidía terminar lo que había empezado en la taberna?

Cuatro figuras encapuchadas aparecieron en el centro del círculo con el parpadeo de un rayo, y yo me puse muy tensa. Los invitados, a su alrededor, comenzaron a murmurar. Los nervios casi podían palparse en el aire.

Cuando una de las figuras se apartó la capucha, contuve el aliento. Tenía la piel negra y unas extrañas letras tatuadas desde la frente hasta la barbilla, el pelo peinado en finas trenzas, y un aro atravesándole el septo. Solo podía ser Shin, el Tifón.

Los otros tres, de piel pálida, también se quitaron las capuchas. Enseguida reconocí a Resh, el Magma, con el pelo negro y los ojos rasgados, un tatuaje en forma de llamas cruzándole la cara de lado a lado y dos aros de plata en el labio inferior; a Nuun, el Monje, con su ojo de tinta negra parpadeando en la frente; y a Vav, el Torturador, el único que llevaba cubiertas la boca y la nariz con una especie de máscara de tela.

Solo faltaba uno de los señores del Infierno.

Yud.

—No está el Escamillo —musité casi sin darme cuenta.

Aleph me miró, sorprendido, y como si quisiera excusarlo, me respondió:

—A Yud no le gustan las fiestas.

Estaba a punto de decirle qué era lo que le gustaba al Escamillo cuando vi que Tzadi, tras recorrer los rostros de los invitados con la mirada, le hacía un gesto con la cabeza al Apóstata. Este asintió desde detrás del trono de Luzbel y se bajó de la tarima. Los relámpagos seguían turnándose con la oscuridad sobre nosotros; los invitados murmuraban. Segundos después, se apartaron para dejar paso a Balthasar, que accedió al centro del círculo sujetando la mano de una chica.

Era muy joven, de piel cobriza, y llevaba puesto un inocente y virginal vestido blanco. Al verla, tanto Aleph como yo tragamos saliva. Yo lo hice porque no tenía ni idea de qué iban a hacer con ella; él, quizá, porque lo sabía muy bien.

Tzadi le puso una mano a la chica en la espalda y, cuando movió la cabeza para observarle el rostro, los cascabeles de su máscara emitieron un alegre sonido. Balthasar dio un paso hacia atrás y se quedó en la primera fila, justo frente a nosotros, observándolo todo con sus extraños ojos azules. Aquello no me gustaba. No me gustaba nada.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el Arlequín a la chica.

—Juana.

—Un nombre muy bonito —le dijo el matador—. ¿Estás preparada para honrar a nuestro señor Luzbel, Juana?

La chica asintió, emocionada, y Tzadi le acarició la cabeza como si estuviera tocando la de un perro obediente.

—Dilo en alto —le pidió él—. Grita que quieres honrar a tu rey.

—¡Quiero honrar a mi rey! —exclamó la chica.

Tzadi ladeó la cabeza, haciendo sonar de nuevo los cascabeles de su máscara, y después le dijo:

—Muy bien, corderito.

Cuando el Arlequín la llevó frente al resto de matadores, comprendí que Juana era una primogénita. Su familia se la había entregado a la Iglesia de los Renegados para asegurarse la salvación eterna. Y estaban a punto de sacrificarla.

—¡A Abraham se le exigió el sacrificio de su primogénito —gritó Balthasar, alzando los brazos—, pero el Creador no tuvo el valor de llevarlo a cabo! ¡Nuestro señor Luzbel, Rey del Cielo y el Infierno, Señor de la Oscuridad y protector de nuestras almas, aquel que no es traidor, derramará esta noche la sangre que nos fue negada! ¡Gloria a él!

—¡Gloria a él! —respondieron los invitados.

Nuun dio un paso al frente y, cuando clavó los tres ojos en la chica, contuve el aliento. Estuve a punto de saltar para impedir que le hiciera nada, pero antes de poder moverme siquiera, el matador desapareció. Juana se quedó muy quieta, la espalda recta, alerta.

Y entonces gritó.

Abrí mucho los ojos cuando vi que la chica comenzaba a correr alrededor del círculo, desesperada, lanzándonos dentelladas. Su cuerpo se contorsionaba en formas imposibles, retorciendo las extremidades como si no tuviera huesos, y sus gritos se me clavaron en el pecho como flechas. No eran sonidos humanos, sino lamentos graves que provenían de lo más profundo del Infierno, los gritos de las almas que llevaban cientos de años sufriendo terribles tormentos. Se me hizo un nudo en la garganta porque no sabía lo que le pasaba, porque quería ayudarla, porque no sabía cómo. Pensé en desenvainar las kinjaras y matarla para acabar con su sufrimiento, pero Aleph me sujetó el brazo con más fuerza, como si me hubiera leído la mente, y supe enseguida que hacerlo era una idea terrible.

La chica, luchando contra sus instintos de mordernos a todos, se tiró al suelo y comenzó a rasgarse el vestido, como si este le quemara. Los ojos se le habían vuelto del color de la sangre.

—*¡Libera nos a malo!* —gritaba una y otra vez. No era su voz la que salía de entre sus labios, sino la de Nuun—. *¡Libera nos a malo!*

El Monje la había poseído y ella no podía hacer nada para luchar contra él. Comenzó a golpearse la cara contra el suelo mientras convulsionaba, llenándosela de sangre.

—Dásela ya —dijo Luzbel, que miraba el espectáculo con interés. Nunca había escuchado su voz, y me pareció tan profunda y aterradora como si por su boca hubiera hablado la mismísima oscuridad.

Antes de que Juana se destrozara el cráneo contra el suelo, Tzadi le lanzó algo. Los cuatro brazos de una cruz de plata brillaron bajo la luz parpadeante de los rayos.

—*¡He visto el alma de tu madre en el Infierno!* —gritó la chica a nadie en concreto, con lágrimas en los ojos, mientras alargaba el brazo para coger la cruz. Su rostro estaba completamente cubierto de sangre.

—Pues salúdala de mi parte —le respondió Tzadi.

La chica soltó un nuevo grito lastimero y, antes de que me diera tiempo a apartar la mirada, se clavó la cruz en el estómago. Lo hizo varias veces, como quien bebe agua fresca después de horas pasando sed, y su vestido

blanco se volvió rojo. Fue a la séptima puñalada cuando, vencida por el dolor, se desplomó sin vida sobre el suelo.

En cuanto dejó de respirar, Nuun volvió a aparecer en el lugar exacto en el que se había desvanecido. Y el público comenzó a aplaudir. A mí, sin embargo, me temblaban las manos y me ardía la garganta.

Luzbel se levantó del trono y, mirando a Nuun, asintió con la cabeza. Parecía complacido.

—*¡In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi!* —gritó el Apóstata, alzando de nuevo los brazos.

—*In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi* —repitió la masa.

El cuerpo de Juana aún sangraba sobre el mármol del suelo, la cruz de plata en la mano, y yo tenía un sabor metálico y desagradable en los labios. Para ella, lo que acababa de ocurrir era todo un honor. La habían criado para convertirse en ofrenda. Gracias a su sacrificio, tanto su alma como la de sus familiares tendrían un lugar especial reservado en el Infierno. Y eso me daba ganas de vomitar.

Giré la cabeza, asqueada y afligida, y busqué el rostro de Aleph. El demonio observaba el cuerpo sin vida de Juana de la misma forma que a mí cuando detuvo los latigazos: con compasión, casi con pena. Eso, una vez más, me descolocó. ¿Era eso lo que tanto me intrigaba de él? ¿Que a veces parecía tener… sentimientos?

No tuve tiempo de pensar mucho en ello. Tzadi, con su capacidad ilimitada para hacer el mal, se acercó hasta el cuerpo de la chica y le arrebató la cruz de las manos. Sin decir una sola palabra, se quitó la máscara de arlequín, dejando a la vista su terrorífico y perfecto rostro, para lamer de forma obscena la sangre que manchaba la plata de la cruz. Estaba jodidamente perturbado.

—¡Pero mirad quién está aquí! —exclamó, tras paladear la sangre, tirando la cruz al suelo. Se convirtió en una sombra y, un segundo después, volvió a aparecer frente a un hombre que, en la primera fila del círculo, se había quedado muy quieto. Llevaba un traje de levita rojo, chaleco y corbatín negros, una máscara plateada—. ¡Nuestro querido cacique de Sevilla!

Tzadi le arrancó la máscara a Antonio y después lo arrastró hasta el centro del círculo. Aunque el cacique no perdió la soberbia que caracterizaba a aquellos que sabían que el mundo les pertenecía, algo en sus movimientos me indicó que estaba asustado. ¿Cómo no iba a estarlo? El Arlequín era como un lobo hambriento y descontrolado, y yo sabía muy bien lo que se sentía cuando quería jugar contigo.

—¿Cómo te sientes al tener a todos estos invitados en tu palacio? —le preguntó Tzadi, colocándole un brazo alrededor de los hombros en actitud cariñosa—. ¿Agobiado? ¿Feliz? ¿Nervioso?

—Hon… honrado —respondió él.

—¡Maravilloso! —exclamó el matador, dando una palmada—. Empezaba a preocuparme por la falta de espacio. Ya sabes, por el bebé que viene en camino. Tu hijo.

Sentí un escalofrío al darme cuenta de que Antonio giraba la cabeza para mirar a Julia, su mujer, y ella negaba con la cabeza.

—No voy… no voy a tener ningún hijo —titubeó Antonio.

—Con tu mujer no —le respondió Tzadi en un tono burlón—. Pero ella no es la única muchacha con la que te has acostado últimamente, ¿verdad? Eres un canalla, Antonio, aunque no te culpo. Todos somos débiles ante los placeres de la carne.

Candela. Tzadi estaba hablando de Candela. De repente, todo empezó a dar vueltas y el aire no me llegaba a los pulmones.

—Yo no me he…

—Miente —dijo Shin, de repente, oliendo su mentira a la legua.

—Ah, vaya—exclamó Tzadi, fingiendo tristeza—. Qué mentirosillo, Antonio. Voy a tener que preguntarle a la madre para salir de dudas. Creo que la he visto por aquí.

No. No podía ser. ¡No! ¿Por qué narices estaba Candela allí? ¡Deberían estar ya en la prisión!

El Arlequín desapareció un segundo y, cuando volvió a aparecer, lo hizo sujetando a mi prima. Le retenía los brazos a la espalda y apoyaba su rostro anguloso en el de ella. Al verla así, prisionera y aterrada bajo la luz de los rayos, mis entrañas se convirtieron en fuego. Aleph me miró, como si de

alguna forma supiera todo lo que estaba sintiendo, pero no me importó. En aquel momento, él era la menor de mis preocupaciones.

—¿Esta es tu amante, Antonio? —le preguntó Tzadi al cacique. Acercó la nariz al pelo de Candela y aspiró su olor con fuerza; mi prima se revolvió entre sus brazos—. ¿Una sucia tabernera que se dedica a colarse en fiestas a las que no la han invitado? Esperaba que, cuando decidieras tener un hijo, eligieras algo mejor.

Antonio miró a su mujer preocupado, y después volvió a mirar a Tzadi.

—No sé si esa tabernera está embarazada —dijo, alzando la barbilla—, pero desde luego su bebé no es mío.

La gente comenzó a murmurar, encantada con aquella inesperada ronda de confesiones, pero toda mi atención estaba puesta en Candela. Incluso con la máscara pude ver que se le habían llenado los ojos de lágrimas, y odié a Antonio por ello.

—Vaya —dijo Tzadi, incapaz de ocultar lo feliz que le hacía todo el daño que estaba causando—. Qué inesperado. Iba a proponerte matarlo para convertirlo en primogénito, pero supongo que no hace falta que te pida permiso.

El demonio colocó una mano sobre el vientre de Candela y, cuando le apretó la carne con los dedos, ella se agitó entre sus brazos. No aguanté más; me zafé de la mano de Aleph y salté al centro del círculo.

—¡Quieto! —grité.

Todos cuantos estaban en la sala giraron la cabeza para mirarme.

10

Por primera vez en la vida pude sentir lo mismo que los condenados en la Plaza; la angustia, el miedo, la humillación. Estaba de pie en medio de un círculo de demonios, los señores del Infierno y su propio rey observándome expectantes. Tenía la seguridad de que iba a morir, y lo único que quería era llevármelos a todos por delante.

—Menuda sorpresa —murmuró Tzadi. Cuando Aleph intentó detenerme, el matador clavó en él sus ojos rodeados de tatuajes—. Parece que la fiesta se nos ha llenado de intrusos.

—¿No te alegras de verme? —le pregunté.

Estaba tan nerviosa que me temblaban las piernas, tan enfadada que no podía controlar las manos. Luzbel me observaba, quizá porque no entendía lo que estaba ocurriendo, y el público contenía el aliento. Cualquier peligro que hubiera podido correr en mi vida no era nada comparado con el que me acechaba ahora, pero estaba cegada por el odio.

—Por supuesto —respondió el Arlequín, empujando a Candela para avanzar hacia mí—. Toda fiesta necesita sus sirvientas.

Apreté los dientes con rabia, dispuesta a enfrentarme a él, pero, justo en ese momento, otra figura saltó al centro del círculo. Todos se giraron para mirarla, y yo maldije por lo bajo al darme cuenta de que era Triana. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué narices no estaban en la prisión?

—Creo que se alegra más de verme a mí —dijo, sus ojos marrones buscando los de Tzadi. Comenzó a caminar con lentitud hacia él, tan insinuante y seductora como cuando cantaba para los soldados en la taberna, y el matador la observó con atención. La luz de los rayos la iluminaba de forma intermitente, convirtiéndola en una criatura enmascarada tan bella como peligrosa—. ¿Me equivoco?

El Arlequín ladeó la cabeza, y yo me preparé para desenvainar las kinjaras. No sabía si Triana estaba actuando así por culpa del agua bendita o porque, al igual que yo, quería distraer a Tzadi. Pero no me gustó.

Mi prima sonrió y se acercó hasta él, dejando el rostro a pocos centímetros del suyo, emanando una evidente energía sensual. Eso me puso muy tensa. ¿Qué estaba haciendo? ¿Se había vuelto loca?

—¿Por qué me alegraría de verte a ti? —le preguntó el demonio, alzando una ceja.

—Porque me di cuenta de cómo me mirabas en la taberna —le respondió Triana, bajando la vista hasta su boca.

Tzadi se pasó la lengua por los labios y, mi prima, en un gesto sugerente, le tocó la cara. Entonces, el Arlequín comenzó a reírse. Al principio fue una risa suave, como hecha de copos de nieve, pero terminó convirtiéndose en una atronadora carcajada que, fría y desquiciada, llenó por completo la estancia. Un escalofrío me recorrió la espalda. Triana lo miraba fijamente y, cuanto más se reía él, más le clavaba ella las uñas en la piel. Luzbel se revolvió incómodo en el trono y sus cerberos comenzaron a gruñir.

—Carmen —me dijo Triana sin apartar la vista del matador—. Corre.

Pero yo no podía moverme. No podía marcharme y dejarlas allí.

El Arlequín cayó de rodillas frente a Triana; se había quedado sin aire. Sus risotadas parecían gritos, como si el poder de mi prima convirtiera cada latido de su podrido corazón en una tortura. Y yo no podía dejar de observar aquel espectáculo. No estaba acostumbrada a ver sufrir a un demonio y sentí una morbosa fascinación al hacerlo.

Vav, que hasta ese momento había permanecido expectante, dio un paso al frente y movió la mano para apartar a Triana de Tzadi con un golpe invisible. Mi prima cayó al suelo y gimió; luego empezó a convulsionar.

—Estate quieta —le dijo con una voz que provenía de lo más profundo del Infierno.

«Vav puede provocar dolor, romperte un hueso o detener tu corazón».

Desenvainé una de las kinjaras y di un paso al frente, pero un latigazo me atravesó el estómago y me detuvo en seco. Era como si me hubieran apuñalado; caí de rodillas al suelo. El dolor era tan intenso que me impedía pensar, un dolor frío y afilado que empezaba en el abdomen y me paralizaba

el cuerpo entero. Me tragué un grito. Cuando busqué el arma que me había atacado, no la encontré. Porque no existía.

Alcé la vista y mis ojos se encontraron con los de Vav, el Torturador, que me miraba con una mezcla de asco e indiferencia. Llevaba la nariz y la boca tapadas con una máscara negra, y los únicos tatuajes que se le veían eran las dos lágrimas que le caían de los ojos. Estaba segura de que era él quien había torturado a mi padre el día que se lo llevaron; el matador que acompañaba a Yud.

«¡Parad! —les había suplicado mi madre—. ¡Por favor!».

Le lancé una mirada de odio y él, haciendo un aspaviento con la mano, me envió una nueva descarga que me obligó a encogerme sobre mí misma. Era un tormento insoportable. Grité, sintiendo que hasta la luz de los rayos me desgarraba las entrañas. Cuando el dolor paró me desplomé en el suelo, mi vestido rojo simulando un inmenso charco de sangre. Esperé dos segundos, tres, cuatro, pero el dolor de Vav no volvió. En la estancia solo se escuchaba el silencio.

Triana. Tenía que ayudarla. Con todo el cuerpo temblando, me incorporé. El Arlequín permanecía de rodillas, la cabeza agachada, y mi prima se había puesto en pie frente a él. Luzbel, desde su trono, observaba la escena con un renovado interés. Quizá pensaba que sus señores del Infierno habían preparado aquella representación en su honor.

Di un paso hacia mi prima, pero la luz de un rayo hizo que viera el filo de plata de una navaja brillando en su mano. Me quedé quieta, el corazón detenido en un latido. Cuando Triana giró la cabeza para mirarme, sus ojos destellaron en un cruel e inhumano color rojo.

El estómago me dio un vuelco cuando me di cuenta de que Nuun, el Monje, no estaba junto a los demás matadores. Eso solo podía significar una cosa: que estaba dentro de Triana. La había poseído. Y venía a por mí. ¡Mierda!

Empujé a los invitados que me rodeaban, desesperada, y esquivé con la agilidad de una liebre a todos los que intentaron cogerme. Pero eran demasiados. No podía salir del círculo. Me faltaba el aire. Estaba tan nerviosa, tan preocupada por mi familia, que los tatuajes dorados

explotaron en mi piel, haciendo que sintiera un ardiente cosquilleo en todas las extremidades.

—¡Cogedla! —ordenó Vav.

Un demonio con una máscara roja me sujetó del brazo. Gruñí, enfadada, y le clavé las uñas en la cara. Al notar que mis dedos le quemaban, aulló y me soltó.

Intenté tocar a otro para abrirme paso, pero Aleph me agarró por la muñeca con sus dedos de terciopelo y me detuvo.

—¡Suéltame! —le grité, casi escupiendo la palabra.

Forcejeé para que me soltara, pero, al ver que no lo hacía, perdí los nervios. Me sentía atrapada, observada, en peligro. Y no lo pensé. Levanté la kinjara y, con una fuerza inexplicable recorriéndome el brazo, se la clavé en el abdomen.

El filo de la daga le atravesó la carne y él soltó un grito. Sus dedos me liberaron la muñeca. Cuando levantó la vista hacia mí, en su mirada brillaba algo que nunca habría imaginado ver en los ojos de un demonio: miedo. Saqué la daga de su cuerpo y, cuando él se tocó la herida y sus guantes blancos se empaparon de sangre, los invitados se apartaron de nosotros. Atónitos, empezaron a murmurar.

—¿Qué ha pasado?

—¿Está sangrando?

—¿Quién es?

Nadie quería acercarse a mí, así que aproveché el momento y salí del círculo a toda prisa con la kinjara en la mano aún manchada de sangre. La Triana poseída me siguió, convertida en una cruel criatura del Infierno. No iba a enfrentarme a ella, claro que no. No pensaba darles a los demonios el espectáculo que estaban buscando.

Atravesé un par de estancias llenas de invitados que se convertían en monstruos bajo los relámpagos. El corazón me palpitaba con fuerza y me costaba respirar. Tenía que llegar hasta Dancaire. Él sabría qué hacer. Él tendría alguna idea que nos sacara de allí.

—Caaarmeeen… —me susurraban las sombras.

Pero no. No podía detenerme. Sabía que Nuun, metido en el cuerpo de Triana, me estaba siguiendo. Podía sentir su aliento en la nunca.

Me creía a punto de llegar a la salida del Alcázar cuando entré en una sala llena de espejos. El suelo era de mármol negro y no habría sabido decir si era amplia o no porque todo parecía irreal. Solo podía verme cuando explotaban los rayos del techo; cada vez que lo hacían veía mi reflejo multiplicado por mil.

—Caaarmeeen…

Desenvainé la otra kinjara y me puse en guardia. En los espejos apareció Triana, reflejada cientos de veces con una sonrisa cruel pintada en los labios. Estaba en todas partes y en ninguna a la vez, delante y detrás, a mi lado; luz y oscuridad intermitentes. No sabía hacia dónde ir.

—Prima —la llamé—. Sé que estás ahí. Sé que puedes escucharme.

Todas las Trianas comenzaron a tararear una canción, pero de sus bocas salió la voz de Nuun, no la suya. Y se me puso el vello de punta.

—Carmen —murmuró el matador con su voz profunda, usando los labios de Triana para ello. Dicho por él, mi nombre parecía hecho de espinas—. Mira.

Mi prima levantó el cuchillo y, de un tajo, se cortó las venas del brazo izquierdo.

—¡No! —grité, sintiendo el dolor de Triana en mi propia piel—. ¡Déjala en paz!

La sangre comenzó a salir a borbotones en todos y cada uno de los reflejos que me rodeaban, y yo sentí que me mareaba. Nuun, sin embargo, volvió a sonreír.

—No tienes escapatoria —me dijo.

Giré sobre mí misma y apreté la empuñadura de las kinjaras. ¡Triana se estaba desangrando, joder! Estaba rodeada y no sabía qué hacer.

—¿Has visto cómo sangra? —me preguntó el señor del Infierno, alzando el brazo de Triana para que pudiera ver la herida—. Puedo notar cómo se va apagando su frágil vida mortal.

Quería matar a Nuun. Quería matar a todos los demonios lenta y dolorosamente. Pero antes tenía que escapar de allí. Apreté los dientes, llena de rabia, y me lancé contra uno de los espejos. Fui empujándolos todos, desesperada, y, justo cuando Triana apareció detrás de mí, uno de ellos cedió y salí directa a los jardines.

El cielo volvía a ser negro y en el aire ya no flotaban pompas de jabón, sino el olor a muerte que emanaban las iünas. Como no tenía sol, solo estábamos la oscuridad y yo. Todo parecía tranquilo, con un silencio sospechoso que rompían mis jadeos, pero sabía que entre las sombras podían esconderse cientos de peligros. Por eso no me detuve. Las hojas de los árboles se movían con lentitud, como si tuvieran vida propia.

—Caaarmeeen…

Tenía que llegar hasta el jardín del laberinto. Tenía que llegar hasta el final.

Mientras corría, una flecha de plata atravesó el aire y me rozó la cara. El corazón me dio un vuelco y me paré en seco. Alcé la vista con las piernas temblando y me di cuenta de que, entre los árboles, vigilándome, estaban las mujeres-ciervo. Su pelaje rosado era inconfundible. El arco que llevaban entre las manos, también.

El jardín se llenó enseguida de flechas plateadas y yo intenté esquivarlas. Sin embargo, una de ellas me atravesó el brazo izquierdo y caí al suelo soltando un grito de dolor. La herida ardía como si la plata estuviera impregnada en veneno, tanto que incluso apagó los tatuajes áureos de mi piel, dejándome sin poder. Había llegado el final.

—Te tengo —me dijo Triana, subiéndose a horcajadas sobre mí. El sol que flotaba sobre su cabeza le iluminaba los ojos rojos, inhumanos, rodeados por las plumas de su máscara. Estaba muy pálida y ni siquiera su sonrisa era la misma. Mi prima ya no estaba allí—. No puedes huir.

Levantó la navaja que tenía en la mano, dispuesta a clavármela en el pecho, y yo forcejeé para impedírselo. Sin embargo, casi no podía mover el brazo izquierdo y ella era mucho más fuerte que yo. Gruñí con impotencia cuando me di cuenta de que iba a morir allí, a manos de una Triana moribunda y poseída, lejos de todos cuantos me importaban.

Casi sentía la muerte rozándome los labios cuando escuché a lo lejos el sonido de una flauta. Y mi corazón comenzó a latir al ritmo de su música.

«Joaquín».

Triana frunció ligeramente el ceño, como si no identificara de dónde provenía aquella melodía, y cuanto más cerca sonaba, más fuerza perdían sus brazos. Me apresuré a taparme los oídos para no caer en la hipnosis; ella

soltó la navaja. Sus ojos pasaron del rojo al dorado. A los pocos segundos, tanto ella como las mujeres-ciervo que había entre los árboles se quedaron quietas, esperando órdenes.

Me levanté del suelo enseguida, pero no tuve tiempo ni de abrir la boca porque Joaquín se abalanzó sobre mí y me rodeó con los brazos para protegerme con su cuerpo. Olía a romero, a hogar. Y yo, por un segundo, volví a estar en casa.

—Joaquín —susurré. El calor de su piel me hizo sentir mejor.

—Carmen —me dijo él, apartándose para mirar la flecha que tenía clavada en el brazo. Se había quitado la máscara y podía verle la cara al completo. Sus tatuajes dorados, sin embargo, estaban bien escondidos—. Estás herida.

Negué con la cabeza para quitarle importancia, y entonces me di cuenta de que Joaquín no estaba solo. Frasquita, aún enmascarada, venía con él. La miré a punto de romper a llorar de pura felicidad. Ella se apresuró a agacharse junto a Triana y, sin dudarlo un segundo, palparle el cuello. En cuanto la rozó, Nuun salió del cuerpo de nuestra prima de la misma forma en la que había entrado. Ambos, demonio y humana, cayeron sobre el suelo inconscientes, dormidos.

—Madre mía —murmuró Frasquita, asombrada por lo que acababa de hacer. Tosió, pero enseguida se recompuso. Se cortó un trozo de tela del vestido y comenzó a vendarle la herida del brazo—. Esto no pinta bien. No pinta nada bien.

—Quédate con ella —le dijo Joaquín—. Nosotros iremos a la prisión.

Frasquita miró a Nuun con algo de miedo y, después, se mordió el labio inferior. Aunque no lo dijo, estaba segura de que la aterraba quedarse allí sola con un demonio tan cerca.

—¿Y qué hago si se despierta? —nos preguntó, muy pálida—. ¿Y si aparecen los demás?

—Los duermes —le respondió Joaquín—. Tienes una gracia muy poderosa, Frasquita, úsala.

—Y si no —añadí yo—, les clavas esto.

Me acerqué hasta ella y le entregué la kinjara que no estaba manchada con la sangre de Aleph. Frasquita la miró con los ojos muy abiertos y, tras

unos segundos de duda, la cogió. Deshacerme de ella fue como dejar que me cortaran un dedo, pero si servía para protegerla, prefería que la tuviera.

—Deberías quedarte aquí con ella —me dijo Joaquín, clavando los ojos en mi brazo.

—Ni lo sueñes. Hace falta más que un flechazo para dejarme atrás.

Cerré los ojos un instante y, sin pararme a pensarlo mucho, me arranqué la flecha del brazo. Tuve que contener el grito que me subió por la garganta. Todo comenzó a dar vueltas y se me revolvió el estómago, pero cuando volví a abrir los ojos me obligué a tragarme el dolor.

—¿Cómo puedes ser tan terca? —me preguntó Joaquín, agachándose a mi lado.

Se sacó una navaja del bolsillo de la chaqueta y cortó un trozo de tela de mi falda. Cuando volvió a ponerse en pie y me rajó la manga del vestido para vendarme la herida, que no dejaba de sangrar, esbocé una sonrisa.

—¿Cómo puedes ser tú tan pesado?

—La culpa es tuya —murmuró, la vista fija en mi brazo—. Empiezo a cansarme de tener que curarte las heridas.

—Yo también —respondí—. Aguantarte es la peor parte de hacérmelas.

Nos miramos durante unos segundos, en silencio, pero cuando anudó la tela y una punzada de dolor me recorrió el brazo, aparté la mirada.

—Ya está —me dijo.

Asentí y, por primera vez desde que habíamos salido al jardín, observé con atención dónde estábamos. A nuestra izquierda había un cenador abovedado, con un estanque cuadrado justo a la entrada. A nuestra derecha, flanqueado por grandes árboles de color negro, estaba el jardín del laberinto. Las mujeres-ciervo permanecían muy quietas a nuestro alrededor, hipnotizadas. Hasta que Joaquín eligiera a quién dirigir la orden que su gracia le permitía, no harían ningún movimiento. Jamás íbamos a tener una oportunidad mejor para acceder a la prisión.

—No tardéis —nos pidió Frasquita.

Joaquín y yo asentimos y nos marchamos de allí a toda prisa. El sol no nos acompañó.

Corrimos a través del jardín y entramos en la oscuridad del laberinto sin mirar atrás. Las plantas susurraban a nuestro paso y tuve la sensación de

que alguna de ellas, camuflada entre las sombras, nos acechaba para atacarnos. No sabía de dónde podía salir nuestro siguiente enemigo y eso me inquietaba. Me dolía la herida del brazo, mucho, pero había soportado cosas peores. Tenía que aguantar.

Por Dancaire. Por Lillas Pastia. Por mi familia.

Enseguida llegamos al centro del laberinto, donde unas escaleras conducían al subsuelo. Dos soldados humanos la custodiaban. Llevaban un fusil al hombro y, al vernos, se apresuraron a empuñarlo.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —nos preguntó uno de ellos—. No podéis estar en esta parte del Alcázar.

Joaquín me miró de reojo y, un instante después, sacó la flauta de su chaqueta y se la llevó a los labios. Me cubrí las orejas con las manos y tarareé una canción. Cuando vi que los soldados se quedaban quietos, los ojos dorados y perdidos en el horizonte, las destapé de nuevo.

—Registra a ese para ver si tiene las llaves de las celdas —me dijo Joaquín, acercándose a uno de los soldados.

Le hice caso y registré al otro. Miré en los bolsillos de su uniforme, en la chaqueta, pero no encontré ninguna llave.

—Nada —le dije.

—Este tampoco —me respondió él, frunciendo el ceño—. Entremos, ya se nos ocurrirá algo.

Comenzó a descender por las escaleras y yo le seguí. Abajo nos recibió una galería de piedra abovedada e iluminada con antorchas, con celdas cerradas con barrotes de hierro a cada lado. Se escuchaba algún lamento y el tintineo de unas cadenas, pero en aquel pasadizo sumido en la semioscuridad reinaba el silencio. El olor era tan insoportable que nos hizo arrugar la nariz.

—¿Dancaire? —susurró Joaquín, dando un paso al frente—. ¿Pastia?

Alguien tosió, pero no respondió nadie. Apreté la kinjara en la mano, sintiendo cómo su energía me recorría el brazo. Un nudo me bloqueaba la garganta. ¿Y si no estaban allí? ¿Y si aquella misión suicida no había servido para nada?

Los prisioneros nos observaron desde dentro de las celdas, escondidos entre las sombras. A la prisión del Alcázar llevaban a los reos que acabarían

en la Plaza, y la resignación de saberse condenados podía palparse en el ambiente. Todas aquellas personas, tarde o temprano, morirían sobre el albero en un cruel espectáculo de sangre y luces.

—¿Dancaire? —insistí yo algo nerviosa.

—¿Carmen? —me respondió una voz que me sobresaltó.

Era Dancaire. Corrimos hacia la celda de la que provenía su voz y, cuando vimos a nuestro mentor en el suelo con unas gruesas cadenas colgando de sus muñecas, nos agachamos junto a él y nos quitamos las máscaras.

—¡Dancaire! —le dije, cogiéndole las manos a través de los barrotes. Las tenía congeladas—. Hemos venido a sacarte de aquí.

A pesar de que casi no tenía fuerzas para mantenerse en pie, de que bajo los ojos lucía unas profundas ojeras y de que su piel había palidecido, estaba bien. Vivo. Y eso me llenó el pecho de felicidad.

—Pastia —dijo Dancaire, cuya voz sonaba tan extraña como la de quien lleva días sin usarla—. Fue él quien me vendió.

Joaquín se quedó muy quieto, como si acabaran de darle una puñalada, pero enseguida se sacó una navaja de la chaqueta y, sin decir nada, se concentró en intentar abrir la puerta. ¿Cómo era posible que el anciano tabernero hubiera vendido a Dancaire? ¡Era un miembro de nuestra familia!

—¿Estás seguro?

—Muy seguro —me respondió él—. Supongo que con lo que pasó en la taberna se asustó y comprendió que si estás del lado de los demonios tu vida corre menos peligro.

—No me lo puedo creer —dije con rabia, sintiendo la traición arañándome las entrañas—. El estúpido viejo ha…

—Carmen —me cortó Dancaire—. No deberíais estar aquí.

—No íbamos a abandonarte —le dije, calentándole las manos con las mías.

—Tenéis que marcharos de Sevilla cuanto antes —insistió—. Tenéis que ir a Granada.

Miré a Joaquín de reojo, preguntándome si durante aquel breve tiempo encerrado nuestro mentor habría perdido la cabeza, y él me devolvió una mirada que me indicó que estaba pensando lo mismo.

—Escuchadme bien los dos —nos ordenó Dancaire. Su voz tenía un toque de desesperación que me puso algo nerviosa—. Tenéis que ir a la Alhambra, solo así podréis vencer a los demonios.

—¿A la Alhambra? —le pregunté—. ¿Qué estás diciendo?

—No podemos salir de la taifa de Sevilla y llegar hasta la de Granada sin que nos descubran —añadió Joaquín.

—Llevo toda la vida preparándoos para esto —continuó Dancaire, como si no le hubiéramos interrumpido—. Me habría gustado tener más tiempo para explicároslo con calma, pero ahora mismo eso es justo lo que nos falta. Estoy casi seguro de que vuestras gracias son un regalo que os hicieron los ángeles antes de morir, y que os las dieron por una razón: para luchar contra los demonios. Vosotros cinco sois su último milagro, los únicos que podéis vencerlos y restaurar el equilibrio del mundo. Pero para ello necesitáis ir a la Alhambra.

—¿Por qué? —preguntó Joaquín, que parecía algo incómodo con la conversación—. ¿Qué hay allí?

Dancaire suspiró con tristeza y, apretándome las manos con más fuerza, contestó:

—No lo sé. Nunca llegamos a averiguarlo.

—*¿Llegamos?* —le pregunté, preocupada. Definitivamente, le habíamos perdido—. ¿De quién hablas?

—De los Guardianes —me respondió él, como si por fin se deshiciera de un peso con el que llevaba años cargando—. Empezamos a reunirnos en Córdoba hace veinte años, cuando nos dimos cuenta de que algunos niños recién nacidos, por culpa de la explosión, recibieron gracias extraordinarias. Al ver que lo que hacían tenía relación con todo aquello que desapareció con la Caída del Cielo, con los ángeles, quisimos descubrir por qué.

Las gracias. Estaba hablando de nuestras gracias. Los niños éramos nosotros. Joaquín, Frasquita, Candela, Triana, David, Félix y yo acabábamos de nacer cuando los demonios acabaron con los ángeles y, quizá, esa era una de las razones por las que la explosión nos había otorgado algún tipo de poder. Los mismísimos ángeles nos las habían regalado.

—¿Y lo descubristeis? —le preguntó Joaquín.

—No —suspiró Dancaire—. Por desgracia, los demonios nos encontraron antes de que pudiéramos hacerlo. Lo único que llegamos a saber con certeza es que las leyendas son ciertas, que Luzbel oculta algo en la Alhambra, y tenemos que arrebatárselo. El famoso Tesoro de los Ángeles no es solo un cuento, es real y poderoso. Sospechamos que se trata de algún tipo de arma, algo que, de perderlo, pondría a los demonios en una situación muy delicada. Por eso tenéis que ir hasta allí para conseguirlo.

—¿Dónde están ahora los demás Guardianes? —quiso saber Joaquín.

Los ojos de Dancaire brillaron con tristeza, llenándose de recuerdos dolorosos y heridas sin cicatrizar, y después respondió:

—Muertos. Que yo consiguiera escapar fue un milagro. A casi todos los condenaron en Córdoba por devotos, incluidos los padres de Carmen, Candela, Frasquita, David y Félix. Los llevaron a la Plaza por creer en la antigua fe.

Mis padres. Así que era eso. Los habían matado por intentar averiguar cosas sobre los ángeles, por seguir creyendo en ellos y en el Creador. Por eso en la trampilla que había en nuestra casa solo cabía una persona; porque ellos nunca habían tenido intención de esconderse cuando llegaran los soldados. Sabían que terminarían descubriéndolos y dejarse atrapar era la única forma de protegerme. Habían entregado su vida para desviar la atención de los demonios, para darme una oportunidad de escapar, para preservar una de las armas que los ángeles habían dejado en la Tierra antes de morir. A mí.

Le solté las manos a Dancaire y, llena de rabia, le di un manotazo a los barrotes de la celda. Estaba enfadada porque sabía que, de alguna forma, Dancaire llevaba años cuidándonos para poder utilizarnos contra los demonios; pero también estaba asustada porque aquel discurso sonaba como una despedida.

—Carmen —me regañó Dancaire, mirando hacia al otro lado del pasillo para comprobar que nadie había acudido al escuchar el golpe.

—¿Por qué narices no nos lo has contado antes? —le pregunté, sin poder contener la ira en mi voz—. ¡Me habría gustado saber la razón por la que asesinaron a mis padres!

Dancaire cerró los ojos un segundo, como si estuviera lidiando con un sufrimiento insoportable, y cuando volvió a abrirlos los tenía inundados de pena.

—Porque tenía que protegeros —me respondió. Aunque lo hizo con un hilo de voz, no tartamudeó. No lo había hecho ni una sola vez, y eso solo confirmaba que todo lo que nos había dicho era la dolorosa verdad—. No podía contaros esto hasta que fuerais capaces de controlar vuestras gracias por completo. Teníais que permanecer escondidos el mayor tiempo posible. —Intentó cogerme la mano de nuevo, pero yo la aparté—. ¿Recuerdas a David y Félix, los gemelos? Cometieron el error de entrar en la Alhambra sin dominar sus poderes. Y los demonios los mataron.

Recordar la muerte de los gemelos me escoció tanto como echarme sal en una herida. En Córdoba habían sido mis amigos, pero un día desaparecieron sin dejar rastro. Como mis padres. Como los suyos. Como los de Candela y los de Frasquita. Nunca más volvimos a saber de ellos. Ahora sabía por qué. Ahora, por desgracia, todo encajaba.

—Que David y Félix se colaran en la Alhambra fue la razón por la que Luzbel descubrió que había niños con gracias de los ángeles —continuó Dancaire—; la razón por la que cambia la sede de la Corte cada cierto tiempo. Os está buscando. ¿Por qué creéis que ha dado a sus dragones la orden de que no maten a nadie? Porque quiere asegurarse de encontraros con vida. Tarde o temprano, si no sois más listos de lo que habéis sido hasta ahora, os encontrará.

—¿Por eso nos entrenaste? —inquirió Joaquín, que parecía algo dolido —. ¿Por eso nos diste… esto?

Sacó la flauta del bolsillo de su chaqueta y Dancaire suspiró. Después, con la voz cansada, respondió:

—Lo único que he hecho ha sido potenciar vuestras cualidades. Por supuesto que a ti iba a conseguirte instrumentos musicales, Joaquín, y por supuesto que a Carmen iba a entregarle unas dagas hechas por los mismísimos ángeles. Tenía que enseñaros a ser tan poderosos como estáis destinados a ser. Era la única forma de que algún día consiguierais llegar hasta el tesoro.

—¿Las kinjaras están hechas por los ángeles? —pregunté atónita.

—Las encontró tu padre —me respondió Dancaire—. En Córdoba. Están hechas de caelestum, el material con el que los ejércitos celestiales fabricaban sus armas. Te enseñé a utilizarlas por una razón.

Miré la daga que tenía en la mano, la empuñadura que parecía hecha de cerámica, el filo de oro; y me pareció tan poderosa como desconocida. Hermosa, ligera, letal. La energía que emanaba y me subía por el brazo, llenándome el corazón, provenía del mismísimo Cielo.

—Creemos que los ángeles, antes de morir, entregaron sus gracias a siete niños —continuó Dancaire—. Solo a siete. Dos de ellos ya están muertos, y llevo toda la vida intentando que los otros cinco cumplan su cometido porque, si no, nada ni nadie les asegurará la supervivencia. La oscuridad ya ha opacado el cielo, ha conquistado los mares y se come a los árboles desde las raíces. Si no acabáis con los demonios, si no destronáis a Luzbel terminará consumiéndonos a todos.

Los tres guardamos silencio durante unos segundos, y yo aproveché para intentar procesar toda la información que acababa de recibir.

Mis padres habían pertenecido a una banda clandestina que quería entrar en la Alhambra para sacar lo que fuera que custodiaran ahí dentro los demonios, por eso los habían matado. Por eso habían asesinado a David y a Félix. Nuestra teoría de que nuestras gracias podían hacerles daño a los demonios era cierta, porque esa era la razón por la que nos las habían entregado los ángeles. Éramos armas. De repente podía sentir el peso que habían puesto sobre nuestros hombros. Sin la protección de los ángeles y el Creador, éramos nosotros quienes teníamos que salvar el mundo.

—Nacisteis justo cuando los ángeles desaparecieron para siempre —susurró Dancaire—. Vosotros sois su último milagro.

No, yo no quería ser un milagro. Quería que mi familia estuviera junta, sana y salva, lejos de cualquier peligro. Quería acabar con los demonios por justicia, no porque los ángeles hubieran decidido sin mi consentimiento convertirme en uno de sus soldados.

—¿Cómo quieres que lo hagamos? —preguntó Joaquín, la valentía brillando en los ojos verdes—. Salir de Sevilla, llegar a Granada y entrar en la Alhambra. ¿Tienes algún plan?

Dancaire negó con la cabeza y yo sentí que me echaban un jarro de agua fría por encima. Cuando se pasó la mano por la cabeza, las cadenas que le sujetaban las muñecas tintinearon. Ni siquiera íbamos a poder salir del Alcázar con vida.

Me levanté del suelo y, agarrando los barrotes con fuerza, intenté abrir la puerta de la celda. La empujé con desesperación, sintiendo que me ardían las manos del esfuerzo, y no paré hasta que Joaquín me rodeó con los brazos para detenerme.

—¡No voy a dejar que te maten! —le grité a Dancaire, ocultando mi tristeza bajo una capa de cólera—. ¿Me oyes? ¡No lo voy a permitir!

Ahí estaba el dolor que había estado reprimiendo durante diez años, desgarrándome el pecho con más intensidad que nunca. No iban a llevarlo a la Plaza. ¡No! No iba a dejar que lo mataran. Si lo hacían sería como volver a perder a mis padres, y no estaba dispuesta a pasar por lo mismo.

Intenté apartar a Joaquín, pero justo en ese momento alguien gritó en el exterior. Era Frasquita. Los tres nos quedamos quietos, con el frío metido en los huesos. Joaquín aflojó los brazos y yo, sin pensarlo dos veces, eché a correr.

Atravesé el largo pasillo de la prisión, subí las escaleras de dos en dos y salí de nuevo al jardín. Levanté la kinjara con rabia, preparada para atacar a quien estuviera haciéndole daño a mi prima, pero lo que encontré frente a mí me dejó sin respiración.

—Ah, ahí estás —me dijo Tzadi, que sonreía mientras sostenía un cuchillo contra el cuello de una aterrada Frasquita—. Sabía que solo hacía falta un grito de esta zorra para que hicieras tu aparición estelar.

Lo peor de todo era que el Arlequín no estaba solo. Junto a él estaba Resh, que sujetaba a una nerviosa y asustada Candela, y también Vav. Tres soles daban vueltas sobre sus cabezas, iluminándolo todo, tiñendo la escena de naranjas y dorados.

—Soltadlas —gruñí entre dientes—. Os puedo hacer mucho daño con esto.

Los señores del Infierno soltaron un bufido despectivo y Vav, haciendo un rápido movimiento con el brazo, me arrancó la kinjara de la mano y me tiró al suelo. Un dolor insoportable comenzó a martirizarme de nuevo y no

pude hacer nada contra él. Grité, sintiendo intensas descargas por todo el cuerpo, y el mundo a mi alrededor comenzó a dar vueltas. Cada segundo era una maldita tortura.

—Haz que sangre por los ojos —le pidió Tzadi, relamiéndose con su propia crueldad.

—Espera —dijo una voz grave justo a mi lado.

Aleph. Era Aleph. ¿Cómo era posible que siguiera vivo? Se agachó para coger la kinjara y, apretándose la herida del abdomen con una mano, observarla con atención. Estaba más pálido de lo normal, más débil. Más humano.

—¿Es una de las kinjaras de Rafael? —le preguntó Vav.

Aleph asintió, sin dejar de mirar la daga, y los demás guardaron silencio.

—Volvamos al Alcázar —indicó Resh, haciendo con su voz que los tres soles ardieran con más intensidad—. El rey nos está esperando.

Antes de que los demonios se movieran, sin embargo, el sonido de una flauta comenzó a acariciar el silencio. Las notas nos entraron a todos por los oídos y, cuando comenzaron a calentarnos el pecho, el dolor de Vav cesó y me apresuré a taparme las orejas. Tanto mis primas como los demonios se quedaron congelados, convertidos en estatuas de ojos dorados a la espera de una orden. Todos menos yo cayeron en el embrujo de su música.

—Joaquín —susurré, cubriendo su nombre de esperanza, cuando le vi subir las escaleras y apartarse la flauta de la boca—. Menos mal.

Él me miró, muy serio, y justo cuando me destapé los oídos, tres hombres-peces surgieron de entre los árboles. Cuando apuntaron a Joaquín con sus flechas plateadas, los ojos vidriosos y los labios cosidos, ahogué un grito. ¿Qué narices estaba pasando? ¿Por qué a ellos no les afectaba la música?

«Porque no tienen orejas» pensé enseguida. «Son peces». ¡Mierda!

Sin embargo, Joaquín no parecía asustado. Al contrario. En el verde de su mirada brillaba una fría determinación que me golpeó el estómago con fuerza. Estaba tramando algo, y sospechaba que no iba a gustarme.

Observó a los demonios con atención y cogió aire. En cuanto diera una orden, todos los que habían escuchado su música saldrían del trance. Tenía que elegir bien.

Sin embargo, cuando giró la cabeza para mirar a Aleph, supe que no iba a hacerlo.

—No seas tonto —le dije.

Pero no me hizo caso.

—Saca a Carmen de Sevilla —le ordenó a Aleph.

—¡No! —aullé, poniéndome en pie—. ¡Cállate!

Ahogué un grito cuando una flecha de plata surcó el aire y atravesó la pierna de Joaquín. Él gruñó y las lágrimas le empaparon los ojos, pero se limitó a apretar los dientes y tragarse el dolor.

—Protégela con tu vida y llévala hasta la Alhambra sana y salva —continuó, con la voz rota—. Es una orden.

—¡Idiota! —le insulté cuando Aleph se acercó hasta mí—. ¡Eres un idiota!

El demonio me abrazó por la espalda y, justo cuando una segunda flecha se clavó en el hombro de Joaquín, grité. Pero era demasiado tarde. La orden estaba dada.

Aleph y yo desaparecimos del jardín envueltos en una fría oscuridad.

Y mi familia se quedó atrás.

Caída 10:2-3

2. Y cuando Luzbel acudió a la batalla,
Miguel y sus ángeles lucharon contra el Rey,
y lucharon el Rey y sus dragones.

3. Los demonios subieron sobre la anchura de la Tierra,
rodearon la ciudad celestial y asediaron el campamento de los ángeles,
pero el fuego devoró al Traidor y a sus príncipes,
y destruyó para siempre el hogar de la estirpe de Adán.

«La Caída del Cielo» según las Escrituras
de la Iglesia de los Renegados.

11

Candela

nunca te he hablado de mi gracia, Olivita, pero hace mucho tiempo que la odio. Tocar a alguien y escarbar en sus sentimientos, en sus secretos más profundos, me hace sentir ligeramente mareada, como si me asomara al borde de un precipicio. En el interior de las personas hay sangre, dolor y sufrimiento, una oscuridad que yo no debería conocer. A veces también encuentro luz, pero las sombras son siempre más fuertes en un mundo gobernado por los demonios.

Y me duele, Olivita, me duele mucho.

Tengo solo veinte años, pero a veces siento que he vivido mil vidas, que he luchado en cientos de guerras. Muchas veces me he preguntado hasta cuándo aguantaré, si podré seguir adelante; pero, desde que sé que tú existes, me siento mucho más fuerte, menos sola. Desde que tú estás conmigo, siempre tengo a alguien a quien contarle mis preocupaciones, mis miedos y mis errores.

Como lo que ocurrió a la mañana siguiente tras la fiesta del Alcázar.

Esa mañana abrí los ojos en mitad de la oscuridad y me incorporé, asustada. Estaba en una cama, pero no en la mía; era mucho más grande, más mullida, las sábanas de mejor calidad. Lo último que recordaba era al tío Joaquín herido por el impacto de dos flechas, a los señores del Infierno reteniéndonos entre sus brazos, a la tía Carmen desapareciendo del jardín junto a un demonio. Había estado prácticamente segura de que iban a matarnos, pero estaba viva. ¿Y los demás? ¿Estarían bien?

—¿Frasquita? —pregunté—. ¿Triana?

Nadie me contestó.

Estaba aturdida, con las imágenes de la fiesta algo difusas, aunque era capaz de recordar detalles. La orgía desenfrenada, por ejemplo, o el sacrificio de la primogénita bajo aquellas molestas luces parpadeantes. A Antonio, tu padre, rompiéndome el corazón. ¿Cómo había podido hacerme algo así? ¿No se suponía que me quería? ¡Me había dejado indefensa en manos de Tzadi! El Arlequín podría haberme hecho mucho daño, hacértelo a ti, y él ni siquiera habría movido un dedo por nosotros.

Dolida, me llevé una mano al vientre para sentirte más cerca. Contigo dentro de mí siempre me sentía acompañada, feliz, enamorada. En ese momento debías de tener solo el tamaño de una oliva, pero ya era capaz de hacer cualquier cosa por ti.

—No te preocupes, Olivita —susurré—. Sobreviviremos. Tú y yo. No voy a dejar que te pase nada malo.

Hice un esfuerzo por levantarme de la cama, pero, justo en ese momento, alguien abrió la puerta de la habitación. Dos brillantes soles se iluminaron de golpe, cegándome, y una figura atravesó la estancia. Cuando pude ver de quién se trataba, me puse muy tensa; era Julia, la mujer de tu padre.

Iba vestida de forma elegante, un collar de esmeraldas en torno al cuello y un vestido a juego, aunque tenía la piel demasiado pálida. El pelo, castaño, lo llevaba recogido en un peinado que sus damas debían de haber tardado horas en hacerle. No debía de ser mucho mayor que yo, pero había algo en la miel de sus ojos que gritaba que había tenido que madurar rápido, que no era feliz. Y, a pesar de todo, Olivita, sentí lástima por ella.

—Vístete —me ordenó con el tono de alguien acostumbrado a mandar —. Y date prisa.

Caminó hasta la ventana que había junto a la cama y, sin decir nada, abrió las cortinas. La habitación se llenó al instante de la luz grisácea del día, y yo descubrí que estaba en una ostentosa y amplísima habitación. Cuando desvié la vista hacia Julia, ella me devolvió una mirada cargada de resentimiento; primero a los ojos, luego al vientre. Aunque me incomodó,

no pude culparla. Por mucho que Antonio hubiera negado en la fiesta que era tu padre, estaba segura de que ella sabía la verdad.

—¿Con qué ropa? —le pregunté.

Ella apretó los labios y, después, como si le diera rabia, dio media vuelta y caminó hasta el armario que había al otro lado de la habitación.

—Ponte esto —me indicó, dejando sobre la cama un corsé, unas enaguas y un refinado vestido de color azul claro—. Estaré fuera.

—¡Espera! —exclamé—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Dónde están mis primas? Joaquín está herido y Frasquita enferma, necesito saber que están bien.

Julia giró sobre sí misma y, sin decir nada, me miró de arriba abajo. Quizá me consideraba una contrincante, una rival con la que competir por el amor de tu padre; pero ese era el menor de mis problemas.

—No sé dónde están —me respondió. No parecía estar mintiendo, aunque sin tocarla no podía estar segura—. Y date prisa, el rey quiere verte.

El miedo me apretó con fuerza el estómago y, aunque lo disimulé muy bien, empezaron a temblarme las piernas.

—¿A mí? —inquirí—. ¿Por qué?

Lo que más me aterraba era que te hicieran daño a ti, Olivita. Tzadi había amenazado a tu padre con convertirte en primogénito y, al recordarlo, volví a sentir un escalofrío. Pero no, no iba a permitirlo. Haría cualquier cosa antes de dejar que te tocaran.

—¿Te crees que me lo ha dicho? —me preguntó Julia, acercándose hasta mí—. Vamos, te ayudaré a vestirte.

Cogió el corsé y me miró, haciéndome sentir algo cohibida. Sin embargo, no tenía más remedio que obedecer. Si quería saber dónde estaban mis primas, tenía que tragarme el miedo y salir de aquella habitación. No podía abandonarlas justo cuando más lo necesitaban.

Me puse las enaguas y el corsé. Julia, sin decir nada, se acercó hasta mí para ayudarme a abrocharlo. Olía muy bien, como a madera y naranjas.

—Gracias —le dije cuando me entregó el vestido.

Nuestras manos se rozaron un instante y, al sentir la calidez de su piel, activé mi gracia sin querer. Cuando los tatuajes de oro aparecieron en mi piel, ahogué un grito.

Después, los sentimientos de Julia me desbordaron.

En el interior de esa mujer había miedo, Olivita, mucho. Y estaba enfadada. Con sus padres por haberla obligado a casarse con un hombre mayor que ella, con los demonios por invadir su casa, consigo misma por no sentir hacia su marido lo que se suponía que debía sentir una esposa. Por tener que esconder ante el mundo entero que no le gustaban los hombres, sino las mujeres.

—¿Estás bien? —me preguntó, sorprendida, al ver los dibujos de oro que habían aparecido en mis brazos.

Asentí, mirándola un instante a los ojos, y me di la vuelta para vestirme. Los tatuajes desaparecieron al instante.

—Te voy a dar un consejo —me dijo Julia en voz baja mientras volvía a ayudarme con el vestido—. No enfades más a Luzbel.

Con lo que había averiguado sobre ella, casi me había olvidado del rey del Infierno. ¿Qué quería decir con enfadarlo *más*? Ya era lo bastante horrible tener que verlo como para, además, saber que no estaba de buen humor.

—No he hecho nada para enfadarlo —mentí.

—Sí que lo has hecho —me respondió ella—. Existir.

Al salir de la habitación nos encontramos con dos soldados que vigilaban la puerta. En cuanto vieron a Julia, bajaron la barbilla en un gesto de respeto. Ella los saludó con la cabeza y comenzó a caminar por el largo pasillo que se abría ante nosotras. Yo la seguí muy de cerca, en silencio, lamentándome de lo que pesaba aquel caro e incómodo vestido. ¿No podía haberme dado uno más ligero? El pecho me había crecido en los últimos meses y el corsé me apretaba mucho más de lo que me habría gustado. Ni siquiera podía respirar bien.

Los pasillos del Alcázar eran un hervidero de vida. Las criadas iban cargadas con sábanas limpias, cestos y bandejas entre los arcos de herradura y las columnas de mármol. Parecían nerviosas, como si no supieran bien cómo actuar frente a los nuevos inquilinos del palacio, y no me extrañó lo más mínimo. Yo tampoco estaría tranquila si tuviera que hacerles el desayuno a los señores del Infierno.

Al pensar en comer, mi estómago rugió con fuerza.

—Lo siento —dije, llevándome una mano al vientre, cuando Julia me miró de reojo—. No podemos parar a comer nada, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza y continuó caminando. Yo, abatida, la seguí.

—*In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi* —musitó Julia cuando llegamos ante unas grandes puertas de madera. No solo había dos guardias humanos custodiándolas, también dos dragones vestidos de negro con las manos llenas de tatuajes. Al vernos llegar, clavaron sus ojos rojos en los míos. Los latidos de mi corazón se aceleraron de golpe—. Dilo antes de dirigirte a él.

Pero cuando las puertas se abrieron ante nosotras, me olvidé de su consejo. La sala que nos recibió era inmensa, cuadrada, con suelos de mármol blanco y yeserías con motivos vegetales decorando las paredes. A la derecha, seis columnas sostenían tres arcos que daban directamente a un jardín. Estos, además, lo separaban del salón gracias a una celosía que creaba un hermoso juego de luces y sombras y le daba a la estancia un aire íntimo a la vez que mágico. Lo que más llamó mi atención, sin embargo, fue el techo; no solo era altísimo, sino que en él había una inmensa cúpula de madera con estrellas de oro talladas, como si en ella hubieran querido representar el universo entero. En cualquier otra situación me habría detenido para admirarlo y empaparme de su belleza, pero en aquel momento preferí no hacerlo. La estancia estaba llena de demonios, y no podía bajar la guardia.

Estaban por todas partes; tumbados sobre mullidos cojines en el suelo, jugando a las cartas, leyendo junto a las celosías. Al igual que los nobles, todos iban vestidos con ropas elegantes de color negro que incluían sedas y encajes y no llevaban ningún arma. Se los veía relajados, cómodos, casi humanos; pero no lo eran.

¿Dónde estaban los matadores? Los busqué con la mirada por toda la estancia y no había ni rastro de ellos. Eso me inquietó. ¿Y si habían ido a por Carmen? ¿Y si Luzbel quería impedir que llegara hasta la Alhambra, tal y como le había ordenado Joaquín?

Al fondo del salón, destacando más que ninguna otra cosa, había una tarima de madera negra con seis escalones. Sobre ella, reinando sobre todo y sobre todos, se alzaba un alto trono de ébano y plata formado con lo que

parecían cientos de serpientes negras. A sus pies, tres hombres-perro de pelo negro y bocas llenas de dientes afilados descansaban tumbados en el suelo. A pesar de que tenían el pecho desgarrado, como si les hubieran arrancado el corazón de cuajo, respiraban con calma y movían el rabo, que también tenía forma de serpiente.

Contuve el aliento cuando me di cuenta de que en el trono estaba sentado el mismísimo rey del Infierno. Aunque parecía humano, con una corona de cuernos sobre el cabello despeinado blancuzco y un rostro que parecía esculpido en mármol, estar en su presencia era tan aterrador como saberte solo en una oscuridad desconocida. Era imposible prever cómo iba a reaccionar.

—*In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi* —dijo Julia, haciendo una reverencia ante él.

Todos los demonios de la sala la observaron con aburrimiento, pero su interés aumentó considerablemente al ver que yo la acompañaba. Eso me puso muy nerviosa. Por un momento, lo único que se escuchó en aquella sala de audiencias fue el rumor del agua de la fuente del patio. Los demonios sabían quién era yo, lo que había hecho, y estaban esperándome. Querían ver cómo su rey me castigaba. Las piernas me temblaban tanto que dudaba incluso que pudiera caminar. Quería ponerme a gritar, salir corriendo de allí, pero estaba paralizada.

Julia me miró de reojo, como instándome a repetir lo que ella acababa de decir, pero fui incapaz de abrir la boca. Luzbel había clavado sus ojos rojos en los míos y, aunque aún estaba lejos, parecía estar viendo mi alma.

«Bienvenida, Candela», susurró una voz dentro de mi cabeza. «Y bienvenido sea también el fruto de tu vientre».

Me mordí la lengua para no ponerme a llorar.

—Acércate —me ordenó el rey, esta vez en voz alta.

Tragué saliva y, bajo la atenta mirada de los demonios, me acerqué hasta la tarima. Los tres terroríficos hombres-perro alzaron la cabeza para observarme con atención. Tuve que hacer un esfuerzo por no caerme, pues temblaba tanto que el suelo parecía moverse bajo mis pies.

—Hija de Adán —me dijo Luzbel cuando llegué hasta el borde de las escaleras. Sus manos estaban apoyadas en los brazos del trono, la espalda

recta contra el respaldo. Tenía los ojos más rojos que había visto en mi vida —. Bienvenida a la Corte del Infierno. Espero que los aposentos que te hemos cedido sean de tu agrado.

—Lo son —dije, notando cómo me palpitaba el corazón en la garganta —. Aunque no merezco esta amabilidad.

Luzbel apretó los labios y, sin decir nada más, se puso en pie. Cuando comenzó a caminar, su larga capa de plumas negras acarició el suelo de la tarima. Yo contuve el aliento. No quería que bajara. No quería tenerlo cerca.

—Por supuesto que sí —me dijo él con la voz teñida de oscuridad mientras comenzaba a descender por los escalones. Tenía las piernas muy largas y se movía con la elegancia de un depredador—. Los ángeles escasean hoy en día, un mérito que tengo que reconocerme, así que cuando aparece alguien que lleva su poder en las venas, hay que tratarlo con los honores que merece.

Cuando Luzbel se situó frente a mí, el miedo me estrujó el estómago. Sabía lo de mi gracia, así que no tenía escapatoria. Ese demonio había destruido al Creador y había acabado con los ángeles, ¿qué podía hacerme a mí, que era una simple mortal? ¿Qué podía hacerte *a ti*?

Alcé la vista para mirarlo y él, que tenía los ojos clavados en mí, ladeó la cabeza. Olía a cuero, a fuego, y había algo en él a lo que era imposible resistirse. Una cruz le llegaba hasta la nariz, alargando los brazos sobre las cejas para terminar formando en las sienes las palabras *non serviam*, una a cada lado. En la frente tenía un lucero y, en el cuello, había palabras y dibujos se mezclaban sin sentido. Intenté buscar algún defecto en el rostro, algo que lo hiciera más humano y me tranquilizara, pero no lo encontré. Era la perfección personificada.

Antes de que pudiera decir nada, Luzbel alargó el brazo y me cogió la mano con delicadeza. Estaba tan asustada que no me resistí. Sorprendentemente, su piel era muy suave. Los dedos llenos de anillos estaban calientes como el fuego, pero no llegaron a quemarme. Se llevó mi mano a los labios y, sin dejar de mirarme, depositó un suave beso sobre ella.

«Tenía muchas ganas de conocerte», susurró en mi cabeza.

Al contacto con su boca, mis tatuajes estallaron de nuevo. Ahogué un grito de sorpresa y cerré los ojos cuando me di cuenta de que no se debía a

que mi gracia se hubiera activado, sino a que él la estaba *forzando*. Estaba sacando una parte de mí que quería que permaneciera oculta, obligándome a utilizarla. Y, a pesar de ello, no sentí nada de lo que había en su interior.

—Qué interesante —musitó.

Aparté la mano de golpe, sintiéndome expuesta y mancillada.

—¿Dónde está mi familia? —le pregunté con un hilo de voz.

A modo de respuesta, el rey del Infierno sonrió. No fue una sonrisa tranquilizadora. Tenía los dientes hechos de la misma plata que los anillos que le decoraban los dedos, que los aros que le brillaban en las orejas.

—Pensé que no me lo ibas a preguntar nunca —me contestó—. Quiero que te reúnas con tu familia, no soy un monstruo, pero no sería justo que yo no obtuviera nada a cambio. Por eso me gustaría hacer un trato.

Te quería a ti, Olivita. Estaba segura. El corazón me latía con tanta fuerza dentro del pecho que, por un momento, pensé que me lo iba a romper. Di un paso hacia atrás y me coloqué una mano sobre el vientre.

—No es tu hijo lo que me interesa —me dijo Luzbel—, sino lo que sabes. Yo te devuelvo a tu familia y tú me das las respuestas que necesito.

—No sé qué respuestas puedo darte —le respondí, nerviosa. Era inútil mentirle cuando estaba metido en mi cabeza—. No tengo nada que…

—Quiero que me digas todo lo que sabes sobre Carmen y Joaquín.

Al escuchar los nombres de tus tíos, me puse muy tensa. ¿Por qué necesitaba Luzbel que le hablara sobre ellos? Me tranquilicé pensando que, si quería información sobre Carmen y Joaquín, era porque aún estaban vivos. Y eso me dio esperanza.

—No… no sé dónde están —murmuré. Y lo decía de verdad.

El rey de los demonios soltó un suspiro de cansancio y, haciendo un gesto con la mano izquierda, hizo aparecer en ella una daga. No era una cualquiera; su empuñadura parecía alicatada con azulejos de colores, sus filos hechos de oro. Una kinjara. ¿Por qué la tenía Luzbel? ¿Qué le había pasado a Carmen?

—Verás —me dijo él, moviendo la daga entre los dedos con una agilidad sobrehumana—. Carmen no lo sabe, pero tiene algo que es muy valioso para mí, algo que *necesito* recuperar. Cuanto más tiempo pase sin ello, más me enfadaré. Y no queremos que yo me enfade, ¿verdad?

Un chasquido a mi derecha me hizo dar un respingo. Cuando giré a la cabeza, Triana y Frasquita aparecieron en medio del salón. Estaban allí de pie, algo aturdidas, pero vivas. Sanas y salvas.

—¡Candela! —gritó Frasquita al verme.

Me olvidé momentáneamente de dónde estaba y di un paso hacia delante. Sin embargo, no pude moverme. Ellas, tampoco. Una pared invisible nos lo impidió.

—¡Frasquita! —grité, golpeando el cristal incorpóreo. Mi voz sonaba hueca de repente, como si estuviera metida en una caja—. ¡Triana! ¿Estáis bien?

Las dos asintieron, pero me miraron algo asustadas.

—Ahora que estamos todos —dijo Luzbel, alzando un poco la voz—, vamos a dejar las cosas claras. No quiero que me digáis dónde están Carmen y Joaquín porque ya lo sé. Conozco su destino, por lo que tampoco se me escapa el camino que van a seguir. Lo que quiero es que me habléis de sus gracias. Lo que quiero es que seamos amigos.

¿Amigos? No estaba entendiendo nada. Carmen y Joaquín estaban vivos, eso seguro. Pero, si Luzbel sabía dónde estaban, ¿por qué no iba a por ellos? ¿Para qué nos necesitaba a nosotras?

—¿Encierras en jaulas a todos tus amigos? —le preguntó Triana, alzando una ceja—. Deben de quererte muchísimo.

La fulminé con la mirada, pero ella tenía los ojos clavados en Luzbel y no se dio cuenta. Los demonios de la sala comenzaron a murmurar, como si les encantara ver cómo los desafiábamos.

—No a todos —le respondió el rey a Triana, acercándose lentamente—. Solo a aquellos que creo que me pueden traicionar. A los que me demuestran lealtad los convierto en señores del Infierno. En vuestras manos está decidir si queréis pasar la vida encerradas o disfrutando de unos lujos con los que solo sois capaces de soñar.

Luzbel y Triana se miraron durante unos segundos, en silencio, y supe que el rey les estaba hablando a sus mentes. Las estaba tentando.

«Candela», susurró Luzbel en mi cabeza sin dejar de mirar a Triana. «No pienses que estás traicionando a tu familia por colaborar conmigo; piensa más bien que estás ayudando a tu hijo. Va a ser un niño, por cierto, y tendrá

tus ojos. Oh, será guapísimo, y muy listo. Quizá no tenga un padre, pero yo puedo hacer que no lo necesite. ¿Prefieres que pase hambre y frío, como tú, o que no sepa jamás lo que es el sufrimiento? Es tu decisión».

Mi decisión. Nos estaba ofreciendo una manzana, y éramos nosotras quienes teníamos que elegir comer de ella o no. Me llevé las manos al vientre y pensé en ti, Olivita. Ibas a ser un niño. ¡Un niño!

—¿Qué les pasará a Carmen y a Joaquín cuando los encuentres? —preguntó Frasquita. Sorprendentemente, aunque parecía nerviosa, respiraba con normalidad. ¿Y si el rey de los demonios le había prometido acabar con su enfermedad? ¿Y si le estaba mostrando cómo de fácil podía ser su vida si le ayudaba?—. ¿Y a Dancaire?

Luzbel la miró y, tras unos segundos de silencio, frunció el ceño.

—Ellos también tendrán que tomar una decisión —respondió con mucha calma—. Por mucho que nos empeñemos en culpar a los demás, somos nosotros quienes firmamos nuestras propias sentencias.

Una decisión. Como la nuestra. Encerradas en el Alcázar, lo más inteligente que podíamos hacer era sobrevivir. El poder de Luzbel era demasiado grande, y nuestra única salida era aceptar sus normas. Tenía miedo, Olivita. Cuando la vida de tu hijo depende de ti, no eres tan valiente como crees. Si Luzbel solo quería información, se la daría; aunque no supiera bien lo que eso implicaba.

Ya habría tiempo de buscar una salida.

—Está bien —musité—. Yo acepto el trato. Si no nos haces daño, si prometes proteger a mi hijo… te daré las respuestas que buscas.

Luzbel giró la cabeza para mirarme y, cuando su rojo atravesó mi azul, sonrió. En la sala, de nuevo, reinaba el silencio.

—Perfecto —siseó, orgulloso—. ¿Y vosotras?

Se dio la vuelta para mirar a tus tías y, cuando estas asintieron, él alzó los brazos. Las paredes de las jaulas desaparecieron, pero, al instante, unos grilletes invisibles se cerraron en torno a mis muñecas, aprisionándome, apagando el poder que ardía en mi interior. Aunque no podía verlas, aquellas esposas me dejaron exhausta, como si absorbieran toda mi fuerza, y las rodillas me empezaron a temblar. Ahogué un grito cuando la piel de

mi antebrazo izquierdo se abrió, en forma de cruz, y los dos cortes limpios empezaron a sangrar, empapándome la manga del vestido.

—Bienvenidas a la Corte del Infierno —murmuró Luzbel.

Y, así, la serpiente cerró el trato.

La noche en el interior del Alcázar era muy distinta a la que se vivía fuera de él. Entre las paredes de aquel palacio, la culpa era mucho más intensa, el dolor más fuerte, los recuerdos felices más lejanos.

La habitación en la que me tenían cautiva era tan grande que me hacía sentir incómoda, fuera de lugar. Las horas se hacían largas e insoportables. ¿Qué sentido tenía vivir entre algodones si no podía tener cerca a la gente que me importaba? Tus tías estaban allí, Olivita, en una habitación como la mía, pero no me permitían verlas. Esa había sido la única norma que nos había impuesto Luzbel, que estuviéramos separadas. Viviríamos como princesas, sí, pero solas. Y estaba empezando a arrepentirme de la decisión que había tomado.

Cada vez que movía las manos, las notaba pesadas. Era la primera vez en veinte años que no podía sentir el poder de mi gracia en las venas, como si estuviera vacía, y tenía miedo. Mucho.

Por si eso fuera poco, la herida de mi antebrazo izquierdo aún escocía, y lo peor era que sabía que aquella cruz de sangre permanecería en mi piel para siempre, recordándome que por mucho que fingiera lo contrario, no éramos las invitadas de honor del rey de los demonios; éramos sus prisioneras.

—¿Qué hemos hecho, Olivita? —te susurré, llevándome una mano al vientre.

Me acerqué hasta la cama y, justo cuando me senté sobre ella, alguien golpeó la puerta. Probablemente se trataba de la criada, que me había traído la cena. Volvía a estar muerta de hambre, así que no pude evitar sentir una oleada de felicidad.

—¡Adelante! —exclamé.

La puerta se abrió y, cuando el rostro de Julia asomó al otro lado, fruncí el ceño.

—He pensado que quizá tenías hambre —me dijo. Llevaba una bandeja de plata entre las manos.

—¿Luzbel te ha obligado a venir otra vez? —le pregunté, alzando una ceja.

Julia me miró y, sin decir nada, entró en la habitación y cerró la puerta. Eso me puso nerviosa. No sabía si podía fiarme de ella.

—Esta vez he venido porque he querido —me respondió, acercándose hasta la cama. La gruesa moqueta que cubría el suelo silenció sus pasos.

La observé durante un par de segundos, sin saber bien qué decir. Llevaba el mismo vestido con el que la había visto por la mañana, pero algo en ella había cambiado. Se había soltado el pelo y parecía más joven, más amable. Incluso la miel de sus ojos parecía más cálida. No era especialmente guapa, pero había algo en ella que hacía que no pudiera dejar de mirarla, una fuerza arrebatadora escondida bajo una máscara de fingida inocencia.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque yo también sé lo que se siente al estar cautiva —me respondió ella, sentándose en la cama frente a mí—. Y porque no quiero que pases hambre.

Empujó la bandeja hacia mí y, cuando me llegó el olor de la comida, se me hizo la boca agua. Había un plato de arroz con pimientos en aceite, un bol de gazpacho y un pan recién horneado que hizo que me rugiera el estómago. Justo al lado, además, estaba el postre, una manzana negra como la oscuridad.

—Gracias —le dije, con sinceridad.

Ella bajó la vista hacia sus manos y, con las mejillas teñidas de grana, guardó silencio. Yo no pude contenerme más y empecé a comer.

—Tus primas están bien —murmuró tras unos segundos de silencio.

En cuanto lo dijo, el alivio me recorrió el pecho. Confiaba en que Luzbel cumpliría su parte del trato, pero, aun así, no podía estar tranquila. Estábamos hablando del rey del Infierno.

—Me encantaría verlas —le dije a Julia—. Ni siquiera he podido hablar con ellas.

—La soledad es el precio que hay que pagar por vivir aquí.

—¿Lo dices por Antonio? —le pregunté, con más curiosidad que rencor —. ¿No te hace compañía? Eres su esposa.

Julia se encogió de hombros y guardó silencio. Por un momento pensé que no iba a responderme, que no quería hablar de él conmigo, pero al final suspiró y, sin que le temblara ni un ápice la voz, me dijo:

—Antonio es encantador al principio, pero con el tiempo te das cuenta de que es un egoísta que cree que el mundo gira en torno a él. Supongo que ya te has dado cuenta.

Cuando alzó la mirada y nuestros ojos se encontraron, surgió la chispa del entendimiento. Ninguna de las dos quería llevarse mal con la otra, pero era lo que nos habían hecho creer que estaba bien. A las mujeres nos obligaban a competir incluso cuando éramos las víctimas, y a veces la única forma que teníamos de despertar era hablar entre nosotras.

—Lo que te ha hecho a ti —continuó Julia—, me lo habría hecho a mí también. Quiero que lo tengas claro. Si le interesa tenerte a su lado, te colmará de atenciones. Si no… te lanzará a los demonios sin que le tiemblen las manos. Así es Antonio.

La rabia que había en su voz, por alguna razón, me hizo sentir mejor. Tu padre me había hecho daño, Olivita, pero había alguien en el mundo que entendía mi dolor. Y eso era como ver la luz de un faro en mitad de la oscuridad.

—Le odio —confesé, liberándome por fin.

—Yo también —me respondió ella, esbozando una tímida sonrisa—. Es curioso porque a ti te desprecia por haberte quedado embarazada, y, a mí, justamente por lo contrario.

Así que Antonio quería un hijo, pero no conmigo. Me dolió descubrir que no me quería a mí, Olivita, pero mucho más que no te quería a ti. El día en que supe que me había quedado embarazada había sido muy feliz porque eras el fruto de un amor que desafiaba todas las convenciones sociales. En aquel momento, sin embargo, comprendí lo tonta que había sido, lo ciega que había estado.

Antonio no estaba enamorado de mí, yo solo era una pobre cigarrera con la que desahogarse cuando Julia no cumplía con sus obligaciones maritales. Los regalos y las palabras bonitas no habían sido más que mentiras.

—Esta mañana he sido muy desagradable contigo —me dijo Julia—. No te odio, pero… me das miedo. Todos en el Alcázar hablan de lo que tus primas y tú sois capaces de hacer, de lo que pasó en la fiesta, y me da miedo que vuestra presencia enfade a los demonios. Por eso, lo siento. Creo que deberíamos volver a empezar. —Extendió la mano hacia mí y, cuando se la estreché, no sentí absolutamente nada. Me era imposible acceder a mi gracia por culpa de las esposas invisibles de Luzbel, y eso me provocó una profunda tristeza—. Soy Julia de Henestrosa y la Cueva, duquesa de Punta Umbría y esposa del cacique de la taifa de Sevilla.

—Madre mía —respondí—. Encantada de conocerte, Julia. Yo soy Candela, Candela Otero Cortés.

Al decir los apellidos de mis padres, algo dentro de mí se removió. Una voz, un recuerdo, un olor. Los años más felices de mi vida. Mi madre haciendo puchero para comer, mi padre llenándome la cara de hollín cuando me abrazaba al llegar de la mina. Dancaire sacándome de Córdoba, llevándome a vivir a Sevilla sin darme ninguna explicación. «Marcos 10:45, Candela. Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate de muchos».

—Un placer, Candela Otero Cortés —me dijo Julia, apretándome la mano con cariño.

Nos quedamos unos segundos en silencio, las manos entrelazadas, mirándonos; viéndonos de verdad por primera vez. Quería que compartiera su secreto conmigo, que no pensaba juzgarla, que me parecía una de las mujeres más fuertes que había conocido en mucho tiempo, pero guardé silencio. Ya había averiguado demasiadas cosas sin su permiso y quería que fuera ella quien me contara las demás.

—Voy a dejarte descansar —me indicó—, pero, si necesitas cualquier cosa, avísame. Sé que te sientes sola, pero… no lo estás. Siempre nos tenemos las unas a las otras.

Me soltó la mano y yo, a desgana, la vi levantarse de la cama. No quería que se marchara, pero no le dije nada. No quería que corriera ningún riesgo por mi culpa.

—Por cierto —añadió, dándose la vuelta antes de llegar a la puerta—. Deberías comerte la manzana. Está deliciosa.

Fruncí el ceño y la miré, pero ella se marchó de la habitación sin dejarme responder. Cogí la manzana que había sobre la bandeja, algo extrañada, y entonces lo vi. Debajo de la fruta había un trozo de papel. Estaba doblado de tal forma que parecía minúsculo, insignificante.

Lo desdoblé con manos temblorosas y lo leí con rapidez. Supuse que la letra era de Julia. Me gustaron sus trazos rápidos y nerviosos, sus vocales levantadas y traviesas.

`Génesis 3:6`

¿Génesis 3:6? Observé el papel con detenimiento y me concentré en recordar qué decía ese versículo de la antigua fe. Las palabras de Dancaire no tardaron en sonar con nitidez en mi cabeza:

«Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella».

Eva. El pecado de Eva.

La primera mujer, tentada por la serpiente, había roto su pacto con el Creador. Le había *desobedecido*. ¿Y si Julia estaba queriendo decirme que teníamos que hacer lo mismo que Eva? ¿Y si me estaba proponiendo romper el pacto que habíamos hecho con Luzbel?

«Sé que te sientes sola, pero… en el fondo no lo estás. Siempre nos tenemos las unas a las otras» me había dicho. Y tenía razón.

—Génesis 3:6 —repetí, mirando la nota con las fuerzas renovadas.

Quizá Luzbel y sus demonios sabían cómo someter a los hijos de Adán, pero aún no se habían enfrentado a las hijas de Eva.

12

Carmen

aterrizamos con un impacto en medio del campo, en un paisaje extenso en el que reinaba la oscuridad. Aleph me había rodeado con los brazos en el jardín del Alcázar, pero, en cuanto chocamos contra el suelo, me soltó. El dolor del golpe fue intenso, pero nada comparado con el que me atenazaba el pecho.

—¡Maldito idiota! —grité, poniéndome en pie enseguida—. ¡Llévame de nuevo con mi familia!

Me giré para mirar a Aleph y lo amenacé con la kinjara, pero él se sentó en el suelo y, apretando los dientes, me ignoró. Eso me enfadó aún más. Los matadores tenían a mis primas y Joaquín estaba herido, no podíamos perder el tiempo. ¡Teníamos que volver a por ellos!

—¡He dicho que me lleves otra vez a…!

—Carmen —me cortó él—. No puedo.

Apreté la empuñadura de la kinjara y él, a modo de respuesta, se llevó una mano al abdomen. La herida que le había hecho en la fiesta seguía manando sangre y le empapaba la ropa. Por un segundo me sentí culpable por haberlo apuñalado, pero enseguida volví a mi estado natural de odio. Era un jodido demonio, y sin agua bendita de por medio no iba a caer en su trampa.

—Eso no es más que un rasguño para ti —le dije, entornando los ojos. Los demonios no podían morir, y él no era una excepción—. Te curarás.

Aleph negó con la cabeza y, apretándose la herida con más fuerza, me miró. Sus ojos brillaban muy rojos bajo la máscara de bronce.

—Esta no es una herida normal —me respondió, desviando la mirada hacia la kinjara—. Lo sabes perfectamente. No creo que sobreviva.

Dancaire me había dicho que las dagas estaban hechas de caelestum, que eran armas de los ángeles, y solo ellos podían acabar con los demonios. Solo *yo* podía hacerlo. Chasqueé la lengua con fastidio y miré a nuestro alrededor. No éramos más que dos puntos minúsculos entre campos de cultivo y sombras. Junto a nosotros se alzaba la estructura de piedra de una antigua fortificación abandonada, y lo único que se escuchaba era el viento acariciando sus ruinas.

La miré, con el ceño fruncido, y no tardé en reconocerla. Con cuatro torres en las esquinas, era una fortaleza singular; no estaba en alto, sino en una hondonada, ya que había sido construida para vigilar un manantial y no para controlar el territorio. La había visto cientos de veces cuando, acompañada por Joaquín y mis primas, habíamos ido a bañarnos al arroyo después del trabajo. Pensar en ello me hizo sentir una punzada de dolor en el pecho, pero me obligué a apartar los recuerdos para poder pensar con claridad. Estábamos a las afueras de la ciudad, más allá de los algodonales en los que trabajaba Joaquín, todavía dentro de la taifa.

—No hemos salido de Sevilla —musité, mirando a Aleph de nuevo—. Deberíamos estar en Granada.

Él, que cada vez parecía más débil, guardó silencio. ¿No se había sacrificado Joaquín para que yo cumpliera el estúpido encargo de Dancaire? ¡Le habían atravesado dos flechas para que pudiera llegar hasta la Alhambra, y ni siquiera habíamos salido de Sevilla!

—No he podido llegar más lejos —me explicó él con la voz cansada—. Mientras esté herido… no puedo utilizar mi poder a su máxima capacidad.

Tenía ganas de ponerme a llorar de rabia, de romper cosas. ¡Mi familia estaba retenida y no podía enfrentarme a los señores del Infierno yo sola! Tenía que ir hasta la maldita Alhambra y encontrar el arma que los demonios ocultaban allí. Tenía que hacer algo. Candela estaba embarazada, Frasquita enferma, Joaquín y Triana heridos. ¿Cómo había podido dejar que me separaran de ellos?

Me agaché junto a Aleph y, con las manos temblando por culpa de la rabia y la frustración, le quité la máscara. Su rostro quedó por primera vez a

la altura del mío y eso me puso nerviosa. Estaba algo más pálido de lo normal, pero seguía siendo ridículamente perfecto. Lo único que rompía su belleza impoluta era la quemadura dorada que le había hecho en el callejón, la forma de mis dedos cruzándole la cara desde la frente hasta el mentón.

—Tengo que llegar hasta allí —le dije, recordando lo que nos había dicho Dancaire—. Hasta la Alhambra.

—Y yo tengo que llevarte —me respondió él—. No puedo incumplir la orden, por mucho que quiera. Hasta que lleguemos a Granada, estamos atados sin remedio.

Resoplé aliviada al darme cuenta de que si Aleph seguía ligado a la orden era porque Joaquín estaba vivo; sí, claro que estaba vivo. La sola idea de perderlo hacía que me costara respirar. Había sobrevivido y tenía que salvarlo, volver a Sevilla con lo que fuera que hubiera en la Alhambra y rescatarlos a todos. Pero, para ello, tenía que asegurarme de que Aleph no se muriera.

—¿Qué hay en la Alhambra? —le pregunté—. ¿Qué es el Tesoro de los Ángeles?

El demonio cerró los ojos y cabeceó como si fuera a perder el conocimiento de un momento a otro. Estuve a punto de darle un tortazo, pero enseguida volvió a abrirlos y me contuve.

—No lo sé —me respondió en voz baja—. Eso solo lo saben el rey y sus señores del Infierno.

Los matadores. Los malditos matadores. Ojalá pudiera rajarles la garganta uno a uno.

—¿Y tú qué eres? —inquirí, mirándole los guantes blancos empapados de sangre—. ¿Un soldado o algo así? No tienes tatuajes ni en la cara ni en el cuello, pero te vi con Tzadi en la taberna.

Aleph asintió con lentitud, como si le costara un mundo hacer el más mínimo esfuerzo.

—Soy un cabo del regimiento de dragones de Luzbel. —Cogió aire con dificultad, quedándose sin fuerzas, y yo contuve el aliento—. A veces me encargo de… de acompañar a los señores del Infierno en sus misiones.

Un cabo. Eso significaba que solo tenía tatuajes en las manos, que su único poder era el de transportarse con la oscuridad. Bien, eso me

beneficiaba.

Me giré hacia la fortaleza abandonada y, justo en ese momento, comenzó a llover. El cielo descargó su tristeza con fuerza, como quien rompe un plato contra la pared, y nos empapó la ropa con ella. Detrás del telón negro que había sobre nosotros, en la lejana bóveda celeste que un día fue el hogar de los ángeles, un par de truenos rugieron. Teníamos que buscar refugio cuanto antes.

—Voy a llevarte dentro de la fortaleza —le dije, alzando la voz por encima de la tormenta—. Vas a tener que poner un poco de tu parte.

—No —me respondió él—. No puedes… tocarme.

¿De verdad iba a llevarme la contraria justo en ese momento?

—Te aseguro que tocarte es lo último que me apetece.

Subí su brazo sobre mis hombros, teniendo cuidado de que mi piel no rozara la suya allí donde no nos cubría la ropa, y después, haciendo acopio de todas mis fuerzas, lo levanté. La herida del flechazo envió una descarga de dolor a todo mi cuerpo, pero me la tragué para poder continuar. Aleph soltó un gruñido y yo, que cargaba con todo su peso, apreté los dientes con fuerza.

—¿Puedes andar? —le pregunté.

—No.

—Pues lo siento mucho.

Como aún llevaba el vestido de la fiesta, me fue aún más difícil caminar. Aleph, a pesar de todo, hizo un esfuerzo por seguirme el ritmo. Cada pocos pasos soltaba un quejido lastimero pero, aun así, no se detuvo. Aunque jamás lo habría reconocido en voz alta, admiré sus ansias de aferrarse a la vida.

Continuamos avanzando a través del barro. No íbamos a llegar. Me temblaba todo y cada paso era más difícil que el anterior. Cuando estábamos ya muy cerca, a él le fallaron las piernas y me arrastró al suelo con su peso.

—No puedo —musitó, sujetándose el abdomen.

Apreté los dientes con rabia e, ignorando el dolor que sentía en el brazo, me levanté.

—Eres un flojo —le insulté—. ¿Qué clase de demonio se pone así por un arañazo?

Aleph esbozó una media sonrisa y, cuando le ofrecí la mano, él la cogió sin dudarlo. Le ayudé a ponerse en pie y, como si la humillación hubiera renovado sus ganas de continuar, se apoyó sobre mí con fuerza y siguió caminando.

—Échate aquí —le dije cuando entramos en la fortaleza. Le ayudé a tumbarse dentro de una de las antiguas estancias.

Él obedeció y, respirando con dificultad, se tumbó y cerró los ojos. En el suelo habían crecido docenas de iünas de cinco pétalos que le sirvieron de cama. Por alguna razón, al verlo tan débil, pensé en los ángeles. ¿Ellos también habrían muerto así, de una forma tan humana?

—Voy a vendarte la herida —le dije.

Aleph no me respondió. No tenía fuerzas. Mierda, mierda, mierda. Era mi única vía para llegar a la Alhambra, no podía pasarle nada. Me agaché y corté con la kinjara un trozo de tela de mi vestido. Después, me acerqué hasta él. Le quité el corbatín y la chaqueta y, con cuidado de no tocarle la piel por si volvía a quemarle, le abrí la camisa. Estaba tan mojada de lluvia y sangre que se le quedaba pegada al cuerpo.

—Estabas… estabas deseando desnudarme —susurró, abriendo ligeramente los ojos.

Mis mejillas enrojecieron, pero, por suerte, la oscuridad las camufló.

—Cierra la boca.

Al quitarle la camisa y verle la herida, el estómago se me encogió con una mezcla de asco y miedo. Era muy profunda.

Me mordí la lengua con fuerza, me tragué el nudo que se me había formado en la garganta y comencé a vendarle la herida. Me temblaban las manos de frío, de rabia. Aun así, lo hice con cuidado. No quería volver a quemarle. No así.

—Tienes… un lunar —susurró.

No supe de qué estaba hablando hasta que me di cuenta de que me estaba mirando el lunar que tenía justo debajo del ojo derecho, igual que había hecho en el callejón del Agua.

—Tengo muchos —le respondí.

Él, aunque no dijo nada, buscó con la mirada los lunares de mi rostro. Tenía otro en la mandíbula, dos en el cuello, una constelación entera en la espalda. No tenían nada especial, pero Aleph parecía fascinado con ellos. ¿Tendrían lunares los demonios? No, seguro que no. Unas manchas tan comunes no podían mancillar su perfección infernal.

—Son bonitos —me dijo, esbozando algo parecido a una sonrisa. Estaba delirando.

—Son mortales —contraataqué.

Él se quedó callado, yo me concentré en la tarea de vendarle la herida. Durante unos minutos, lo único que se escuchó en aquella fortaleza abandonada fueron las gotas de lluvia golpeando los muros de piedra.

—¿Conocías este sitio? —me preguntó Aleph de repente, rompiendo el silencio.

Sabía lo que estaba haciendo; intentar sacarme algún tema de conversación absurdo para no perder el conocimiento. Lo mejor que podía hacer era dárselo, atarlo a la vida con mis palabras.

—He venido alguna vez —le respondí sin mirarlo—. Cuando era pequeña. Una fortaleza encantada era para mí un lugar de ensueño.

—¿Encantada?

Asentí y, sin perder la concentración, contesté:

—Dicen que por las noches puede verse la sombra de una mujer paseando por el adarve de la muralla, esperando el retorno de su amor perdido —guardé un segundo de silencio, casi avergonzada de estar diciendo aquellas palabras en voz alta—. Dicen que… que eran almas gemelas y, como tales, ni siquiera la muerte podía separarlos.

Aleph se quedó callado y, como sus ojos estaban cerrados de nuevo, pensé que se había marchado para siempre. Cuando volví a escuchar su voz, suspiré aliviada.

—Qué tontería —murmuró.

—¿Quién querría pasar la eternidad esperando a otra persona? —le pregunté—. Menuda pérdida de tiempo.

A través del ventanuco de la habitación entró la luz del trueno que explotó en el cielo. Aleph abrió los ojos y me miró con la misma expresión que la noche en que detuvo los latigazos en la taberna, la misma que cuando

le había perdonado la vida en el callejón. ¿Era pena lo que sentía? ¿Compasión?

—Gracias —susurró el demonio.

No sabía si lo decía por haberle contado la historia o por estar ayudándolo, pero me hizo sentir algo incómoda. No me gustaba que se mostrara tan humano.

—De nada —le respondí—. Pero solo hago esto porque te necesito.

Terminé de vendarlo mientras pensaba en mi familia y, justo en ese momento, los tatuajes dorados estallaron en mi piel. Mi gracia se manifestó con mucha fuerza, como si mi poder se hubiera triplicado de golpe. Ahogué un grito al sentir que la sangre se calentaba en mi interior.

—No —musité—. Joder, ahora no.

La temperatura de mi cuerpo ascendió tanto que las gotas de lluvia que me mojaban el vestido se evaporaron al instante. Una descarga de energía desconocida me recorrió desde la cabeza hasta los pies e hizo que me mareara. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué no podía controlarlo?

Aleph abrió mucho los ojos y yo me miré las manos. Gruñí cuando sentí que esa fuerza invisible tiraba de mí y me obligaba a sacar todo lo que escondía dentro. Dos flores rosas brotaron de entre mis dedos. Cerré los puños intentando dominar la intensidad de mi poder, y las flores cayeron sobre la piel de Aleph con la elegancia de dos copos de nieve. Él soltó un quejido de dolor al sentir la suavidad de sus pétalos, pero cuando se fusionaron con su piel y desaparecieron en su interior, cerró los ojos y dejó caer la cabeza.

¡Mierda! ¿Lo había matado? ¡No! ¡No podía ser! ¡Solo eran flores!

Mis tatuajes emitieron un destello de oro que iluminó la estancia entera y, como si para hacerlo me hubieran robado toda la energía, me desplomé sin fuerzas junto a Aleph.

Cuando abrí los ojos había dejado de llover. El aire olía a humedad y las paredes de la fortaleza estaban mojadas, pero el único rastro que quedaba de la tormenta era el eco de un goteo lejano. El cielo estaba gris, como siempre, pero ya no había nubes en él. Y eso era una buena señal.

Aunque algo mareada, me sentía sorprendentemente bien. Y estaba cómoda. Por un segundo me planteé quedarme tumbada, descansando, escuchando el tranquilo canto de los pájaros en el exterior; pero entonces me di cuenta de algo. Había alguien a mi lado.

Me incorporé de un salto y levanté la kinjara.

—Buenos días —me dijo Aleph. Tenía el pelo oscuro revuelto y el torso desnudo. La quemadura dorada que le había hecho en el callejón había desaparecido—. He intentado despertarte hace un rato para que dejaras de molestarme con tus ronquidos, pero no lo he conseguido. Te juro que parecías un oso.

¿Me había dormido al lado de un demonio? ¿Yo? ¿Pero qué narices me pasaba?

—¿Qué me has hecho? —le pregunté, comprobando que estaba entera.

Aleph esbozó una sonrisa divertida y se incorporó, hasta quedar con la espalda apoyada contra la pared. Se apartó la tela que le había puesto en torno al abdomen por la noche. Aunque mi primer impulso fue el de mirar la forma en la que se tensaban los músculos de sus brazos, los ojos se me fueron directos a la herida de la daga. Estaba cerrada. No se había curado del todo, pero sí había cicatrizado. ¿Cómo era posible? ¡Esa herida había estado a punto de matarlo!

—Más bien qué me has hecho tú a mí —me respondió. Sus ojos brillaban más rojos que nunca—. Me has salvado la vida.

Fue entonces cuando lo recordé todo de golpe; las flores, el fogonazo de luz de mis tatuajes, una energía inexplicable recorriéndome las entrañas. Me apresuré a quitarme la venda improvisada que me había puesto Joaquín en el brazo para ver el flechazo que me habían hecho las mujeres-ciervo en el Alcázar. Tal y como sospechaba, también se había cerrado.

—Siempre te has curado muy rápido, ¿verdad? —me preguntó el demonio.

Lo miré y él volvió a sonreír. Aunque seguía pareciendo cansado, ya no había ni rastro de la debilidad que había visto en él la noche anterior. Eso, aunque me tranquilizó, también me puso nerviosa. Por fin podía llevarme hasta la Alhambra, pero volvía a ser el demonio fuerte, irónico y seductor que había intentado matarme. Y eso era peligroso.

—Conozco a los ángeles más de lo que crees —añadió.

Hizo un esfuerzo por levantarse del suelo y yo, que seguía sin fiarme de él, acerqué un poco más la kinjara a su rostro.

—No te muevas.

—Mira, no podemos seguir así. Si vas a apuñalarme cada vez que intente moverme, no vamos a llegar nunca hasta la Alhambra. Esto me apetece tan poco como a ti, pero no tenemos más remedio que hacerlo. Dale las gracias a tu novio.

—Lávate la boca antes de hablar de Joaquín —lo amenacé, haciendo que el filo de la kinjara acariciara la piel de su rostro.

Los ojos rojos de Aleph brillaron con el interés de quien descubre el punto débil de su enemigo. Tuve que contener mis ganas de volver a apuñalarlo. No quería que supiera lo mucho que crispaba mis nervios; no iba a darle esa satisfacción.

Antes de poder decirle nada más, él se puso en pie de un salto y, haciendo un rápido movimiento con la mano, me dobló la muñeca derecha.

—¡Ah! —grité, dejando caer la kinjara al suelo—. ¡Suéltame!

Pero no me hizo caso; al contrario. Me apretó la muñeca con más fuerza, clavándome sus dedos enguantados en la piel.

—Que la orden me obligue a protegerte no significa que quiera ser tu amigo. El viaje va a ser largo, así que vamos a hacerlo fácil.

—¿Por qué no nos transportas hasta allí? —le pregunté, apretando los dientes. Me estaba haciendo mucho daño, pero no pensaba volver a quejarme en voz alta—. Ya estás curado, puedes usar tu poder.

Aleph guardó silencio y, tras mirarme fijamente durante unos segundos, me soltó. En cuanto lo hizo, me agaché para recoger mi daga.

—No puedo transportarme hasta Granada porque no solo metiste un filo de caelestum en mi cuerpo —me explicó—, sino que también cerraste mi herida con tus flores. Mi sangre está manchada con el poder de los ángeles, y cada vez que me late el corazón, me duele. Supongo que hasta que mi cuerpo no se regenere por completo, no voy a poder hacer nada.

¿Me estaba diciendo que, de alguna forma, mi gracia había suprimido su poder? Eso era nuevo para mí. Podía hacerle daño y también curarlo, pero no tenía ni idea de cómo hacer ninguna de las dos cosas.

—Como sea una trampa…

Aleph volvió a sonreír, y la forma en que elevó las comisuras de los labios me resultó muy atractiva. Pero no, no podía distraerme. Tenía que centrarme en rescatar a mis primas, a Joaquín, a Dancaire.

«Es un demonio, Carmen, un maldito demonio —pensé—. Como Luzbel. Como Yud. Por muy débil que esté, por muy humano que parezca, no te puedes fiar de él».

—Vale, pues tendremos que caminar —le dije. Me acaricié la muñeca derecha sin darme cuenta y él, al ver que por fin dejaba ver el daño que me había hecho, sonrió con satisfacción. Dejé de tocármela al instante—. Lo primero que deberíamos hacer es conseguir algo de ropa y… comer.

Aún llevábamos puestos los trajes de la fiesta y no podíamos recorrer las taifas así. Teníamos que pasar desapercibidos, conseguir provisiones. Casi no recordaba lo que había fuera de Sevilla, ya que era muy pequeña cuando salí de Córdoba, pero no iba a dejar que notara lo mucho que eso me inquietaba. No pensaba dejar que fuera él quien tuviera el control de la situación.

—También deberíamos darnos un baño —me dijo.

Lo miré con atención, intentando que su semidesnudez no me distrajera, y me fijé en la sangre reseca de su piel y su ropa. Eso no iba a facilitarnos las cosas. Por mucho que me molestara reconocerlo, tenía razón. No podíamos viajar así.

—Está bien —respondí con resignación—. Hay un arroyo aquí al lado.

Lo amenacé con la kinjara para que fuera delante y él, sin decir nada, se puso la camisa y salió de la habitación. Estaba alerta, atenta a cada uno de sus movimientos, los músculos tensos. Una parte de mí me decía que tenía que relajarme, que no podía hacerme daño, pero otra me gritaba que tuviera cuidado, que era un demonio peligroso. Si a Joaquín le pasaba algo, la orden que lo obligaba a protegerme se rompería y podría matarme en cualquier momento. No podía olvidarme de eso.

Atravesamos el patio de armas en silencio y, cuando salimos de la fortaleza, le indiqué a Aleph con un gesto de la cabeza que fuera hacia la derecha.

—A sus órdenes —musitó él.

—No te hagas el gracioso conmigo.

No volvió a abrir la boca.

Dejamos atrás el edificio y cruzamos el campo de iünas salvajes que lo rodeaban. Lo único que se escuchaba a nuestro alrededor era el discurrir del arroyo, cuyo caudal debía de haber crecido tras la tormenta de la noche. Cuanto más nos acercábamos a él, más alta era la vegetación, más espesas las hojas negras de los matorrales.

—Date prisa —le apremié cuando llegamos al arroyo.

—Las damas primero.

Lo fulminé con la mirada y él, entendiendo el mensaje, comenzó a desvestirse.

Aunque giré la cabeza mientras se desnudaba, no pude evitar mirarlo de reojo. La noche anterior, cuando le vendé la herida, no me había dado cuenta de que no tenía ombligo. Tampoco de que tenía los músculos tan marcados, como si cada uno de ellos hubiera sido diseñado a conciencia. Todas las fantasías que había tenido con él mientras bailábamos en la fiesta, alimentadas por el agua bendita, volvieron a mi cabeza de golpe.

«¡No, Carmen! —me regañé a mí misma—. ¿Qué narices te pasa?».

Aleph se dio la vuelta, ajeno a la lucha interna que estaba teniendo en ese preciso instante, y cuando le vi la espalda me quedé sin respiración. Tenía dos cicatrices feas y mal cerradas en los omóplatos, dos manchas deformes que ensuciaban un lienzo perfecto.

Sus alas.

No se las habían cortado ni se las habían extirpado del cuerpo con delicadeza, no, se las habían arrancado de cuajo, mutilándolo, provocándole así el mayor sufrimiento posible. Él había estado allí cuando el Creador expulsó a Luzbel del Cielo, y él también había recibido el castigo. Aleph había sido uno de los ángeles rebeldes que habían pecado, pero un ángel al fin y al cabo.

—Piensa en el dolor más intenso que hayas sentido nunca —me dijo, sin darse la vuelta, como si supiera qué era lo que estaba mirando—, el más insoportable que puedas recordar. Pues eso se queda corto con lo que sentí cuando me las arrancaron. No hay un castigo más cruel para alguien que ha nacido con la capacidad de volar, ¿no crees?

—¿Por eso los matasteis a todos? —le pregunté. Fui incapaz de disimular el resentimiento que emanaba mi voz—. A los ángeles. Os vengasteis de ellos y, de paso, provocasteis una explosión que se llevó por delante a casi toda la humanidad.

Aleph guardó silencio y, cuando se giró para mirarme de nuevo, estaba muy serio. No había compasión en su mirada, solo dolor y rencor.

—¿Sabes qué es lo peor de que te vean siempre como el malo, Carmen? Que al final terminas siéndolo.

Estaba a punto de replicar cuando, de repente, escuché un ruido.

Salió de entre los matorrales, como si hubiera alguien escondido detrás, y tanto Aleph como yo nos sobresaltamos. El estómago me dio un vuelco y me puse muy tensa. Le indiqué que guardara silencio y levanté la kinjara. ¿Y si Luzbel había enviado a alguien a por nosotros? Los matadores sabían que íbamos a Granada, habían escuchado la orden de Joaquín. Tenían que ser ellos.

El matorral volvió a moverse y yo apreté la daga con más fuerza. Aleph estaba obligado a protegerme con su vida, pero eso no me tranquilizaba. Los señores del Infierno lo matarían a él también si con eso conseguían atraparme.

—Carmen —susurró Aleph.

Pero no tuve tiempo de responder. Un animal saltó desde detrás del matorral y se abalanzó sobre mí. Lo hizo con tanta fuerza que me tiró al suelo. Gruñí al golpearme contra la tierra; forcejeé contra él. Cuando fui a clavarle la daga en el cuello, sin embargo, comenzó a darme lametones en la cara. Era un perro. ¡Un perro!

—¡Pan! —grité emocionada al reconocerlo—. ¿Qué haces aquí?

El animal soltó un ladrido y comenzó a saltar, moviendo el rabo con alegría. En sus ojos ambarinos brillaba tanto amor que no pude evitar abrazarlo. Era Pan. ¡Era Pan de verdad! Le acaricié el pelaje canela de la cabeza y él me lamió los dedos con cariño. ¿Cómo había llegado hasta allí?

Me giré para mirar a Aleph y, cuando el perro lo vio, se quedó muy quieto. Enseguida levantó las orejas y se puso alerta.

—Pan —le susurré, tocándole el lomo para calmarlo—. Tranquilo.

Pero el animal no apartaba la vista del demonio, y supe que aquello no iba a acabar bien. Si Pan se ponía nervioso le atacaría, y Aleph podía hacerle mucho daño. A él no le protegía la orden de Joaquín.

—No le hagas nada —le pedí a Aleph.

Pero no me hizo caso. El demonio se agachó frente a nosotros y, extendiendo una de sus manos enguantadas, le susurró al perro:

—Hola.

Pan agachó la cabeza, oliéndolo en la distancia, y se puso algo tenso. Aleph, sin embargo, no apartó la mano. Me preparé para lanzarle la kinjara.

—Si lo asustas, te atacará —le advertí al demonio—. Es muy desconfiado.

Sin embargo, como si ambos se hubieran puesto de acuerdo para dejarme en mal lugar, Pan avanzó con lentitud hasta Aleph y, tras acercar la nariz hasta sus guantes llenos de sangre, le lamió la cara con cariño. ¡Maldito perro traidor!

—No parece muy desconfiado —murmuró Aleph. Comenzó a acariciarle el pecho y, cuando este volvió a lamerle la cara, sonrió—. Quizá la desconfiada eres tú.

No podía creerme lo que estaba viendo. Un demonio le estaba dando cariño a mi perro. ¡Un demonio! Y lo peor de todo es que Pan parecía estar disfrutándolo.

—¿Ahora resulta que te gustan los animales? —le pregunté a Aleph con algo de rabia—. ¿No los torturáis en el Infierno o algo así?

—Los animales no van al Infierno —me respondió, sin dejar de acariciar al perro—. Tienen el alma demasiado pura.

No sabía si estaba hablando en serio, pero Pan parecía muy cómodo a su lado. Jamás lo había visto acercarse tan rápido a un desconocido, y mucho menos dejarse tocar por él. Solo había necesitado diez segundos para ganarse su cariño.

—De hecho —continuó Aleph—, sois vosotros, los humanos, los que más daño hacéis a los animales. Otra de vuestras virtudes, supongo.

Lo dijo con tanto desprecio, con un desdén mal escondido bajo una capa de fingida indiferencia, que estuve a punto de devolverle el insulto. Sin embargo, no fui capaz de hacerlo. Una certeza me había golpeado con tanta

fuerza que me había dejado sin palabras; tenía razón. Pan, a quien habían abandonado siendo un cachorro, a quien habían lanzado piedras hasta hacerlo sangrar, era el ejemplo más claro de ello.

—Fuisteis vosotros quienes construisteis las plazas para torturar inocentes —añadió el demonio—, no nosotros.

Las plazas. Las plazas habían sido inventadas por los humanos, no por los demonios. Y yo lo sabía. Claro que lo sabía. Ya eran un lugar en el que la muerte se convertía en espectáculo antes de que ellos llegaran.

—Que sigáis utilizándolas no os hace mejores —repliqué, intentando convertir mi enfado en dardos certeros—. Si tan mal os parece lo que hacíamos en las plazas, ¿por qué las utilizáis para hacer lo mismo?

Aleph acarició la cabeza de Pan con cariño, echándole las orejas hacia atrás. Después clavó sus ojos en los míos. Los tenía tan rojos que todo mi cuerpo se puso alerta, atraído y asqueado a partes iguales por ese mar de sangre y fuego.

—Porque si no lo hubiéramos hecho, jamás habríais aprendido la lección.

¿Aprender la lección? ¿Por eso Luzbel nos torturaba en las plazas? ¿Por eso habían matado a mis padres, a Óliver?

Apreté los puños con rabia, pero, al recordar que la única forma que tenía de salvar a mi familia era llegar hasta la Alhambra, me obligué a tranquilizarme. Lo mejor que podía hacer era cambiar de tema, no caer en las provocaciones de Aleph. Por mucho que crispara mis nervios, no podía darle la ventaja de desestabilizarme.

—¿Cómo me habrá encontrado? —pregunté, clavando la vista en Pan—. Estamos muy lejos del centro de la ciudad.

—Los animales tienen una conexión especial con los ángeles —me respondió Aleph, sin dejar de acariciarlo—. Supongo que, de alguna forma, tu gracia hace que le sea fácil llegar hasta ti.

¿Una conexión especial? ¿Eso significaba que podía localizar también a mis primas? ¿A Joaquín? Si Pan podía llegar hasta ellos, rescatarlos iba a ser mucho más fácil. Sacaría de la Alhambra esa estúpida arma que podía acabar con Luzbel y, después, volvería a Sevilla a por ellos. Pronto estaríamos juntos de nuevo. No tenía ninguna duda.

—¿Y vais a dejar de daros cariño en algún momento? —me quejé, perdiendo la paciencia. De repente tenía mucha prisa por llegar a Granada —. Yo también tengo que lavarme y, como sigamos así, se nos va a hacer de noche.

Aleph sonrió y, negando con la cabeza, se puso de nuevo en pie. Pan lloriqueó al ver que se marchaba, haciendo que la herida de su traición volviera a dolerme.

—Te dejo sola —me indicó Aleph, dándose la vuelta. Cuando comencé a desvestirme, me miró por encima del hombro—. ¿O quieres que me quede?

—O te vas o te apuñalo otra vez.

Volvió a sonreír y, sin decir nada más, se alejó unos pasos de mí. El perro lo miró con tristeza, pero no se movió de mi lado.

—Muy bien, Pan —le dije—. Por fin recuerdas lo que es la lealtad.

Por un segundo, al tener a Pan conmigo, volví a sentirme en casa. Reencontrarme con él me había ayudado a calmar las heridas de mi interior, pero no podía olvidarme de dónde estaba, de a dónde iba, de quién me acompañaba. Luzbel tenía a mis primas, a Joaquín, a Dancaire; y no sabía qué iba a hacer con ellos. Ante mí se abría un camino de incertidumbre, y lo único que me daba fuerzas para recorrerlo era saber que existía una posibilidad de salvarlos.

«Esto lo hago por vosotros —pensé—. Por mi familia».

Y, convirtiendo esa certeza en mi bandera, comencé mi viaje hasta la Alhambra.

13

Carmen

Como necesitábamos deshacernos de los sucios y llamativos trajes de la fiesta, urdimos un plan para conseguir ropa nueva. Le expliqué a Aleph que el primer paso para ejecutar un robo era seleccionar a la víctima, y no tardamos en encontrarla. En uno de los caminos nos cruzamos con una caravana de comerciantes que se dirigían a la taifa de Málaga, y nos resultó muy fácil conseguir que detuvieran sus diligencias. Con una buena dosis de dramatismo, fingí ser una mujer de clase alta a la que habían atacado unos bandoleros e hice que confiaran en mí. Ese era el segundo paso.

—Soy sobrina de los marqueses de Raga —les lloré—. ¡Estaba de camino hacia Sevilla cuando me asaltaron!

Aleph y Pan cometieron el delito mientras yo, metida de lleno en el tercer paso, me encargué de entretener a los comerciantes. Cuando se dieron cuenta de que alguien había abierto sus baúles para robarles la ropa del viaje, el demonio y el perro estaban ya muy lejos. Y yo aproveché el momento de distracción para salir corriendo.

—Lo has hecho muy bien para ser un demonio —le dije a Aleph cuando llegué junto a él, casi sin aliento por la carrera. Él, orgulloso, me lanzó una bolsa de monedas que cogí al vuelo—. Impresionante.

—Tú también lo has hecho bien para ser una humana —me respondió—. Siempre me sorprende vuestra capacidad para hacer el mal.

—Llevo robando toda la vida. —Me agaché para coger un calzón, unas botas y una camisa blanca del montón de ropa. Al recordar a mi familia,

una flecha de dolor me atravesó el pecho—. Supongo que tengo experiencia.

—Espero que no te importe ir vestida como un hombre —me dijo Aleph mientras se desvestía. Aunque ya me había acostumbrado a la perfección de su cuerpo, su desnudez seguía poniéndome nerviosa—. No había mucho donde elegir.

—Me he puesto antes ropa de hombre —le indiqué, deshaciéndome por fin del maldito vestido de la fiesta—. Creo que tienes una imagen de mí que no se corresponde con la realidad.

—¿Tú crees? —me preguntó él mientras se metía la camisa por dentro del calzón—. Yo creo que te he calado muy bien. Veamos: eres increíblemente terca, bastante borde, violenta y agresiva…

—Para.

—Desconfiada, orgullosa, poco amante de las bromas…

—Que te calles.

Se agachó para coger un fajín de seda rojo y yo, enfadada, se lo quité de las manos. Él sonrió y, mientras observaba cómo me lo ponía en torno a la cintura, cogió uno azul y me imitó.

—Y el rojo es tu color favorito —agregó—. ¿Me equivoco?

Le lancé una mirada asesina y, sin decir nada, me metí la kinjara dentro del fajín.

—El mío es el negro —añadió—. Por si te lo estás preguntando.

Terminó de vestirse y se apoyó contra el tronco de un olivo para mirarme de arriba abajo. Yo hice lo propio con él. La camisa de lino blanco se le abría en el pecho y tanto el fajín como el calzón, color arena, se le pegaban al cuerpo. Los pendientes de plata brillaban en sus orejas y un par de mechones de su pelo oscuro, siempre despeinado, le caían sobre la frente. ¿Cómo era posible que incluso vestido así estuviera guapo? Lo odiaba. Lo odiaba con todas mis fuerzas.

—El negro, por supuesto —le dije—. El color de la oscuridad que está consumiendo el mundo.

Él esbozó una sonrisa.

—También es el color de muchas cosas bonitas. Tus ojos, por ejemplo.

Bufé y, como si así pudiera defenderme de sus palabras, me crucé de brazos. No iba a creerme sus halagos melosos porque sabía que la única finalidad que tenían era hacerme bajar la guardia. No podía dejarme engañar.

—¿No vas a quitarte eso nunca? —le pregunté, cambiando de tema de forma poco sutil, al darme cuenta de que seguía llevando puestos los guantes blancos de la fiesta. La tela estaba manchada de sangre reseca—. Empiezan a oler a muerto.

Aleph se miró las manos y, de repente, se puso muy serio. No le había visto las manos ni una sola vez, ya que ni siquiera se los había quitado para bañarse en el arroyo. ¿Estaba intentando ocultarme algo?

—No me gusta enseñar las manos.

—Y a mí no me gustas tú y tengo que aguantarte. Quítatelos.

Cuando Aleph apretó los puños, tuve la sensación de que no iba a hacerme caso. ¿Qué era lo que tanto lo acomplejaba? Aunque la razón principal por la que quería que se los quitara era que no llamara la atención, también tenía curiosidad. *Mucha* curiosidad. Hasta Pan, que hasta ese momento había estado tumbado en el suelo con calma, levantó la cabeza.

—Está bien —se rindió Aleph—. Pero no hagas preguntas, porque no te voy a responder.

Cogió aire y, con una lentitud exasperante, se retiró los guantes. Por mi mente pasaron cientos de imágenes horribles en las que sus manos tenían las más extrañas heridas y deformidades, pero jamás habría llegado a imaginar lo que vi.

Tenía la piel perfecta, blanca e impoluta, sin un solo tatuaje.

—¿Por qué no tienes tatuajes? —le pregunté sorprendida. Era un dragón del ejército del Luzbel, un demonio, era imposible que no tuviera ni una sola veta negra en las manos—. ¿Por qué…?

—Te he dicho que no te iba a responder —me cortó él.

Parpadeé un par de veces sin apartar la vista de sus manos. No entendía nada. Si no fuera porque lo había visto usar su poder para transportarse, porque sabía que tenía las cicatrices de las alas y sus ojos eran rojos, habría dudado incluso que fuera un demonio de verdad.

—Pero no lo entiendo —musité—. ¡Todos los demonios tienen tatuajes!

Aleph se encogió de hombros y, haciéndole un gesto a Pan para que lo siguiera, comenzó a caminar. El perro, por supuesto, le obedeció sin dudarlo un segundo.

—Quizá no sabes tanto de nosotros como crees.

Me dio la espalda y yo, al ver que me quedaba rezagada, comencé a caminar detrás de él. No me gustaba que tuviera tantos secretos. Ya era bastante malo tener un demonio al lado como para que, además, se hiciera el misterioso.

—Esto no hace que confíe más en ti.

—Es que no tienes que confiar en mí —aclaró él—, solo en la orden de tu novio. Ya te he dicho que no tenemos por qué ser amigos.

Mi *novio*. Otra vez. Me mordí la lengua y, enfadada, continué caminando. Quería callarme, dejar de darle vueltas al tema de los tatuajes y continuar el viaje, pero me fue imposible hacerlo. Sabía que me estaba ocultando algo, y no saber si era peligroso me ponía de los nervios. Saqué la kinjara del fajín y se la puse contra los riñones.

—Cuéntame la verdad —le ordené.

El demonio guardó silencio y, en vez de responder, se dio la vuelta a una velocidad sobrehumana y le dio un manotazo a la daga, haciéndola saltar por los aires. El golpe no me dolió, pero la rapidez con la que consiguió vencerme me hizo sentir humillada. Y eso era mil veces peor.

—¿No te das cuenta de que no tienes nada que hacer contra mí? —me preguntó.

Me apresuré a recoger la kinjara del suelo y volví a levantarla. No iba a detenerme, no hasta que me contara la verdad. Avancé para atacarle de nuevo, pero él se puso muy serio y me agarró la muñeca con fuerza.

—¡Carmen, ya! —exclamó.

Y entonces, los dos nos quedamos muy quietos. Aleph bajó la vista hasta nuestras manos y contuvo el aliento. Yo seguí la dirección de su mirada. Me estaba tocando sin guantes, y no le estaba quemando. Por primera vez no había ninguna tela entre nosotros, nada que separara mi poder del Cielo de su piel del Infierno, y mi corazón se puso nervioso.

—Puedes tocarme —musité.

Aleph frunció el ceño sin soltarme la muñeca y guardó silencio. Después, con mucha delicadeza, comenzó a ascender por mi piel. Sus dedos acariciaron mi mano, como admirándola, y yo sentí un hormigueo en las entrañas. Su pulgar me hizo cosquillas en la palma, su índice recorrió con curiosidad mi anular y, durante unos segundos, olvidé quién era y dónde estaba. Durante unos segundos, mientras sentía el poder dorado de los ángeles crepitando en mi interior, me olvidé incluso de que la atractiva criatura que tenía delante era un demonio.

—Tu gracia —me dijo, mirándome a los ojos, cuando las yemas de nuestros dedos se encontraron—. Actívala.

Su mano era mucho más grande que la mía, más suave, más cálida. Sentía la urgente necesidad de entrelazar mis dedos con los suyos, pero, a la vez, era incapaz de moverme. ¿Cómo sabía que mi poder estaba apagado? ¿Acaso podía… *sentirlo*?

—No sé cómo —le respondí, sin pensarlo.

En cuanto lo dije en voz alta me di cuenta de la estupidez que acababa de cometer. Sacudí la cabeza, como saliendo del trance en el que yo misma me había metido, y aparté la mano con un movimiento brusco. Acababa de contarle a un demonio —¡a un demonio!— cuál era mi mayor debilidad. ¿Cómo había podido ser tan tonta?

Me di la vuelta y me maldije a mí misma por lo bajo.

—¿Tu poder no acude cuando lo llamas? —me preguntó Aleph—. ¿Qué es lo que te está bloqueando?

Estaba claro que iba a hacerme preguntas; tenía que sacarme información. Sin embargo, él no había querido contarme nada sobre sus tatuajes, yo no tenía por qué hacerlo con mi gracia. Estábamos obligados a ser compañeros de viaje, pero, como él mismo me había dicho, no teníamos por qué ser amigos.

—Nada me está bloqueando —le respondí cortante.

—Pero los demás sí pueden controlar su poder. Tu familia.

—Pues muy bien por ellos.

Comencé a caminar, pero no di ni dos pasos cuando Aleph volvió a cogerme del brazo para detenerme.

—¿Qué quieres ahora? —exclamé, zafándome de él.

—¿Qué es eso que te hace tanto daño? —me preguntó—. Suéltalo.

Parecía muy interesado en la respuesta, pero lo último que necesitaba era su compasión. Prefería que me apuñalaran antes que contarle a él, precisamente a él, qué era lo que me hacía daño.

—Déjame en paz.

—Solo así vas a poder descubr…

—¡Que me dejes! —estallé—. ¿Quieres saber qué es lo que me hace tanto daño? ¡Tú! ¡Tú y todos los jodidos demonios! ¡El maldito Luzbel y el maldito Yud!

Tenía la respiración acelerada y sentía las entrañas hirviendo con furia. Sus ojos rojos estaban clavados en los míos, otra vez con ese estúpido brillo humano. No iba a permitir que sintiera lástima por mí.

—Vamos a buscar algún sitio para comer —le dije—. Estoy muerta de hambre.

—¿Qué te ha hecho Yud? —me preguntó él, poniéndose muy serio.

—Nada —le respondí—. No me ha hecho nada.

Giré sobre los talones y, apretando los dientes con fuerza, comencé a caminar. Pan me siguió de cerca y, a los pocos segundos, lo hizo también Aleph.

Ninguno de los dos volvió a decir nada hasta que paramos a descansar.

Nos detuvimos a comer cuando ya estaba anocheciendo. Lo hicimos en una posada que, muy a mi pesar, me recordó a la taberna de Lillas Pastia. Las mesas tenían la misma disposición y la chimenea llenaba el ambiente con su cálida y familiar luz naranja. Los clientes, sin embargo, no eran soldados del cacique de Sevilla, sino comerciantes y jornaleros del campo que se relajaban bebiéndose una copa de manzanilla después de un largo día de trabajo.

—Lo mejor será que bajemos hasta la taifa de Málaga y desde allí crucemos a la de Granada —me dijo Aleph cuando nos sentamos en una de las mesas. Él se había cuidado de darle la espalda a la taberna para que nadie se diera cuenta de que sus ojos tenían el color de la sangre; yo, con Pan a mis pies, podía verla entera—. Si seguimos las rutas de las caravanas

y evitamos los pueblos, podemos llegar a Granada, como mucho, en tres días.

El territorio de las taifas era pequeño en comparación con lo que debía de haber sido el mundo antes de que la guerra acabara con él. Los caciques, en la cumbre de la sociedad, habían colaborado con los demonios y, así, se habían alzado como dueños y señores de la tierra, dividiéndola en ocho taifas independientes: Sevilla, Málaga, Córdoba, Granada, Jaén, Cádiz, Huelva y Almería. Cada una de ellas estaba especializada en una actividad económica distinta, desde la agricultura de Sevilla hasta la minería de Córdoba, pasando por la pesca de Cádiz o la madera de Málaga. Los productos se intercambiaban a través de las rutas comerciales que seguían las caravanas.

—El mayor peligro con el que nos podemos encontrar son los bandoleros de la sierra —comentó el demonio, entornando los ojos.

Casi sin darme cuenta, me distancié de sus palabras. No podía dejar de mirar de reojo a los clientes de la taberna; sospechaba de todos ellos. Había un grupo de jornaleros jugando a las cartas al otro lado de la estancia; tres comerciantes de la taifa de Cádiz en la mesa del lado, dos mujeres y un hombre. Leyéndoles los labios averigüé que se dirigían a la taifa de Córdoba. Ninguno de ellos parecía peligroso, pero no podía estar segura.

¿Y si se habían dado cuenta de que Aleph era un demonio y avisaban a los dragones de Luzbel? ¿Y si era eso lo que él pretendía? Me froté las manos con nerviosismo al darme cuenta de que ni siquiera en eso podía fiarme de él. Quizá estaba intentando que Luzbel nos encontrara porque, aunque no podía romper la orden de Joaquín, sí podía escapar de ella de una forma muy sencilla; haciendo que me mataran a mí. Tenía que protegerme con su vida, sí, pero no podía enfrentarse al poder de los señores del Infierno. Si Luzbel los enviaba a por nosotros, no tendríamos escapatoria. *Yo* no tendría escapatoria.

—Carmen —me dijo Aleph, poniéndose serio—. Escúchame. Esto es importante.

—Te estoy escuchando —mentí.

Sabía tan bien como yo que el rey del Infierno podía haber enviado a alguien a buscarnos y, aun así, no lo había mencionado ni una sola vez. ¿Y

si solo me estaba distrayendo?

—No parece que me estés escuchando —masculló. Apoyó los codos sobre la mesa y acercó su rostro al mío para poder bajar la voz. Inconscientemente, llevé una mano hasta la empuñadura de la kinjara—. Sé que no te fías de mí, y no te culpo, pero tienes que empezar a ver esto como una especie de negocio. Ninguno de los dos queremos llevarlo a cabo, pero, si colaboramos, ambos nos beneficiaremos de él.

—¿En qué te beneficias tú exactamente? —le pregunté.

—En que cuanto antes lleguemos a Granada, antes me libraré de ti.

Puse los ojos en blanco y, cruzándome de brazos, le dije:

—Vale, los dos queremos que el negocio salga bien. Pero ¿y si tu rey envía a sus dragones a por nosotros?

—Mi rey no se va a arriesgar a enviar a nadie a por nosotros. —Bajó tanto la voz que sus palabras casi se perdieron entre el ruido de la taberna —. Los matadores escucharon la orden y saben que tengo que protegerte con mi vida, así que sería absurdo que intentaran atacarnos. No lo van a hacer, al menos, hasta que lleguemos a Granada y me libere de la orden que me obliga a protegerte.

—¿Tanto aprecio crees que te tiene Luzbel? —Alcé una ceja con interés —. ¿Va a dejarme llegar hasta Granada solo por no hacerte daño a ti?

Aleph se encogió de hombros y me respondió:

—Soy importante para él.

El tabernero se acercó hasta nosotros y dejó sobre la mesa los dos platos de potaje, el pan y la botella de aguardiente que habíamos pedido. Cuando se fijó en Aleph, este se apresuró a bajar la mirada.

—Si lo necesitáis —nos informó—, tenemos una habitación libre. No es seguro viajar de noche.

Aleph esbozó una sonrisa divertida y yo sentí como mis mejillas enrojecían.

—No —me apresuré a contestar—. No necesitamos ninguna habitación.

—Avisadme si cambiáis de idea —insistió.

En cuanto el hombre se marchó, Aleph sonrió y comenzó a comer. Yo, sin decir nada, hice lo mismo. El olor del potaje había hecho que mi estómago rugiera hambriento. Sin embargo, al ver que el demonio no

borraba la mueca burlona de su rostro, fruncí el ceño y lo señalé con la cuchara.

—Preferiría dormir en el barro a compartir cama contigo —le dije.

Se me ocurrían muchísimas razones por las que compartir habitación con él era una mala idea. Tenía muy claro que detrás de aquella bonita sonrisa no podía haber más que malas intenciones.

—A mí no me importaría compartir cama contigo —me respondió.

Abrí la boca para decirle que no se atreviera a pensarlo siquiera, cuando Pan me golpeó la pierna con una pata.

—Tú también tienes hambre, ¿eh? —le susurré.

Cogí una de las rebanadas de pan que nos había dejado el tabernero, la rompí en trozos pequeños y se los di al perro. Sus ojos, hasta ese momento llenos de súplicas, brillaron con emoción.

—Le encanta el pan —le expliqué a Aleph, sonriendo al ver como el animal engullía la comida casi sin masticar—. De ahí viene su nombre.

El demonio, que acababa de llevarse la cuchara a la boca, se atragantó con el potaje y me hizo dar un respingo.

—¿Llamaste Pan al perro porque le gusta comer pan? —me preguntó, atónito.

—¿Por qué creías que se llamaba Pan?

—Por eso desde luego que no.

—Pues yo creo que es bonito —le dije mientras Pan, desesperado por más comida, usaba el hocico para darme golpecitos en la mano—. Le puse el nombre de lo que más le gusta.

Aleph guardó silencio con una expresión indescifrable en el rostro, y yo le sostuve la mirada. No sabía lo que estaba pensando en realidad, y eso me inquietaba.

—¿Cómo te llamarías tú si tuvieras el nombre de lo que más te gusta? —me preguntó.

¿Qué clase de pregunta absurda era esa? Estuve a punto de decirle que dejara de decir estupideces, pero, entonces, lo pensé bien. ¿Qué era lo que más me gustaba? No lo sabía. Había pasado tanto tiempo centrándome en lo malo que había olvidado apreciar lo bueno. Ya no recordaba lo que me hacía feliz.

—¿Y tú? —inquirí, intentando esquivar la pregunta.

—Dímelo tú y después te lo diré yo.

—No lo sé —musité, encogiéndome de hombros—. Mi afición favorita es apuñalar demonios. ¿Eso cuenta?

—Debo decir que se te da dolorosamente bien, pero supongo que no. «Apuñalar demonios» no puede ser lo que más te gusta.

Me observaba con mucha intensidad, como si quisiera descifrar todos los secretos que escondía, y eso me ponía nerviosa. Tenía la sensación de que aquellos ojos rojos, de alguna forma, podían descubrirlos.

—¿Cuál es tu comida favorita? —me preguntó. Parecía dispuesto a hacer cualquier cosa por obtener una respuesta—. Podemos empezar por ahí.

—Y yo qué sé, Aleph.

—Alguna tienes que tener.

Puse los ojos en blanco, pero, aun así, reflexioné sobre ello. Cuando pensaba en mi comida favorita me acordaba de los guisos de mi madre. Nunca me habían gustado, aunque habría hecho cualquier cosa, cualquiera, por volver a comerlos. Mi comida favorita era una que nunca más iba a poder tener.

—Los dátiles —le dije para que se callara—. Solo los he probado una vez, y porque Dancaire los robó, pero a veces me acuerdo de su sabor.

—«Dátil» es un nombre horrible.

—Venga, te toca —le apremié.

Aleph se acomodó en la silla y sus ojos emitieron un destello. ¿Habría pensado alguna vez en las cosas que le gustaban o, como yo, no había tenido la oportunidad de apreciarlas? No sabía cómo vivían los demonios, qué les hacía felices. Ni siquiera sabía si podían serlo de verdad. ¿Disfrutarían de la comida, de dormir en una cama mullida, del sonido de la lluvia?

Al darme cuenta de que tenía un interés real en su respuesta, me reprendí a mí misma en silencio. No podía olvidarme de que era un demonio, de que solo estaba allí porque el poder de Joaquín lo obligaba, de que por mucho que pareciera un hombre, no había en él ni un resquicio de humanidad. No podía olvidarme de que él, de alguna forma, también había sido cómplice

de la destrucción de la Tierra, de la desaparición del Creador y los ángeles, del asesinato de mis padres. Todo lo que hacía, desde acariciar a Pan hasta coquetear conmigo, era una artimaña para que cayera en su trampa.

—Hay muchas cosas que me gustan —me dijo.

—Ponerme de los nervios, por ejemplo.

—Ponerte de los nervios es demasiado fácil —masculló él—. Me interesan mucho más las cosas difíciles, como hacerte sonreír.

Mis mejillas enrojecieron levemente, pero, justo en ese momento, escuchamos un chasquido y los dos nos olvidamos de golpe de la conversación. La taberna se quedó en silencio y yo contuve el aliento. Aleph, que hasta ese momento parecía tranquilo, se puso muy tenso.

—Sentimos la inesperada interrupción —dijo una voz a nuestra espalda —, pero al rey se le ha escapado una rata y hemos venido a recuperarla.

Tzadi. Era el maldito Tzadi.

Y nos había encontrado.

14

Miré a Aleph con el estómago encogido y él clavó sus ojos en los míos. Lo único en lo que podía pensar era en la rabia que me ardía en el estómago, en el odio que hacía que me temblaran los dedos. Luzbel nos había encontrado y no teníamos escapatoria.

—Deberíais elegir mejor a las víctimas de vuestros hurtos —nos dijo Tzadi. Los alamares de plata de su traje de luces destacaban más que nunca sobre la seda azabache—. Los comerciantes tienen la lengua muy larga y, a cambio de un par de monedas, lo cuentan todo. Por ejemplo, que una mujer de pelo rizado con un vestido lleno de sangre los engañó para robarles la ropa. Qué oportuno, ¿no?

Los clientes de la posada se habían quedado muy quietos, como si tuvieran miedo incluso de respirar. El matador se paseó por la taberna acariciando la madera de las mesas y, cuando se miró los dedos, arrugó la nariz. Por supuesto, no había venido solo; iba acompañado de seis dragones armados que, vestidos de negro, no nos quitaban el ojo de encima.

Contuve el aliento cuando uno de ellos desapareció y, en un parpadeo, apareció detrás de la barra. Al tabernero no le dio tiempo ni a reaccionar cuando el dragón le rodeó el cuello con un brazo y le colocó el filo de una daga contra la piel.

—Esto es solo para asegurarme de que no usas tu poder para transportarte —le explicó Tzadi a Aleph, observándolo con atención—. Si salís de esta taberna, todos los que se queden atrás, morirán.

Me llevé la mano a la kinjara, pero Aleph negó con la cabeza, indicándome que no me moviera.

—Déjame a mí —susurró.

Sin dejar que le contestara, se levantó y miró al matador. Me puse nerviosa al pensar que podía pasarle algo, que sin él jamás llegaría hasta la Alhambra, pero mucho más al recordar que lo que estaba de verdad en peligro era mi vida. Si moría, no podría rescatar a mi familia.

—Tzadi —le dijo Aleph con mucha calma—. ¿Qué haces aquí?

¿Tzadi? ¿Acababa de llamar al Arlequín por su nombre? ¿Por qué no le mostraba el respeto que le correspondía por ser de un rango inferior?

—¿Tú qué crees, idiota? —le respondió Tzadi—. He venido a por ti, a llevarte a casa.

Apreté la empuñadura de la kinjara con fuerza y me preparé para atacar.

—No puedo volver —le explicó Aleph—. Tengo que llegar hasta la Alhambra. Estoy… atado.

Tzadi bufó con aburrimiento y apoyó un brazo en la barra. El pendiente en forma de cruz que le colgaba de la oreja izquierda emitió un destello de plata.

—Hay una forma de romper el hechizo del flautista —dijo—, una que me extraña que no se te haya ocurrido a ti, con lo listo que eres: matar a la humana. Eso te liberará y volverás a casa. Quizá tú no puedas hacerle daño, pero yo…

Una furia incontrolable me incendió el pecho y me puse en pie junto a Aleph.

—Ah, ahí estás —me dijo el matador, clavando sus ojos en los míos—. Tu familia te manda un saludo. Hay una de tus primas, la que no deja de toser, que pasa mucho frío en la oscura y asquerosa celda en la que la hemos encerrado.

Era mentira, claro que era mentira. Quería que cayera en su juego, que volviera a perder los nervios; pero no era la primera vez que usaba ese truco conmigo.

—Se llama Frasquita —gruñí. El filo de oro de la kinjara brilló en mi mano, reflejando el fuego de la chimenea—. Si no lo sabes, acércate y ya verás como no vuelves a olvidarlo.

El señor del Infierno esbozó una sonrisa y me entraron ganas de borrársela de un puñetazo. Al igual que Aleph, Tzadi tenía la piel blanca, el pelo negro, los rasgos angulosos. Sin embargo, la mandíbula del Arlequín

era menos cuadrada, su nariz más fina; los ojos rodeados de tatuajes, los de un cabrón desquiciado.

—No me hace falta aprenderme sus nombres —me respondió él, separándose de la barra para dar un paso al frente—. Son ellas las que van a gritar el mío.

Al ver que se acercaba a nosotros, Pan se levantó y le enseñó los dientes.

—Tranquilo —le susurró Aleph.

—¿No te bastaba con la tabernera como mascota que también necesitabas un perro? —le preguntó Tzadi, una sonrisa malévola pintada en el rostro.

Pan gruñó, como si de alguna forma pudiera percibir la maldad de Tzadi, y este lo observó con interés. El perro tenía el pelaje erizado, las orejas hacia atrás, y aunque sus colmillos estaban diseñados para desgarrar carne, frente al señor del Infierno no parecía más que un animalillo asustado.

—Pan, ven aquí —insistió Aleph.

Pero Pan estaba perdiendo el control, y Tzadi lo estaba disfrutando.

—¿Pan? —se burló Tzadi—. Vaya nombre estúpido.

El Arlequín chasqueó los dedos e hizo aparecer un cuchillo en su mano. Mi corazón dejó de latir al instante. Cuando el demonio sonrió y cogió fuerza para lanzárselo a Pan, grité.

—¡No!

El cuchillo cruzó la taberna a toda velocidad. En el último segundo, Aleph hizo un rápido movimiento y lo agarró en el aire, sujetándolo por el filo. Apretó la mandíbula cuando la sangre le manchó los dedos y Pan, asustado por lo cerca que había estado de la muerte, se escondió detrás de sus piernas.

—Deja al perro en paz —le advirtió Aleph.

—Pues vuelve al Alcázar —le respondió Tzadi—. Al rey no le sienta nada bien tener la cama vacía. Está de muy mal humor desde que no estás.

Me olvidé de golpe de lo que acababa de pasar y miré a Aleph, que se había puesto muy tenso. La cama. El rey. ¿Estaba insinuando que Aleph era una especie de amante de Luzbel? ¿Era esa la razón por la que se dirigía a un señor del Infierno como si fuera algo más que un simple cabo?

—Ah, claro, no te lo ha contado —me dijo el Arlequín—. No te ha dicho lo que hace con el rey por las noches. Bueno, por las noches, por las tardes, por las mañanas…

Noté un incómodo pellizco de celos en el estómago, pero lo ignoré enseguida. No podía creérmelo. No solo estaba atada a un demonio, sino a uno muy importante para Luzbel. A uno *demasiado* importante. ¡Era el maldito amante del rey del Infierno!

—Tzadi —musitó Aleph—. Cállate ya.

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿No quieres que tus secretos salgan a la luz? Pues siento decirte que me da igual. Empiezo a estar harto de cargar con las consecuencias de guardártelos.

El matador hizo un gesto con la mano y sus dragones, sin decir una palabra, desenvainaron los estoques. Todos en la posada ahogaron un grito, aterrados, y tanto Aleph como yo dimos un paso atrás. No teníamos escapatoria. Daba igual que saliéramos corriendo o que lucháramos, ellos siempre nos ganarían. ¡Joder! ¿Qué podíamos hacer?

—Luzbel la quiere con vida —insistió Aleph—. Es muy valiosa. Si la matas, jamás te lo perdonará.

—Lo hará en cuanto te lleve de vuelta a sus brazos —le respondió Tzadi —. ¡Cogedlos!

Los seis dragones desaparecieron y aparecieron a nuestro alrededor. Uno de ellos colocó la punta de su estoque en mi pecho, que subía y bajaba a toda velocidad. Si me movía, me lo clavaría en el corazón. Podía sentir a Aleph respirando detrás de mí, su espalda contra la mía, nuestros músculos en tensión. Quería gritar, deshacer el nudo de impotencia que tenía en la garganta, pero era incapaz de hacer nada. Pan, encogido a nuestros pies, gruñó. No podía acabar así, no tan lejos de mi familia.

Miré al dragón que me estaba amenazando y, entonces, sentí que Aleph se movía. Fue algo casi imperceptible, pero supe enseguida que me estaba buscando. Quería tocarme. El corazón me latía tan rápido que parecía querer romperme el pecho. Utilicé la mano que tenía libre y acerqué los dedos a los suyos.

—Sujetadlo bien —ordenó Tzadi.

Y entonces todo ocurrió muy deprisa. Aleph entrelazó sus dedos con los míos, se agachó para coger a Pan y nos sacó a los tres de allí. Desaparecimos con la oscuridad y él soltó un grito de dolor que se me clavó en las entrañas. El frío nos atravesó con fuerza y, un segundo después, caímos en el suelo junto al pozo que había a la entrada de la posada. Ya había anochecido. Nos pusimos en pie y echamos a correr. Estaba tan nerviosa que el aire casi no me llegaba a los pulmones.

—¿Cómo has…?

—Estoy recuperando mi poder —me respondió él, con la respiración entrecortada—. Pero usarlo me duele. Mucho.

Miré atrás con nerviosismo; la posada parecía tranquila. Teníamos que alejarnos de allí cuanto antes. Nuestros pies levantaban la arena del suelo, nuestro aliento cortaba el aire. Pan corría a nuestro lado.

Sin pensarlo, nos adentramos en el olivar que rodeaba la posada. El pulso me palpitaba en la garganta, en el vientre, en las piernas.

Aleph se detuvo de repente y apoyó las manos en las piernas, como si se estuviera quedando sin aire.

—¿Qué haces? —exclamé, deteniéndome junto a él.

—Me… duele —susurró, jadeante—. El corazón.

¿El corazón? ¿Y ahora qué narices le pasaba? Observé con atención cómo luchaba por respirar y, entonces, me di cuenta de que había figuras acechándonos. Cientos de ellas.

Levanté la kinjara con manos temblorosas y miré a nuestro alrededor. La oscuridad de la noche me impedía ver con claridad lo que estaba pasando, pero las sombras se acercaban a nosotros con movimientos lentos y sinuosos. Pan comenzó a ladrar.

—Aleph —musité.

Todo a nuestro alrededor salió ardiendo de repente. En un instante, el olivar entero se transformó en un abismo de calor y llamas. Cerré los ojos un segundo, cegada por la luz del fuego y, cuando volví a abrirlos, lo vi. Las sombras que se movían eran los mismísimos olivos. ¡Los jodidos árboles tenían vida propia!

Uno de ellos gimió, como si cargara con un dolor insoportable, y su voz de ultratumba me provocó un escalofrío. Habían sacado las raíces de la

tierra y sus troncos tenían caras deformes; sus ramas llenas de hojas negras se habían convertido en garras. Los ladridos de Pan se volvieron frenéticos.

Me giré hacia Aleph y, entonces, uno de los olivos me golpeó en la cara con tanta fuerza que me tiró al suelo. El dolor me cegó un instante y la boca se me llenó de un desagradable sabor metálico. Escupí sangre, me llevé una mano a la cara. Los ojos se me llenaron de lágrimas por culpa del dolor. Estaba segura de que eran ilusiones creadas por Tzadi, pero, como todo lo que hacía el Arlequín, podían hacer daño. E iban a por nosotros.

El olivo me miró desde arriba con su rostro grotesco, pero no pudo volver a golpearme porque Pan se abalanzó sobre él. El árbol se revolvió, intentando zafarse, pero el perro le había agarrado el tronco con los dientes. Cuando otro olivo levantó una de sus ramas para atacar a Aleph, me puse en pie de un salto y le rajé la madera con la kinjara. El grito de dolor que emitió me congeló hasta los huesos.

—Son demasiados —siseé, respirando con dificultad, al ver que más y más árboles iban despertando y acercándose. Nos tenían rodeados y el humo era cada vez más espeso—. ¡No podemos con todos!

Unas pesadas cadenas hechas de sombras surgieron de la tierra y nos aprisionaron las muñecas. A Pan le agarraron las patas. La kinjara se me cayó de las manos.

—¡Aleph! —grité desesperada al ver que no podíamos hacer ningún movimiento—. ¡Pan!

El fuego aumentó su intensidad y los olivos que nos rodeaban salieron ardiendo. La oscuridad de las cadenas nos quemaba la piel. Las llamas danzaban a nuestro alrededor con una mágica y cruel agilidad, comiéndose el aire. Tanto Aleph como yo entornamos los ojos para que no nos cegara el brillo. Comenzamos a toser. Era casi imposible respirar. Íbamos a morir. ¡Íbamos a morir y no podría salvar a mi familia!

Tzadi surgió de repente de entre las llamas, como si saliera del mismísimo Averno. Caminaba hacia nosotros. Bajo la luz del fuego, vestido con el traje de luces, parecía aún más peligroso, más bello, más letal. Sus dragones aparecieron tras él.

—Se acabó el juego —sentenció.

Se agachó frente a mí para recoger la kinjara y la observó con atención. Verla entre sus manos hizo que la rabia me comiera las entrañas. No quería que la tocara. No quería que tuviera poder sobre algo tan íntimo e importante para mí. Intenté arrebatársela, pero las cadenas me lo impidieron.

—¿A quién quieres que mate primero? —le preguntó a Aleph—. ¿Al perro o a ella?

—¡Ni se te ocurra tocarlo! —exclamé.

—Está bien —murmuró Tzadi. El fuego brillaba en su mirada como si lo tuviera metido dentro, creando sombras fantasmagóricas en su rostro de porcelana—. Empezaré por el perro.

Grité con mucha fuerza y Tzadi me miró fijamente, disfrutando del momento. De los diez mandamientos de la antigua fe que llevaba tatuados alrededor de los ojos, el que más llamaba la atención era el que tenía sobre la ceja derecha: *no matarás.*

—Tzadi, por favor —le pidió Aleph.

Pero el matador lo ignoró. Pan no podía moverse y lloriqueaba aterrado mientras me miraba desde el suelo. Sabía que iban a matarlo y se estaría preguntando por qué yo no hacía nada, por qué no lo salvaba.

—¡No! —grité desesperada cuando Tzadi cogió a Pan por el cuello y le hizo aullar de dolor.

—¿Unas últimas palabras, amiguito? —murmuró—. Ah no, espera. No puedes hablar.

El demonio levantó la kinjara y, justo en ese momento, la sangre de mis venas entró en ebullición. No tenía nada que ver con el incendio que nos rodeaba, sino con la gracia milenaria que llevaba en la sangre, con la herencia que me habían dejado los ángeles antes de ser exterminados, con el dolor de Pan y el mío propio. Quería protegerlo. Como no podía moverme, solo me quedaba una salida.

Explotar.

Gruñí con fuerza, dejando que mi poder se extendiera y, cuando estalló con un fogonazo de luz, grité. Sentía que me arrancaban la piel y, a la vez, eso me liberaba. Porque ya nada podía contenerme; porque era poderosa.

Tzadi soltó a Pan y se tapó los ojos, la sorpresa reflejada en el rostro. Yo aproveché su confusión para dejar que la gracia me desbordara. Las cadenas que me retenían desaparecieron y de las manos comenzaron a brotarme flores de todos los tamaños, de todos los colores. Mi corazón bombeó la magia de los ángeles y una onda salió de mi cuerpo, sacando todo lo que llevaba dentro, golpeando con fuerza los olivos que nos rodeaban.

Un segundo después, caí de rodillas al suelo. Estaba cansada y respiraba con dificultad, como si hubiera pasado muchas horas corriendo, pero me sentía mejor que nunca. Los tatuajes seguían brillando en mi piel, iluminándolo todo, aunque su intensidad se había reducido. Sentía un ligero cosquilleo en la piel y un extraño vacío en el estómago.

Alcé la cabeza para mirar a mi alrededor y, cuando me di cuenta de lo que había hecho, me quedé paralizada. Todos los demonios estaban inconscientes en el suelo, con quemaduras doradas en la piel. Incluido Tzadi. El incendio se había apagado y en algunos olivos habían brotado flores blancas, flores de verdad que olían a vida y nada tenían que ver con la oscuridad del mundo.

Pan se acercó hasta mí nervioso y, al ver que estaba despierta, comenzó a mover el rabo. Las cadenas de oscuridad que lo retenían también habían desaparecido. Cojeaba un poco, pero estaba bien. Le acaricié la cabeza con cariño y hundí los dedos en la suavidad de su pelo. Habíamos sobrevivido, joder. ¡Habíamos sobrevivido!

—Carmen —me llamó Aleph de repente, rompiendo el silencio con su voz. Se incorporó con dificultad, como si estuviera mareado, y me miró—. ¿Estás bien?

Asentí y Pan fue corriendo hasta él. El demonio sonrió y le hizo cosquillas detrás de las orejas. A él también le había salvado la vida.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—Que has sacado tu poder —me explicó él. Se tocó las muñecas para comprobar que las cadenas no le habían dejado marcas, y después entornó los ojos—. Todo tu poder.

¿Qué quería decir con eso? Le devolví la mirada, extrañada, y entonces me di cuenta de algo; él no tenía quemaduras. Su piel, al contrario que la del resto de demonios, estaba lisa, impecable.

—¿Y por qué a ti no te ha afectado?

—Porque tu gracia sigue dentro de mí —me respondió, poniéndose en pie—, eso me ha protegido. Cuando usé mi poder para escapar de la posada… casi se me para el corazón. Noto tu poder de los ángeles en mis venas, y no es una sensación agradable.

Giré la cabeza para ver las flores de los olivos y, al ver lo hermosas que eran, sentí una extraña satisfacción. Mi gracia las había creado; había hecho desaparecer las iünas que crecían sin control desde que los demonios habían llegado a la Tierra y había restaurado una ínfima parte del equilibrio que la Caída del Cielo provocó. Dancaire nos había dicho que éramos el último milagro de los ángeles, que solo nosotros podríamos salvar el mundo de la oscuridad que acechaba con destruirlo, pero nunca había llegado a creérmelo del todo. Hasta ese momento.

Abrí la boca para contestar a Aleph pero, justo entonces, Tzadi se movió. Estaba tirado en el suelo, a unos pasos de nosotros. Parecía tranquilo. En su rostro dormido, ahora lleno de quemaduras de oro que acompañaban a los tatuajes, no había ni rastro de su característica maldad. Era el momento perfecto para matarlo, para deshacerme de él para siempre.

—Va a despertarse —me advirtió Aleph, anticipándose a mis intenciones —. Deberíamos irnos.

Pero no le hice caso. Gateé por el suelo hasta el matador, decidida, y le arrebaté la kinjara de las manos. Cuando la toqué, por alguna razón, me sentí algo mejor, como si tenerla de nuevo conmigo me llenara de energía.

Sin dudarlo un solo segundo, coloqué la punta de la daga en el pecho de Tzadi, justo encima de donde debería estar su podrido corazón. Iba a disfrutar mucho viéndolo sangrar. Por Joaquín, por Triana, por Frasquita y por Candela; por Pan y por mí. Por todas las víctimas que, si no acababa con él, vendrían después.

—Carmen —me llamó Aleph—. No lo hagas.

—Este cabrón se merece la muerte.

—Si lo matas —insistió él—, Luzbel se enfadará. ¿Quieres que se vengue de ti castigando a tu familia?

Mi familia. Apreté la empuñadura de la daga con fuerza y, sin dejar de mirar el rostro dormido de Tzadi, dudé. Tenía razón, joder. No podía

matarlo, no mientras Luzbel tuviera a mi familia.

Chasqueé la lengua y, cuando Tzadi volvió a gemir, me guardé la kinjara en el fajín. La venganza, una vez más, tendría que esperar.

—Vámonos antes de que le dé una patada en la cara.

Salimos del olivar en silencio, cansados y doloridos, el ardor del fuego aún en el pecho. Con cada ruido que escuchábamos, girábamos la cabeza esperando encontrarnos con Tzadi y sus dragones. Sin embargo, cuando regresamos a la posada, ninguno de ellos se había despertado aún.

—Deberíamos entrar a coger provisiones —apunté—. No creo que podamos volver a entrar en una taberna.

Aleph guardó silencio y, cuando lo miré, se puso muy tenso.

—No —respondió—. Lo que deberíamos hacer es irnos cuanto antes. Nos las apañaremos.

Fruncí el ceño, extrañada, y supe enseguida que me ocultaba algo. Otra vez. Miré hacia la posada y me fijé en la luz de la chimenea que brillaba en las ventanas. No se escuchaba nada, todo parecía tranquilo en su interior. Demasiado tranquilo.

«Si salís de esta taberna», había dicho Tzadi, «todos los que se queden atrás morirán». No, no podía ser eso. Pero ¿y si…?

Corrí hasta la posada, ignorando las advertencias de Aleph, y abrí la puerta. Cuando vi lo que había en el interior, me tapé la boca con las manos.

Estaban todos muertos.

Los cadáveres del tabernero y los clientes estaban tirados en el suelo, sobre las mesas, y había sangre por todas partes. A algunos de los comerciantes les habían cortado el cuello, dejando en su piel una herida en forma de sonrisa que lloraba lágrimas rojas. A otros les habían sacado los ojos.

Con el estómago revuelto de asco y rabia, la mirada se me fue hasta el cuerpo de una mujer, cuya sangre aún debía de estar caliente, a la que le habían arrancado el corazón del pecho. Tuve que apartarla rápidamente al darme cuenta de lo joven que era, de que tenía una vida entera por delante y de que, por mi culpa, ya nunca podría vivirla. Casi podía ver a Tzadi sonriendo como un demente mientras provocaba aquella carnicería.

Quería creer que se trataba de una ilusión, que al igual que en la taberna de Lillas Pastia, el Arlequín estuviera intentando asustarme, pero sospechaba que lo que estaba viendo era real. Demasiado real.

—Te he dicho que nos fuéramos cuanto antes —dijo Aleph a mi espalda.

Me di la vuelta y lo miré. Aunque en sus ojos estaba ese característico brillo de compasión, no me sorprendió ver que no parecía afectado.

—Sabías que esto pasaría —solté, enfadada—. Cuando desapareciste, sabías que Tzadi los mataría a todos.

—¿Y qué querías que hiciera? —replicó él—. Eran ellos o nosotros.

Ahí estaba, la prueba de que incluso él estaba hecho de la más pura maldad. A los demonios les daba igual que los humanos muriésemos. ¿Cómo había podido llegar a sentirme cómoda a su lado? ¿Cómo había podido incluso sentirme atraída por él?

—Eres un cabrón egoísta —escupí.

Di un paso hacia él y, mis tatuajes, aún brillando bajo la tela de mi camisa, se reflejaron en sus ojos. Parecían dos cielos de sangre salpicados de oro.

—La prioridad era salvarte a ti —se defendió—. Deberías estar dándome las gracias.

¿Se había vuelto loco? ¡Me iba a pasar la vida sabiendo que todas esas personas habían muerto por mi culpa, para que yo me salvara!

—Más que las gracias, lo que quiero es darte una paliza.

—Pégame si eso te hace sentir mejor —me dijo.

Apreté los puños con fuerza, pero, justo en ese momento, el relincho de un caballo nos distrajo. Los dos nos giramos de golpe y vimos a Pan sembrando el caos. Se había puesto sobre dos patas, apoyado sobre la puerta del establo de la posada; olisqueaba con curiosidad a los cuatro animales asustados de su interior. Las diligencias de los comerciantes estaban aparcadas en la puerta y sus dueños jamás iban a volver a por ellas.

—Caballos —musité, recordando de golpe que teníamos una misión que cumplir—. Si los cogemos, iremos mucho más rápido.

Pan soltó un ladrido y los caballos, atemorizados, cabecearon con nerviosismo.

—Luzbel sabe a dónde vamos —apuntó Aleph—. Nos estarán esperando en el camino.

—No si nos desviamos —sugerí.

Si dábamos un rodeo, al rey le sería mucho más difícil encontrarnos. La orden de Joaquín solo obligaba a Aleph a llevarme hasta la Alhambra sana y salva, no especificaba la ruta que debíamos seguir. Los dragones vigilarían los caminos y los campos, los matadores seguirían apareciendo y desapareciendo en los pueblos y posadas, pero ninguno de ellos esperaría que no fuéramos directos a Granada.

—Podemos ir campo a través —añadí—. Con los caballos, no tenemos por qué seguir las rutas de los comerciantes. Podemos subir hasta la taifa de Córdoba, hasta la sierra, y seguir una ruta de montaña que nos lleve hasta la de Granada.

Aleph me miró y, después, sin decir nada, se acercó a los caballos. Ninguno de ellos se asustó cuando el demonio les tocó la cara ni cuando les colocó las riendas y las alforjas, como si no percibieran que era un depredador. Cuando los sacó del establo, Pan comenzó a dar saltos de alegría a su alrededor.

—Pan, tranquilo —le regañé.

Aleph me entregó las riendas de dos de los caballos. Uno tenía el pelaje cobrizo, las crines negras; el otro era del color de la noche. Cuando las cogí, él llevó a los otros dos hasta una de las diligencias y les colocó el arnés.

—¿Qué haces?

—Despistar —me respondió él—. No quiero que nadie se dé cuenta de que solo faltan dos caballos. Tienen que faltar todos.

Les indicó a los animales que comenzaran a caminar y, estos, a pesar de que no tenían conductor, le hicieron caso. La diligencia fantasma cogió el camino que se abría frente a nosotros, en dirección a Granada, y cuando estuvo tan lejos que nos fue imposible verla en la oscuridad, Aleph me miró.

—¿Sabes montar? —inquirió.

Lo había hecho en muy pocas ocasiones, y casi todas con Dancaire, pero no pensaba decírselo. Le di la espalda y, obligándome a parecer una

experimentada amazona, me subí al caballo cobrizo. Era mucho más alto de lo que esperaba, más fuerte, pero parecía tranquilo.

—Lo que me sorprende es que sepas tú —le ataqué, mirándolo desde arriba.

Espoleé los costados del caballo y, a los pocos segundos, Aleph se montó en el caballo negro y me siguió. Pan comenzó a correr detrás de nosotros.

La taifa de Córdoba nos estaba esperando.

15

Triana

Siempre pensé que yo había nacido para ser noble. Mi vida, tan obscenamente vulgar, siempre me pareció insuficiente. Por eso, aunque jamás lo habría reconocido en voz alta, estaba disfrutando de la vida en el Alcázar. Luzbel me había ofrecido sirvientes y riquezas, respeto y reconocimiento, y yo no había dudado en caer en la tentación.

«Imagina cómo sería dejar de trabajar para siempre, Triana», me había susurrado en la cabeza el rey de los demonios. «Yo podría convertirte en duquesa, hacer que todos se inclinaran ante ti. Yo podría hacer realidad los deseos más ocultos de tu corazón».

¿Era así como obtendría por fin la vida que me merecía?

Mientras paseaba por los jardines, me detuve a mirar las iünas que crecían entre las hojas negras de los setos. Estaba amaneciendo y se escuchaba el canto de los pájaros en las copas de los árboles. Parecían estar saludándome, compartiendo mi gozo.

La primera vez que había estado en aquellos jardines lo había hecho poseída por un señor del Infierno; ahora lo hacía como una invitada de honor. No recordaba nada de lo que había pasado durante la posesión de Nuun, pero sí de lo que había sentido; el dolor del corte que me hizo en el brazo, un frío desagradable bajo la piel, la impotencia de saber que alguien estaba violando mi mente. Ahora, junto a esa herida, la cruz de sangre de Luzbel me recordaba mi nueva posición; el pacto que había cerrado con el rey de los demonios.

Lo único que aún me molestaba, sin embargo, era la traición de Carmen; ni ella ni Joaquín estaban en el Alcázar, así que debían de haber huido

cuando yo aún estaba inconsciente. Nos habían abandonado. ¿No era ella la que siempre defendía que había que ayudar a los demás? ¡Había atacado a Tzadi por ella, para salvarla, y me lo había pagado marchándose! Tenía que haber hecho caso a mi instinto y no haber participado en su estúpida misión suicida porque cuando las cosas se habían puesto feas, había dejado atrás hasta a su queridísimo Dancaire. Carmen siempre había sido su favorita, la niña de sus ojos, y así se lo había pagado ella, dejándolo encerrado.

—A este jardín lo llaman «el Jardín del Príncipe» —me indicó uno de los tres soldados que me acompañaban. Se llamaba Alonso y, como los demás, se encargaba de vigilarme. Tenía el pelo muy rubio, pajizo, y la cara llena de pecas—. Le pusieron ese nombre porque aquí nació el hijo de unos reyes antiguos.

Me miró de reojo, como esperando mi aprobación, y yo le mostré una cálida sonrisa. Aunque solo llevábamos tres días encerradas en el Alcázar, ya me los había ganado a todos. Sabía muy bien cómo fingir inocencia, cómo coquetear, y encontraba tremendamente divertido verlos luchar entre ellos por las migajas de mi atención.

—Te lo acabas de inventar —bufó Lorenzo, su compañero, los ojos avellana brillándole con envidia. Ambos eran jóvenes y, como debían de haber ingresado en el ejército del cacique siendo solo unos niños, habían tenido muy pocas ocasiones de impresionar a una mujer—. Dudo que ese príncipe naciera en un jardín.

—No me lo he inventado —se defendió Alonso—. Lo he leído.

—Pero si tú no sabes leer —insistió Lorenzo.

—Se nota que los dos conocéis el Alcázar a la perfección —los halagué —. Estoy muy sorprendida.

Ambos hincharon el pecho con orgullo y el único de los soldados que no había hablado, Francisco, los miró a ambos con el ceño fruncido.

—Callaos ya —gruñó, llevándose una mano al fusil que llevaba colgado al hombro en una actitud poco conciliadora.

Los tres guardamos silencio, pero, cuando Alonso me miró con una disculpa silenciosa en los labios, le guiñé un ojo. Eso le hizo sonreír. Sabía que ni eran mis amigos ni iban a serlo nunca, pero no era tonta. Había

aprendido desde muy pequeña todo lo que podía conseguir con las palabras adecuadas, y aquella era la ocasión perfecta para utilizarlas.

«Encantadoras de serpientes —me decía siempre mi madre—. Eso es lo que tenemos que ser las mujeres en la vida, Triana».

Y en eso me había convertido.

Al contrario que la mayoría, yo no había crecido en una ciudad, había crecido en todas. Mis padres habían sido artistas de circo y viajaban por las taifas exhibiendo sus espectáculos. Quizá por eso, porque sabían que mi infancia consistiría en viajar y nunca tendría un hogar fijo, decidieron ponerme el nombre del barrio de Sevilla en el que vivieron nuestros antepasados, el barrio que a pesar de todo llevarían siempre con ellos. Triana.

Sin embargo, como a todos aquellos que se creen más listos que el Infierno, los dragones los acusaron de romper las normas de Luzbel y condenaron su alegría para siempre. Yo fui la única que pudo escapar. Y encontré un nuevo hogar bajo el ala de Dancaire.

—Volvamos adentro —gruñó Francisco—. Llevas casi una hora paseando.

Eché un último vistazo al jardín y, tras buscar con la mirada a mis primas, suspiré. Había salido tan temprano porque, en el fondo, tenía la esperanza de cruzarme con alguna de ellas, de que se les hubiera ocurrido la misma idea que a mí; aprovechar que los jardines estaban desiertos para propiciar un encuentro. ¿Quién me habría dicho que echaría de menos la superioridad moral de Candela? ¿Y la exasperante inocencia de Frasquita?

Abandonamos los jardines y, en silencio, entramos en el palacio. A pesar de que era temprano, las sirvientas y los dragones se habían puesto ya en marcha. El aire olía a chocolate, a dulces recién horneados, y se me hizo la boca agua. Con todos aquellos manjares servidos en platos de oro, ni siquiera me acordaba de los buñuelos grasientos de Lillas Pastia.

Cruzamos un largo pasillo con techos de madera y suelos de mármol, dejando atrás la entrada cerrada en forma de arco de varias estancias. Cuando estábamos a punto de abandonarlo, escuchamos un golpe. Fue como un latigazo. Vino acompañado de un quejido de dolor que hizo que los cuatro nos sobresaltáramos. Los tres soldados que me rodeaban, muy

tensos, se llevaron la mano al fusil. Yo sentí un pellizco en el estómago y entorné los ojos, a la espera.

—¡Idiota, podría haberle pasado algo! —bramó una voz profunda y oscura en el interior de una de las estancias.

Todos la reconocimos al instante: era Luzbel. En el gris opaco del cielo estalló un rayo con tanta fuerza que las paredes del Alcázar temblaron.

—Pero no le pasó nada —le respondió otra voz, mucho más tranquila y seductora. Tzadi—. Está entero, sano y salvo, tan perfecto como te gusta.

Otro latigazo rompió el aire y yo me encogí al escucharlo. ¿Qué estaba haciendo el Arlequín allí? Los soldados me habían dicho que todos los matadores se habían ido a una especie de misión para el rey, y llevaban días sin aparecer por el palacio.

—Apártate de mi vista —gruñó Luzbel, haciendo que otro rayo rajara el cielo.

La puerta de madera se abrió y, un segundo después, Tzadi salió al pasillo. Tenía la mandíbula crispada y se sujetaba el brazo izquierdo con fuerza, como si le doliera; aunque desprendía la atractiva elegancia de siempre. La seguridad que emanaba, con la que le mostraba a todos que sabía que era mejor que ellos, me recordaba de alguna forma a mí misma. Y no había nada que me gustara más que yo misma.

—Hay un círculo en el Infierno reservado para los que escuchan conversaciones ajenas —nos dijo, muy serio—. Se pasan la eternidad luchando contra unos vientos huracanados que les arrancan la piel cuando intentan levantarse del suelo.

Era imposible no fijarse en que su piel blanca, normalmente impecable, estaba llena de quemaduras doradas. Parecía que alguien le hubiera abrasado el rostro con oro, destrozando así su perfección. Solo una herida roja, recién abierta, le cruzaba la cara de derecha a izquierda. Un latigazo.

—Ese es el castigo de los lujuriosos —le respondí con seguridad—. Hasta donde yo sé, los curiosos no reciben ningún castigo.

El señor del Infierno clavó sus ojos en los míos, sorprendido, y yo le dediqué una inocente sonrisa. La primera vez que nos habíamos encontrado, en la taberna de Lillas Pastia, me había mirado de la misma forma; ardiendo en deseo y curiosidad.

—¿Cómo sabes tanto del Infierno? —me preguntó, ladeando la cabeza.

—Porque presto atención en las misas —repliqué—. Quizá debería empezar a hacerlo usted también, *excelencia*.

Aunque los tres soldados contuvieron el aliento, yo no estaba nerviosa; al contrario. Tanto Tzadi como yo sabíamos que no podía hacerme nada, que su rey me protegía porque necesitaba mi información. Y pensaba aprovecharme de ello.

—Has debido de ir a muchas misas —me dijo él, acercándose con lentitud.

Su distinción y su crueldad innatas, tan evidentes como su belleza, me resultaban irresistibles. Tzadi era como una pantera salvaje; libre, peligroso, feroz. Y yo me moría por tener una oportunidad de domarlo.

Por eso, cuando se detuvo frente a mí, el corazón comenzó a latirme muy deprisa. ¿Aquello era una imprudencia? Quizá sí. ¿Podía complicarlo todo? Seguro. ¿A pesar de todo, me daba exactamente igual? Así era. Sabía que un señor del Infierno me deseaba, y pensaba disfrutar de ello.

—Le sorprendería saber todo lo que he hecho —respondí.

—Puede que sí. —Se inclinó hacia delante, acercó los labios a mi oreja y bajó la voz—. Pero estoy seguro de que no es nada comparado con lo que te queda por hacer.

—¿Es una proposición? —le pregunté en un susurro—. Porque le aseguro que estoy dispuesta a hacer muchas cosas.

Se alejó de mí y, cuando lo miré, él esbozó una sonrisa traviesa. Debería de haber tenido miedo, pero lo único que sentía era una urgente excitación. Tzadi sabía muy bien cómo se jugaba a aquel juego, y no existía para mí nada más interesante, nada que me hiciera arder con tanta intensidad.

—Llevadla a la capilla a medianoche —les ordenó a mis soldados sin apartar la vista de mis ojos—. Vamos a ver lo dispuesta que estás en realidad.

En ese momento Luzbel salió al pasillo y nos miró a todos con el ceño fruncido. El poder que emanaba con su mera presencia hizo que, durante un segundo, me quedara paralizada. Sin embargo, al ver que me ignoraba y clavaba sus ojos de sangre en Tzadi, me relajé.

—Vete —le ordenó, con una calma aterradora—. Ya.

El matador me miró por última vez, sus ojos convertidos en dos hermosos e insondables rubíes y, en un parpadeo, se transformó en oscuridad y desapareció.

«A medianoche —pensé—. A medianoche le demostraré quién es Triana Vargas Torres».

Luzbel nos miró a los cuatro, todavía muy serio, y después se dio la vuelta sin decir nada. Cuando entró de nuevo en la habitación, la capa de plumas negras que llevaba sobre los hombros hizo un elegante movimiento que me recordó a las alas de un cuervo.

—Vámonos —me susurró Alonso.

Asentí y, justo cuando comenzamos a caminar, la verdad se presentó ante mí como si acabara de iluminarla la luz de un faro. Luzbel acababa de castigar a Tzadi por algo que había hecho, le había insultado y humillado; le había golpeado. El Arlequín era el eslabón más débil de la cadena y, si quería conseguir algo en la Corte del Infierno, era de ahí de donde tenía que tirar.

En cuanto puse un pie en la capilla del Alcázar, las campanas de la catedral anunciaron la medianoche. Su música de bronce rebotó en las altas bóvedas de la sala, cuyos nervios de color ocre se entrecruzaban en el blanco del techo con una admirable elegancia. Tenía forma alargada y estaba iluminada con soles que flotaban en el aire haciendo que su luz dorada llegara a todos los rincones.

Las paredes estaban cubiertas de azulejos casi por completo, unos azulejos en los que aparecían personas, animales, criaturas mitológicas y escudos de antiguos reinos que, tras la Caída del Cielo, habían sido devorados por el olvido. Todos parecían observarme, convertidos en testigos silenciosos de un encuentro fortuito entre dos fuerzas de la naturaleza a punto de colisionar.

Me había puesto un vestido sencillo cuya tela se movía con delicadeza con cada uno de mis pasos. Era escotado y vaporoso, blanco, por lo que contrastaba con mi piel morena. El pelo, largo y negro, lo llevaba suelto, cayéndome sobre la espalda como una cascada. No sabía qué esperar de

aquella inesperada reunión, pero no estaba dispuesta a perder la distinción que me caracterizaba.

Al otro lado de la capilla se encontraba el altar. Hecho por completo de plata, tras él se alzaba una pared decorada con una gigantesca pintura de Luzbel. Llevaba la capa de plumas negras sobre los hombros, y tenía los brazos en alto, la corona de cuernos sobre el pelo blanquecino. Las llamas del Infierno ardían con intensidad a su espalda, salpicadas con pan de oro. La pintura estaba rodeada de un arco de madera tallada a modo de retablo y, sobre ella, casi rozando el techo, se abría una vidriera ovalada en la que aparecía una iüna junto a la frase *«In nomine dei nostri satanas luciferi excelsi»*.

Tzadi estaba apoyado contra el altar, los brazos cruzados y una expresión indescifrable en su rostro destrozado. Aunque iba vestido con el traje de luces, se había quitado tanto la chaqueta como el chaleco y, metida por dentro del pantalón, llevaba solo la camisa blanca. Incluso de lejos pude notar el orgullo que emanaba, la confianza de quien sabe que lo tiene todo. Él sabía que era el más poderoso de todos los matadores, el más bello, y le gustaba que se notara.

—Triana —me dijo. Su voz hizo eco contra las paredes de la capilla—. Has llegado justo a tiempo.

Las campanas de la catedral tañeron por última vez y yo, con su sonido todavía en los oídos, asentí. La forma en la que dijo mi nombre, como si quisiera degustar cada una de las letras, me llenó el estómago de mariposas.

—Me gusta ser puntual —le respondí. Avancé muy lentamente, alargando el momento del encuentro, dejando que se deleitara con mi presencia desde lejos—. ¿Qué tal ha ido su viaje, excelencia? Según tengo entendido, ha pasado casi dos días fuera.

—He tenido algún que otro inconveniente, pero nada que no haya podido solucionar.

—Menos mal. —Sonreí—. Así tengo el honor de disfrutar de su presencia esta noche.

El matador ladeó la cabeza con interés, y yo continué acercándome. Era la primera vez que intentaba seducir a un demonio, a un señor del Infierno,

pero, más que nerviosa, me notaba ansiosa. Cuanto más difícil era la presa, más empeño ponía en cazarla.

—¿Sabes a quién he visto en mi viaje? —me preguntó él. Hizo una pausa muy larga, prolongando la tensión, y después continuó—. A Carmen.

El corazón empezó a latirme muy deprisa; ralenticé mis pasos. ¿Los señores del Infierno habían encontrado a Carmen? ¿Y si había sido ella quien, con su gracia, le había hecho las quemaduras de la cara? Tenía mucho sentido que hubiera sido así; Carmen *siempre* encontraba una forma de lograr lo que se proponía, aunque tuviera que pasar por encima de los demás para conseguirlo.

—El rey no me deja contártelo —continuó Tzadi, esta vez bajando un poco el tono de su voz—, pero me parece tan injusto no hacerlo… Está con Joaquín, ¿sabes? La noche de la fiesta tú aún no habías recuperado el conocimiento, pero usaron el poder del flautista para huir del Alcázar, juntos, y os dejaron a vosotras atrás.

Aunque no quería creerlo, lo que Tzadi me estaba contando no era más que la confirmación de lo que yo ya sospechaba. Carmen y Joaquín se habían dado cuenta de que no podíamos escapar todos con vida del Alcázar y habían decidido dejar atrás a quienes consideraban más débiles; a Frasquita enferma, a Candela embarazada, a mí herida. A Dancaire encarcelado. Podía notar los puñales de mi prima clavándoseme en el pecho, desgarrándome en pedazos; pero no les hice caso. Ni Carmen ni Joaquín merecían mi tristeza.

—Siempre ha sido bastante difícil controlar a Carmen —le respondí al demonio, intentando restarle importancia—. Y Joaquín la seguiría hasta el fin del mundo. Siento decirle que no me sorprende.

Frasquita, Candela y yo estábamos más solas que nunca. Ahora lo sabía. Si Carmen había provocado a Tzadi en la taberna de Lillas Pastia solo por un arrebato de odio, poniéndonos a todos en peligro, ¿qué habría sido capaz de hacer para salir del Alcázar con Joaquín? Nunca se había preocupado de las consecuencias de sus actos. Nunca se había preocupado por nosotros. Ni siquiera había sido capaz de decirnos nunca una palabra de aliento, de darnos las gracias, de demostrarnos que, de alguna forma, le importábamos.

Tzadi guardó silencio y me observó con atención esbozando una enigmática sonrisa. Le devolví la mirada y me fijé en las heridas doradas de su rostro, en el latigazo que le había hecho Luzbel, en las palabras que tenía tatuadas alrededor de los ojos.

—Me intrigas, Triana —soltó finalmente—. Mucho.

Llegué hasta el escalón que subía al altar y me quedé quieta, mirándolo desde abajo, dándole la oportunidad de creer que era él quien tenía el control de la situación.

—¿Por qué?

—Porque no le tengo un aprecio especial a los mortales —me respondió —, todos me parecen sucios, feos y ruidosos, pero tú brillas entre ellos como una joya.

El rojo de sus ojos parecía arder a la misma temperatura que mis entrañas.

—La primera vez que te vi —continuó—, en la taberna, supe que había algo en ti que no había visto antes, algo distinto. Estás hecha de fuego, y no hay nada más hermoso para alguien que viene del Infierno.

Aunque sus palabras me tenían alerta, tuve que reconocer que me complacían. Me gustaba que me halagaran, que me admiraran, y que lo hiciera un señor del Infierno era doblemente placentero.

—Esa noche ordenó a sus dragones que hicieran con nosotros lo que quisieran —repliqué, poniéndoselo difícil—. Para ser tan especial, excelencia, no pareció importarle demasiado lo que me hicieran.

—Supongo que si te hubieran matado me habrían hecho un favor, porque habría sido la forma más fácil de dejar de pensar en ti.

Sonreí al darme cuenta de que Tzadi sabía cómo tenerme contenta, de que los dos teníamos demasiada experiencia en el campo de la seducción. Me resultó hasta tierno que hubiera llegado a pensar que iba a caer con facilidad en sus redes.

—Pero le ataqué en la fiesta —insistí—. Le hice daño. ¿No debería querer castigarme por ello?

—No es dolor lo que quiero provocarte, Triana… A no ser que tú me lo pidas.

Los ojos del demonio bajaron hasta mis labios y yo le miré los suyos. Tenían una forma muy bonita, carnosa, y tenerlos recorriendo mi cuerpo se volvió una necesidad.

—Ven —me dijo, ofreciéndome una mano—. Quiero darte un regalo.

¿Un regalo? Me encantaban los regalos. La cogí sin dudarlo y él me ayudó a subir el escalón que nos separaba. El corazón me ardía con un deseo incontrolable. Nos quedamos en silencio unos segundos, mirándonos, y entonces me puso la mano en el cuello. Cuando apretó los dedos con una sugerente suavidad, contuve el aliento. Un instante después, sobre mi piel apareció un collar con la forma de una serpiente. Estaba hecho de diamantes y brillaba bajo la luz de los soles como si dentro de cada uno de ellos hubiera fuego.

«Encantadora de serpientes».

—¿Es peligrosa? —le pregunté, llevándome la mano al cuello con una silenciosa admiración.

—¿No es más excitante lo que es peligroso?

Sonreí, perdida en el rojo de su mirada, y me mordí el labio inferior. No hablaba de la serpiente, sino de él; ambos lo sabíamos. El problema era, precisamente, que la respuesta era afirmativa; no había nada que me resultara más excitante que lo peligroso.

—Sí —susurré—. Lo es.

Tzadi me devolvió la sonrisa y, sin decir nada, se acercó un poco más. Su rostro quedó muy cerca del mío, demasiado cerca, y su olor a fuego y lujuria desató las cadenas de mi imaginación.

—Entonces —susurró, alzándome la barbilla con una mano—, si el peligro te excita tanto como a mí, ¿me dejarías besarte?

Contuve el aliento durante unos segundos, disfrutando de la tensión que había entre nosotros, y solo cuando supe que ninguno de los dos podía aguantar más las ganas de descubrir al otro, asentí.

Y entonces, Tzadi me besó.

Al principio fue un beso lento, como si los dos estuviéramos tanteando el terreno, pero enseguida se convirtió en algo incontrolable y animal; un beso que nos hizo estallar en llamas y perder el control.

Me empujó contra el altar. Pegó su cuerpo al mío, hundió las manos en mi pelo y se dirigió a mi cuello, como si quisiera arrancarme la piel con los labios. Cerré los ojos y, mientras sentía su boca bajando por el pecho, sus manos agarrándome con una desesperada necesidad, sonreí con satisfacción.

—Triana —suspiró, como si por fin hubiera conseguido algo que llevaba largo tiempo anhelando, como si estuviera rezándole a un dios prohibido—. Oh, Triana.

—Tzadi —susurré yo, rompiendo por fin la barrera que nos separaba.

El demonio me aupó sobre el altar y colocó su rostro frente al mío, sus manos a ambos lados de mi cuerpo, su boca entreabierta. Podía sentir las gotas de sudor acariciándome la piel, el corazón palpitándome en el pecho a toda velocidad. Su mirada se había vuelto más demoníaca, más infernal y peligrosa. Casi parecía dispuesto a prender el mundo en llamas si no obtenía lo que tanto ansiaba.

—Me vuelves loco, Triana —me dijo, con la respiración entrecortada de pura excitación—. No sé qué me has hecho, pero no puedo sacarte de mi cabeza.

—Demuéstramelo —lo provoqué—. Demuéstrame lo loco que te vuelvo.

Tzadi colocó una mano sobre mi pierna, justo debajo de la tela del vestido, y comenzó a subir con lentitud. Yo le acaricié las heridas de la cara, y después llevé los dedos hasta sus tatuajes.

—Amarás al Creador sobre todas las cosas —leí, en voz baja—. No tomarás el nombre del Creador en vano. Santificarás las fiestas.

—Honrarás a tu padre y a tu madre —continuó él, apretándome la carne con fuerza y haciendo que, de forma casi instintiva, abriera las piernas—. No matarás.

—No cometerás actos impuros —susurré mientras sus dedos me acariciaban el interior de los muslos, humedeciendo la parte de mi cuerpo que más ansiaba sentirlo—. No robarás.

Me subió el vestido hasta la cadera y, con una sonrisa en los labios, se puso de rodillas frente a mí. La pintura de Luzbel nos observaba desde

arriba, juzgando nuestro perjurio, pero a ninguno de los dos nos importaba. Pecar nunca me había parecido tan divertido.

—No darás falso testimonio ni mentirás —continuó. Comenzó a besarme los tobillos, provocándome cosquillas en el vientre, y fue subiendo poco a poco—. No consentirás pensamientos ni deseos impuros.

—No codiciarás los bienes ajenos —terminé yo.

El demonio se detuvo en seco, respirando contra la piel de mis piernas, y alzó la vista para mirarme.

—Esto es un sacrilegio —le dije, ansiosa—. Estamos en una capilla.

—Eso lo hace aún más interesante —me respondió él, travieso—. ¿A cuántas fes crees que podemos ofender?

Alargué la mano para acariciarle el pelo, negro como la oscuridad, y él se dejó hacer. Me gustaba sentir que estaba a mi merced, que podía hacerle lo que quisiera, y él lo sabía. Él parecía dispuesto a cumplir todos mis deseos.

—¿Por qué te ha hecho esto Luzbel? —le pregunté, llevando los dedos hasta el latigazo que le cruzaba la cara—. Eres su matador más poderoso, su soldado más leal. ¿Por qué te castigó así?

—Porque hace tiempo que se olvidó de que no es el Creador y de que, si actúa como él, su final puede ser el mismo.

La rabia que había en su voz podía significar dos cosas: que era muy buen mentiroso o que, de verdad, le guardaba rencor al rey. Aunque había una parte de mí que se negaba a creer que Tzadi, precisamente Tzadi, estuviera hablando así de Luzbel, había otra que lo entendía. Sabía lo que era sentir que alguien a quien querías te había traicionado. Gracias a Carmen, lo sabía.

—No te merece —le dije, acariciándole el pelo—. No nos merecen. Somos mucho más poderosos que ellos y lo saben. Nos envidian y nos quieren sometidos.

Tzadi cerró los ojos un segundo, disfrutando de mi contacto, y después susurró:

—Lo sé. Luzbel te prometió que a su lado serías parte de la Corte del Infierno, pero yo creo que te mereces más. Juntos, Triana, con tu poder y el mío, podemos ser imparables. Podemos unirnos para exigir que nos den el

lugar que nos corresponde, para vengarnos de aquellos que nos han hecho daño.

Sus palabras, aunque sonaban dulces en mis oídos, tenían que ser una mentira, una especie de prueba. Lo que me estaba proponiendo no es que fuera peligroso, es que era imposible. ¿O no? Sentía que todo estaba al alcance de nuestra mano, que junto a él podía conseguir cualquier cosa.

—¿Estarías… estarías dispuesto a traicionar a Luzbel? —mascullé.

—Solo si tú te conviertes en mi reina —me respondió, aún arrodillado frente a mí—. Dime que gobernarás el Infierno conmigo, Triana. Dímelo y seremos invencibles. Te juro por el Cielo que pondré la corona del Infierno sobre tu cabeza y todos te temerán.

Habían hecho muchas cosas por mí, muchísimas, pero nunca algo así. Podía notar cómo mi corazón latía extasiado. Tzadi era el eslabón más débil, pero también la clave para destrozar la cadena. Juntos podíamos hacerlo.

—¿Cómo sé que puedo fiarme de tu palabra? —le pregunté. Un rayo de calor me recorrió la espalda cuando acarició con los labios el interior de mis muslos—. Conozco todas las historias que cuentan sobre ti, señor del Infierno.

Tzadi sonrió, sin alejar el rostro de mi piel, y susurró:

—No hagas caso a lo que cuentan sobre mí porque en realidad soy mucho, mucho peor. No hay nada que no esté dispuesto a hacer por conseguir todo lo que me proponga. Todo lo que mi reina se proponga.

Volvió a besarme los muslos y, esta vez, supe que no iba a detenerse. Eché la cabeza hacia atrás y hundí los dedos en su pelo. Su reina. Mi rey. La corona de cuernos de Luzbel. Era demasiado bonito para ser verdad.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —le pregunté en tono burlón cuando sentí su aliento entre las piernas—. A los hombres no se os suele dar muy bien.

Tzadi, mirándome desde abajo, respondió:

—Olvidas que yo no soy un hombre.

Su lengua y sus manos comenzaron a buscar mi placer, moviéndose como si conocieran mi cuerpo, y yo no pude hacer otra cosa que gemir con fuerza, dejándome hacer. Parecía saber a la perfección los lugares en los

que tenía que insistir para que perdiera la cabeza, los puntos a los que llevar la boca para nublarme los sentidos.

Coloqué las piernas sobre sus hombros y le acerqué aún más a mi cuerpo. Podía sentir su lengua en mi interior, sus dedos masajeando el punto que conseguía que mi cuerpo convulsionara. Y, aun así, no era suficiente. Quería sentirlo aún más dentro —entre mis piernas, en mi boca—, quería degustar su cuerpo entero y probar el sabor de su miel.

—Joder —suspiré, sintiéndome a punto de estallar. Ya no podía controlar mi cuerpo, mis pensamientos—. Para, por favor. Para o…

—¿O qué? —me desafió, sin dejar de mover las manos—. Quiero que disfrutes, Triana. Quiero hacer realidad todos tus deseos.

No dije nada y Tzadi siguió, esta vez más rápido, hasta que perdí el control. El fuego me comió las entrañas y todo a mi alrededor desapareció. Durante unos segundos solo me importó él, lo que me estaba provocando, lo que me estaba haciendo. Mi mente se quedó en blanco y la felicidad se adueñó de mi cuerpo, de mi alma.

Grité, sintiendo una descarga de placer recorriendo mis extremidades, explotándome en el pecho, y, al cabo de unos minutos, me derretí sobre él entre jadeos con las manos aún enredadas en su pelo.

—Tenías razón —le dije agotada cuando volvió a ponerse en pie y me colocó la falda del vestido—. No eres un hombre.

Tzadi se pasó la lengua por los labios y volvió a inclinarse sobre mí. Aún tenía ganas de él, *muchas* ganas de él, pero quería disfrutar de la placentera sensación que me recorría la espalda, del delicado e incontrolable temblor que me había dejado en las piernas.

—Y esto es solo el principio —me susurró, sujetándome las muñecas.

Me apretó la carne con suavidad y, en un segundo, la presión de los grilletes de Luzbel desapareció. Ahogué un grito cuando el poder me llenó el pecho, como si me hubieran devuelto la vida, y después lo miré. Volvía a notar mi gracia llenándome las venas, quemándome los dedos.

—Piensa bien lo que te he propuesto, Triana. Piénsalo y, cuando tengas una respuesta, repite mi nombre tres veces y apareceré a tu lado.

Me soltó y, antes de que pudiera decirle nada, se desvaneció en la oscuridad. Me había abandonado, con la tentación en una mano y la cordura

en la otra.

Llamé a mi poder. Cuando sentí la sangre de mis venas calentándose, el familiar cosquilleo de los tatuajes de oro brillando en mi piel, sonreí. Tzadi me había devuelto mi gracia de verdad, no me había engañado. Todo lo que me había propuesto, todo lo que me había contado, había sido real.

Tan real como la traición de Carmen.

Me miré las manos, que brillaban con fuerza, y entonces lo supe; lo que Luzbel me ofrecía era insuficiente para mí. No quería ser una prisionera, sino la dueña de la jaula.

No había nacido para ser noble.

Había nacido para ser reina.

16

Carmen

Después de cuatro días de viaje, haciendo las paradas necesarias para comer y reponer fuerzas, llegamos a la sierra. Nos habíamos dirigido hacia el norte, alejándonos de los caminos que llevaban a la taifa de Granada, y solo cuando estuvimos resguardados entre la espesa vegetación de los montes, ya cerca de Córdoba, nos permitimos bajar la guardia.

A pesar de que en las alforjas de los caballos encontramos todo lo que necesitábamos para nuestro viaje —comida, agua, mantas—, no estaba siendo fácil. La cercanía con Aleph me tenía nerviosa, en alerta constante. Él se empeñaba en preguntarme si estaba bien, en darme las raciones de comida más grandes, y eso me hacía desconfiar. Más allá de la orden que lo obligaba a protegerme, Aleph era atento y amable, capaz de escuchar con atención, y no podía permitir que me dejara olvidar que era un demonio. Sabía que en algún lugar, debajo de esa estúpida máscara de perfección, debía de estar su crueldad infernal.

—No me has pedido perdón —me dijo la segunda noche, ambos tumbados frente al fuego.

—¿Qué?

—Que no te has disculpado conmigo. Por apuñalarme en la fiesta.

Si hubiera podido reírme, estaba segura de que sus palabras me habrían provocado una sonora carcajada. ¿De verdad esperaba que me disculpara? Lo había hecho en defensa propia y no me arrepentía. Además, aunque eso no tenía por qué saberlo él, yo no sabía pedir perdón. Mis sentimientos estaban tan bloqueados desde la muerte de mis padres que, al igual que mostrar afecto, disculparme me parecía una muestra de debilidad.

—Puedes esperar sentado a que lo haga —le respondí—. Te vas a cansar.

Al anochecer del quinto día nos detuvimos en la ribera de un río. En cuanto desmontamos, Aleph se apresuró a coger las riendas de los caballos para llevarlos a que bebieran agua, y yo apoyé la espalda contra el tronco de un árbol. Gracias a mi poder, el cardenal que el golpe del olivo me había dejado en la cara había desaparecido, y tampoco quedaba rastro de la herida que el cuchillo de Tzadi le había hecho a Aleph en la mano. Sin embargo, las magulladuras que teníamos por dentro, que de vez en cuando nos dejaban taciturnos y distantes, seguían ahí; preocupación, cansancio, incertidumbre.

No dejaba de pensar en mi familia, en Luzbel. Le daba vueltas una y otra vez a todo lo que nos había contado Dancaire en el Alcázar; la Alhambra, el caelestum de los ángeles, las gracias. Me faltaba mucha información y eso me hacía estar inquieta. ¿Quiénes habían sido exactamente los Guardianes? ¿Cómo era posible que mis padres hubieran formado parte de esa organización secreta, que los hubieran matado por ello, y Dancaire no me lo hubiera contado antes? Sentía que, de alguna forma, me había traicionado.

—No tienen heridas —musitó Aleph, sacándome de mis pensamientos, mientras examinaba las patas de los caballos—. Eso es buena señal.

Nunca había visto a nadie preocuparse tanto por los animales, y no sabía qué pensar sobre eso. A mí me estaba protegiendo por obligación, pero ¿a ellos? Los trataba con tanta delicadeza, con tanto mimo, que a veces me olvidaba no solo de que era un demonio, sino también el maldito amante de Luzbel.

—¿Cuánto nos queda hasta Granada? —le pregunté a Aleph, ansiosa por acabar el viaje cuanto antes.

—Yo diría que otros cinco días —me respondió él mientras desensillaba a los caballos.

—¡Cinco días! —exclamé. Pan, que se había acercado a beber agua al río, alzó las orejas con sorpresa—. Es muchísimo.

Por primera vez desde que habíamos salido de Sevilla, empecé a preguntarme si dar aquel rodeo había sido una buena idea. Tzadi iba a querer vengarse de mí por lo que le había hecho en el olivar, y no me tranquilizaba saber que estaba tan cerca de mis primas.

—Cinco días son un suspiro, Carmen.

—Quizá para ti, que tienes… Espera, ¿cuántos años tienes?

Aleph sonrió sin mirarme y yo fruncí el ceño. Hasta ese momento no me había parado a pensar en su edad *real*. Los ángeles habían sido creados antes que los humanos, antes que la mismísima Tierra, y me mareaba solo de pensar en todo lo que habría vivido.

—No lo sé —me respondió él—. Con los años pasa como con todo lo demás, cuando tienes pocos son especiales y cada uno de ellos merece una celebración. Cuando tienes muchos… pierden su valor y dejas de prestarles atención.

Lo miré durante unos segundos sin saber qué decir. Si ni siquiera él sabía cuántos años tenía significaba que eran muchos. *Muchos*.

—Además —continuó—, cuantos más años vives, más se alarga el sufrimiento.

Por más que lo intentaba, no era capaz de concebir su eternidad, la cantidad de tristezas que guardaría en el pecho, los recuerdos que lo atormentarían por las noches. Si me fijaba bien, dentro de sus ojos rojos podía ver un abismo que mi mortalidad jamás entendería, un lastre con el que los humanos no teníamos que cargar. Quizá se trataba de eso, sufrimiento, uno eterno e insoportable.

—¡Eh! —le grité al ver que me daba la espalda y comenzaba a caminar —. ¿A dónde vas?

—A buscar leña —me explicó sin darse la vuelta—. Deberíamos hacer un fuego antes de que se haga de noche.

Apreté los puños con fuerza, los ojos fijos en su espalda. Aunque no podía verle la cara, sabía que estaba sonriendo. Lo conocía ya lo bastante bien como para saber que, cuando me sacaba de mis casillas, en su rostro aparecía esa estúpida mueca de superioridad que solo conseguía ponerme más nerviosa.

—Podrías dejar de perder el tiempo y ayudarme —me dijo, alzando un poco la voz.

Bufé y, aunque a mala gana, lo seguí.

—Con lo insoportable que eres y la vida larga que has tenido —musité —, estoy segura de que habrán querido asesinarte en más de una ocasión.

—¿Y te da pena que no lo hayan conseguido?

No le respondí.

Comenzamos a buscar troncos secos entre los árboles mientras Pan correteaba detrás de nosotros como si estuviéramos jugando. El gris del cielo fue poco a poco tornándose negro.

—¿Qué significan vuestros tatuajes? —le pregunté, observando de reojo sus manos limpias. No había vuelto a ponerse los guantes y la pregunta llevaba días quemándome la lengua.

—Cuando éramos ángeles —me explicó, agachándose para recoger un tronco—, nosotros también teníamos... gracias. Cuanto más poder había en nuestro interior, más tatuajes dorados nos salían en la piel. Los más débiles los tenían solo en las manos y, cuanto más fuertes nos volvíamos, más nos salían por el cuerpo. Había algunos, los más poderosos, que incluso los tenían en la cara.

Los dos nos agachamos a por el mismo tronco y, cuando fuimos a cogerlo, nuestros dedos se rozaron. Mi corazón se detuvo en un latido y, al darme cuenta de que ninguno de los dos quería apartar la mano, se aceleró de golpe. Odiaba que su piel fuera tan suave. Odiaba todo lo que su cercanía me provocaba.

—¿Y por qué se volvieron negros? —le pregunté, obligándome a retirar la mano.

Aleph apretó la mandíbula y cogió el tronco sin decir nada. Después, me miró. Aún recordaba las cicatrices de su espalda, pero en sus ojos brillaba algo mucho más profundo; las cientos de heridas que aún no habían cerrado, los fuegos que no se habían extinguido, los arrepentimientos que no habían prescrito. Me avergonzaba reconocer el interés que eso me generaba.

—Porque en el Infierno, los ángeles condenados nos corrompimos. Cuanto más lo hacíamos, más nos transformábamos.

¿Qué significaba, entonces, que él no tuviera tatuajes ni siquiera en las manos? ¿Había sido un ángel de rango muy bajo, uno sin ningún tipo de poder? ¿O es que no se había corrompido como los demás?

Estaba a punto de preguntárselo cuando, de repente, vi que se quedaba muy quieto, como si hubiera escuchado un ruido, y alzaba la cabeza en

señal de alerta.

—¿Qué ocurre?

Aleph me indicó que guardara silencio y, tras unos segundos de incertidumbre, comenzó a caminar. Al ver que se adentraba entre los árboles, como siguiendo la señal de un sonido que para mí era imperceptible, fui tras él.

—Aleph —lo llamé, poniéndome nerviosa—. ¿Qué pasa?

No me hizo caso. Continuó caminando y no se detuvo hasta que llegamos a las ruinas de una pequeña iglesia de piedra, cuyos muros, cubiertos de iünas, habían sido golpeados con fuerza por el paso del tiempo. A pesar de que debía de haber sido bonita y acogedora, en ese momento se alzaba sombría en mitad de la negrura del bosque, como la lápida de alguien cuya vida fue feliz pero, como todos, había sido arrastrado por la muerte.

Antes de que pudiera preguntarle qué estábamos haciendo allí, Aleph soltó los troncos que tenía entre los brazos y se acercó hasta el edificio con paso decidido, seguido muy de cerca por Pan.

—Esto es increíble —musité.

Solté mis troncos también y, desenvainando la kinjara, fui tras él. No entendía nada. ¿Y si me estaba llevando directa a una trampa? ¿Y si me estaba engañando? ¿Y si no lo estaba haciendo, pero corríamos peligro? Él estaba loco, pero más lo estaba yo por seguirle.

—No hagas ruido —me susurró cuando cruzamos el arco de la entrada.

Las paredes goteaban, como si estuvieran llorando, y había iünas por todas partes; crecían entre las grietas como alimentadas por el dolor del abandono. El techo se había desprendido y sus restos, que cubrían el suelo, habían sido reclamados por la vegetación, convertidos ya en parte del bosque. Lo único que había sobre nuestras cabezas era el cielo, las copas negras de los árboles.

—¿Qué se supone que estás buscando? —le pregunté con desconfianza.

El demonio lo observaba todo con los ojos entornados, pisando el suelo con mucho cuidado. Yo tenía los músculos preparados para atacar. No entendía qué hacíamos allí.

—Ahí está —susurró Aleph.

Atravesó el pasillo que se abría ante nosotros seguido por Pan, y cuando llegó al otro lado, donde se alzaba un alto muro de piedra decorado con tres arcos ciegos, se agachó. Había una sombra agazapada en el suelo, temblando.

—¿Qué es eso? —le pregunté, caminando hasta él con algo de recelo.

Tenía más ganas de matarlo de las normales. Nos estábamos retrasando en nuestro viaje, poniendo con ello en peligro la vida de mi familia, por un estúpido impulso de acercarse a…

—Un cervatillo —me respondió—. Está herido.

Aleph se apartó para dejarme ver al animal, y el enfado se me pasó de golpe. Era muy pequeño, casi un bebé. Tenía una herida muy profunda en una de sus patas traseras, como si un mordisco le hubiera desgarrado la carne.

—Madre mía —susurré, agachándome junto a él.

El cervatillo nos miró a ambos, el miedo y el dolor reflejado en sus ojos negros, pero cuando Aleph alargó la mano para acariciarlo, para decirle que no estábamos allí para hacerle daño, pareció tranquilizarse. Pan gimoteaba a su alrededor, desesperado por acercarse, pero Aleph se lo impidió.

—Deberíamos quedarnos con él —musitó el demonio—. Los lobos están aún por aquí.

Lo miré con una mezcla de sospecha e incredulidad, pero él estaba tan concentrado en acariciar al cervatillo, en calmarlo, que no se dio cuenta.

—Aleph —le dije, sintiendo que se me encogía el corazón—. No podemos hacer nada por él, ¿has visto lo profunda que es esa herida?

Cuando el demonio giró la cabeza y clavó sus ojos rojos en los míos; me perdí en el brillo que emanaban. Ahí estaba la mirada que había visto en la taberna de Lillas Pastia, en la fiesta del Alcázar. ¿Era compasión lo que veía en ella? ¿Piedad? ¿El rastro de una súplica silenciosa? Seguía sin saberlo.

—Sí podemos —afirmó él, muy serio.

Se puso en pie, decidido, y salió del monasterio sin decir una palabra. Cuando volvió, traía algunos de los troncos que habíamos soltado en el exterior.

—Voy a hacer una hoguera —me indicó, agachándose—. Necesita calor y nos ayudará a mantener alejados a los lobos.

—Y después, ¿qué? —insistí con tristeza—. Lo mejor que podemos hacer por él es acabar con su sufrimiento. No tenemos forma de curarlo.

Aleph comenzó a frotar un palo entre sus manos, con obstinación, haciendo fricción con los troncos que tenía justo debajo, y yo volví a preguntarme si estaba tan nervioso porque me estaba ocultando algo.

Cuando la chispa estalló, el demonio la dirigió a una hoja seca del suelo, la agarró y la metió entre los troncos. A los pocos segundos, la luz de las llamas iluminaba las ruinas, llenándolas de cálidas sombras danzantes.

—Sí, tenemos una forma de curarlo —me dijo. La hoguera recién encendida brillaba dentro de sus ojos—. Tu gracia.

—No —le respondí, poniéndome en pie cuando comprendí lo que insinuaba.

A él le había salvado la vida, así que lo lógico era pensar que mis flores podían curar también al cervatillo, pero no era tan fácil; no sabía cómo hacerlo. No quería que volviera a sacar el tema, descubrir mis debilidades ante él. No quería que le contara a Luzbel que yo no era más que un fraude, que se diera cuenta de que lo que había pasado en la fortaleza y en el olivar no habían sido más que casualidades.

—Carmen —me dijo él aún agachado—. Quiero ayudarte.

—¿Ayudarme?

—¿Sabes por qué eres la única de tu familia incapaz de controlar su poder? Porque estás bloqueada. Hasta que no sueltes todo lo que te hace daño, hasta que no bajes las barreras y te permitas sentir, no vas a ser capaz de usar tu gracia como los demás.

Me crucé de brazos, intentando defenderme así de sus palabras, y después fruncí el ceño. Sabía perfectamente que estaba bloqueada. Mi corazón había permanecido bajo llave desde la muerte de mis padres porque, si no controlaba el dolor no habría podido sobrevivir. Sin embargo, al impedirme sentirlo, había congelado también el resto de sentimientos. Dancaire me lo había advertido cientos de veces:

«Y ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor. Corintios 1:13», me dijo.

«No tengo ninguna de esas tres cosas, Dancaire. Ni fe, ni esperanza ni amor. Y tampoco las necesito», le respondí.

«Eso es lo que tú te crees, Carmen, pero todos estamos hechos de lo mismo».

Mis primas, al contrario que yo, lo sentían todo con intensidad. Candela se había enamorado de Antonio como si fuera una adolescente, Frasquita aprovechaba cualquier ocasión para colmarnos de besos y abrazos, Triana llenaba sus canciones con la pasión que le ardía en el pecho. Joaquín, que intentaba cogerme la mano cuando nos acostábamos, me habría protegido con su propia vida. Esa era la razón por la que ellos eran mucho más poderosos que yo; porque no le tenían miedo al amor.

—¿Por qué quieres ayudarme? —le pregunté a Aleph, usando un tono mucho más punzante del que pretendía—. ¿Por qué te importa tanto que sea capaz de usar mi gracia?

—Porque quiero salvar al ciervo —me explicó él—. Su vida vale tanto como la tuya o la mía, y estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por aliviar su sufrimiento. Incluso pedirle ayuda a un ángel.

Nos giramos para mirar al cervatillo, que observaba el fuego con los ojos muy abiertos. Ni siquiera las llamas podían alejar la muerte que lo acechaba. Pan se había tumbado muy cerca de él, vigilándolo, pero el animal seguía temblando. Al darse cuenta, Aleph se levantó y se sentó a su lado para acariciarlo.

—¿Por qué te importa tanto? —insistí. Sentía un calor muy extraño dentro de mí cuando lo veía cuidar a los animales, y me odiaba por ello.

—Porque tiene el alma limpia —musitó él, acariciándole la cabeza con cariño—. Todos los animales la tienen, ya te lo dije.

—Pero son mortales, como los humanos.

Aleph sonrió sin apartar la vista del cervatillo, y luego negó con la cabeza.

—No son como los humanos —me respondió tajante—. Son mucho mejores. Vi cómo el Creador les daba la vida, ¿sabes? Siempre pensé que fueron su mejor obra.

La cercanía de Aleph hacía que el cervatillo dejara de temblar. Casi parecía que el demonio pudiera hacer que se olvidara del dolor, que se calmara.

—¿Su mejor obra? —quise saber, sentándome a su lado—. Entiendo que los humanos tenemos muchos defectos, pero ¿también mejores que los ángeles?

—Mucho mejores. Los ángeles no eran tan perfectos como os hicieron creer.

Hacía muchos días que no estaba tan cerca de Aleph porque, incluso por la noche, ambos nos esforzábamos en mantener la distancia. No nos fiábamos del todo el uno del otro, y romper esa barrera hizo que se me formara un nudo en el estómago. Aún recordaba su olor, que me había hipnotizado el día de la fiesta; lo bonita que era su piel vista desde tan cerca. No me extrañaba nada que el rey lo tuviera de amante.

—Deberías relajarte un poco —me dijo, esbozando una sonrisa burlona —. Te noto muy tensa. ¿Es porque te pongo nerviosa?

—Ya te gustaría —le respondí, fulminándolo con la mirada—. Si estoy tensa a tu lado es porque no confío en ti.

—¿Y qué puedo hacer para confíes en mí? —me preguntó.

—Empezar a contarme la verdad.

Sobre nuestras cabezas se había extendido ya el manto de la noche. Las intensas llamas de la hoguera nos calentaban la piel. Pan se apoyó sobre mis piernas, pidiéndome cariño, y yo le rasqué el suave pelaje de detrás de las orejas.

—¿Qué quieres saber?

¿Estaba dispuesto a contarme la verdad? No esperaba que fuera a ser tan fácil. En realidad, ni siquiera esperaba que ese momento fuera a llegar nunca. Tenía muchas preguntas —¿cómo habían provocado la explosión que acabó con los ángeles, por qué teníamos gracias, por qué él no tenía tatuajes en las manos como los demás demonios?—, pero sabía por dónde quería empezar.

—Luzbel —le dije, sin apartar la mirada—. ¿Eres su amante o algo así?

Aleph bajó la vista hasta el cervatillo y, como si supiera que terminaría haciéndole esa pregunta, sonrió.

—Algo así.

—¿Estás… enamorado de él?

El corazón me latía a toda velocidad y no tenía ni idea de por qué. ¿A qué había venido esa pregunta? Ni siquiera me importaba la respuesta. ¿O sí?

—Lo estoy —reconoció él—. O lo estuve, no lo sé. Hace tiempo que los dos cambiamos.

—¿En qué sentido?

Aleph se encogió de hombros, y los tres aros de plata que llevaba en la oreja derecha reflejaron la luz del fuego.

—Nadie permanece impasible tras pasar por el Infierno. Ya te lo he dicho antes: allí, todos nos corrompimos.

Los dos nos quedamos callados durante unos segundos, escuchando el crepitar del fuego. Así que Aleph no solo era el amante de Luzbel, sino que estaba enamorado de él. O lo había estado, al menos. La punzada que sentí en el estómago no podían ser celos. No, desde luego que no.

—No sabía que los demonios pudierais enamoraros —confesé.

Aleph volvió a mirarme, esta vez alzando una ceja.

—¿Y por qué no íbamos a poder?

—No lo sé. No pensaba que pudierais sentir cosas buenas.

—Supongo que el error del Creador fue hacer a sus ángeles con sentimientos —musitó, con algo de tristeza—. Sin ellos, todo habría sido más fácil.

El cervatillo quiso moverse, pero la herida de la pata no le dejó. Intenté llamar a mi poder, hacer que la magia que había curado a Aleph en la fortaleza volviera a brillar en mi piel, pero no ocurrió nada. La pena y la frustración se me atascaron en la garganta. Sabía que estaba sufriendo, y no podía hacer nada por él.

«¿Sabes por qué eres la única de tu familia incapaz de controlar su poder? Porque estás bloqueada».

Abrí la boca para decirle a Aleph que aquello era absurdo, que solo estábamos alargando el tormento del pobre animal, pero justo entonces el aullido de un lobo desgarró el silencio de la noche. Los cuatro nos pusimos muy tensos. Pan levantó las orejas y el cervatillo se encogió sobre sí mismo.

—Es el líder —susurró Aleph—. Está reuniendo a la manada.

¿Ahora resultaba que también entendía a los animales? Tenía que empezar a racionar sus sorpresas porque no podía asimilarlas todas a la vez.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que tenemos que proteger al cervatillo un rato más. Los lobos no han terminado de cazar.

Guardamos silencio de nuevo y el cervatillo, como si supiera que estábamos ahí por él, nos miró con los ojos muy brillantes. Por alguna razón, aquel animal pequeño y asustado me recordó a mí misma, al día en que se llevaron a mis padres. ¿Y si los lobos también habían matado a su familia? ¿Y si lo habían dejado huérfano? La pena que me bullía dentro del pecho le hizo hueco a la rabia, esa rabia intensa que llevaba diez años siendo mi compañera.

—Yud —solté de golpe. Sabía cuál quería que fuera mi siguiente pregunta—. ¿Qué relación tienes con él?

El demonio frunció el ceño y se encogió de hombros.

—Me llevo bien con todos los matadores. Ellos son… son mi familia.

Su familia. Apreté los puños con mucha fuerza, intentando controlar la furia que me emponzoñaba las venas, y le dije:

—Háblame de él.

—¿De Yud? —inquirió, con algo de sorpresa—. Es bastante reservado. A veces a mí tampoco me cae bien, si te soy sincero. De hecho, creo que a nadie le cae bien.

No quería saber si Yud le caía bien al resto de demonios, quería saber cuáles eran sus debilidades, cuál era la mejor forma de acercarme a él. Quería conocerlo mejor y, así, poder matarlo.

—¿Es verdad que no tiene poder? —le pregunté, recordando la canción infantil con la que habíamos aprendido a temerlos.

—No, no es verdad. Tiene muchos tatuajes, así que probablemente es el más poderoso de todos los señores del Infierno.

Así que Yud sí tenía un poder, uno que nadie conocía. ¡Mierda! No solo era el más sanguinario de los demonios, sino que además era fuerte, dotado con un poder desconocido con el que yo no podía competir. Temblaba entera por culpa del odio, y Aleph se dio cuenta.

—¿Qué te hizo, Carmen? —quiso saber.

No quería contárselo, no quería que supiera qué era lo que me hacía tanto daño, pero a la vez estaba deseando hacerlo. En el fondo, quería lanzarle a la cara lo que me había hecho, que se diera cuenta de lo crueles y egoístas que eran los demonios.

«Yo mismo ejecutaré la sentencia».

—Asesinó a mis padres —solté, mis palabras envueltas en una rabia visceral—. Eso fue lo que me hizo. Solo tendré paz cuando lo mate.

Los ojos de Aleph se volvieron más oscuros, casi granates, como si alguien los hubiera cubierto con un velo de tristeza. Sabía que estaba fingiendo, que todo aquello no era más que una mentira, y no entendí a qué estaba jugando. Ni mis padres ni yo, como el resto de los hijos de Adán, le importábamos lo más mínimo.

—Creo que eso es lo que te está bloqueando —me dijo el demonio. Volvió a mirar al cervatillo, que había cerrado los ojos y cada vez respiraba más lento; bajó la voz—. Ese odio.

—El odio es lo que me ha movido todos estos años —repuse—. Sin él, sin la venganza como guía, no me quedaría nada.

—Eso no es verdad —me respondió él—. Siempre nos queda la fe, la esperanza…

—… y el amor —terminé yo, las palabras escapándose solas de entre mis labios.

Aleph sonrió y, después, volvió a mirarme. Corintios 1:13. Casi parecía que estábamos compartiendo un secreto, algo que ambos olvidaríamos en cuanto saliéramos de aquella iglesia abandonada.

—¿Tú los tienes? —quise saber—. La fe, la esperanza y el amor.

—Durante un tiempo no las tuve, pero ahora creo que sí. —Silencio durante unos segundos. Después, sus ojos clavados en los míos—. ¿Y tú?

—No —repliqué, muy segura—. Y tampoco los quiero.

No pareció muy convencido con mi respuesta.

—Que no seas capaz de desbloquear tus sentimientos no significa que no los tengas. Quizá pienses que solo el odio y la rabia te hacen fuerte, pero… no es verdad. Es todo lo contrario, Carmen. He vivido lo suficiente como para saberlo.

—No empieces con eso otra vez.

—Estás llena de sentimientos, solo que no sabes expresarlos. ¿Hace cuánto que no lloras? ¿Hace cuánto que no le dices a alguien que le quieres? ¿Hace cuánto que no pides perdón?

¿Por qué me estaba haciendo sentir tan vulnerable? Quería gritar, insultarlo, salir corriendo de allí lo más rápido posible. Casi podía sentir cómo se resquebrajaban las murallas de hielo que había en torno a mi corazón, y me sentía más débil que nunca. El dolor estaba ahí dentro, preparado para atacar.

—Tú no sabes nada de mí —me defendí.

—¿Qué hay de tu familia? —insistió él—. ¿Y de tu novio? ¿Acaso no es amor lo que sientes por ellos?

—Joaquín no es mi novio —apunté.

—Ah, entonces no te importa.

—¡Sí, Aleph! —exclamé—. ¡Creo que es evidente! ¡Por él y por mis primas estoy aguantándote en este viaje!

—¿Le quieres, entonces? ¿O ni siquiera eres capaz de reconocer eso?

—¡Pues claro que le quiero!

Aleph clavó sus ojos en los míos con un esbozo de sonrisa en los labios, y entonces lo noté. Mi poder. Había empezado a crepitar en mi interior, como despertándose después de un largo sueño, y yo sentí que la sangre de mis venas comenzaba a hervir. Hasta ese momento, hasta ese preciso instante, no me había dado cuenta de que mi poder no se activaba al azar; lo hacía cuando, de una forma u otra, liberaba mis sentimientos. ¿Y si Aleph tenía razón? ¿Y si la tenía Dancaire?

—Cuéntame algo de tu familia —me pidió el demonio, aún mirándome con mucha intensidad. Había encontrado el hilo exacto del que tenía que tirar y no parecía dispuesto a soltarlo—. Saca todo el amor que tienes dentro, Carmen. Deja que sea más fuerte que el odio.

Tragué saliva y, perdiéndome en el rojo de su mirada, asentí. Mis primas. Joaquín. Dancaire. Mis padres. Pan. Tenía que pensar en ellos, en lo que me hacían sentir. Tenía que bajar las barreras de una vez por todas y ver qué ocurría.

—Mi familia —murmuré, con la mente llena de recuerdos. Me costaba un mundo decir en voz alta las cosas buenas que veía en ellos, reconocer

por qué los quería—. Candela siempre se preocupa por los demás, como si hubiera querido convertirse en la madre que a todos nos faltaba. Me pone muy nerviosa, pero mataría por ella.

Los tatuajes dorados comenzaron a aparecer en mi piel y, cuando sentí el cálido cosquilleo en los brazos, en el pecho, sonreí. Pan se apartó de mí y, observando con sorpresa cómo empezaba a brillar, ladeó la cabeza.

—Sigue —me animó Aleph—. Cuéntame más.

—Triana es un alma libre y le encanta llevarme la contraria, pero siempre ha sido la más valiente de todas. Una vez se enfrentó ella sola a un grupo de siete niños, *siete*, por defender a Joaquín. Lo mejor es que consiguió que todos salieran corriendo.

El brillo de mis tatuajes se hizo más intenso, más cálido, y cuando lo vi reflejado en los ojos del cervatillo, abrí las palmas de las manos. Podía notar que mi cuerpo se preparaba para la explosión, que en mis entrañas se formaba un huracán de vida. Me sentía fuerte, poderosa, inmensa. A mi lado, el fuego de la hoguera debía de sentir vergüenza.

—¿Con cuál de ellas te llevas mejor? —me preguntó Aleph.

—Con Frasquita —le respondí. Al pensar en el rostro de mi prima, el calor me hizo cosquillas en los dedos—. Es tan dulce, tan inteligente… A veces les roba libros a los marqueses para leerlos por las noches, ¿sabes? Luego se los devuelve porque se siente muy mal, pero me encanta ver cómo sonríe mientras los tiene entre las manos.

—Háblame de Joaquín —me dijo con un hilo de voz—. Suéltalo todo.

No tenía palabras suficientes para explicar lo que Joaquín significaba para mí. Si pensaba en él, lo único que tenía claro era que no me lo merecía, que nunca había sabido apreciar todos los detalles que tenía conmigo. Joaquín era la calma que apagaba mis tormentas, la sonrisa que iluminaba mis sombras, el remedio que me ayudaba a cicatrizar los malos recuerdos. Su infinita generosidad, sin que yo me diera cuenta, había transformado mi amargura en bondad.

—Joaquín —susurré, el verde de sus ojos acelerándome el corazón—. Es la mejor persona que he conocido en toda mi vida.

—¿Cuánto le quieres?

—Mucho —susurré, dándome cuenta por fin de que no pasaba nada por decirlo en voz alta, de que aquellas palabras no me quemaban el paladar.

El amor estalló en mi interior y un fogonazo me hizo entornar los ojos. Al sentir la luz fluyendo por mi piel, me incliné sobre el cervatillo y puse las manos sobre su herida. Enseguida comenzaron a brotarme pequeñas flores de color rosa, las mismas que habían salido cuando curé a Aleph. Poco a poco fueron fusionándose con el pelaje del animal. Entraban en su cuerpo —¡entraban en su cuerpo!—, y podía notar cómo sacaba todo lo que había en mi interior para dárselo a él, para cerrar sus heridas. Estaba manando vida.

«Perdóname, pequeño», pensé con un nudo apretándome la garganta. «Perdóname por creer que no podíamos salvarte».

Solté un gruñido a la vez que exprimía al máximo mi poder, y con una nueva llamarada de luz dorada llegué al límite de mis fuerzas. Una última flor voló con suavidad hasta la herida del ciervo y yo, agotada, me desplomé. Los brazos de Aleph me sujetaron antes de que me cayera al suelo, justo cuando mis tatuajes dejaron de brillar.

—Lo has conseguido —me dijo. ¿Era emoción lo que intuía en su voz? —. Lo has conseguido, Carmen.

Me dejé acunar por sus brazos, algo mareada, y después sonreí. Por primera vez desde que nuestros caminos se habían cruzado, y aunque solo fue durante un breve y fugaz segundo, sentí que podíamos llegar a entendernos, que hacíamos un buen equipo. Por primera vez pensé que me había dicho la verdad y, quizá, solo quizá, podía confiar en él.

—¿Va a vivir? —le susurré.

—Creo que sí —me respondió él, apartándome el pelo de la cara—. Gracias a ti.

Asentí, satisfecha, y sabiendo que la herida del ciervo estaba curada, apoyé la cabeza contra el pecho de Aleph y me dejé llevar por el cansancio.

—No —murmuré, cerrando los ojos—. Gracias a ti.

Y después me dormí.

17

Carmen

Pasé la noche entera con alucinaciones, temblando, sintiendo que para curar al cervatillo le había robado tanta energía a mi cuerpo que al final había terminado enfermando. No sabía si era real o no, pero sentía que me movía entre engaños de mi propia mente. Así, estuve con mis padres, que me dijeron lo mucho que me echaban de menos justo antes de que el Escamillo, vestido con un traje de luces y el ojo derecho tapado con un parche, les atravesara la espalda con sus estoques.

También vi a mis primas, a las que intenté abrazar, pero unas cadenas invisibles me lo impidieron. Grité, las llamé, pero Tzadi surgió de la oscuridad y, sin que yo pudiera hacer nada, le tapó la boca a Triana y desapareció con ella, sonriendo como si supiera que me la estaba arrebatando para siempre. Mientras, Candela y Frasquita se transformaron en cientos de serpientes que tomaron la forma de un aterrador Dancaire.

—Manteneos alerta, permaneced firmes en la fe —murmuraban una y otra vez—. Sed valientes y fuertes.

El frío se me clavaba en la piel convertido en pequeñas agujas, como si mis entrañas se estuvieran congelando, y todos mis músculos daban violentos espasmos intentando impedirlo. Temblaba, y una sombra con ojos verdes se cernió sobre mí. Intenté tocarla, pero no pude moverme.

—Te quiero, Carmen —me dijo la sombra con la voz de Joaquín—. Te querré siempre.

De vez en cuando entreabría los ojos para ver a Aleph moverse, avivar las llamas de la hoguera, hablar con Pan. A veces me parecía un hermoso ángel caído del Cielo y otras, un demonio monstruoso que acababa de salir

del Infierno. No sabía cuál de las dos versiones era la real. Estaba muy confusa y casi sentía que la vida se me escapaba entre los dedos.

—Sé dónde estás, Carmen —me susurraba la voz de Luzbel—. Devuélveme lo que es mío.

En medio de la noche, Aleph se marchó de la pequeña iglesia y me dejó sola junto al fuego. Quizá pensaba que estaba dormida, pero estaba despierta, luchando contra mí misma, esperando su regreso. En los últimos días me había acostumbrado tanto a tenerlo cerca que notaba su ausencia en el pecho, como si me hubieran quitado algo que sabía que debía de estar ahí.

—A... leph —conseguí articular. Pero estaba completamente sola.

Cuando regresó, casi había amanecido. En un breve relámpago de cordura intenté llamarlo de nuevo, pero solo pude emitir un leve gruñido. Observé con los ojos entreabiertos como se agachaba junto al fuego y, al ver que tenía las manos manchadas de sangre, supe que estaba alucinando de nuevo.

Después, volví a dormirme.

A la mañana siguiente me dolía todo. Seguía tiritando y hasta abrir los ojos me supuso un terrible esfuerzo. Me notaba pesada, congelada, somnolienta. Había pasado una de las peores noches de mi vida; me sentía como si me hubiera bebido una botella de vino entera.

—Buenos días —me saludó Aleph—. ¿Cómo te encuentras?

Estaba apoyado contra una de las paredes semiderruidas de la iglesia, el pelo oscuro revuelto y los brazos cruzados. Su voz por la mañana sonaba mucho más grave de lo normal, y odié que eso me resultara atractivo. Odié pensar que era Luzbel quien disfrutaba cada día de la imagen de Aleph recién levantado.

—Mal —repliqué. Alguien estaba dando golpes dentro de mi cabeza y tenía el frío metido dentro de los huesos—. ¿Dónde está el cervatillo?

—Salió corriendo en cuanto se dio cuenta de que podía andar de nuevo —me indicó él—. Esta mañana me he asegurado de que se encontraba con su madre.

Que el cervatillo estuviera sano y salvo me hizo sonreír, pero fue un gesto fugaz. Las imágenes de la noche anterior aparecieron de repente en mi cabeza como si mi propia mente hubiera querido golpearme con ellas. Yud, mis padres, Tzadi; Joaquín y mis primas. Aleph. ¿Qué había ocurrido de verdad y qué había sido una ilusión?

—¿Dónde fuiste anoche? —le pregunté con algo de recelo al recordar que se había marchado durante un buen rato.

—A ningún sitio —me respondió él, frunciendo el ceño—. Estuve toda la noche aquí, a tu lado. Estabas delirando.

Aunque mi primer impulso fue desconfiar, me sorprendí a mí misma dándome cuenta de que le creía. Después de lo que había pasado con el cervatillo, después de comprobar que, en el fondo, también había una parte de él que parecía buena, ¿por qué no iba a hacerlo?

Aleph no había intentado hacerme nada en todo el viaje. No solo había cumplido la orden de protegerme, sino que también me había ayudado a sacar mi poder. Quizá, aunque fuera solo hasta llegar a Granada, podía bajar un poco la guardia. Quizá podíamos llegar a ser… ¿amigos?

—Toma —me dijo, agachándose junto a mí—. Te he traído el desayuno.

Entre las manos tenía un puñado de higos. Sin embargo, en cuanto los vi mi cuerpo reaccionó de forma violenta; una náusea me subió hasta la garganta. Aleph, preocupado, me tocó la frente. No me aparté. Su piel estaba caliente, como si estuviera hecha de fuego.

—Estás helada —musitó—. Deberías descansar un poco más.

—No.

—Carmen, no puedes montar a caballo así.

—Sí puedo —insistí.

Me puse en pie con esfuerzo, pero todo comenzó a dar vueltas y estuve a punto de caerme al suelo. Por suerte, Aleph se movió rápido y me sujetó. Sus ojos parecían gritarme «te lo he dicho».

—No podemos perder más tiempo aquí —insistí, aún agarrada de su brazo. Las manos me temblaban y se me cerraban los ojos, pero no podía detenerme a descansar cuando mi familia estaba sufriendo.

—Solo hasta que estés un poco mejor —me pidió él.

Apreté los dientes, mostrándole en silencio mi descontento, pero él no cedió. Tuve que recordarme a mí misma que lo estaba haciendo para protegerme, que estaba obligado a asegurarse de que me recuperaba, que no era una estrategia para retrasar aún más nuestra llegada a la Alhambra.

Di un paso hacia delante para apartarme de Aleph, pero las piernas me fallaron y él volvió a convertirse en mi sostén.

—Carmen —me llamó, preocupado.

Intenté responderle, pero no tenía fuerzas suficientes para hacerlo. Nunca me había encontrado tan cansada, tan débil. Todo se movía a mi alrededor. Por más que lo intentaba, los ojos se me cerraban solos. La fuerza se me escapaba de entre los dedos como si se hubiera convertido en humo y, aunque las manos de Aleph eran puro verano, el invierno me tenía entre sus garras.

—Eh —insistió él, moviéndome el cuerpo con delicadeza.

Comencé a temblar y, por alguna razón, reconocí las voces de mis padres dentro de mi cabeza: «¿escuchas cómo cantan las estrellas, Carmen? Están tristes porque ya no las podemos ver».

—Sí —susurré—. Las… escucho.

Aleph me ayudó a tumbarme en el suelo junto a las brasas de la noche anterior, y después me apartó el pelo de la cara. Veía pequeños puntos de luz en el gris del cielo, que hacía de techo en aquella iglesia abandonada.

—Voy a dejarte sola un momento —me dijo Aleph muy serio—. Vuelvo enseguida.

Se marchó y, aunque sentí que estuvo fuera durante horas, podrían haber sido solo unos minutos. Había perdido la noción del tiempo y ni siquiera me sentía con la energía suficiente como para darme la vuelta, así que me quedé boca arriba. Los ojos se me cerraban y, como si estuviera huyendo de la mismísima muerte, me esforzaba por mantenerlos abiertos. Hacía frío, mucho frío; no dejaba de temblar. ¿Cuántos días hacía que no dormía en una cama? ¿Cuántos que no comía algo caliente? No lo sabía. No era capaz de acordarme.

Aleph volvió seguido por Pan cuando casi sentía el hielo dentro de las venas. Mi respiración se había ralentizado tanto que cada inspiración se eternizaba. Había una mano invisible y congelada acariciándome la nuca,

esperando el momento perfecto para darme el golpe de gracia, y no podía luchar contra ella.

—¿Cómo estás? —me preguntó Aleph, preocupado. Traía las dos mantas de lana que llevábamos en las alforjas de los caballos. Una me la echó por encima, la otra la dobló con delicadeza y me la colocó debajo de la cabeza a modo de almohada—. ¿Tienes frío?

Asentí y Pan se acercó a lamerme la cara, pero apenas lo noté. Escuchaba la voz de mi madre en la cabeza, la de Óliver, la de Dancaire. Mis primas. Veía cientos de manos manchadas de sangre. Unos copos de nieve invisibles se pegaban a mi piel, derritiéndose sobre ella, congelándome el alma. No tenía fuerzas para hablar.

—Carmen —musitó Aleph—, escúchame. Voy a hacer una cosa y no vas a negarte.

Guardé silencio y, sin dejar de tiritar, lo miré. En el rojo de sus ojos había una inquietud sincera, un dolor inexplicable que me ablandó el corazón.

—Voy a tumbarme a tu lado —me explicó—. Voy a darte calor.

¿Tumbarse a mi lado? No, desde luego que no. Para él quizá no significara nada, pero yo no quería tener su cuerpo tan cerca sabiendo que, a la vez, estaba tan lejos. Sabía lo que Aleph me provocaba y no quería romper el último muro que había entre nosotros; el de la intimidad.

—No —le respondí.

—Has dicho que no ibas a negarte.

—No es… verdad —balbuceé. Me castañeaban tanto los dientes que mi defensa sonó ridícula.

—Tienes que entrar en calor, ¿vale? Hasta que no lo hagas no podemos seguir con el viaje. No puedo dejar que te pase nada.

—No —repetí.

El demonio me miró durante unos segundos, quizá dudando entre hacer lo correcto o lo que yo le pedía, pero finalmente se decantó por la primera opción. Tenía que protegerme, así que no le quedó más remedio que ignorar mi mirada asesina y, metiéndose debajo de la manta, tumbarse a mi lado.

Aunque no llegó a tocarme, tener su cuerpo tan cerca del mío me provocó una oleada de calor en las entrañas. Casi podía sentir su respiración

sobre la piel, su olor envolviéndome como si estuviera acunándome entre los brazos para cantarme una nana. Olía a jazmines, las flores blancas que me salían de las manos cuando estaba triste, pero también a cuero y a peligro, a miel y a fuego.

—Te voy a… matar —lo amenacé, girando la cabeza para mirarlo.

—Bien —me respondió él—. Eso significa que te encuentras mejor.

Su belleza era sobrecogedora. Tenía los rasgos demasiado perfectos, como si el Creador hubiera dedicado horas a cincelar cada uno de los detalles de su rostro. Tuve que recordarme que era un demonio, el mismísimo amante de Luzbel, para contener mis ganas de acariciarlo.

—Aleph —susurré, sin dejar de mirarlo—. ¿Qué me pasa?

Él apretó los labios en un gesto de preocupación.

—Creo —me respondió finalmente— que salvar dos vidas y explotar en el olivar en un periodo de tiempo tan corto te ha dejado exhausta. Tu propio poder te está consumiendo. Anoche derribaste las últimas barreras que han estado conteniéndolo durante los últimos años. Encontraste la clave para liberarlo, y puede que tu cuerpo no haya sido capaz de soportarlo.

¿Mi propio poder me estaba consumiendo? Eso sí que no me lo esperaba.

Intenté llamar a mi gracia, pero lo único que conseguí fue marearme de nuevo. Había perdido el conocimiento al curar a Aleph, me había sentido débil tras explotar en el olivar, pero lo que había hecho con el ciervo, dejando que el amor que sentía dentro me explotara en el pecho, era lo que había terminado con mis reservas de energía. Ya no había nada que domara aquella oleada de luz celestial, aquel calor dorado. Al darme cuenta de ello sentí un vértigo inexplicable.

—Me gusta tu lunar —susurró Aleph de repente, desviando la mirada hasta la pequeña mancha de color marrón que tenía debajo del ojo derecho.

Como todo lo que me decía solía molestarme, tardé un segundo en darme cuenta de que acababa de soltar un cumplido. No era la primera vez que admiraba mi lunar, aunque en esta ocasión lo hacía sin estar muriéndose. Si mi sangre no hubiera estado congelada, se habría arremolinado en mis mejillas hasta hacerme sonrojar.

—¿Por qué? —le pregunté.

Él se encogió de hombros y, a regañadientes, dejó de mirarme el lunar para volver a mis ojos. Casi podía verme reflejada en sus iris del color de la sangre.

—Porque cuando estás rodeado de perfección, lo imperfecto te resulta bello.

Por un segundo me olvidé del frío, de los temblores, del dolor. Por un segundo, todo mi mundo giró en torno a una palabra: bello. Lo había dicho mirándome a los ojos, refiriéndose a mí, y, al darme cuenta, comencé a sentir de nuevo los latidos del corazón en el pecho.

Me había prometido no caer en su juego, no dejar nunca que sus melosas palabras tuvieran algún efecto en mí. Pero, al borde de la muerte, decidí creer. Todo era mucho más hermoso si me convencía de que un demonio como Aleph, de alguna forma, se sentía atraído por mí.

—¿Soy imperfecta? —le pregunté. Gracias al calor de su cuerpo, mis fuerzas para hablar estaban regresando.

—Desde luego —afirmó él—. Aunque tu alma no es como ninguna otra que haya visto antes.

¿Mi alma? ¿Y eso qué significaba? Para mí las almas eran un concepto abstracto, pero él hablaba de ellas como algo palpable, algo que de verdad existía, lo que me resultaba extraño y a la vez fascinante. Él, su forma de ver el mundo, me resultaban fascinantes.

—¿Los demonios podéis… podéis ver las almas?

—Supongo que es lo que nos queda de cuando éramos ángeles —me respondió, entornando los ojos—. Percibimos su esencia, su luz, su color. Es como si llevarais una capa invisible sobre los hombros y solo nosotros pudiéramos apreciarla. Algunas capas son más bonitas que otras, más elaboradas y complejas, y gracias a ellas sabemos muchas cosas de vosotros.

¿Sería verdad? ¿Los demonios podían saber cosas sobre nosotros con solo mirarnos? Quizá por eso Tzadi había descubierto en la taberna que Candela estaba embarazada o que la muerte de mis padres era una herida aún abierta en mi corazón. Quizá por eso Aleph había percibido lo intenso que era el odio en mi interior.

—¿Y cómo es mi alma? —musité, sin poder contener la curiosidad.

—Parece que está hecha de estrellas —susurró él.

Estrellas. Mi alma parecía hecha de estrellas. Por culpa de los demonios jamás había podido verlas en el cielo, pero por las historias que contaban sabía que habían sido brillantes, fuertes… hermosas. ¿Qué tenía eso que ver conmigo? ¿Acaso era así como me veía Aleph?

Una chispa de ilusión me iluminó el pecho, pero la apagué de golpe.

—Y, aun así —dije en un tono punzante que me servía como escudo—, mi alma acabará en el Infierno como todas las demás.

Los ojos de Aleph emitieron un destello y me pregunté si, en el fondo, se sentiría culpable. Mis padres, David y Félix, Óliver; todos estábamos condenados a pasar la eternidad entre tormentos por culpa de una guerra en la que no habíamos tenido nada que ver. A menos que le entregaras un primogénito a Luzbel y te aseguraras un lugar de honor en el Infierno, no existía nada parecido a la salvación.

—¿Cómo es? —le pregunté, nerviosa por su silencio—. El Infierno.

Aleph guardó silencio, como si no quisiera hablarme de ello, pero terminó cediendo. Sabía que, al igual que había hecho yo con él en aquella fortaleza que ahora parecía tan lejana, la única forma de atarme a la vida era usando las palabras.

—Terrible —confesó—. Allí hay mucho, mucho dolor.

No quise saber más. Lo último en lo que me apetecía pensar era en torturas eternas, en sangre y sufrimiento, en lo horrible que era el lugar en el que estaban las almas de todos mis seres queridos. Podía salvar a mis primas del Alcázar, pero no a mis padres del Infierno. Y eso me destrozaba.

—¿Y el Cielo?

—Está lleno de luz. —La intensidad con la que me miraba me pellizcó en el estómago—. Supongo que por eso tu alma brilla tanto, porque una parte de ti pertenece al Cielo.

¿Una parte de mí pertenecía al Cielo? Nunca me lo había planteado. Nunca me había visto a mí misma como a una especie de ángel. Aleph, al parecer, sí.

—Y la Tierra —murmuré, hipnotizada por la conversación—, ¿está en medio de los dos?

Aleph asintió y, sin apartar los ojos de los míos, dijo:

—La Tierra es lo que hay entre tu Cielo y mi Infierno; por eso tiene vuestra luz, pero también nuestro dolor.

Pensé que lo que había entre mi Cielo y su Infierno era una forma preciosa de describir el lugar en el que habíamos coincidido, el lugar en el que el destino había hecho que nos encontráramos, el lugar en el que estábamos aprendiendo a confiar el uno en el otro. La Tierra, con su luz y su dolor, también podía ser fascinante.

—¿Y por qué no estáis allí? —quise saber. Con cada pregunta, notaba los latidos de mi corazón más fuertes, más cálidos—. ¿Por qué no estáis en el Cielo, si ahora es vuestro?

Aleph apretó los labios y dejó que, durante un rato, el silencio bailara entre nosotros. No entendía por qué Luzbel había instalado la Corte en la Tierra, un lugar devastado por la explosión con la que terminó la guerra, pudiendo volver a su hogar.

—Porque no podemos entrar —me contestó, con tristeza—. Una de las condiciones de nuestra expulsión fue que mientras un solo ángel viva, ninguno de nosotros podrá volver al Cielo.

Al principio no lo entendí, ya que todos los ángeles estaban muertos, pero la mirada de Aleph me dio la respuesta. Estaba hablando de nosotros. Joaquín, Triana, Candela, Frasquita y yo éramos la razón por la que Luzbel y sus demonios no podían volver al Cielo. Por eso nos buscaba, por eso corríamos peligro. Por eso, a pesar de todo, Aleph y yo estábamos destinados a enfrentarnos; porque la vida de mi familia era el precio que la suya tenía que pagar por volver a casa.

—Así que, a pesar de haber ganado la guerra, estáis condenados a vivir en la Tierra —apunté, ahorrándome añadir un «por ahora».

Aleph asintió y yo me tumbé de lado, incómoda. Al hacerlo, sin embargo, algo se me clavó en el abdomen; la kinjara. Aún la tenía envainada en el fajín y parecía expectante, sedienta de sangre, echando de menos a su hermana. Se la había entregado a Frasquita en la fiesta, así que debía de estar en manos de Luzbel. ¿Qué habría hecho con ella? Quizá, como era un arma de los ángeles, la había destruido. Quizá ya nunca podría recuperarla.

La desenvainé para que no me molestara y, cuando mis dedos aferraron su empuñadura sentí una descarga de energía. Fue como si un rayo me estallara dentro de la mano y, llenándome el cuerpo de calor, me recorriera las venas con la fuerza de una tormenta. Contuve el aliento y abrí mucho los ojos.

—¿Estás bien? —me preguntó Aleph, incorporándose.

—Sí —le respondí, extrañada—. Estoy… mejor.

Miré la daga durante unos segundos, el brillo de su filo de oro, y después lo miré a él. ¿Qué acababa de pasar? Siempre había tenido una extraña conexión con mis dagas, como si tenerlas me llenara de fuerza, pero nunca la había notado con tanta intensidad.

—Ya no estás tan pálida.

—Porque ya no tengo frío —me excusé.

¿Cómo era posible que, de repente, me encontrara bien? Aún me notaba cansada, débil, pero el invierno de mi cuerpo había sido sustituido por una entusiasta primavera. Ya no temblaba, e incluso sentía un hormigueo en la punta de los dedos. ¿Podía la kinjara haberme… curado? ¿Y si al estar hecha de caelestum, un material que me conectaba directamente con los ángeles, me había entregado la energía que me faltaba?

Volví a tumbarme, con el pulso desbocado, pero no solté la daga. ¿Se habría dado cuenta Aleph de lo que acababa de pasar? Si lo había hecho, lo disimulaba muy bien; en sus ojos no había sospecha, solo una extraña alegría por mi súbita recuperación. Aunque quería hablarlo con él, conocer su opinión, algo dentro de mí me decía que me lo guardara para mí misma. ¿Y si las kinjaras, de alguna forma, me hacían más fuerte? Aleph no dejaba de ser un demonio, el amante de Luzbel, y contárselo habría sido regalarle una información muy valiosa. Por mucho que hubiéramos firmado una especie de pacto, yo era una de las razones por las que no podía volver al Cielo. Cuando tuviera que matarme, lo haría sin dudarlo.

—Aunque estés mejor, no voy a irme —me respondió él—. Me quedaré contigo hasta que te recuperes del todo.

Asentí, apretando la kinjara contra el pecho, y él esbozó algo parecido a una sonrisa. La mentira me dejó un regusto amargo en los labios.

Lo primero que noté cuando me desperté, unas horas después, fue un brazo rodeándome la cintura. Parpadeé un par de veces intentando ubicarme, y entonces me di cuenta de lo que pasaba; Aleph me estaba abrazando. Podía notar su respiración lenta y acompasada en la oreja, todas y cada una de las partes duras de su cuerpo apretadas contra el mío. Por unos instantes me quedé quieta, en silencio, disfrutando del incendio que había estallado en mi estómago. Encajada con él me sentía cómoda, peligrosamente cómoda, y la única razón por la que deseaba moverme era para darme la vuelta y besarlo, para arrancarle la ropa y dejarme llevar.

Por supuesto, no fue eso lo que hice.

Me incorporé, obligándolo a soltarme, y él emitió un leve gruñido que supuse que significaba «¿qué haces?». Eso mismo me estaba preguntando yo, en realidad. ¿Qué estaba haciendo? Tenía el olor de Aleph metido en la nariz, y lo peor de todo era que mi cuerpo me estaba gritando que volviera a tumbarme, me estaba *suplicando* que volviera a su lado. Debía de continuar enferma, porque no podía explicar lo que sentía hacia él.

—Carmen —murmuró Aleph muy tranquilo tras abrir los ojos—. ¿Cómo estás?

Aún tenía la kinjara entre los dedos. La apreté con fuerza, pero solo sentí como los grabados de la empuñadura se me clavaban en la palma de la mano. No entendía nada.

—Mejor —respondí—. Me encuentro mejor.

—¿De verdad?

Se incorporó y se sentó a mi lado. Cuando me miró, asentí. Me notaba cansada, algo débil, pero no tenía frío. La vida me palpitaba con fuerza debajo de la piel y hasta volvía a tener hambre.

—Sí —le dije, poniéndome en pie—. Podemos odiarnos de nuevo.

Aleph sonrió y se levantó también. Aquel era nuestro sexto día de viaje y no le había salido ni un solo pelo en la cara, ni un atisbo de ojeras bajo los ojos. Nunca olía mal, nunca, y dudaba que incluso pudiera sudar. ¿Por qué tenía que ser tan insoportablemente perfecto?

—Entonces tendré que fingir que no has dormido entre mis brazos —replicó.

Entre sus brazos. Había dormido entre sus brazos. Qué vergüenza. Yo nunca dormía entre los brazos de nadie, jamás, y mucho menos de los de un demonio. Esperaba que no le diera por usar eso contra mí o no me haría responsable de mis actos.

—Creo que estás confundiendo la realidad con tus fantasías —me defendí.

—Te aseguro que no —repuso él, esforzándose por ocultar una estúpida sonrisa—. En mis fantasías no nos limitamos a dormir.

Solté un gruñido y, tras poner los ojos en blanco, abandoné la iglesia a grandes zancadas. Él, sin dejar de sonreír, me siguió. ¿Por qué se empeñaba en burlarse de mí?

En el exterior nos recibieron los alegres cánticos de los pájaros que danzaban en los árboles. Caminamos hasta el río para recoger a los caballos y Pan aprovechó para beber agua.

—¿Puedes montar? —me preguntó el demonio.

—Aleph, que estoy bien —insistí.

Justo en ese momento, lo escuchamos. El crujido de una rama. Un movimiento casi imperceptible entre los árboles. Alguien acechándonos. Pan levantó las orejas y yo giré sobre los talones. ¿Y si Tzadi había vuelto a por nosotros? ¿Y si era cualquier otro matador y, esta vez, no podíamos escapar?

Un hombre salió de entre la maleza sosteniendo un arco, y enseguida lo siguieron tres más. Dos mujeres saltaron desde las copas de los árboles, asustando a los caballos, y nos apuntaron con sus flechas. Las capas de lana que llevaban sobre la ropa estaban desgastadas, pero todos emanaban la seguridad propia de los ladrones, el orgullo de aquellos acostumbrados a vivir ajenos a las normas. Parecían bandoleros, pero… ¿qué clase de bandoleros iban armados con arcos y flechas? ¿Dónde estaban sus machetes y trabucos?

—Atrévete a moverte, hijo de puta, y esta noche cenaremos carne de demonio —le dijo a Aleph el que encabezaba la banda. Su pelo era muy negro, con unas gruesas patillas a ambos lados del rostro y unos ojos tan oscuros que parecían dos pozos sin fondo. A la espalda, sujeto al pecho con una gruesa cinta de cuero, llevaba un carcaj lleno de flechas.

—Suelta a la chica y no te haremos nada —añadió una de las mujeres, apuntándole al torso. Era muy joven, casi de mi edad, con el pelo rojo y los ojos de cobre.

Aleph miró fijamente al líder de la banda, y pude sentir como se tensaba el ambiente. Aquello no me gustaba, no me gustaba nada. Nadie en su sano juicio se habría enfrentado así a un demonio, aunque fuera un simple soldado, y eso solo podía significar una cosa; que aquellos bandoleros sabían que, de alguna forma, podían hacerle daño. Pan, como si también hubiera llegado a esa conclusión, enseñó los dientes y comenzó a gruñir.

—Creo que no sabéis con quién estáis hablando —les advirtió Aleph.

El de las patillas entornó los ojos y, sin dejar de apuntarle, replicó:

—Tu rey mandará en las ciudades, pero en la sierra mando yo. ¿Sabes por qué me llaman «el Tuerto»?

Tanto Aleph como yo fruncimos ligeramente el ceño, preguntándonos quién le pondría un mote así a alguien que tenía los dos ojos perfectos, y en el rostro del bandolero se dibujó una sonrisa engreída.

—Porque fui yo quien dejó tuerto a Yud, el señor del Infierno —nos explicó—. El parche que le tapa el ojo derecho es un recordatorio constante de lo que le hice.

Aleph alzó una ceja y contuvo las ganas de burlarse de él, pero yo me puse algo nerviosa. Sabía que no era verdad, que aquel bandolero no podía haberse enfrentado al Escamillo y salir con vida, aunque algo en la seguridad con la que lo dijo me hizo sospechar. ¿Y si aquellos bandoleros no eran solo un grupo de ladrones?

—No creo que Yud perdiera el ojo por eso —replicó Aleph—. Si lo tuvieras delante, no tendrías tiempo ni de abrir la boca antes de que te matara.

El Tuerto lo fulminó con la mirada, pero después sonrió. Sus ojos bajaron hasta la flecha que tenía en el arco, y después volvieron hasta mí. Solo entonces, cuando la observé con atención, me di cuenta de que no era una flecha normal; era tan dorada como el filo de mis kinjaras.

—Son flechas de caelestum —nos explicó el Tuerto—. Si yo fuera tú, demonio, dejaría de hacerme el valiente.

Flechas de caelestum. ¡De caelestum! Aleph se quedó muy quieto y, al instante, borró la sonrisa del rostro. Las amenazas de aquellos bandoleros dejaron de ser una broma para él y, por lo tanto, también para mí. ¿De dónde las habían sacado? ¿Cómo era posible que sus flechas fueran del mismo material que las armas de los ángeles?

—¿Qué es lo que queréis? —les pregunté algo tensa—. No tenemos nada de valor.

El Tuerto me observó durante unos segundos, algo confuso, y después arrugó la nariz.

—No somos ladrones, muchacha, somos justicieros. Vamos a matar a ese demonio y, si no te apartas, te llevaremos a ti por delante.

—Atrévete a tocarla —le advirtió Aleph, dejando que en cada palabra se hiciera palpable el peligro de su amenaza—, y te juro que te dejo tuerto de verdad.

Los bandoleros tensaron aún más la cuerda de sus arcos, y yo miré al demonio con sorpresa. Tuve que recordarme a mí misma que solo me estaba defendiendo porque la orden de Joaquín lo obligaba, que era absurdo pensar que, de alguna forma, se preocupaba por mí.

—Escuchad —les pedí a los bandoleros, dando un paso al frente para colocarme delante de Aleph—. Si atacáis a este demonio, me veré obligada a protegerlo. Él es el único que me puede llevar al lugar al que me dirijo y no puedo perderlo. Digamos que es una especie de… socio.

—¿Socio? —me preguntó una de las mujeres, mucho más alta y fuerte que la pelirroja—. ¡Es un maldito demonio, niña!

El corazón empezó a latirme muy deprisa. La ansiedad me atenazaba el pecho al pensar que sin Aleph jamás llegaría hasta la Alhambra, pero también porque había algo más. En los últimos días, aunque odiaba reconocerlo, aquel estúpido demonio había empezado a importarme. No quería que le pasara nada.

—Apártate —me pidió uno de los bandoleros, de piel morena, preparado ya para disparar.

—Lo siento, pero no —repliqué. Si querían luchar, lucharía.

Apreté la mandíbula con fuerza y, con el estómago encogido de pura rabia, me saqué la kinjara del fajín. El filo dorado brilló frente al Tuerto,

como si reconociera el caelestum de sus flechas, y yo sentí la familiar descarga de energía recorriéndome el brazo, alimentando mi poder.

—¿De dónde has sacado eso? —me preguntó el Tuerto, atónito, observando la kinjara con atención.

«Las encontró tu padre —me había dicho Dancaire—. En Córdoba».

—¿Por qué quieres saberlo?

Los ojos del Tuerto se clavaron en los míos como si buscaran algo, como si me reconocieran, y cuando abrió la boca de nuevo, el corazón me dio un vuelco.

—¿Conoces a Dancaire?

Al escuchar el nombre de mi mentor, el pecho se me rompió en pedazos. ¿Seguiría encerrado en aquella celda de mala muerte? ¿Le habría hecho algo Luzbel? Miré al bandolero, muy seria, y le pregunté:

—¿Lo conoces tú?

El Tuerto bajó el arco sin dejar de mirarme, y de repente sentí que nos estábamos reencontrando a pesar de no habernos visto nunca; que había un hilo invisible que de alguna forma nos conectaba. De repente, y por alguna razón que no llegué a comprender del todo, entre aquel bandolero desaliñado y yo explotó una chispa de entendimiento.

—Claro que lo conozco —me respondió—. Es mi hermano.

Tardé varios segundos en comprender qué era lo que me estaba diciendo. ¿Hermano? ¿De Dancaire? Analicé su rostro con atención, sin saber qué decir, hasta darme cuenta de que ambos tenían los mismos ojos marrones, la misma nariz ganchuda, el mismo halo de misterio a su alrededor. Dancaire nunca nos había contado nada de su vida anterior, y me sorprendió descubrir que tenía una familia. *Otra* familia.

—No sabía que Dancaire tenía un hermano —confesé, apretando la empuñadura de la daga.

—Eres Carmen, ¿verdad? —me preguntó él—. Madre mía, no sé cómo no me he dado cuenta antes. Te pareces muchísimo a tu padre.

—¿Conociste a mi padre?

—Claro que lo conocí. Fuimos muy amigos hasta que… bueno, hasta que ocurrió.

Mi padre. ¡Ese hombre había conocido a mi padre! Aunque no bajé la daga, la tensión que había sentido hasta ese momento empezó a disminuir, dando paso a una cálida sensación de familiaridad.

—¿Dónde está mi hermano? —me preguntó el Tuerto—. ¿Y por qué estás aquí? ¿Ha pasado algo?

Sospechaba que lo que de verdad quería saber era que por qué estaba acompañada de un demonio, tan lejos de Sevilla, pero ni siquiera sabía por dónde empezar a explicárselo. No sabía qué podía contarle y qué no.

—Es una historia muy larga —le dije finalmente.

—¿Por qué no vienes con nosotros y hablamos con más calma? —me ofreció él.

La perspectiva de que aquel hombre me hablara de mis padres hizo que, sin pensarlo dos veces, asintiera. Después, al recordar que no estaba sola, miré a Aleph. No parecía muy emocionado, pero yo no pensaba desaprovechar aquella oportunidad. No podía rechazar la invitación del Tuerto, y él lo sabía.

—Solo un rato —me dijo en voz baja.

—Solo un rato —acepté yo.

El Tuerto me ofreció una mano, cerrando así aquella inesperada alianza, y yo la acepté. Sus ojos negros brillaron de una forma extraña cuando me la estrechó.

—¿Confías en él? —me preguntó, señalando a Aleph con la cabeza.

¿Cómo podía explicarle que sí, que de alguna forma confiaba en él? ¿Cómo podía decirle a un grupo de personas que luchaban contra demonios que ese, aunque solo fuera por la orden de Joaquín, no era una amenaza?

—Sí —le respondí, siéndole sincera—. Confío en él.

—Está bien —me respondió el hombre—. Pues bienvenida a nuestra pequeña familia, Carmen. Bienvenida a la banda de los Guardianes.

18

Carmen

Dancaire me había contado que los Guardianes eran un grupo de devotos que, hacía veinte años, habían intentado descubrir la razón por la que algunos niños habían recibido gracias de los ángeles tras la Caída del Cielo. Mis padres, los de Candela, los de Frasquita y los de David y Félix, al igual que él, lo habían sido. Sin embargo, Dancaire también me había dicho que estaban todos muertos, y aquellos bandoleros parecían muy vivos.

El fuego de la hoguera que habíamos encendido se reflejaba en nuestros ojos y creaba sombras danzantes en las paredes de la cueva en la que estábamos refugiados. Como acabábamos de comer, notaba mis fuerzas renovadas. También habíamos bebido vino y me sentía adormecida, casi hipnotizada, como si todos mis filtros estuvieran desvaneciéndose. Aun así, estaba tensa. Tenía entre las manos una de las flechas de caelestum con la que los bandoleros nos habían amenazado en el bosque y, cuando pasaba los dedos por encima, sentía el poder crepitando dentro de ella, llamándome, dándome fuerza. Parecía hecha por los más hábiles artesanos, con la punta afilada y unas suaves plumas blancas en la parte de atrás. En el astil dorado había una frase grabada: *Et verbum caro factum est*. «Y el verbo se hizo carne».

—Son las flechas del arcángel Gabriel —me explicó el Tuerto—. Uno de los señores del Cielo.

¿El arcángel Gabriel? Fruncí el ceño, extrañada, y levanté la cabeza para mirar al bandolero. Estaba sentado a mi lado, observándome con atención,

la botella de vino en la mano. Cuando me la volvió a ofrecer, negué con la cabeza. Si seguía bebiendo, dejaría de controlar mis palabras.

—¿Y por qué las tenéis vosotros? —pregunté.

Ya había anochecido y en el exterior de la cueva Aleph acariciaba a los caballos mientras Pan los miraba con envidia. Le había pedido al demonio que no estuviera presente en aquella conversación, y él había obedecido. Necesitaba que los Guardianes me dieran respuestas, y no parecían dispuestos a hacerlo con él delante. No podía culparlos. Entender lo que había entre Aleph y yo era, cuanto menos, complicado.

—Tras la Caída del Cielo —me respondió el Tuerto— encontramos en Córdoba las armas de los tres arcángeles más poderosos: las flechas de Gabriel, las kinjaras de Rafael y la espada de Miguel.

Las kinjaras de Rafael. ¡De Rafael! ¿Me estaban diciendo que mis dagas le habían pertenecido a un arcángel? Dancaire me había contado que estaban hechas del mismo material que las armas de los ejércitos de Miguel, pero había obviado el detalle más importante. De repente me sentí muy pequeña, casi indigna. ¿Tenía derecho a empuñarlas siquiera?

—¿Y por qué estaban en Córdoba? —quise saber.

Todos los bandoleros guardaron silencio y, como si ninguno se atreviera a responder, miraron al Tuerto. Este le pasó la botella a Averroes, el anciano que no dejaba de juguetear con un puñal, y después clavó sus ojos en los míos.

Parecía que era Dancaire quien me miraba, y eso me hizo sentir una punzada de nostalgia. La última conversación que habíamos tenido antes de que lo encerraran había sido una discusión, y ahora que sabía lo poderosa que me hacía el amor, no sabía si tendría alguna oportunidad de pedirle perdón. Él siempre había sido bueno conmigo, y yo, como a todos los demás, no había sabido tratarlo como se merecía.

—Supongo que las armas de los arcángeles estaban en Córdoba porque la mayoría de vosotros estabais aquí —me respondió el Tuerto, bajando la voz—. Los niños con gracias.

—¿Qué tenemos que ver nosotros con las armas de los arcángeles?

El Tuerto se encogió de hombros y me dijo:

—Puede que los señores del Cielo quisieran que las tuvierais vosotros. Quizá lo decidieron antes de morir, justo cuando os entregaron las gracias.

—¿Creéis que nuestras gracias tienen alguna especie de conexión con las armas de los arcángeles? —insistí, recordando lo que me había pasado en la iglesia abandonada—. A veces, cuando toco la kinjara, siento una especie de descarga, como si me llenara de fuerza.

—Tiene sentido —contestó él—. Estas armas están creadas por los ángeles y puede que, de alguna forma, alimenten tu poder.

Alimentar mi poder. Si eso era verdad, con aquellas armas sería mucho más fuerte, tanto que incluso podría enfrentarme a los señores del Infierno. Con las armas de los arcángeles, mi poder no volvería a consumirme. Podría matar a Yud. Solo de pensarlo, empecé a temblar con una emoción anticipada.

—¿Lo sabe el demonio? —me preguntó el Tuerto, poniéndose muy serio de repente—. ¿Le has contado que crees que el caelestum alimenta tu poder?

Negué con la cabeza y el bandolero asintió, satisfecho con mi respuesta.

—No se lo digas —me pidió—. Sé que confías en él, pero es mejor que no sepa lo poderosa que puedes llegar a ser.

Uno de los caballos relinchó, en el exterior, y desde lejos observé cómo Aleph se apresuraba a calmarlo con caricias. Habíamos conseguido tolerarnos el uno al otro, pero ¿qué pasaría cuando llegásemos a Granada y se acabara la orden de Joaquín? Aunque cabía la posibilidad de que se marchara sin más y me dejara encontrar el tesoro de la Alhambra, estábamos destinados a enfrentarnos. Yo era uno de los obstáculos que le impedían volver al Cielo, y nuestra tregua no podía durar para siempre.

Pensar en eso me entristeció.

—Además de las kinjaras y las flechas —les dije, volviendo a centrarme en la conversación—, habéis mencionado una espada. ¿Dónde está?

—La tiene la Iglesia de los Renegados —me explicó Micaela, la chica pelirroja—. La custodian en la catedral de Córdoba, como un trofeo, y no podemos hacernos con ella.

—¿Por qué?

Los bandoleros volvieron a mirar al Tuerto, y él apretó los labios. Guardó silencio durante un par de segundos, y después suspiró.

—La espada de Miguel es la más poderosa de las armas de caelestum —me respondió finalmente—, pero solo la puede empuñar un ángel o, en todo caso, un demonio. Nosotros no podemos cogerla.

Los cinco Guardianes clavaron los ojos en mí y, de golpe, lo entendí; al no existir ya los ángeles, los únicos que podíamos empuñar la espada de Miguel éramos aquellos que teníamos sus gracias. Los demonios, al ser ángeles caídos, también podían hacerlo, pero ellos no iban a usarla para acabar con su rey. Nosotros, en cambio, sí. Estábamos destinados a ello. ¿Era esa la razón por la que nos había estado entrenando Dancaire? ¿Para eso nos había estado preparando?

—¿Qué hay en la Alhambra, entonces? —pregunté, algo confusa—. Si Luzbel sabe que la espada de Miguel puede matarlo, ¿por qué proteger Granada y no Córdoba?

—No lo sabemos —confesó el Tuerto—. Suponemos que el tesoro de la Alhambra es algo mucho más poderoso que las armas de los arcángeles, pero por esa misma razón también está mejor protegido.

No se me ocurría nada más poderoso que las armas de caelestum, nada que los demonios hubieran podido ocultar en el palacio maldito y cuya existencia solo conocieran el rey y los matadores. No sabía qué era lo que Dancaire quería que encontráramos, pero cada vez me parecía más difícil conseguirlo.

—Es allí a donde te diriges, ¿verdad? —me preguntó el Tuerto—. A la Alhambra.

Que los Guardianes supieran cuáles eran mis planes hizo que me pusiera algo tensa. Al ver que no le respondía, el hombre suspiró con cansancio y continuó hablando:

—No sé cómo habrás conseguido que un demonio te acompañe hasta la taifa de Granada, pero lo que estás haciendo es muy peligroso. Deberías deshacerte de él y quedarte aquí, con nosotros. Te acompañaremos a la Alhambra, te ayudaremos a entrar. Los Guardianes también somos tu familia.

¿Mi familia? Por primera vez desde que nos habíamos encontrado me pregunté si los Guardianes tendrían razón, si no sería mejor unirme a su banda, como habían hecho Dancaire y mis padres. Juntos podíamos conseguir la espada de Miguel, yo misma la empuñaría y, convertidos en soldados del Cielo, rescataríamos a mi familia.

—No solo somos nosotros cinco —continuó el hombre—, hay muchos otros que se han ido uniendo a la banda a lo largo de los años, gente dispuesta a luchar contra los demonios. Podemos ser vuestro ejército, Carmen, el ejército de los ángeles.

Luchar contra los demonios. ¿No era eso con lo que siempre había soñado? ¿No era eso lo único que necesitaba no solo para rescatar a mi familia, sino también para acabar con la tiranía de Luzbel? ¿Qué era lo que me frenaba?

«Aleph —susurró una estúpida voz en mi cabeza—. Te frena que no quieres separarte de Aleph».

—Dancaire me dijo que estabais muertos —solté, intentando esconder la pena que se me clavaba por dentro cuando recordaba a mi mentor—. Lo encarcelaron los demonios y ahora mismo ni siquiera sé si está vivo. No me ha hablado de vosotros ni una sola vez en diez años. ¿Por qué tendría que fiarme?

—Dancaire creía que estábamos muertos —me respondió el Tuerto. Al conocer el destino de su hermano, sus ojos se habían empañado de una tristeza que conocía muy bien, una tristeza que compartíamos—. Cuando David y Félix se colaron en la Alhambra hace diez años, todo se precipitó. Los demonios entraron en Córdoba y fueron casa por casa buscando niños con gracias, castigando a todos aquellos que de una forma u otra habían blasfemado contra la fe de Luzbel. Por eso, lo primero que hicimos fue sacaros de la ciudad. Dancaire se encargó de ello mientras los demás le cubríamos las espaldas.

Recordaba perfectamente el día en el que los demonios llegaron a Córdoba, el día en el que Yud apareció en mi casa y se llevó a mis padres. ¿Quién nos habría delatado? La garganta se me llenó de unas afiladas espinas que me la desgarraron por dentro al recordar sus gritos. Ni siquiera había podido despedirme de ellos.

—¿Y por qué no le dijisteis a Dancaire que habíais sobrevivido? —le pregunté al Tuerto, con un hilo de voz—. ¿Por qué no os pusisteis en contacto con él? Estuvo diez años solo, cuidando de cinco niños huérfanos, pensando que todas aquellas personas que le importaban estaban muertas.

El hombre bajó la vista, como si estuviera buscando las palabras exactas, y cuando volvió a mirarme me di cuenta de algo; no se arrepentía. Las razones que lo habían llevado a actuar de la forma en la que lo había hecho debían de ser mucho más poderosas que el amor hacia su hermano.

—Para no poneros en peligro —me respondió—. Luzbel instaló la Corte aquí, en Córdoba, y los Guardianes que sobrevivimos tuvimos que refugiarnos en la sierra. Nos habían acusado de devotos y los dragones nos buscaban, no podíamos arriesgarnos a que Luzbel llegara hasta vosotros. Teníamos que romper todos los lazos con Dancaire porque, si no teníamos información, no podríamos dársela a los demonios en caso de tortura. Lo mejor que podíamos hacer era fingir que estabais muertos y, a la vez, hacerle creer a mi hermano que éramos nosotros quienes lo estábamos.

Así que esa era la razón por la que Dancaire nos había enviado directos a la Alhambra, porque no sabía que encontraríamos a los Guardianes en Córdoba. No sabía que no estábamos solos.

—¿Y no hicisteis nada? —solté, incapaz de entenderlo—. ¿Por qué os quedasteis escondidos sin más?

—Para protegeros, Carmen. Si los demonios no nos localizaban, tampoco os encontrarían a vosotros. Cuando fuerais lo suficientemente fuertes, Dancaire os enviaría a Granada y nosotros resurgiríamos de nuestras cenizas para apoyaros en la lucha. Mientras tanto, lo único que podíamos hacer era reclutar gente para nuestra causa y… esperar vuestra llegada.

Me quedé callada unos segundos, observando el fuego. Los ángeles me habían entregado una de sus gracias y habían sellado mi destino convirtiéndome en un arma. Ellos nos habían convertido en la razón por la que Luzbel y sus demonios no podían entrar en el Cielo, y de repente veía en mis manos todo lo que siempre había querido; fuerza, un ejército dispuesto a luchar a mi lado, una chispa de esperanza. Sin embargo, no era

capaz de alegrarme. ¿Qué me pasaba? ¿Por qué cada vez que pensaba en quedarme allí con ellos la imagen de Aleph aparecía en mi cabeza?

—Mis padres están muertos, ¿verdad? —le pregunté al Tuerto, avergonzada por el humillante anhelo que emanaba mi voz.

El bandolero no dijo nada, y los segundos en los que no tuve un «sí» como respuesta se hicieron largos e insoportables.

—Lo siento, Carmen —se disculpó él—. Lola y Manuel fueron asesinados en la Plaza al día siguiente de su detención. Los mató el mismísimo Yud.

Cerré los ojos un segundo, sintiendo el dolor, y después apreté los puños. La rabia me ardía con fuerza dentro del estómago. Sabía la verdad, la sabía desde hacía años, pero fue en ese momento cuando se apagó el último resquicio de esperanza. Por fin, la estúpida voz que a veces me decía que quizá habían sobrevivido, que volvería a verlos en la Tierra, se callaría para siempre.

—Necesito que me dé el aire —anuncié, poniéndome en pie.

Le entregué la flecha dorada a Micaela, sentada a mi izquierda, y, ante la atónita mirada de los bandoleros, salí de la cueva. Casi no me di cuenta de que mis pies, que parecían moverse solos, me llevaban hasta Aleph.

—¿Qué tal? —me preguntó el demonio cuando llegué hasta él.

Tenía la cabeza del caballo negro apoyada sobre un hombro y le estaba acariciando las crines con cariño, calmándolo. Quizá fue por culpa del vino que había bebido, pero verlo así me llenó de paz. Estaba más guapo que nunca.

—No lo sé —le respondí con sinceridad.

Me acerqué hasta el otro caballo y le pasé la mano por el lomo, haciendo formas abstractas sobre su suave pelaje de color marrón.

—¿Estás borracha? —se burló Aleph, esbozando una sonrisa divertida —. Puedo oler el vino desde aquí.

Le lancé una mirada asesina y su sonrisa se hizo más amplia. Nunca había tenido tantas ganas de borrar de un golpe una mueca tan bonita.

—¿Te gustaría que lo estuviera? ¿No se supone que tienes que protegerme?

Los ojos de Aleph reflejaban la luz del fuego que ardía en el interior de la cueva, y yo sentí que en mi estómago eclosionaban cientos de mariposas rojas. Ojalá pudiera matarlas a todas.

—Precisamente por eso te lo pregunto —musitó él—. Para protegerte.

Aparté la mirada y me centré en acariciar al caballo. Parecía complacido con mi cariño, pero estaba segura de que no tanto como con el de Aleph. Que un demonio milenario te dedicara su atención, desde luego, debía de ser especial. Podía entenderlo.

«¡No, Carmen, no puedes entenderlo!», pensé. Tenía que centrarme de una maldita vez en lo que de verdad era importante.

—¿Qué sabes de la espada del arcángel Miguel? —le pregunté, poniéndome seria.

Aleph alzó las cejas con sorpresa y, sin dejar de tocar con cariño el cuello del caballo, me dijo:

—¿Te han hablado de la espada de Miguel? No se andan con tonterías, ¿eh?

—Aleph.

Él suspiró y apartó la mirada, como si no quisiera enfrentarse a aquella conversación. Un velo de dolor le cubrió los ojos, pero no me negó la respuesta:

—Cuando nos expulsaron del Cielo, Miguel se ayudó de esa espada para arrancarnos las alas. Los demonios la llamamos Apocalipsis.

En su voz había tanto rencor, tanta rabia, que lo único que pude hacer fue guardar silencio. Aún me acordaba de las cicatrices de su espalda. Cuando me imaginaba al Aleph alado y angelical, al Aleph que no había conocido aún los horrores del Infierno, me dolía aún más pensar en lo que le habían hecho. Quizá sus ojos eran rojos porque sabía lo que era sufrir el peor de los tormentos.

—La quiero —sentencié—. Quiero entrar en la catedral de Córdoba y robar esa espada.

Entre nosotros se instaló un silencio muy tenso, uno que parecía hecho de cristal. Si entraba en la catedral para robar la espada de Miguel, Aleph tendría que seguirme para protegerme. Sin embargo, a juzgar por su rostro, sospechaba que no era una idea que le entusiasmara.

—No me estás pidiendo permiso, ¿verdad?

Negué con la cabeza, sintiendo la emoción en la punta de los dedos. Aleph se puso muy serio. Apocalipsis. Una espada a la que los demonios llamaban de esa forma debía de ser muy poderosa; tanto como para asustar al mismísimo Luzbel, tanto como para asesinar al Escamillo. Me relamí para mis adentros, pensando en lo mucho que disfrutaría empuñándola contra él.

—Carmen, robarla no es tan fácil.

Sabía que no iba a ser fácil, pero eso no iba a detenerme. Nunca tendría una oportunidad tan buena como aquella para conseguirla, porque Aleph me protegía. No podía meter a los Guardianes en aquella locura, tenía que hacerlo sola. Solo yo podía empuñarla, y solo yo se la robaría a Luzbel.

—Me da igual —confesé.

—Pues no debería darte igual.

Se estaba poniendo nervioso y podía imaginarme por qué; estaba obligado a ayudar a sus enemigos a conseguir el arma más poderosa que existía contra los demonios, contra su rey. Iba a entregarle a una humana la espada que le arrancó las alas.

—¿Tienes miedo de que la use contra ti cuando nos enfrentemos? —le pregunté en un tono mucho más mordaz que el que había pretendido usar.

Sus ojos de pronto se volvieron más oscuros. ¿Acaso él no había pensado que ocurriría? ¿Acaso no lo estaba *esperando*?

—¿Vas a usarla contra mí? —inquirió él con más tristeza que desafío.

—Voy a usarla para rescatar a mi familia —le respondí. Odié no ser capaz de pronunciar un rotundo «sí»—. Y voy a conseguirla con tu ayuda o sin ella.

Aleph suspiró con resignación y dijo:

—Eres una cabezota insoportable, ¿sabes?

—Algo que tenemos en común —repliqué.

—Hacemos un buen equipo.

Nos miramos durante unos segundos, como si estuviéramos compartiendo un secreto, y mi corazón comenzó a latir con más fuerza. Equipo. Aleph y yo éramos un equipo.

—¿Eso significa que me vas a acompañar?

—No tengo más remedio que protegerte, así que supongo que sí. Tendré que acompañarte a robar esa espada.

En mitad de la noche, cuando todavía faltaban varias horas para el amanecer, Aleph y yo decidimos marcharnos y dejar a los Guardianes atrás. No quería abandonarlos así, pero tampoco podía quedarme. Hacía diez años se habían sacrificado por mí y, esta vez, sería yo quien se sacrificara por ellos. Conseguiría la espada de Miguel y llegaría hasta la Alhambra sin que sus vidas corrieran peligro. Para eso tenía a Aleph.

Haciendo el menor ruido posible para que no se despertaran, cogimos dos de sus capas de lana, el puñal de Averroes, y salimos de la cueva. Sin embargo, en cuanto pusimos un pie en el exterior, una flecha dorada apuntó al corazón de Aleph con la velocidad de un rayo.

—¿A dónde os creéis que vais? —nos preguntó Micaela, que parecía surgida de la nada. Incluso en la oscuridad, con el pelo rojo alborotado y unos ojos como dagas de cobre, parecía fiera y peligrosa.

—Micaela —le dije, levantando las manos en un gesto de inocencia—. Vamos a robar la espada del arcángel, pero vamos a hacerlo solos. No puedo permitir que vengáis con nosotros.

—Y yo no puedo permitir que te marches con… él —objetó la chica, lanzándole a Aleph una mirada cargada de asco y aversión—. No voy a dejar que le regales la espada de Miguel.

—No se la voy a regalar —me defendí—. Confía en mí.

Micaela y yo sostuvimos la mirada, cobre sobre negro, la mandíbula apretada y los músculos tensos. Era muy guapa, una belleza salvaje que cualquier dama noble habría envidiado. Sabía que si se empeñaba en retenernos lo conseguiría. Parecía tan decidida a conseguir sus objetivos como yo a hacerme con los míos. Aleph, mientras tanto, permaneció callado, muy tenso, mirando la flecha dorada que amenazaba su corazón.

—Podría confiar en ti —me dijo la chica— porque tienes sangre de los ángeles, pero no en él. Y tú tampoco deberías hacerlo.

—Supongo que no —acepté, mirando a Aleph de reojo—, pero tiene un poder que me permitirá entrar y salir de la catedral sin que nadie se entere,

y pienso aprovecharlo.

—¿Y cómo sabes que no te traicionará?

—Porque no puedo —respondió Aleph por mí—. La gracia de Joaquín me obliga a acompañarla y protegerla hasta que lleguemos a Granada.

Aunque Micaela se puso muy tensa al escuchar la voz de Aleph, sus palabras hicieron que algo en su rostro cambiara. ¿Sabría lo que provocaba el poder de Joaquín?

—¿Y qué pasa si lo mato? —preguntó Micaela, volviendo a clavar sus ojos en los míos, degustando ya el placer del asesinato.

—Que desaparecerá la única vía que hemos tenido en años para conseguir la maldita espada y llegar con ella hasta la Alhambra —le respondí, intentando que no se notara que, ante la perspectiva de la muerte de Aleph, me había puesto nerviosa.

Entre nosotros se instaló de nuevo un tenso y largo silencio, el silencio de la sospecha. Micaela estaba deseando matar a Aleph, Aleph matar a Micaela. Teníamos que irnos cuanto antes.

—Está bien —me dijo la chica sin un ápice de amabilidad al cabo de unos segundos—. Vete y consigue esa espada.

—Te debo una —le dije cuando se dio la vuelta para volver a su puesto de vigilancia.

—Y te la cobraré.

Aleph y yo nos acercamos hasta los caballos y los ensillamos a toda prisa, ansiosos por marcharnos. Al vernos, Pan comenzó a mover el rabo, como si supiera que estábamos a punto de retomar el viaje. En el monte se escuchaba el canto de los pájaros más madrugadores, el agua del río bajando a toda velocidad; en el interior de mi cabeza, cientos de dudas. Tuve que hacer un esfuerzo por ignorarlas todas.

Cabalgamos sin decir nada durante un par de horas seguidos por Pan y, cuando llegamos a las afueras de Córdoba, nos detuvimos. Nuestro plan no era nada elaborado; entrar en la catedral de madrugada, cuando aún estuviera vacía, robar la espada del arcángel y desaparecer. Antes, sin embargo, teníamos que dejar en un lugar seguro no solo a los caballos, sino también a Pan. Si conseguíamos salir con vida de la catedral, volveríamos a

por él. Si no, al menos sabía que tendría un nuevo hogar, uno en el que vivían más animales y, por ello, gente que sabía cuidarlos.

—¿Quién protege la espada? —le pregunté a Aleph algo nerviosa. Atravesamos las lindes de una pequeña granja sumidos en la oscuridad.

—Dragones —me respondió.

—¿Solo dragones?

—Si la tocas y no eres ni un ángel ni un demonio, sales ardiendo. Esa maldita espada se protege sola.

Al darse cuenta de que estábamos invadiendo su propiedad, dos enormes perros guardianes comenzaron a ladrar y corrieron hacia nosotros enseñándonos los dientes. Pan gruñó y yo desenvainé la kinjara. Cuando vieron a Aleph, sin embargo, los dos se detuvieron. El demonio solo tuvo que mirarlos, como si pudiera comunicarse con ellos, y ambos se quedaron quietos, en silencio, inofensivos como dos cachorros.

—No nos molestarán —me dijo Aleph. Volví a envainar la kinjara y parpadeé un par de veces, sorprendida una vez más por su capacidad para tratar a los animales—. Aun así, démonos prisa. No sé si los granjeros estarán ya despiertos.

Llegamos hasta el establo y abrimos la puerta con cuidado. Las dos vacas que dormían en su interior suspiraron, molestas por que unos intrusos interrumpieran su descanso. Le entregué las riendas de los caballos a Aleph y él, en silencio, los llevó hasta el interior y los desensilló. Pan, moviendo el rabo, lo siguió. No sabía que íbamos a abandonarlo y eso me destrozaba por dentro.

—No tardaremos —le explicó Aleph como si estuviera seguro de que podía entenderlo mientras le acariciaba la cabeza. Yo no fui capaz de decir nada. No se me daban bien las despedidas—. Espéranos, ¿vale?

El perro ladeó la cabeza cuando cerramos la puerta del establo y se quedó dentro. En cuanto nos alejamos de él, comenzó a llorar. Cada uno de sus quejidos era una flecha que se me clavaba con fuerza en el pecho, cara arañazo desesperado en la puerta, una nueva herida.

—Volveremos a por él —me susurró Aleph—. Te lo prometo.

—Eso espero.

Tardamos unos veinte minutos en llegar hasta la ciudad. Estaba nerviosa, mucho, y mi corazón latía con fuerza. La última vez que había visto Córdoba, tanto ella como yo estábamos sumidas en el caos; ella por la llegada de los demonios, yo por el asesinato de mis padres. Con cada paso que daba, notaba todas mis cicatrices abriéndose de nuevo.

«Escóndete, Carmen. ¡Ya! Si descubren tu gracia, nos matarán a todos».

«No salgas por nada del mundo».

«Yo mismo ejecutaré la sentencia».

A pesar de los años que habían pasado, de mis cientos de heridas, Córdoba seguía exactamente igual a como la recordaba. La ciudad seguía en pie tras la muerte de mis padres, tan bella y majestuosa como siempre, y seguiría estándolo cuando fuera yo quien abandonara el mundo. Córdoba lo había sido todo para mí, pero yo no era nada para ella y su eternidad.

—¿Estás bien? —me preguntó Aleph, algo preocupado.

—Sí —mentí—. Estoy bien.

Nos subimos la capucha de la capa y nos adentramos en la ciudad. Sus calles estaban en silencio, aún dormidas, conquistadas por la quietud propia de los cementerios. Aunque sentí un impulso irrefrenable de buscar la casa en la que había vivido con mis padres, no podíamos entretenernos. Cuanto antes consiguiéramos la espada, antes nos marcharíamos.

—Tenemos dos horas hasta que comience la misa de la mañana —susurró Aleph.

La catedral de Córdoba no era tan alta como la de Sevilla, tan imponente y colosal, pero tenía una personalidad única. Sus puertas de bronce estaban decoradas con arcos en forma de herradura en los que se intercalaban la piedra y el ladrillo, algunos con inscripciones y dibujos tallados, frisos, celosías y columnas que sostenían ventanas ciegas. Los motivos geométricos se entrecruzaban en cada una de las entradas, creando un bello espectáculo de blanco, rojo y oro que ya indicaba que dentro de aquel edificio no ibas a encontrar nada humano, que la sencillez de la mortalidad se quedaba al otro lado de sus muros. A esa hora todas estaban cerradas, con los dragones de Luzbel haciendo rondas de vigilancia a su alrededor, así que solo teníamos una forma de entrar.

—¿Estás seguro de que puedes usar tu poder? —le pregunté a Aleph en voz baja mientras observábamos la catedral a una distancia prudencial.

Aunque habían pasado muchos días, no había vuelto a utilizarlo desde la noche en que nos enfrentamos a Tzadi. No sabíamos si mi gracia seguía estando dentro de su sangre y, por lo tanto, no teníamos ni idea de si nuestra única vía de escape era lo bastante fiable como para sacarnos de allí. Ni él ni yo estábamos seguros de que fuera a funcionar.

—Creo que sí —me dijo poco convencido.

—¿Creo? Me quedo mucho más tranquila.

Sobre nosotros se alzaba el campanario, y me sorprendí a mí misma al darme cuenta de que recordaba el sonido de sus campanas, tan diferente a las de Sevilla. Su fuerte tañido siempre me indicaba cuándo mi padre tenía que irse a trabajar, cuándo estaba a punto de volver, cuándo comenzaban las misas.

—Dame la mano —me pidió Aleph.

Estaba a punto de hacerlo cuando, de repente, escuchamos unos pasos. Alguien se acercaba. Dragones. Tenían que ser dragones. Contuve el aliento, pero Aleph actuó con rapidez; me rodeó con los brazos y, haciendo uso de su poder, nos transportó al interior de la catedral.

Cuando quise darme cuenta de lo que había pasado, ya estábamos dentro.

—¿Estás bien? —le pregunté aún entre sus brazos. Podía notar su corazón latiendo muy rápido, como si acabara de hacer un gran esfuerzo.

—Ya casi no noto tu poder dentro de mí —me dijo, arrugando la nariz —. Duele, pero… puedo soportarlo.

Bien, eso era una buena señal. Nos separamos y miramos a nuestro alrededor. Estábamos en el Patio de los Naranjos, justo al lado de la fuente rectangular que había en el centro. En sus cuatro esquinas había una pilastra labrada, de las que sobresalían las cañerías. El sonido del agua, rítmico y tranquilizador, era lo único que rompía el silencio de la noche.

—Entremos —me susurró Aleph.

Cruzamos el patio en silencio, haciendo el menor ruido posible, y cuando llegamos a la entrada de la catedral, desenvainé la kinjara.

Echamos un vistazo en el interior. La inmensa nave de la catedral estaba iluminada con docenas de soles que flotaban en el aire. Parecía silenciosa, sin un solo ruido que perturbara sus arcos y columnas de mármol. Al final de la galería que se abría ante nosotros, sin embargo, había una figura de espaldas.

—¿Qué haces? —me regañó Aleph, volviendo a ocultarse tras la puerta —. Escóndete.

Pero no me moví. Aquella figura me resultaba familiar. Era un demonio y lo había visto antes, pero no era capaz de recordar dónde.

—Carmen —insistió Aleph.

El demonio desconocido giró la cabeza y, al verlo de perfil, con ese pelo oscuro peinado hacia atrás, me quedé sin respiración. Lo había visto de lejos, en la Plaza de Sevilla, asesinando a mi amigo Óliver mientras cientos de personas coreaban su nombre. Aunque aquel día no había podido distinguir sus facciones con claridad, tanto el parche que le tapaba el ojo derecho como los tatuajes que le subían por el cuello eran inconfundibles.

—Aleph —musité. Tenía el corazón en la garganta y la rabia ardiéndome en el estómago—. Ahí dentro está Yud.

19

Frasquita

El Alcázar de Sevilla era un palacio muy amplio, tanto que me recordaba constantemente que aquel no era mi hogar, que estaba lejos de la seguridad de mi casa. Había ricas alfombras cubriendo el suelo, celosías de madera en las ventanas que me impedían ver el exterior, lámparas hechas de oro y cristal. Estaba acostumbrada a ver aquellos lujos en la casa de los marqueses, a pasar la mano por sedas y algodones de vivos colores, pero no a vivir entre ellos.

—No tenemos mucho tiempo —me susurró Julia, acelerando el paso—. Tenemos que darnos prisa.

Cuando la mujer del cacique había venido a mi habitación y me había dicho que iba a llevarme a ver a mis primas, no había dudado ni un solo segundo en acompañarla.

—El rey la reclama —les dijo a mis guardias—. Tengo que llevarla ante él cuanto antes.

—¿En mitad de la noche? —le respondió uno de ellos.

—¿Acaso pones en duda las decisiones del Rey de la Oscuridad? —contraatacó ella sin titubear, con la cabeza bien alta.

Echaba tanto de menos a mi familia que hasta me dolía. A veces cerraba los ojos e intentaba comunicarme con ellos a través de mis pensamientos, como si mis palabras pudieran llegarles a través del aire. «Carmen, Joaquín, ¿dónde estáis? Espero que no os haya pasado nada. Espero que estéis a salvo». Pero, como nunca recibía respuesta, lloraba.

Jamás había estado tan sola, tan asustada, tan inquieta. Cuando movía las manos, sentía los grilletes invisibles que nos había puesto Luzbel alrededor

de las muñecas. Casi podía verlo clavando sus extraños ojos rojos en los míos, prometiéndome que, si le ayudaba, haría desaparecer mi enfermedad.

«¿No es eso lo que siempre has querido, Frasquita? ¿Estar sana como los demás?».

Aún recordaba la pregunta porque, cuando el rey de los demonios me había mirado, pude hacer algo nuevo y maravilloso: respirar. Mis pulmones se llenaron de aire sin que eso me supusiera ningún esfuerzo, sin que doliera, y todos los malos recuerdos se evaporaron de golpe; semanas enteras en la cama, la debilidad constante, la frustración de sentir que mi propio cuerpo era mi enemigo.

Cuando era niña, la muerte me había rozado con los dedos, y ya nunca había vuelto a ser la misma. «Frasquita, ten cuidado», «Frasquita, eso es peligroso», «No, Frasquita, tú no puedes». Mis padres habían sustituido los juegos que tanto me gustaban por una actividad tranquila que no me dejaba sin respiración: la costura. Con la aguja y el hilo parecían querer decirme que todo se podía arreglar, que no había un descosido que no se pudiera remendar. Sin embargo, yo ya había aprendido la lección; las prendas rotas pueden coserse, pero nunca vuelven a ser las mismas.

Por eso, porque quería volver a ser la que era antes de que esa enfermedad estuviera a punto de matarme, había aceptado el trato con Luzbel.

A pesar de ello, en cuanto el rey del Infierno se marchó, la enfermedad volvió. Seguía ahí, dentro de mi pecho, en el lugar que había ocupado desde que tenía uso de razón. Todavía tosía por las noches, como si me ardieran los pulmones, y respirar se convertía a veces en una tortura. Sospechaba que hasta que no le diéramos a Luzbel las respuestas que necesitaba, hasta que no comprobara que de verdad éramos útiles para él, no cumpliría su palabra. Eso me ponía muy nerviosa. Sabía que en algún momento aparecería para pedirnos información, para interrogarnos, y tendríamos que contarle la verdad.

Julia me apretó el brazo con fuerza y me guio a través de la oscuridad. Según me había explicado, estábamos utilizando las pasillos secundarios del Alcázar, los que solo usaban los sirvientes, para poder pasar

desapercibidas con mayor facilidad. Ya hacía varias horas que había anochecido y el palacio estaba tranquilo, en silencio.

—¿Esto no es peligroso? —le pregunté a Julia, comprobando con nerviosismo que nadie nos seguía—. Si nos descubren…

—No nos van a descubrir —me interrumpió ella—. No te preocupes.

Me mordí la lengua, aunque sus palabras no me tranquilizaron. ¿Cómo no iba a preocuparme? Luzbel nos había prohibido vernos, y lo último que quería era enfadarlo.

Al pensar en lo que podría hacernos si se enteraba, en cómo nos castigaría, empezó a faltarme el aire y tuve que detenerme en mitad del pasillo. Sabía que estaba a punto de ponerme a toser, que el ruido alarmaría a todo el palacio, así que me obligué a tranquilizarme para desbloquear la garganta.

—¿Estás bien? —me preguntó Julia, mirándome con preocupación.

Negué con la cabeza, los ojos llenos de lágrimas. ¿Cómo podía tener tan mala suerte? ¡No podía ponerme a toser allí, en mitad del palacio! ¡Si lo hacía nos descubrirían!

«Uno, dos; uno, dos —me decía Dancaire cuando intentaba enseñarme a controlar mi respiración—. No tengas miedo; cree y serás sanada, Lucas 8:50. Recuérdalo, Frasquita».

No tener miedo. Eso era lo que tenía que hacer. Uno, dos; uno, dos; uno, dos. Aunque el dolor no remitió, la opresión del pecho desapareció y, poco a poco, volví a respirar con normalidad. Sabía que la falta de aire era la respuesta natural de mi cuerpo a una situación de angustia, así que tenía que aprender a gestionar los nervios para desbloquear las vías respiratorias. Uno, dos; uno, dos.

En cuanto me calmé, continuamos avanzando. Julia no dijo nada, pero aceleró el paso. Estaba segura de que se arrepentía de haberme sacado de la habitación. Todos se arrepentían siempre de llevarme con ellos.

Atravesamos los pasillos en silencio, yo asustada y Julia decidida, y no nos detuvimos hasta que llegamos frente a unas altas puertas de madera tallada. La mujer del cacique comprobó que nadie nos había seguido y, después, cogió la llave que llevaba colgada al cuello para introducirla en la

cerradura. Lo hizo con mucho cuidado para que las puertas no hicieran ruido, y cuando las abrió me indicó con la cabeza que entrara.

Al poner un pie en la habitación, cuatro soles flotantes comenzaron a brillar, iluminando las altísimas estanterías de madera llenas de libros que cubrían las paredes. Había tres grandes ventanas con cortinas de terciopelo rojo con el emblema del ducado de Punta Umbría bordado, un enorme escritorio de madera sobre el que alguien había extendido un mapa de las taifas, y dos cómodos sofás que parecían gritarme que me tumbara sobre ellos.

—¿Una biblioteca? —pregunté sorprendida.

Era mucho más grande que la que tenían los marqueses de Raga, más hermosa que ninguna otra estancia en la que hubiera estado antes. ¿Cuántos libros habría allí dentro? Cientos. Miles. Hacía falta una escalera para llegar a las estanterías más altas. Ni siquiera sabía que existían tantas historias en el mundo.

—Sí —me respondió Julia con la voz cansada—. A Antonio le gustan mucho los libros, aunque nunca los lee. Es así con todo; colecciona cosas bonitas para demostrar lo poderoso que es, pero no les da ningún valor.

—Al menos puedes disfrutarlos tú —intenté consolarla.

—No, la verdad es que no. Antonio nunca me deja entrar aquí.

Los ojos de Julia brillaron con tanta tristeza que, al mirarla, se me cayó el alma a los pies. ¿Qué clase de marido no dejaría que su esposa leyera?

—Lo siento —me lamenté con un hilo de voz.

—Voy a ir a buscar a tus primas —me dijo ella—. Las traeré enseguida, pero vas a tener que quedarte aquí sola un momento. No te preocupes, voy a cerrar con llave. El único que podría abrir la puerta es Antonio, y esta noche está en la Plaza. No volverá hasta el amanecer.

—Vale —respondí, la ansiedad oprimiéndome el pecho.

Julia asintió y, sin decir nada más, salió de la habitación. Cuando la escuché meter la llave en la cerradura al otro lado de la puerta, respirar se me hizo un poco más difícil. Por eso, me forcé a concentrarme en los libros; ellos siempre me habían dado la seguridad que el mundo me negaba.

Me acerqué hasta una de las estanterías y la observé con detenimiento. Había libros de todos los tamaños, en idiomas conocidos y desconocidos,

tan antiguos que parecía que iban a deshacerse con solo mirarlos. El que más llamó mi atención fue uno que tenía el lomo tan desgastado que era imposible reconocer el título; uno que, como yo, parecía el más frágil de todos.

Estaba en una balda alta, así que me puse de puntillas y alargué la mano para cogerlo. Sin embargo, en cuanto lo moví, la estantería entera giró sobre sí misma y yo perdí el equilibrio, cayéndome hacia delante. Solo me dio tiempo a taparme la cara con las manos antes de golpearme contra el suelo.

—¡Ay! —me quejé.

¿Qué acababa de pasar? Me puse en pie algo dolorida y me limpié el vestido. Todo estaba muy oscuro y no podía ver nada. De repente hacía frío. ¿Acaso la estantería era una especie de puerta que se abría al coger el libro desgastado? Me puse muy nerviosa cuando toqué las paredes a ciegas. Intenté volver a la biblioteca, pero la puerta no giró. Estaba encerrada.

—¿Julia? —pregunté con el corazón en la garganta—. ¿Hay alguien?

Nadie me respondió y el estómago se me hizo muy pequeño. Aunque no podía verlas, casi podía sentir que las paredes se estrechaban, asfixiándome.

Los ojos se me llenaron de lágrimas y, con el corazón desbocado, sentí la familiar opresión del pecho que anticipaba un ataque de tos. Tuve que apoyarme contra la pared para coger aire y no marearme. «No tengas miedo». «Cree y serás sanada». Uno, dos; uno, dos. Estiré la espalda y me puse una mano en el abdomen para ayudarme a controlar la respiración. Julia y mis primas no podían tardar mucho. Estaba segura de que ellas, desde la biblioteca, podrían volver a abrir la puerta. Me sacarían enseguida.

Inspiré con fuerza y cerré los ojos; justo en ese momento escuché unas voces. No venían de la biblioteca sino de la oscuridad. Aunque mi primer impulso fue el de quedarme quieta para que no me descubrieran, un nombre llegó hasta mis oídos y me hizo ponerme alerta. *Carmen*. Alguien estaba hablando de Carmen. Pero ¿quién? Casi sin darme cuenta, mis pies comenzaron a moverse. Mis manos no se separaron de las paredes, la fría piedra convertida en un faro que me indicaba el camino. Cuanto más caminaba, con más claridad escuchaba las palabras.

—Al final terminarás hablando —decía un hombre—. Todos lo hacéis.

Las piernas me temblaban, pero no me detuve. Continué avanzando hasta que vi una luz crepitante al final del túnel que se abría ante mí, como si alguien hubiera encendido un fuego.

—Vas a necesitar… vas a necesitar más que golpes para doblegarme.

Contuve el aliento cuando lo escuché; era Dancaire. ¡Dancaire! ¿Qué estaba haciendo allí?

—¿Más que golpes, dices? —Un silencio tenso, casi doloroso—. Bien, pues tus deseos son órdenes.

Al final del pasillo había una celosía con estrellas que se entrelazaban; dejaba pequeños huecos abiertos en la madera. Justo detrás, en una estancia iluminada unas sombras se movían. Me agaché y me acerqué gateando, intentando hacer el menor ruido posible.

—¿Qué te parece esto? —preguntó la voz desconocida.

Llegué hasta la celosía con el miedo apretándome la garganta, y observé a través de los agujeros de la madera lo que había al otro lado. Se trataba de una especie de sótano, iluminado con la luz de dos soles, lleno de extraños aparatos que solo podían servir para torturar. Metales, pinchos, filos afilados; todo en aquel lugar me producía escalofríos.

Dancaire estaba atado en una silla, el rostro amoratado y lleno de heridas. Al verlo, tuve que taparme la boca con las manos para ahogar un grito.

—Si no hablas ahora —le dijo el hombre que estaba frente a él—, voy a cortarte los dedos de las manos uno a uno hasta que me supliques que pare. Empezaré arrancándote las uñas, después la piel…

Balthasar. Era el Apóstata Balthasar. Su túnica roja relucía de sangre; *mucha* sangre. El estómago me dio un vuelco y estuve a punto de ponerme a vomitar.

—Eres incapaz de conseguir nada si no es a través del miedo —musitó mi mentor. Tenía la cara tan hinchada que casi no podía mantener los ojos abiertos—. Si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible. Mat…

—Mateo 17:20 —le interrumpió el Apóstata—. Ya lo sé. ¿Te crees que puedes enseñarme *a mí* algo sobre la antigua fe, rata inmunda?

Dancaire dejó caer la cabeza hacia delante, como si no tuviera fuerzas para mantenerla erguida, y la sangre que le salía de la boca le cayó sobre la ropa. Después, sonrió. No era una sonrisa de verdad, como la que esbozaba cuando nos miraba a nosotros, era una punzante, burlona; una sonrisa dolida a la que le faltaban dientes y ganas de seguir con vida. Debía de estar sufriendo mucho. ¿Qué podía hacer? ¿Qué podía hacer?

—Es verdad —murmuró—. Siempre olvido lo traicioneros que sois los Apóstatas. Servisteis al Creador y, cuando Luzbel se hizo con el control del Cielo, os cambiasteis de bando. Desde luego, sois un ejemplo a seguir.

Cualquier otra persona habría caído en la provocación, pero Balthasar no. Al contrario, se quedó muy quieto, observando a Dancaire con unos ojos que, de lo azules que eran, no parecían humanos.

—El Creador y los ángeles nos abandonaron —le respondió el religioso con el tono de voz de alguien acostumbrado a recitar misas—. Los estúpidos sois vosotros por seguir creyendo en ellos a pesar de lo que hicieron. El Rey de la Oscuridad es el único que cuenta la verdad.

Dancaire negó con la cabeza, sin borrar la sonrisa de su rostro, y yo intenté que le llegaran mis pensamientos: «Dancaire, aguanta, por favor. Te prometo que encontraremos una forma de ayudarte. Te prometo que te sacaremos de ahí». No soportaba verlo así. Si hubiera podido usar mi gracia, me habría lanzado a dormir a Balthasar, pero los grilletes de Luzbel me lo impedían.

Estaba indefensa. Inútil. Débil.

—¿Te crees que no sé lo que estás haciendo? —le preguntó Dancaire—. No eres más que un pobre mortal, como yo, pero piensas que si te conviertes en la mano derecha de Luzbel te asegurarás un lugar de honor en el Infierno. Qué equivocado estás. Has condenado tu alma a cambio de nada.

El Apóstata guardó silencio, aunque algo en su rostro cambió. Fue prácticamente imperceptible —una ligera tensión en la mandíbula, un brillo de hielo en los ojos—, pero enseguida noté que el terreno en el que se estaba metiendo Dancaire era peligroso.

—Ya lo intentaste, ¿no es así? —continuó mi mentor—. Tuviste un hijo para entregárselo como primogénito, pero el plan te salió mal.

Balthasar apretó los labios y, sin dejar de mirar a Dancaire, levantó una mano. Su silencio era mucho más temible que sus palabras, por eso me encogí sobre mí misma.

—Acércame un cuchillo —ordenó—. El que esté más afilado.

¿Con quién hablaba? ¿Había alguien más en aquel sótano? En ese momento apareció otro hombre. Las sombras que creaban los soles ocultaban su rostro, pero cuando se acercó hasta el Apóstata para entregarle el arma, lo reconocí; era Antonio, el cacique de Sevilla.

—¿Por qué mano quieres que empiece? —le preguntó Balthasar a Dancaire. Su voz emanaba un placer oculto que me provocó un escalofrío —. Te voy a dejar elegir.

—Por favor…

—Derecha o izquierda.

—¡No!

—Bien, pues la derecha.

El Apóstata se puso a su espalda y acercó el cuchillo a las manos atadas de mi mentor. Él se revolvió, pero las cuerdas que lo sujetaban le impidieron escapar. Cuando el Apóstata le arrancó la uña del pulgar, los gritos de Dancaire se me clavaron en el corazón como dagas afiladas. Tuve que apartar la mirada, con el cuerpo entero revuelto, y apretarme la boca para no ponerme a gritar. Temblaba y no era capaz de contener las lágrimas.

—Dime dónde están —le exigió el religioso con las manos llenas de sangre, alzando su voz por encima de los gritos.

—¡No! —exclamó Dancaire.

—Habla —le apremió Antonio—. Dinos dónde están Carmen y Joaquín, y el sufrimiento se detendrá.

¿Carmen y Joaquín? ¿Acaso no habían ido a Granada?

—No lo entendéis —añadió Dancaire. Parecía estar haciendo un esfuerzo titánico para hablar—. Ellos son un milagro. Nuestra última esperanza.

Volví a mirar a través de la celosía sin apartarme las manos de la boca, y, justo en ese instante, el Apóstata miró en mi dirección. Por un momento, por un terrorífico segundo, pensé que me había descubierto. Sin embargo, enseguida me di cuenta de que estaba mirando a una figura que acababa de

aparecer, como surgida de la mismísima oscuridad, y yo me hice muy pequeña.

Un demonio.

—Maestro —musitó el Apóstata, haciendo una rápida reverencia—. Le estábamos esperando. Parece que los métodos mortales no le hacen entrar en razón.

El demonio dio un paso al frente y la luz de los soles iluminó los rasgos de Vav, el Torturador. Tenía el pelo castaño oscuro, por los hombros, e iba vestido con un traje de luces de seda azabache y bordados de plata. Una máscara negra le cubría la nariz y la boca, por lo que solo se veían las dos lágrimas tatuadas que caían de su mirada hecha de sangre.

—Acabemos con esto cuanto antes —dijo el matador con una voz grave como el rugido de un trueno.

El demonio se acercó hasta Dancaire y, cuando levantó la mano derecha, mi mentor comenzó a gritar. Su dolor se me clavaba en el cuerpo como si fueran afilados puñales. ¡No! ¡Tenían que parar! ¿Qué podía hacer para ayudarle? ¡Nada, nada y nada! ¡No podía hacer nada contra un señor del Infierno! ¡Yo no era tan fuerte como Carmen, como Candela o Triana!

—¡Basta! —suplicó Dancaire. No sabía qué le estaban haciendo, pero en su rostro se reflejaba un tormento inimaginable—. ¡Por… favor!

—Dinos dónde están —insistió el Apóstata—. Habla y el sufrimiento acabará.

Los gritos de Dancaire eran como arañas que correteaban por las paredes, que se movían a toda velocidad tejiendo sus telas de dolor y se me metían en los oídos. No podía soportarlo más. La garganta se me atascó con el llanto y tuve que abrir la boca para que me entrara aire en el pecho. No podía ponerme a toser. No allí. ¡No!

Uno, dos; uno, dos; uno, dos.

No tengas miedo.

Cree y serás sanada.

—¡No… no lo sé! —gritó Dancaire.

—Pues piensa un poco más —le ordenó Antonio—. Sabemos que no están en Granada, así que supongo que teníais algún tipo de plan que desconocemos. Cuéntanoslo y el dolor desaparecerá.

Dancaire apretó la mandíbula y comenzó a llorar. Había un charco de sangre a sus pies porque sus heridas no dejaban de sangrar.

—No…

Vav apretó el puño con rabia, clavándose las uñas en la palma de la mano, y mi mentor llegó a su límite. El grito de dolor que soltó podría haber echado abajo las paredes del Alcázar, pero solo consiguió romperme el corazón en pedazos. Los pulmones me ardían como si hubieran estallado en llamas. No podía respirar, pero tampoco marcharme. No podía abandonarlo.

—¡Vale, sí! —gritó Dancaire, con el rostro descompuesto—. ¡Teníamos un plan!

El demonio bajó la mano y, cuando Dancaire dejó caer la cabeza, agotado, tanto Balthasar como Antonio lo observaron con interés.

—¿Qué plan? —le preguntó Antonio.

Dancaire esperó unos segundos, cinco, diez, veinte. Parecía estar recuperándose del martirio al que le habían sometido, pero yo sabía que estaba pensando. Su mente, a pesar del dolor, estaba trabajando a toda velocidad para urdir un plan.

—Les… les pe-pedí… —musitó, alzando la cabeza de nuevo. Comenzó a tartamudear, como si no fuera capaz de hablar y las palabras se quedaran enredadas entre sus labios—. Les pe-pedí… que fueran…a…a C-Córdoba a… coger la…la espa-pada del arcángel Miguel. Lo de Granada no era más que…que… que una men-mentira para distraeros. El plan… si-siempre… siempre fue C-Córdoba.

—La espada de Miguel —repitió Vav con rabia.

Balthasar miró a Antonio con inquietud y el cacique entornó los ojos, como si estuviera sopesando la información que acababan de recibir. ¿Por qué parecían tan nerviosos con la idea de que Carmen robara una espada?

—Decídselo a vuestro rey —murmuró Dancaire, esta vez sin trabarse con su propia lengua—. Decidle que los días de su reinado están a punto de acabar. *Angeli… vivunt.*

El Apóstata lo fulminó con la mirada, pero, antes de que pudiera decir nada, Vav volvió a levantar su mano derecha y los gritos de Dancaire llenaron de nuevo el sótano. Esta vez parecían más intensos, más fuertes, y su cuerpo comenzó a convulsionar. Estaba recibiendo descargas invisibles.

—*Angeli vivunt* —le dijo el demonio, enfadado—, *sed tenebrae iterum vincent.*

—Excelencia —musitó Balthasar, observando la escena con preocupación.

Pero Vav no le respondió. Estaba tan rabioso que ni siquiera parecía haberlo escuchado. Lo único que hizo fue levantar también la mano izquierda y, con ello, hacer que los gritos de Dancaire aumentaran su intensidad.

Me abracé a mí misma y, justo cuando pensé que no aguantaría más, que tenía que marcharme de allí antes de romper a toser, los gritos cesaron.

La calma, sin embargo, solo duró un mísero y fugaz instante.

—Está muerto —anunció Vav.

Muerto. *Muerto*. ¡Muerto! ¡No! ¡No podía ser! ¡Dancaire no podía estar muerto! Me aferré a la celosía, desesperada, y cuando vi el cuerpo de mi mentor sin vida, aún atado a la silla, me quedé paralizada. Lo habían matado. ¡Lo habían matado!

—¿Creéis que decía la verdad? —preguntó Antonio como si no le importara lo más mínimo la vida de Dancaire—. Si hubiéramos convencido a Shin para unirse a nuestra causa…

—No están en Granada —respondió el Apóstata, frunciendo ligeramente el ceño—. Tiene sentido que hayan ido antes a por la espada.

—Entonces tenemos que ir a Córdoba —apuntó el cacique—. Si traemos a ese traidor a casa, Luzbel nos recompensará.

—Pero la chica está descubriendo su poder y es peligrosa —añadió el religioso, cruzándose de brazos—. No podemos cometer el mismo error que Tzadi en…

—Yo no soy Tzadi —le cortó Vav, ofendido por la comparación—. Deshaceos del cuerpo. Yo me encargo del resto.

El *cuerpo*. Eso era ahora el hombre que había sido mi padre durante diez años; un cuerpo sin vida, sin valor.

—¿Vais a ir a Córdoba, maestro? —le preguntó Balthasar.

—Sí —le respondió Vav, dándose la vuelta—. Si los demás matadores se enteran, también querrán ir a por él. Tengo que darme prisa y llegar antes que ellos.

No podía quedarme allí durante más tiempo. No podía soportarlo. Me tapé la boca con las manos y, con las mejillas empapadas, me puse en pie.

Retrocedí con lentitud, sin hacer ruido con los pies y, cuando la oscuridad del túnel me engulló, comencé a correr. No veía nada, pero esta vez las sombras no solo estaban a mi alrededor, también en mi interior. Habían matado a Dancaire. ¡A Dancaire! ¿Cómo era posible? ¿Qué íbamos a hacer sin él? El dolor que tenía en el pecho era el más insoportable que había sentido en toda mi vida.

Corrí, corrí a toda velocidad mientras notaba la sal de las lágrimas en los labios. Cuando me choqué contra la pared que daba a la biblioteca, la golpeé con fuerza.

—¡Abrid! —les dije, intentando no alzar demasiado la voz para que no llegara hasta la mazmorra—. ¡Por favor!

—¡Frasquita! —me llamó Candela desde el otro lado.

—¡Coged el libro desgastado! —les indiqué, desesperada—. ¡Sacadlo de la estantería!

Me aparté de la pared y, unos segundos después, la puerta se abrió. Julia y Candela me miraron con preocupación mientras Triana, que parecía muy seria, lo observaba todo desde más atrás.

—¿Estás bien? —me preguntó Candela, con el rostro descompuesto, al ver que estaba llorando—. ¿Qué ha pasado?

Negué con la cabeza y, sin pensarlo dos veces, me lancé a sus brazos. Ella me abrazó y yo lloré sobre su pecho. No podía ser. No podían haberlo matado. Ni siquiera el calor de los brazos de mi prima me hizo sentir mejor.

—Nos lo han arrebatado —sollocé, liberando la pena que me oprimía el pecho—. Han… han matado a Dancaire.

Julia ahogó un grito y Candela, cuyos brazos me protegían, se puso muy tensa. Hasta Triana, que siempre se burlaba de todo, se quedó paralizada.

—¿Qué has visto? —me preguntó Candela con un hilo de voz—. ¿Qué ha pasado, Frasquita?

La opresión en el pecho me impedía hablar, pero intenté explicarles lo que había visto, contárselo todo. Las imágenes y palabras se mezclaban en mi cabeza y, temblando, tuve que hacer un esfuerzo por recordar los detalles.

—Dancaire dijo que Carmen iba a… iba a ir a Córdoba… dijo algo de una espada… Vav ha aparecido y…

—¿Vav? —preguntó Julia, sorprendida—. ¿El Torturador?

—Él lo ha matado —respondí, dolida y asustada, con las lágrimas empapándome el rostro—. Se enfadó porque Dancaire dijo unas palabras en latín y después… después dijo que iba a ir a Córdoba a por Carmen, que tenía que hacerlo antes de que se enteraran los demás.

—¿Los demás? —quiso saber Triana—. ¿Crees que Vav estaba actuando a espaldas del resto de señores del Infierno?

—Sí —respondí. Candela me abrazó con más fuerza—. Creo que Antonio, Balthasar y Vav han hecho una especie de tregua para… para traer al Alcázar al demonio que se fue con Carmen.

Un silencio se instaló entre nosotras, el silencio afilado y perturbador que acompaña a la muerte, y no fuimos capaz de romperlo. Dancaire, nuestro padre y mentor, se había ido para siempre. ¿Qué íbamos a hacer sin él? ¿Cómo podíamos seguir con nuestras vidas cuando nos faltaba una parte tan importante?

—Vámonos de aquí antes de que nos descubran —susurró Julia preocupada—. Mañana pensaremos qué hacer.

Las tres asentimos y, cuando la mujer del cacique comenzó a caminar, las demás la seguimos. El dolor y el miedo me apretaban la garganta, pero había algo mucho más fuerte atenazándome el pecho; la sensación de que, por más que intentáramos fingir que no, nuestra familia acababa de romperse para siempre.

Y yo sabía mejor que nadie que, cuando algo se rompe, nunca vuelve a ser igual.

20

Carmen

—¿Yud? —me preguntó Aleph. Se acercó hasta la puerta para mirar dentro de la catedral y luego frunció ligeramente el ceño—. Pero si no hay nadie.

¿Cómo que no había nadie? ¿Se estaba burlando de mí? Volví a acercarme a la puerta, pero, tal y como había dicho el demonio, el pasillo estaba desierto. ¿Dónde se había metido el maldito Yud?

—Hace un segundo estaba ahí —le expliqué confusa—. Estoy segura.

Aleph me miró con los ojos muy rojos, y yo arrugué la nariz. No entendía nada.

—Quizá solo era un dragón, pero estás nerviosa y…

—Sé lo que he visto.

Los dos nos quedamos callados pensando si aquello no era una locura y lo mejor que podíamos hacer era marcharnos, pero antes de que las dudas me asaltaran, aferré la kinjara con fuerza, me adueñé de la energía del caelestum y entré en la catedral. Aleph desenvainó el puñal que le habíamos robado a los bandoleros y me siguió.

Avanzamos con lentitud, escondidos entre las sombras danzantes que creaba la luz de los soles. La espada de Miguel, según me había explicado Aleph, la exhibían en el altar mayor de la catedral. No podíamos aparecer de frente porque no sabíamos qué medidas de seguridad lo protegían, así que lo más seguro era acercarnos poco a poco, como dos cazadores acechando a su presa.

Lo único que escuchaba eran mis propios latidos. Ni siquiera nuestros pies hacían ruido contra el brillante suelo de mármol. Aunque lo busqué con

una vergonzosa desesperación, no había ni rastro de Yud.

Enseguida nos adentramos en un inmenso bosque de columnas jaspeadas que sostenían arcos de ladrillo; en una selva rojiblanca cuya elegante belleza, por un segundo, me hizo olvidar la razón por la que estábamos allí. ¿Era real lo que estaba viendo? ¿Eran una ilusión todos aquellos arcos cuya perfección no parecía obra humana?

Algo en el ambiente, además, hacía crepitar la gracia de mi interior. No sabía lo que era, pero mi poder reaccionaba a su presencia, como si el templo estuviera cargado con una energía más poderosa incluso que la de las kinjaras, una energía que pronunciaba mi nombre. Con cada paso, con cada respiración, me sentía más y más fuerte.

Y, aunque no podía decírselo a Aleph, me encantaba.

El demonio me hizo un gesto con la cabeza, indicándome que lo siguiera, Justo entonces un sonido rompió el silencio y nos obligó a detenernos de golpe. Música. ¿Cómo era posible?

—¡Cuidado! —exclamó Aleph.

Unas sombras brotaron del suelo y, convertidas en unos larguísimos tentáculos que se movían con vida propia, le sujetaron las manos y lo obligaron a ponerse de rodillas. Yo me quedé paralizada y conteniendo la respiración. ¿Qué eran aquellas enredaderas capaces de doblegar tan rápido a un demonio? ¿De dónde habían salido? Aleph intentó zafarse de ellas, transportarse, pero le fue imposible; eran demasiado fuertes.

Di un paso hacia delante dispuesta a ayudarle, pero justo en ese momento dos nuevos tentáculos de sombras aparecieron en el suelo justo a mi lado. Me moví con rapidez y, antes de que me alcanzaran, los corté con la kinjara. El filo dorado de la daga los hizo humo.

—¡Carmen! —exclamó Aleph—. ¡Corre!

—¿Y dejarte solo? —le respondí—. ¡Me parece que no!

Dos nuevos tentáculos surgieron del suelo y yo levanté la kinjara, preparada para cortarlos. Cuando me atacaron, casi estuvieron a punto de tirarme al suelo.

—¿Pero por qué nunca me haces caso? —me gritó Aleph.

—¡Porque solo dices estupideces!

De repente, los hilos de oscuridad dejaron de atacar y, para mi sorpresa, se fusionaron para convertirse en uno solo y transformarse en una figura humana. Piernas, brazos, torso. Una cabeza con el pelo suelto y rizado. Piel morena y ojos negros. Una daga dorada en la mano.

Era yo misma.

—Hola —me dijo la Carmen de sombras que acababa de aparecer frente a mí.

Casi sentía que estaba mirándome a un espejo, solo que mi reflejo parecía querer matarme. La observé atónita durante unos segundos; mis latidos se aceleraron. Sabía que estaba hecha de oscuridad, que no era más que una ilusión, pero parecía tan real que, por un momento, no supe qué hacer. Y ella se aprovechó.

Se abalanzó sobre mí intentando apuñalarme con su kinjara, y yo me defendí. Eso no la detuvo. Las dagas chocaban y el sonido del metal casi parecía seguir el ritmo de las notas del órgano. Sabía qué movimientos iba a hacer mi gemela, pero eso tenía una desventaja: ella también sabía cuáles iban a ser los míos.

—¿No te da vergüenza luchar por un demonio? —me dijo la Carmen falsa sin dejar de atacarme una y otra vez—. Dancaire estaría avergonzado.

Gruñí y le devolví la estocada con mucha rabia, pero ella sonrió y la esquivó. Un segundo después desapareció y volvió a aparecer junto a Aleph.

—La verdad es que es muy guapo —susurró, cogiéndole la cara con una mano—. Aunque no parece muy listo.

—Suéltalo.

Ella sonrió de nuevo y, sin dejar de mirarme, se inclinó sobre Aleph. Él intentó apartarse, pero mi gemela le clavó las uñas con más fuerza y lo inmovilizó. Después, disfrutando de ver cómo eso me hacía sufrir, le pasó la lengua por la cara, lamiéndole la piel pálida de las mejillas.

—Sabe muy bien —dijo la Carmen falsa—. Qué pena que no vayas a probarlo nunca.

Una punzada de celos me pellizcó el estómago y apreté los dientes con rabia. Aquella Carmen maligna le estaba haciendo a Aleph lo mismo que le había hecho Tzadi a Joaquín en la taberna de Lillas Pastia, así que aquella

ilusión tenía que ser obra del Arlequín. ¡Maldito cabrón! ¿Es que no iba a librarme nunca de él?

—¿Te has puesto celosa porque le he chupado la cara a tu demonio? —me preguntó mi gemela.

—No —mentí, levantando la kinjara—. Me he cabreado porque has dicho que no es muy listo, y solo yo me meto con él.

La Carmen falsa volvió a aparecer frente a mí y, sin darme tiempo a reaccionar, me atacó de nuevo. Esta vez lo hizo con mucha más fuerza, con mucho más ímpetu. Parecía dispuesta a acabar conmigo, aunque yo no pensaba ponérselo fácil. La energía que flotaba en aquel lugar estaba de mi lado, y una estúpida ilusión no iba a vencerme.

—Ríndete, zorra —me dijo.

—Ya te gustaría.

Cada vez que nos agachábamos, cada vez que levantábamos el brazo, las kinjaras reflejaban en sus filos los ladrillos rojiblancos de los arcos. Era una lucha cuerpo a cuerpo, una lucha entre dos contrincantes que se conocían demasiado bien.

—No tienes nada que hacer contra mí —me susurró a pocos centímetros de mi cara, cuando me defendía de un nuevo ataque.

Solté un gruñido de frustración y, empujando su daga con la mía, lo supe; aquella Carmen era yo, así que tenía que hacer algo que no fuera propio de mí, algo que no se esperara, algo que yo nunca haría. Esa era la única forma de vencerla.

Le indiqué con la mano que se acercara, que me atacara, que estaba preparada. Ella, sin dudarlo un segundo, se abalanzó sobre mí. Esta vez, sin embargo, no detuve el ataque; me agaché para esquivarlo y la abracé, rodeándole el cuerpo con los brazos.

La Carmen falsa se quedó muy quieta, descolocada, y, un instante después, le clavé la kinjara en la espalda, tan profunda que le ensarté el corazón. Ella boqueó unos segundos, sorprendida, y después se deshizo en sombras entre mis brazos. La ilusión había desaparecido.

«Hasta nunca», pensé.

Me acerqué a Aleph, aún con el estómago encogido, y corté los tentáculos que lo retenían.

—¿Estás bien? —le pregunté, tendiéndole una mano.

Él asintió y, tras recoger su puñal del suelo, aceptó mi ayuda y se puso en pie.

—¿Y tú?

—Acabo de matarme a mí misma, pero supongo que podría estar peor.

Nos miramos unos instantes, en silencio, con los latidos desbocados. El momento de paz, muy a nuestro pesar, duró poco.

Seis sombras tomaron forma humana a nuestro alrededor y tanto Aleph como yo levantamos las armas. Resh, Vav, Shin, Nuun, Tzadi y Yud, los seis señores del Infierno, vestidos con sus trajes de noche y plata, nos rodeaban. ¡Mierda! ¿Cómo íbamos a escapar de allí?

—Por fin —dijo Nuun con una voz gutural que parecía venir de otro mundo—. Os habéis hecho de rogar.

A pesar del peligro que corríamos, busqué el rostro de Yud, invadida por la locura que provoca la rabia. Sin embargo, antes de que nuestros ojos se encontraran, Resh hizo aparecer entre sus manos un brillante sol y tuve que taparme la cara, cegada por su luz.

—¡Cuidado! —me gritó Aleph.

Resh me lanzó la bola de fuego con una fuerza sobrehumana y yo ahogué un grito. Aleph me rodeó con sus brazos y me sacó de allí en un parpadeo, transportándome con la oscuridad. Un instante después, nuestros pies volvieron a tocar el suelo y, a regañadientes, nos separamos.

Estábamos aún dentro de la catedral, pero parecía que nos habíamos movido a otra época. El techo era mucho más alto y ya no había arcos y columnas a nuestro alrededor, solo unos impresionantes muros de blanco y oro que terminaban en bóvedas y ventanas con vidrieras. Si no fuera porque la música del órgano seguía sonando, intensa y aterradora, casi habría pensado que nos habíamos ido muy lejos de Córdoba.

—¿Cómo sabían que íbamos a robar la espada? —le pregunté a Aleph, confusa—. ¡Están aquí todos los malditos señores del Infierno!

—No lo sé —me respondió él.

Chasqueé la lengua con fastidio y, al girar la cabeza, contuve el aliento. Frente a nosotros había un altísimo y recargado retablo de mármol rojo, de

tres plantas de altura, en el que podían verse cinco lienzos que representaban la caída y el alzamiento de Luzbel. El altar mayor.

En el centro, expuesta entre las cuatro columnas de un templete de plata, estaba la joya de la corona: la espada del arcángel Miguel. *Apocalipsis*. Tenía el filo dorado, el pomo redondo y decorado con los mismos azulejos que mis kinjaras. Los arriaces de la empuñadura tenían la forma de las alas de un ángel.

Enseguida supe que la extraña energía que envolvía aquel templo provenía de la espada, que el caelestum de su filo era el que gritaba mi nombre y que, cuando la tuviera entre mis manos, nunca volvería a sentirme débil. Si era así de poderosa sin tocarla, ¿qué podría hacer cuando la empuñara?

Solo tenía que escalar un par de metros y, por fin, lo averiguaría.

—Voy a subir a por ella—le dije a Aleph.

Entre los bancos de madera frente al altar comenzaron a aparecer demonios. Tanto Aleph como yo contuvimos el aliento y nos pusimos en guardia. De repente había tres Vavs con máscaras negras, cinco Reshes con los ojos rasgados y las manos ardiendo, seis Tzadis con la cara llena de tatuajes; cuatro Yuds con el ojo derecho tapado con un parche. Todos eran igual de perfectos, igual de aterradores, y no había nada, absolutamente nada, que diferenciara a los que eran ilusiones de los que eran de verdad.

Estábamos perdidos.

—¿Qué pensáis hacer? —nos preguntó uno de los Shins mientras se acercaba hasta nosotros.

—¿No os acordáis de cuál es el séptimo mandamiento de la antigua fe? —preguntó uno de los Tzadis, esbozando una sonrisa burlona—. ¡No robarás!

Di un paso atrás y, cuando me choqué contra el retablo, uno de los Reshes me lanzó un sol. Aleph no tuvo tiempo de protegerme porque un Nuun enfurecido se abalanzó sobre él, y la bola de fuego me impactó en el brazo. Grité cuando las llamas me abrasaron la piel y, por unos segundos, el dolor me cegó.

«Vamos, Carmen, ¡no te rindas! —pensé—. ¡Hazlo por tu familia!».

Mi poder. Tenía que utilizar mi poder. *Sabía* cómo utilizar mi poder.

Miré a Aleph de reojo y, mientras los demonios se acercaban, levanté las manos. Después, todo ocurrió muy deprisa.

Pensé en mis primas, en Dancaire, en mis padres; pensé en Joaquín. Y, como si el caelestum de la espada me hubiera estado buscando, como si por fin hubiera encontrado el lugar al que pertenecía, me calentó la sangre de las venas. Los tatuajes dorados estallaron en mi piel y, convertida en un cegador haz de luz, solté un grito que provenía de lo más profundo de mi pecho.

Después, ataqué.

La explosión fue mucho más intensa que la del olivar, tanto que pensé que me dejaría sin fuerzas y me derrumbaría. Sin embargo, ni siquiera me notaba cansada porque mi gracia no tomaba la energía de mi cuerpo, sino de la espada del arcángel.

Bajé las manos y la luz de mis tatuajes se apagó al instante. A mi alrededor, todos los demonios habían desaparecido. Al parecer, ninguno de los matadores era de verdad. Todos eran ilusiones, y ya ni siquiera se escuchaba la terrorífica música del órgano.

Suspiré aliviada, pero cuando miré a Aleph, el corazón me dio un vuelco. Estaba en el suelo, su piel llena de quemaduras de oro. Y se las había provocado yo.

—¡Aleph! —lo llamé, agachándome a su lado.

No respiraba. ¡Joder, no respiraba! ¿Cómo no había pensado que mi gracia también le afectaría a él? ¡Ya casi estaba recuperado y no tenía dentro mi poder para protegerlo!

—No te mueras —musité, cogiéndole la cara—. Por favor, Aleph. ¡No te mueras!

Los sentimientos que había estado reprimiendo me explotaron en el pecho y por fin me di cuenta de hasta qué punto me importaba aquel estúpido demonio. Me daba igual que fuera el amante de Luzbel, que estuviéramos destinados a separarnos, que mi familia no lo entendiera; necesitaba que volviera a mirarme con aquellos ojos rojos que me tenían cautivada.

Los tatuajes de oro volvieron a brillar en mi piel, respondiendo a la intensidad del sentimiento que me desbordaba; y en ese momento lo supe.

La intriga y la atracción de los primeros días habían dado paso al cariño, a la preocupación, a la amistad y a la admiración; a algo mucho más intenso. Aleph me había demostrado, con el paso de los días, que hasta un demonio podía ser bueno, que podía luchar a su lado sin miedo. Él me había dado la llave para desbloquear mis sentimientos, y ahora era incapaz de controlarlos.

—Voy a curarte —le dije—. Voy a curarte como tú me has enseñado a hacer.

Llevé una mano hasta las heridas que mancillaban la perfección de su piel. Él emitió un leve gruñido y yo me quedé muy quieta. ¿Estaba vivo?

—Has pasado de querer apuñalarme a… a querer salvarme la vida —susurró—. ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Querer besarme?

Cuando abrió los ojos, sentí tanta felicidad que, si hubiera podido reírme, lo habría hecho a carcajadas.

—Idiota—le dije, intentando mostrarle lo aliviada que me sentía de volver a escuchar su voz—. Eres un idiota.

—Ya —me respondió él, esbozando algo parecido a una sonrisa—. Un idiota al que prefieres vivo.

Puse los ojos en blanco y Aleph se incorporó, tragándose el dolor de las heridas.

—No deberías…

—Coge la espada —me interrumpió—. Rápido.

La espada. Me había olvidado de ella. Cuanto antes la cogiera, antes nos marcharíamos de allí.

Asentí, pero, justo en ese momento, una descarga de dolor me atravesó y me hizo gritar. Era como si me hubieran clavado una daga en el abdomen, como si me estuvieran rompiendo todos los huesos a la vez. Era una auténtica tortura, y sabía quién me la estaba provocando porque ya la había sentido antes. Vav, el Torturador.

—Dime que no estabas intentando robar la espada —gruñó el demonio, con su voz áspera del Infierno, mirando fijamente a Aleph—. Dime que no eres tan estúpido.

Acababa de aparecer frente a nosotros, pero ni Aleph ni yo nos habíamos dado cuenta. ¿Sería el de verdad? ¿O se trataba de otra de las ilusiones de

Tzadi?

—Vav —musitó Aleph, suplicante.

El matador alzó la mano y, lanzándole un latigazo de dolor, le obligó a callarse. Esta vez era él, el Vav de verdad, no tenía ninguna duda.

—¿Qué tengo que hacer para que vuelvas a casa y entres en razón? —le preguntó Vav, muy serio—. ¿Matarla? Bien, pues acabemos con esto cuanto antes.

Una nueva descarga de dolor me desgarró las entrañas. Solté un aullido, pero lo que llegó hasta mis oídos fueron los gritos de Aleph. Él también estaba sufriendo la tortura del señor del Infierno, y nunca imaginé que eso pudiera dolerme tanto.

—Déjala —le pidió Aleph, desesperado porque no podía protegerme—. Por favor, Vav. Sé que me aprecias, sé que tú…

—Ya no sé qué siento hacia ti —le interrumpió el matador—. Te miro y solo veo a un traidor.

—¿Solo ves a un traidor? —le preguntó Aleph, luchando contra el sufrimiento que Vav le estaba provocando—. ¿Y no ves todo lo que hemos pasado juntos? ¿Tampoco lo que hice para salvarte de Miguel?

—¿Cómo te atreves a echarme eso en cara?

Aleph gritó de nuevo, desgarrado por el dolor, y sus preguntas quedaron suspendidas en el aire. Vav comenzó a caminar por el pasillo, sin dejar de torturarnos. Cuanto más se acercaba al altar, más daño me hacía su poder.

Toda yo temblaba, aterrada por no saber cuándo llegaría un nuevo latigazo invisible. Quería que parara. ¡Necesitaba que parara!

Me lloraban los ojos y me sentía humillada. ¿Cómo había llegado a creer que podría burlarme de los señores del Infierno? ¿Cómo había podido pensar que tenía alguna oportunidad de robar la espada del arcángel y vencer a Luzbel?

—Te falta una kinjara —me dijo el matador cuando se agachó junto a mí.

Me observó durante unos segundos, como si hubiera sacado un pez del agua y estuviera disfrutando de ver cómo se ahogaba, y después se bajó la máscara de tela que le cubría la cara. Su belleza era estremecedora y temible, como la de todos los demonios, pero en cada una de sus mejillas

había una herida en forma de palabra que las destrozaba en un horror infernal. *Angelus peccatoris*.

—Hacen falta dos dagas para hacer dos cicatrices —continuó, arrancándome la kinjara de la mano—. Es una lección que me enseñó Rafael cuando me marcó. Creo que es justo que ahora la aprendas tú.

El demonio me sujetó la cara y yo grité. Intenté levantarme, salir corriendo, pero el dolor me impedía moverme. Jamás había visto unos ojos tan llenos de odio. Aquella mirada, aunque del mismo color, nada tenía que ver con la de Aleph.

—¡Suéltame! —gruñí, desesperada.

Pero Vav me ignoró. Volví a gritar y, justo cuando la punta de la daga me rozó la piel, una flecha de oro surcó el aire y se clavó en el pecho del demonio. La cara se me llenó con su sangre.

—¡NO! —gritó Aleph, dolido, como si fuera a él a quien había alcanzado la flecha.

Micaela estaba entre los bancos de la capilla, el arco en alto, mirándome. El Tuerto y Averroes estaban tras ella. En el rostro de la chica había un orgullo despiadado, una cruel satisfacción que me hizo sentir algo de envidia. Era la primera humana que atravesaba el corazón de un señor del Infierno.

—¡Carmen! —me llamó el Tuerto. Su voz hizo eco en las bóvedas de la catedral, ahora silenciosa—. Coge la espada. ¡Ya!

Vav soltó la kinjara y se llevó las manos al pecho, como si no entendiera lo que estaba pasando. Estaba familiarizado con la muerte, pero no parecía reconocerla cuando él era la víctima. Casi sentí una punzada de lástima. Casi. Pero enseguida me levanté, cogí la kinjara y me limpié la sangre de la cara. Cuando el cuerpo del señor del Infierno se desplomó sobre el suelo, sin vida, encaré el retablo.

Sin embargo, en cuanto me guardé la daga en el fajín y puse un pie sobre el mármol preparada para escalar, escuché una voz que conocía muy bien, una voz de la que sabía que no podría librarme con facilidad. Tzadi.

—¿Buscas esto? —me preguntó.

Estaba sentado en el borde del templete, y tenía la espada de Miguel en la mano y una sonrisa burlona en los labios. A mi espalda comenzaron a

escucharse forcejeos, gritos, flechas que cortaban el aire. Sus ilusiones habían vuelto.

—La verdad es que no os creía tan listos como para engañarnos —continuó el Arlequín—. Todos buscándoos en Granada y resulta que estabais aquí, de viaje romántico por Córdoba.

—En realidad hemos venido a matar demonios —contraataqué—. Uno de los señores del Infierno ya ha caído, ¿quieres ser el siguiente?

Tzadi clavó los ojos llenos de ira en los míos y yo le sostuve la mirada. Era el de verdad; lo habría reconocido en cualquier parte. La espada me llamaba a gritos desde su mano, suplicándome que la salvara, pero el matador estaba en una posición ventajosa. Desde su altura, podía anticiparse a cualquiera de mis movimientos.

—Ah sí, el pobre Vav —musitó él. Cogió la funda de la espada, expuesta también en el templete, y como si no soportara observar su filo, la envainó —. Una lástima. Fue él quien torturó a Dancaire, ¿sabes? Al parecer tu mentor lloró como un niño cuando le arrancaron la piel.

Dancaire. Me quedé paralizada y todo a mi alrededor se detuvo de golpe. ¿Qué le habían hecho? ¿Lo habían matado? No, no podía ser. Era imposible. Dancaire estaba vivo, esperando que lo rescatara. Era uno de los engaños de Tzadi, una de sus formas de provocarme.

—¿Sabes que lo contó todo sobre ti cuando lo torturaron? —continuó el demonio—. Fue él quien le confesó a Vav que ibais a venir a Córdoba.

Estaba mintiendo, claro que lo estaba haciendo. No lo habían torturado. Dancaire no sabía que íbamos a desviarnos hasta Córdoba y, si lo hubiera hecho, jamás se lo habría contado a ningún demonio. Lo que Tzadi quería era entretenerme, provocarme, pero no estaba dispuesta a caer otra vez en su juego. Sabía que no estaba allí por la espada, sino por Aleph. Y no iba a ponérselo tan fácil.

—Lo más divertido de todo es que él se lo dijo a Vav —añadió—, pero ¿sabes quién me lo contó a mí? Tu querida prima Triana.

—Triana jamás se acercaría a ti.

—¿Eso crees? —me preguntó él—. Si quieres puedo darte detalles que demuestran lo cerca que ha estado de mí. El lunar que tiene en la parte interior del muslo derecho, por ejemplo.

Apreté el mármol del retablo con tanta fuerza que me hice daño en los dedos. ¿Cómo podía arrebatársela? ¿Cómo?

Miré al señor del Infierno a los ojos y, justo en ese momento, una flecha de oro se clavó en su hombro derecho. Él soltó un grito de dolor, dejó caer la espada y, después, desapareció.

Yo actué rápido.

Me bajé del retablo de un salto y recogí la espada del suelo. Por un segundo pensé que me rechazaría, que mi gracia no sería lo suficientemente celestial como para que me reconociera, pero en cuanto la rocé con los dedos supe que me equivocaba. Apocalipsis estaba hecha para mí, para que yo la empuñara, y enseguida sentí su poder recorriéndome el cuerpo como un torbellino, llenándome de una energía desconocida e infinita.

Me coloqué el cinto de la espada al hombro y busqué a Aleph con la mirada. Tenía la respiración entrecortada y los nervios a flor de piel. Cuando lo encontré, se me cortó la respiración. Tenía las manos apoyadas sobre las rodillas, como si intentara recuperar el aliento. Como Tzadi se había marchado, sus ilusiones habían desaparecido. Sin embargo, el Tuerto estaba de pie tras él, apuntándole a la espalda con una de sus flechas de caelestum. Y parecía a punto de disparar.

—¡Aleph! —grité sin pensarlo.

El demonio me miró y, cuando se dio cuenta del peligro que corría, desapareció y volvió a hacerse corpóreo justo detrás de mí.

—¡Carmen! —me llamó el Tuerto sin bajar el arco. Micaela y Averroes nos apuntaron también—. ¡Ven con nosotros!

Los ojos de Aleph estaban llenos de pena, de una súplica silenciosa, y yo me perdí en su interior. Por mucho que quisiera, por mucho que supiera que era lo correcto, no estaba preparada para irme con los Guardianes y abandonarlo. Todavía no.

—Vámonos —le susurré.

Él asintió y me rodeó con los brazos. Lo último que vi fue el cuerpo de Vav sobre un charco de sangre, al Tuerto mirándome con odio mientras me gritaba en silencio una palabra que, en el fondo, sabía que me merecía. Traidora.

Después, desaparecimos de la catedral.

21

aparecimos en una pequeña habitación con techos de madera, una cama con sábanas blancas y grandes ventanales cubiertos con cortinas. Los muebles estaban llenos de polvo y parecía antigua, casi abandonada; y eso era justo lo que necesitábamos, un escondite. Los dos teníamos el pulso acelerado, la respiración entrecortada, manchas de sangre en la piel. La espada del arcángel colgaba de su cinto en mi hombro, y las imágenes de todo lo que había ocurrido daban vueltas en mi cabeza. La muerte de Vav, la conversación con Tzadi, los Guardianes pidiéndome que me marchara con ellos.

Mi traición.

—¿Te ha dolido? —le pregunté a Aleph. Aunque me había dicho que ya podía utilizar su poder, estaba herido y parecía agotado.

—Un poco —me respondió, separándose de mí—, pero lo importante es que hemos podido escapar.

Asentí y, sin soltar la espada, me acerqué hasta los ventanales. Me dolía mucho la quemadura que Resh me había hecho en el brazo, pero en ese momento tenía otras preocupaciones. ¿Dónde estábamos? ¿Hasta dónde nos habíamos transportado? Abrí la boca para preguntárselo a Aleph pero, en cuanto aparté las cortinas, las palabras se me atascaron en la garganta. No necesitaba una respuesta.

Ya había amanecido y la luz grisácea del día teñía el paisaje. Justo frente a nosotros, reinando sobre una colina cubierta de frondosa vegetación negra, estaba la Alhambra. El palacio maldito. Aunque nunca la había visto, llevaba tantos años imaginándola por lo que decían de ella en los cuentos y leyendas que casi parecía conocerla. Sus muros se alzaban rojizos, imponentes, y por ellos crecían con una salvaje libertad cientos de iünas,

como si quisieran avisar a todo el que se atreviera a alzar la mirada que aquel lugar le pertenecía ahora al Infierno.

—Granada —musité sin apartar la vista de la Alhambra—. Estamos en Granada.

—Sí —confirmó Aleph con la voz cansada—. Cuando la Corte estaba aquí, esta casa era para mí una especie de refugio. Sigo viniendo de vez en cuando a estar tranquilo.

Observé el palacio en silencio durante unos segundos; sentía la emoción en el estómago. Desde fuera no parecía más que una fortaleza inmensa que vigilaba la ciudad con hastío, imperturbable ante el paso del tiempo. Sabía que entre sus muros se escondía el misterioso Tesoro de los Ángeles. ¿Qué sería aquello que asustaba al mismísimo rey de los demonios? No iba a tardar mucho en averiguarlo.

—¿Hay alguna forma de entrar en la Alhambra sin ser descubierto? —le pregunté a Aleph ansiosa. Luzbel podía tomar represalias contra mi familia por la muerte de Vav, así que tenía que darme prisa.

Lo único que recibí como respuesta por parte de Aleph, sin embargo, fue silencio. Fruncí el ceño y me di la vuelta para mirarlo. Se había sentado en la cama y tenía la vista fija en el suelo, la cabeza apoyada en las manos.

—¿Aleph?

Di un paso hacia delante, aferrando la espada con más fuerza, pero justo en ese momento, Aleph alzó la cabeza. Al ver lo que le pasaba me quedé muy quieta, confusa.

Estaba llorando.

Jamás habría imaginado que vería a un demonio llorar. El color de sus ojos provenía del Infierno, pero la pena que había en su interior era muy humana; una pena que se me clavó dentro como el arma más afilada. Un par de lágrimas le mojaban las pestañas y le acariciaban las mejillas, humedeciéndole las heridas doradas que mi poder le había provocado, descubriendo con lentitud la belleza de su rostro. Había una intimidad casi sagrada en aquel acto de dolor, una muestra de vulnerabilidad tan bella y delicada que me llenó la garganta de espinas.

Solté la espada de Miguel y me agaché para que nuestras caras quedasen a la misma altura. No podía apartar la mirada de sus ojos, que parecían

cubiertos de un fino y brillante cristal. Casi podía sentir la sal de sus lágrimas en mis labios.

—Lo han matado —me dijo, apartando la mirada como si estuviera avergonzado—. Vav está muerto.

Sabía que mi lugar estaba junto a los ángeles, junto a los Guardianes, y, a pesar de todo, me encontraba allí, de rodillas frente a un demonio, buscando consolarlo por una muerte de la que me alegraba.

—Lo sé —musité.

—Era… era mi hermano.

Como no sabía qué decir, alargué la mano y, con mucha delicadeza, le sequé las lágrimas. Me dolía verlo así, me dolía sentirme identificada con su tristeza, pero, a la vez, me sentía una privilegiada. ¿A cuántas personas habría dejado ver su parte más rota? ¿Luzbel también lo habría visto llorar?

—Sé lo que se siente —susurré sin apartar la mano de su rostro.

—¿Y cómo se supera? —me preguntó él, mirándome de nuevo. En su voz no solo había desesperanza, también la admiración profunda de quien habla con quien ya ha pasado por aquello que le está destrozando—. ¿Cómo consigues que deje de doler?

Aunque sabía que Aleph había conocido el dolor más intenso, que el peso que llevaba sobre sus hombros debía de ser descomunal, me di cuenta de que quizás jamás había experimentado algo tan mortal como la pérdida de un ser querido. Los demonios estaban acostumbrados a la muerte, pero no a la suya propia, no a la de sus hermanos. Ni siquiera los ángeles habían podido acabar con ellos.

Quería engañarlo, decirle que lo olvidaría y que todo lo que le estaba oprimiendo el pecho desaparecería, pero no fui capaz de hacerlo. Mentirle me parecía cruel e innecesario, una falta de respeto a la confianza que él, al mostrarse frágil ante mí, me estaba demostrando.

—No se supera —le respondí con un hilo de voz—. Solo aprendes a vivir con el dolor.

Aleph cerró los ojos y apoyó el rostro en mi mano, como si el contacto con mi piel lo calmara. Estaba conteniéndose para no llorar más, luchando por volver a levantar sus barreras. Él mismo me había contado que el

Creador les había dado sentimientos, pero hasta entonces no había entendido lo que eso implicaba.

—Vav no siempre fue como tú lo conocías —me explicó—. Él… él se corrompió.

Durante unos segundos, entre nosotros solo hubo silencio. Aleph volvió a abrir los ojos y yo aparté la mano, invitándolo a seguir hablando. Sabía que lo que estaba a punto de contarme era importante, doloroso, y quería compartir la carga con él. En lo bueno y en lo malo, éramos un equipo.

—El castigo del Creador nos afectó a todos de formas distintas —continuó—. Cuando nos expulsaron del Cielo, sufrimos unos tormentos terribles que nos cambiaron para siempre. El odio nos consumió tanto que hasta nuestra apariencia y nuestro poder se volvieron crueles. Nosotros nos volvimos crueles.

—Tú no eres cruel.

—Soy como todos los demás, Carmen. He hecho cosas que te horrorizarían.

—Yo no te veo como a todos los demás.

Había odiado a Aleph con todas mis fuerzas, lo había odiado tanto que hasta había deseado matarle, pero él me había demostrado que el amor podía ser más fuerte que el odio, que podía haber belleza en el Infierno, que hasta un corazón de piedra podía albergar un resquicio de fe y esperanza.

—No sabes todo lo que he hecho —insistió él, la voz empapada de arrepentimiento—. Antes de conocerte, yo…

—Aleph —le interrumpí—. Me da igual.

Y lo decía de verdad. Estaba dispuesta a abrazar su pasado, a perdonar a sus fantasmas. No quería que el odio lo corrompiera y acabara siendo como el resto de demonios; no quería que terminara como yo, consumido por la pérdida.

—Quédate con los recuerdos bonitos —le dije, dándole el consejo que me habría gustado escuchar a mí cuando se llevaron a mis padres—. Olvídate de todos los demás.

—¿Y si tengo pocos?

—Entonces guárdalos como un tesoro y asegúrate de que no se marchen nunca.

Me miraba con mucha intensidad, tanta que sentía estar a punto de salir ardiendo. Nuestros rostros estaban muy cerca y notaba su respiración en la piel, con su olor dulce e intenso envolviéndome como una manta en invierno. Me humedecí los labios y él, casi sin darse cuenta, bajó los ojos hasta ellos. Las piernas me temblaban, el cuerpo entero me ardía de pura necesidad. Aleph parecía a punto de descontrolarse, y si no hubiera sido porque sabía que era imposible, que yo no le interesaba de esa forma, habría pensado que hasta me deseaba.

Pero, por supuesto, no lo hacía.

—Deberíamos ir a buscar algo de comer —susurró, rompiendo de golpe el momento de intimidad que compartíamos—. Necesitamos coger fuerzas.

Se levantó de la cama y yo sentí que me quedaba sin aire, que sin el calor de su cuerpo cerca jamás dejaría de sentir frío.

—¿Vienes? —me preguntó, cubriéndose la cabeza con la capucha de la capa de lana.

Sentí una oleada de decepción al darme cuenta de que, probablemente, lo que acabábamos de vivir no iba a repetirse. Él se había dejado llevar por el dolor de la pérdida de su señor y compañero, yo había sido su apoyo momentáneo. Él era un demonio, yo una estúpida y mortal humana que se había cruzado en su camino. Aquella amistad, aquel inesperado equipo, tenía las horas contadas.

—Sí —le dije, poniéndome en pie—. Voy.

Si él volvía a ponerse la coraza, yo pensaba hacer lo mismo.

Lo primero que hicimos al salir de nuestro escondite en el Albaicín, el barrio en el que se encontraba la pequeña casa, fue lavarnos en un arroyo. Nuestra piel estaba llena de polvo, sangre y sudor, y no queríamos llamar la atención. Después, ya limpios y despejados, nos adentramos en el laberinto de la ciudad.

Aunque aún era temprano, las calles estaban llenas de vida. La taifa de Granada era conocida por sus múltiples y extensos campos de cultivo —que iban desde el tabaco hasta las frutas más dulces—, así que la vida de sus ciudadanos giraba en torno al campo.

—¡Tengo tomates, niña, tomates! —gritaba un comerciante desde uno de los puestos ambulantes llenos de frutas y verduras de color negro—. ¡Hoy las berenjenas están a buen precio!

Al contrario de lo que siempre había pensado, la vida en Granada era tan normal como en el resto de las taifas. Casi nadie parecía recordar que la Alhambra los estaba observando. Y, aunque las consecuencias de la guerra eran aún palpables en edificios y fachadas, la preocupación de los granadinos era la misma que la de los sevillanos o cordobeses: sobrevivir, buscar un resquicio de felicidad en la miseria.

Hacerlo, sin embargo, no resultaba fácil.

—¿A dónde vamos? —le pregunté a Aleph al ver que pasábamos de largo por todos los puestos de comida que hacían que me rugiera el estómago—. Pensé que íbamos a comer.

—Es una sorpresa —me respondió él.

Caminamos en silencio durante unos minutos, observándolo todo por debajo de la capucha de nuestras capas. Nadie parecía reparar en nosotros, dos forasteros que solo estaban de paso, y nosotros tampoco reparamos en nadie. Estábamos inquietos, nerviosos, alerta. Luzbel sabía que nuestro destino final era Granada y sus dragones podían estar esperándonos. Además, después de lo que los Guardianes le habían hecho a Vav en Córdoba, debía de estar enfadado. *Muy* enfadado. No podíamos bajar la guardia, no cuando estábamos tan cerca del final de nuestro viaje.

Dejamos atrás un par de plazas abarrotadas y, sorteando a los vendedores ambulantes y clientes, llegamos hasta una calle estrecha saturada de tiendas. Aunque había una algarabía de voces y gritos, unas campanas comenzaron a sonar con fuerza y se tragaron el ruido. Un escalofrío me recorrió la espalda al escuchar su sonido de bronce; la catedral debía de estar cerca. Apóstatas, dragones, caciques y nobles yendo a misa. Peligro.

—Ven —me dijo Aleph, cogiéndome la mano—. No te separes de mí.

Cuando noté la suavidad de su piel me puse muy tensa. No estaba acostumbrada a que me cogieran la mano, pero al darme cuenta de que la sensación era agradable, de que me gustaba sentir que de alguna forma estábamos unidos, me relajé.

—¿Dónde estamos? —le pregunté cuando las campanas dejaron de repicar.

—En la Alcaicería —me respondió él—. Es el mercado más importante de Granada.

Había colores por todas partes y olía a incienso y a especias, a cuero, a pan recién hecho y a dulces. Todo estaba impregnado de una cotidianeidad que, aunque no me había dado cuenta aún, echaba mucho de menos. ¿Dónde había quedado mi trabajo como cigarrera? ¿Dónde estaban ahora las noches en la taberna de Lillas Pastia, las madrugadas de entrenamiento con Joaquín y Dancaire, las tardes con mis primas lavando la ropa en el río? ¿Qué había pasado con mi vida?

—¡Muchacho! —nos gritó un tendero de rostro arrugado y pelo entrecano, fijándose en nuestras manos entrelazadas—. ¿No quieres regalarle un anillo a tu novia? Tengo la mejor plata de las taifas, traída de las minas de Huelva.

De repente, regresé a la realidad. Y ese comentario me sacó una sonrisa.

—Eso —le dije a Aleph, picándole—. Regálale un anillo a tu novia.

Él me miró de reojo y, aunque fue durante un instante muy fugaz, lo vi sonreír. Ignoré las mariposas que eclosionaron dentro de mi estómago y fingí que lo que notaba no era más que un hambre voraz.

—Si pusiera un anillo en el dedo de mi novia —me respondió él—, estoy seguro de que me apuñalaría. Ya lo ha hecho otras veces.

Dejamos atrás al tendero de los anillos y, tras girar un par de veces en aquel laberinto de sensaciones, nos detuvimos. Sobre nuestras cabezas, de fachada a fachada, los comerciantes habían colgado farolillos hechos de tela que, supuse, llenarían el mercado de luces de colores en cuanto cayera la noche.

—Espérame aquí —me pidió Aleph, llevándome hasta un recoveco que quedaba entre una esquina y un puesto de telas—. No te muevas.

Se marchó sin darme tiempo a soltar una queja y fruncí el ceño. Esperaba que no se hubiera pensado mejor lo del anillo porque, en efecto, lo apuñalaría. Otra vez.

Me apoyé contra la pared con algo de inquietud y, justo en ese momento, lo sentí; una ligera incomodidad, una inexplicable sensación de peligro.

Alguien me observaba. Oteé algo tensa la multitud, pero no vi nada extraño. ¿Me estaba volviendo loca? ¿Y si no era más que mi propia mente jugándome una mala pasada?

Me llevé una mano hasta el fajín donde llevaba escondida la kinjara, y me preparé con disimulo para defenderme. Sin embargo, un segundo después, Aleph volvió a mi lado y la inquietud desapareció de golpe, como si nunca hubiera estado ahí.

—Tengo una sorpresa para ti —me dijo entusiasmado—. Cierra los ojos.

—No me gustan las sorpresas.

—Esta te va a gustar. Hazme caso.

Chasqueé la lengua con fastidio, pero terminé haciéndole caso.

—Abre la boca —me pidió.

—Pero ¿qué…?

—Abre la boca, Carmen.

Suspiré, fingiendo que estaba molesta y no intrigada, y después separé los labios. Podía sentir su cuerpo muy cerca del mío, tanto que casi notaba los latidos emocionados de su corazón. ¿Y si, de repente, me besaba? Madre mía, ¿qué iba a hacer si me besaba?

—¿Estás preparada? —me preguntó. Aunque no podía verlo, sabía que estaba sonriendo.

—Depende de para qué.

A modo de respuesta, Aleph depositó entre mis labios algo dulce, un poco pegajoso, y mi paladar lo reconoció al instante.

«¿Cuál es tu comida favorita?», me había preguntado en aquella taberna de Sevilla.

«Los dátiles», le había respondido yo.

El fruto se deshizo en mi boca y casi me entraron ganas de gemir de placer. Tenía el sabor exacto que recordaba, un lujo que muy pocas personas se podían permitir. Pero lo que de verdad hizo que me derritiera fue pensar que Aleph había recordado mis palabras, que me había llevado hasta allí solo para hacerme feliz.

—No te habrán visto comprarlos, ¿verdad? —inquirí.

—No los he comprado —me respondió él orgulloso—. Tal y como tú me has enseñado, los he robado.

Sonreí y, aún con los ojos cerrados, volví a abrir la boca. Había algo morboso y excitante en el hecho de que fuera él quien me colocara los frutos sobre la lengua, de que los metiera con delicadeza entre mis labios, de que a pesar de estar rodeados de gente, nos sintiéramos solos.

Aleph levantó la mano de nuevo, pero esta vez no fue un dátil lo que sentí en la boca, sino una caricia. ¿Qué estaba haciendo? Dejé que sus dedos recorrieran la silueta de mis labios durante unos segundos y después, solo después, me atreví a abrir los ojos.

Me estaba mirando la boca y en su rojo había fuego, deseo y sangre; gula, lujuria y peligro. Estaba muy cerca de mí, tanto como lo habíamos estado en la habitación. Tenía la respiración acelerada y parecía incapaz de apartarse de mí. Si no me besaba, iba a terminar haciéndolo yo.

—¿Quieres más? —me tentó él, subiendo la mirada hasta mis ojos.

—Sí —le respondí, sin saber a qué se estaba refiriendo.

Aleph me colocó un rizo detrás de la oreja, ocultándolo bajo la capucha, y después me acarició la mandíbula. Sentía un fuego intenso ardiendo en las entrañas, una excitación que hacía que me temblaran las piernas. Entorné de nuevo los labios, esta vez deseando degustar su boca, pero él se quedó muy quieto y giró la cabeza, alerta.

—¿Qué pasa? —le pregunté, tensa y decepcionada.

Aleph me indicó que guardara silencio y, después, sin decir nada, me empujó detrás del puesto de telas. Solo me dio tiempo a ver a dos dragones aparecer en el mercado, ambos con el rostro muy serio y las manos llenas de tatuajes. ¡Mierda! Nos estaban buscando. Tenían que estar buscándonos.

—Vámonos —susurró Aleph.

Asentí y, de la mano, desaparecimos del mercado. Aún tardaríamos en darnos cuenta de que habíamos sido demasiado ilusos, de que fingir normalidad era una locura, de que habíamos estado tan absortos el uno en el otro que habíamos cometido una estupidez.

Porque alguien nos había visto.

Estaba tumbada en la cama, observando como la figura de la Alhambra recortaba el cielo de color ceniza, echándole un pulso silencioso tanto a ella

como a sus secretos. Acabábamos de volver del mercado y, como nos habíamos comido los dátiles que había robado Aleph, tenía un sabor dulce y empalagoso pegado a los labios, un sabor que ahora siempre me recordaría a él.

—Tenemos que ir a la Alhambra cuanto antes —le dije.

No podía dejar de pensar en lo que me había dicho Tzadi sobre Dancaire y Triana, en lo que Luzbel podría hacerle a mi familia cuando se enterara de lo que le había pasado a Vav. ¿Y si ya los estaban torturando? ¿Y si estaban sufriendo? Tenía que conseguir el maldito Tesoro de los Ángeles antes de que fuera demasiado tarde.

—Antes tenemos que descansar —me respondió él, tumbado a mi lado —. Para entrar al palacio maldito y enfrentarte a sus peligros necesitas disponer de toda tu energía. Usaste tu poder en Córdoba, así que no pienso llevarte a la Alhambra hasta que hayas dormido un poco.

Le lancé una mirada asesina y él me la sostuvo, como si no estuviera dispuesto a perder esa batalla. Odiaba que tuviera razón.

—Eres insoportable —le dije.

—Te llevaré mañana, en cuanto amanezca —insistió, zanjando el tema.

Nos quedamos callados, tumbados el uno junto al otro. A pesar de que la preocupación por mi familia me quemaba por dentro, sentía una extraña satisfacción al pensar que todavía no tenía que despedirme de él. En cuanto pusiera un pie en la Alhambra, la orden de Joaquín se rompería y él sería libre de nuevo, podría volver junto a Luzbel y sus hermanos. Aquellas eran nuestras últimas horas juntos y lo último que me apetecía, aunque eso no pensaba decírselo, era que las pasáramos descansando.

—No irás a dormir conmigo en la cama, ¿verdad? —le pregunté.

—Te recuerdo que ya hemos dormido juntos.

—Y la experiencia fue horrible.

Horrible no era el adjetivo que mejor lo definía, pero no quería que él se enterara de lo que había sentido en realidad teniendo su cuerpo tan cerca del mío.

—¿Por qué fue horrible? —inquirió él, esbozando una sonrisa divertida.

—Para empezar, porque desprendes *mucho* calor. Dormir a tu lado es como dormir pegada a un sol.

—Eso no pareció importarte cuando estabas congelada.

—Porque te necesitaba —le respondí—. Si no lo hubiera hecho, habrías dormido bien lejos de mí.

—Así que me necesitabas, ¿eh?

Puse los ojos en blanco y él sonrió. ¿Por qué tenía que ser tan exasperantemente atractivo? ¿Por qué disfrutaba tanto crispándome los nervios? En el fondo, aunque no quisiera reconocerlo, iba a echarlo de menos. Me había acostumbrado tanto a su compañía, a su olor y al sonido de su voz, que cuando no lo tuviera cerca sentiría que me faltaba una parte. Una importante.

—¿Sabes una cosa? —preguntó él de repente, sus ojos clavados en los míos—. No he dejado de pensar en lo que me dijiste esta mañana sobre los recuerdos. ¿Cómo se hace?

—¿El qué?

—Guardarlos, asegurarte de que no se marchan nunca. Tengo muchos de los que no me gustaría desprenderme.

—Puedes decirlos en voz alta —le dije—. Cuantas más veces los cuentes, más difícil será que los olvides.

Aleph se quedó callado, mirándome con intensidad. Nunca había visto la luna, pero me imaginaba que habría brillado como él; con una hermosa luz pálida capaz de iluminar mis noches más oscuras, como hecha de plata y misterio.

—¿Puedo contarte uno? —me pidió casi en un susurro—. Un recuerdo bonito. Es muy reciente, pero no quiero olvidarlo.

Asentí, sintiendo que me derretía por dentro. Quería saberlo *todo* sobre él.

—Salí del Infierno odiando a los hijos de Adán —me contó como si al decirlo se estuviera liberando—, echándoles la culpa de todo lo que nos había pasado. Mis castigos allí tuvieron mucho que ver con ese odio, y te mentiría si te dijera que, cuando escapamos, no disfruté haciéndoos daño. Saboreé la guerra y sus consecuencias, saboreé la tortura de los ángeles y la masacre a los humanos. Al menos hasta que me di cuenta de lo desgraciado que eso me hacía, de lo mucho que me entristecía ver en lo que nos

habíamos convertido. Todo por lo que habíamos luchado durante años dejó de tener sentido.

—¿Luchar? —le pregunté algo sorprendida. No quería interrumpirlo, pero tampoco quedarme con la duda—. ¿Por qué luchabais?

—Por justicia, por libertad. Por todo aquello que se suponía que caracterizaba a quienes nacimos en el Cielo.

Justicia. Libertad. Qué extrañas sonaban esas palabras en labios de un demonio, y qué poco me costaba creérmelas de los de Aleph. Hasta ese momento no me había planteado que los demonios hubieran podido actuar por defender una causa, que su castigo no se debiera solo a la envidia que Luzbel le tenía al Creador.

—¿Y por qué vuestra lucha dejó de tener sentido?

—Porque hasta el rey cambió tras el Infierno —me respondió él, sus ojos llenos de recuerdos—. Siempre fue un soñador, un rebelde, el ángel más espléndido y luminoso, pero se convirtió en todo aquello que siempre habíamos querido destruir. —Se pasó la mano por el pelo y su voz se volvió un poco más grave, como si estuviera agotado—. Pasé de contárselo todo a mentirle constantemente, a ocultarle quién era para no desatar la maldad que había conquistado su corazón. Cuando lo miraba, cuando me acostaba con él, ya no lo reconocía. Había dejado de ser el Luzbel del que me enamoré.

Aunque ya lo sabía, cuando Aleph dijo en voz alta que se acostaba con el rey de los demonios, la chispa de los celos se convirtió en una llamarada en mi interior. No quería pensar en ellos dos juntos, abrazados, besándose; dándose todo aquello que yo ansiaba y no podía tener. No quería recordar que Aleph nunca iba a ser mío.

—¿Y qué hiciste? —le pregunté, forzándome a olvidar las imágenes que habían aparecido en mi mente.

—Cumplir con mi papel de soldado, como siempre, pero más como una obligación que como un ideal. —Bajó la vista hasta sus manos, como si pudiera ver las manchas de sangre, y después volvió a llevarla hasta mis ojos—. De repente lo perdí todo, Carmen, incluida la fe, la esperanza y el amor que siempre me habían empujado a seguir hacia delante. No podía

dejar de ser un demonio, pero tampoco volver al Cielo, así que mi eternidad dejó de tener sentido.

—¿No se suponía que ibas a contarme un recuerdo bonito?

—Aún no he terminado —me indicó él—. Mi vida se había convertido en un laberinto de crueldades sin sentido, en un bucle de odio y rencor, sí… Y entonces apareciste tú.

Se metió la mano en el fajín, como si fuera a desenvainar un arma, y yo me quedé muy quieta. ¿Qué estaba haciendo? Aunque en un solo segundo me imaginé cientos de escenarios, nada podría haberme preparado para lo que vi después. *Nada*.

En la mano, destrozado, seco y sin color, Aleph tenía el clavel que había hecho en el callejón del Agua. Mi clavel.

—Desde la luz no se puede ver lo que hay bajo la oscuridad, pero desde la oscuridad sí se puede ver lo que hay bajo la luz —continuó—. Quizá por eso, el brillo de tu alma llamó mi atención desde la primera vez que nos encontramos. Eras… eras como una estrella, pero lo que me cautivó fue ver que te enfrentabas a Tzadi, que recibías latigazos por defender a tu familia, que te sacrificabas por *amor*. En ese momento me di cuenta de que había encontrado a alguien que luchaba con la misma pasión que mi yo de antaño; alguien que me recordó todo aquello que me importaba antes del Infierno.

No entendía lo que estaba pasando, lo que estaba diciendo. Alternaba la mirada del clavel a sus ojos y el corazón me latía muy deprisa. Era incapaz de pensar con claridad.

—Quise olvidarme de ti, de tu alma, pero me fue imposible. Al día siguiente volvimos a encontrarnos en la Fábrica. Te llevé al callejón del Agua porque me intrigabas, Carmen, y ahí descubrí uno de tus secretos; que tenías una gracia de los ángeles. Debería haberte delatado, haber acabado contigo, pero no lo hice. Eras un peligro para mí, para mis hermanos y para mi rey, y aun así no podía dejar de pensar en ti. Por eso te busqué. Te seguí y, cuando descubrí que ibas a cometer la locura de colarte la fiesta del Alcázar, decidí protegerte. Ni siquiera yo lo sabía entonces, pero… fuiste la razón por la que volví a tener esperanza.

—¿Esperanza en qué? —le pregunté con un hilo de voz.

—En que el mundo podía ser un lugar mejor, en que yo podía ser mejor. Tú volviste a darle sentido a mi existencia.

¿Sentido a su existencia? Pero ¿de qué estaba hablando?

—Que Joaquín nos enviara juntos a Granada casi parecía una señal del destino, porque yo no estaba dispuesto a separarme de ti. Es verdad que resultaste ser exasperante, terca, borde y desconfiada… pero también la criatura más increíble que he conocido nunca. Hiciste que me enamorara de los humanos y que por primera vez pensara que, si todos se parecían en algo a ti, merecían ser salvados.

Me apartó un rizo rebelde de la cara y dejó la mano ahí, junto a mi mejilla. Su piel estaba caliente, como siempre, tan suave como el terciopelo. Cuando me acarició el lunar que tenía debajo del ojo, mi cielo vacío se llenó de estrellas.

—Esto no tiene ningún sentido —susurré. Su piel sobre la mía hacía que me olvidara de respirar—. Sabes que estamos destinados a enfrentarnos. Mientras yo viva, tú nunca podrás volver al Cielo.

—Carmen —dijo él, acariciando mi nombre con los labios—. Tú eres el único Cielo que necesito.

Llevó sus dedos hasta mi boca, y yo me estremecí. Todo mi cuerpo gritaba su nombre, incapaz de aguantar un segundo más la necesidad que tenía de él. Acababa de confesarme que yo le gustaba —¡que *YO* le gustaba!—, y todo lo que alguna vez me había importado se volvió insignificante.

—Voy a besarte —anunció en voz baja.

En ese momento sentí como si el sol hubiera vuelto a brillar en el cielo, como si pudiera volver a reír, vivir dentro de un hermoso sueño. En ese momento sentí música en la sangre de mis venas.

—¿Es una amenaza? —le pregunté, el estómago encogido de nervios y excitación.

—Una advertencia, más bien.

Lo único en lo que podía pensar era en Aleph, que me miraba con sus preciosos ojos del color de la grana; Aleph, que se inclinaba lentamente y acercaba su rostro al mío; Aleph, que detuvo el tiempo besando mis labios.

Su boca era fuego y porcelana, plata y terciopelo, jazmines y claveles. Perdió sus manos en mi pelo y yo, que había fantaseado con ese momento desde la primera vez que lo vi, cerré los ojos y me dejé llevar. Sabía a dátiles y a sal, a amor y a peligro, a la manzana prohibida por la que Eva había sacrificado el Paraíso.

—Carmen —susurró, arrastrando los labios hasta mi oreja.

Un escalofrío de placer me recorrió la espalda. Quería que volviera a decirlo, que lo repitiera hasta desgastarlo, porque de sus labios jamás me cansaría de escucharlo. Él era el arma, la herida y la cura; el veneno y el antídoto. Él era todo lo que siempre, sin saberlo, había estado esperando.

—Ven aquí —me pidió, separándose de mí.

Se recostó sobre la cama y yo lo miré. Me observaba con deseo, como si no pudiera aguantar más de un segundo sin tocarme, y parecía más peligroso que nunca, más hermoso y letal. No podía creerme que, aunque fuera solo por un día, quisiera ser mío.

—Primero desnúdate —le ordené.

—De eso nada —me desafió él—. Déjame controlarte esta noche, Carmen. Deja que sea yo quien mande.

¿Controlarme? ¿Cuándo había sido la última vez que había dejado que alguien tuviera control sobre mí?

—Está bien —acepté casi en un susurro—. ¿Qué quieres que haga?

—Primero, quítame la ropa muy muy lentamente.

Aunque quería arrancársela, abalanzarme sobre él y dejar que la pasión nos consumiera, gateé sobre la cama con delicadeza, sin apartar los ojos de los suyos, y comencé a desvestirlo. El corazón me latía con fuerza en el pecho, en el vientre, en los oídos. Tenía tantas ganas de él que hasta me temblaban las piernas.

—Muy bien —suspiró él cuando le quité la camisa, el pantalón, el dolor y el odio. Aun con las heridas doradas que mi poder le había provocado, su cuerpo era perfecto—. Ahora, quítatela tú.

Obedecí, hipnotizada por su voz, por aquella sensación de confianza tan nueva para mí, por su olor. Poco a poco me quité la ropa, descubriendo mi cuerpo ante el demonio mientras él me devoraba con la mirada. Tanto su

excitación como la mía se hicieron más visibles, más intensas, casi insoportables.

—Eres aún más hermosa de lo que pensaba —musitó.

No tuve tiempo de decir nada porque volvió a besarme y me tumbó sobre la cama. Sus manos recorrieron mi cuerpo como si no pudieran creerse que por fin lo estuvieran tocando, y cuando sus dedos se colaron entre mis piernas, gemí. Ya me había convertido en agua cuando comenzó a moverse en mi interior, a acariciarme, a acelerar mi respiración.

—Aleph —ronroneé, concentrada en el placer que sus dedos me provocaban, clavándole las uñas en la espalda, en el lugar en el que comenzaban las cicatrices de sus alas.

—He fantaseado con este momento desde el día en que te conocí —musitó.

—¿Con qué, exactamente?

—Con esto —murmuró, bajando la boca hasta mis pechos, deteniéndose a besarlos, a degustarlos, a dejar que su lengua jugueteara con mis pezones —. Y con esto.

Comenzó a descender por mi vientre, dejando un rastro de fuego en el camino, y yo me mordí la lengua para no gritar. Sabía que cuando nos separáramos me pasaría la vida entera buscando aquellas manos en todas las que me tocaran, aquellos besos en otros labios, y nunca los encontraría.

—Y también con esto —me dijo, besándome entre las piernas.

Suspiré con fuerza y él introdujo la lengua en el lugar exacto en el que unos segundos antes habían estado sus dedos. Era imposible que moviera la boca tan bien como las manos, que supiera provocarme placer de la manera que se propusiera. Observaba desde abajo cómo me contraía, sus brazos alrededor de mis muslos, y disfrutaba de mi placer. Aleph no era humano, en sus venas había lujuria y fuego y un deseo incontenible y milenario, y parecía dispuesto a demostrármelo.

Estaba a punto de estallar cuando él, esbozando una pícara sonrisa, se separó de mí. Volvió a recostarse en la cama, los labios aún sedientos de mí, y no tuvo que decir nada para que entendiera su orden, para que supiera qué era lo que quería que hiciera. Me humedecí los labios y comencé a besarle

el torso, deteniéndome en su abdomen sin ombligo, haciéndole cerrar los ojos de puro placer anticipado.

—¿Es esto lo que quieres que haga? —le pregunté, llevando los labios hasta su dura excitación.

Él asintió, aún con los ojos cerrados, y yo procedí a devolverle con la boca el placer que me había dado, a disfrutar de su sabor, de su suavidad, de verle perder la cordura con mis movimientos.

—Sí —gimió, agarrándome del pelo para tener el control—. Sí, joder.

Yo, excitada por su placer, por ver cómo se le aceleraba la respiración y temblaba con espasmos incontrolables en mi lengua, me dejé hacer. Él marcaba el ritmo y yo subía y bajaba, introduciéndolo cada vez más hondo en mi garganta, saboreándolo. Sus suaves gemidos hacían que casi pudiera sentir su gozo en mi propio cuerpo.

Me sentía poderosa, con un fuego devorándome las entrañas, con la humedad de un océano en todos mis rincones.

—Sigue —me ordenó él, hundiendo los dedos entre mis rizos—. Lo estás haciendo muy bien.

No podía apartar la vista de su rostro porque, poco a poco, su máscara de misteriosa tranquilidad se fue transformando en una mueca de peligro, de pasión, de Infierno lujurioso y descontrolado. Me gustaba, me gustaba mucho. Era como estar viéndolo arder, y era mi boca la que provocaba sus llamas. Por primera vez no solo lo reconocí como demonio, sino que me excitó saber que lo era. Cuanto más dentro lo llevaba, cuanto más jugueteaba con la lengua, más le costaba a él respirar.

—Ven aquí —me ordenó con la boca entreabierta y los ojos brillantes cuando su deseo de mí se hizo incontrolable—. Necesito follarte, Carmen. No puedo más.

Y yo, que había prometido obedecer, asentí. Había disfrutado mucho teniéndolo en mi boca, pero sabía que más iba a hacerlo cuando lo tuviera dentro, cuando sintiera su calidez en lo más hondo de mi ser. Me coloqué sobre él, la boca empapada de su sabor, y nos miramos fijamente. No tuvo que esforzarse mucho por entrar, mi cuerpo estaba ansioso por sentirlo, más preparado que nunca para el placer.

—¿También fantaseabas con esto? —le pregunté, cerrando los ojos para disfrutar por completo de tenerlo dentro.

—Ni te lo imaginas.

Comencé a moverme sobre él, primero con lentitud, después con rapidez. Él acompasó sus caderas a las mías, y las suaves embestidas del comienzo terminaron por volverse salvajes.

—Carmen —suspiró él, clavando los dedos en la carne de mis muslos—. Ayúdame a borrar todo lo anterior. Creemos recuerdos nuevos.

¿Crear recuerdos nuevos? ¿Juntos? ¿Y si aquello, a pesar de todo, no era un final?

—Dime que sí —jadeó él, acelerando el ritmo.

—Sí —musité, sin pensarlo.

Él gimió y yo, que no podía aguantar más, estallé de placer y grité con fuerza, dejando que su fuego consumiera mis entrañas.

—Sigue —me ordenó, perdido en los movimientos de mi cuerpo—. Joder, no pares.

Me buscó las manos y yo, derribando todas mis barreras, dejé que me las cogiera. No había una sola parte de mi cuerpo que no quisiera que fuera suya, ni una sola que no estuviera dispuesta a compartir con él.

—¡Aleph! —grité, deshaciéndome.

Y así, en aquella habitación escondida entre mi Cielo y su Infierno, borrachos de placer y esperanza, permití que alguien por primera vez entrelazara sus dedos con los míos.

22

El día dio paso a la noche y esta de nuevo al día, volviendo a traer la oscuridad en un suspiro. Nosotros ni siquiera nos dimos cuenta.

Estábamos tan centrados en explorarnos el uno al otro que nos olvidamos del mundo exterior. A través de las caricias y los besos aprendimos dónde estaban nuestros puntos de placer, y como Aleph no parecía cansarse nunca, las horas se transformaron en segundos.

—¿Te he dicho ya lo preciosa que eres? —me preguntó Aleph.

Las sombras de la noche se colaban de nuevo por los ventanales, pero no me importaba. No me importaba ni dormir, ni comer, ni la espada de Miguel aún tirada en el suelo. Solo podía mirar a Aleph, tumbado en la cama frente a mí, completamente desnudo. Si a la Carmen del pasado le hubieran dicho lo que iba a pasar, se habría horrorizado. A la del presente, sin embargo, le parecía que aquello estaba bien, que no existía otra forma de ser feliz.

—No me lo has dicho —le respondí, fingiendo enfadarme—. Solo me dices cosas horribles, como que soy imperfecta.

—Para mí es lo mismo, ya lo sabes.

Nos contemplamos en silencio, porque ya ni siquiera necesitábamos palabras; nos lo habíamos dicho todo con nuestros cuerpos. Ambos nos habíamos olvidado ya de la orden de Joaquín que lo obligaba a estar a mi lado. Lo que había surgido entre nosotros era mucho más poderoso que cualquier gracia.

—Supongo que Luzbel añadirá esto a la lista de cosas por las que odiarme —le dije.

Aleph se puso algo serio y su mirada se empañó con un velo de preocupación. Que Luzbel estuviera enamorado de él no era un impedimento para mí, al contrario, me sabía a victoria. No quería ver a

Aleph como un trofeo, pero disfruté imaginándome al rey de los demonios perdiendo los estribos al enterarse de que no solo le había quitado la espada de Miguel, sino también al demonio que amaba. Muy pronto, además, le arrebataría lo que escondía en la Alhambra.

—¿Y qué hay de tu novio? —me preguntó él. Parecía muy interesado en la respuesta—. ¿No se va a enfadar?

—Joaquín no es mi novio —le repetí, poniendo los ojos en blanco.

—Pero le dolerá. Vi cómo te miraba en la fiesta del Alcázar.

Esta vez fui yo la que se puso seria; me sentí fatal. Joaquín y yo no teníamos una relación, jamás la habíamos tenido, pero siempre habíamos estado muy unidos. Con él había descubierto los besos, el sexo y la amistad. Nunca le había tratado todo lo bien que merecía, pero él siempre había sabido escucharme y consolarme, alegrarse de mis triunfos como si fueran propios. Quizá le doliera que me hubiera acostado con otro, pero lo que no iba a poder perdonarme jamás era que hubiera sido con un *demonio*.

—Creo que lo mejor es que nadie se entere de esto —me dijo Aleph, que se había dado cuenta de que me había dejado llevar por mis pensamientos —. La única que nos ha visto hacerlo ha sido la Alhambra, y sospecho que guardará el secreto.

Sonreí, incapaz de creerme aún el nivel de confianza que habíamos alcanzado; él me acarició la cara. Podría haberme dormido en ese momento, acunada por sus manos, pero eso habría significado cerrar los ojos y dejar de mirarlo, algo que no estaba dispuesta a hacer.

—Supongo que deberíamos vivir en un mundo muy distinto para que a nadie le importara que estuviéramos juntos —susurré.

—¿Un mundo sin demonios?

—Y sin ángeles —añadí—. Un mundo que nos permitiera llevar una vida sencilla y mortal.

—¿Y cómo sería nuestra vida en ese otro mundo? —me preguntó, recorriendo con los dedos mis lunares.

—Tú serías un soldado humano —le respondí—. Vivirías una vida monótona y tranquila, y seguro que hasta tu nombre sonaría aburrido. Serías el cabo don José o algo así.

—¿Tengo cara de llamarme don José?

—¿Quién está contando la historia, tú o yo?

Él elevó las comisuras de los labios, un gesto inconsciente propio de aquellos que pudieron reírse una vez y ahora lo tenían vetado. ¿Cómo sonaría su risa? Estaba segura de que, como todo él, debía de estar hecha de fuego y luz. Habría dado lo que fuera por escucharla, por que el Infierno no se la hubiera arrebatado nunca.

—Yo sería una cigarrera de la Fábrica de Sevilla sin ningún tipo de poder —continué, soñando en voz alta—. Sería tan mortalmente humana que tendría que dedicarme al contrabando por las noches para poder darle a mi vida algo de emoción.

—Y entonces nos conoceríamos—apuntó él, una sonrisa divertida asomándose a sus labios.

—Sí, y seguro que me detendrías porque, no sé, habría provocado una pelea con alguna de mis compañeras.

—Te llevaría a la cárcel por subversiva —añadió.

—Pero yo usaría mis encantos para engatusarte y me soltarías —le dije —. Te regalaría el clavel que llevaría en el pelo, porque en este nuevo mundo sí existirían las flores, y luego saldría huyendo.

—Y yo lo guardaría y te buscaría.

—Y tú lo guardarías y me buscarías —repetí, perdiéndome en el rojo de su mirada.

Volvimos a quedarnos callados porque, aunque sabíamos que la historia que nos estábamos inventando se parecía a la realidad, no era más que una fantasía. Aleph y yo nunca dejaríamos de ser lo que éramos; un demonio y una humana convertida en arma por los ángeles; dos enemigos. Luzbel jamás dejaría de buscarme porque hasta que yo no desapareciera, él no podría volver al Cielo. Además, los Guardianes no descansarían hasta ver a Aleph muerto. ¿Cómo íbamos a crear recuerdos nuevos en un mundo que nos obligaba a enfrentarnos?

—Sabes que siempre lo haría, ¿verdad? —me susurró—. Buscarte. No quiero perderme la luz de tu alma en ninguna vida.

—Entonces te esperaré —le respondí, acercándome hasta él—. En todas las vidas y en todos los mundos.

¿Y si Aleph pretendía entrar en la Alhambra conmigo? ¿Y si no tenía intención de que nos separáramos? ¿Y si estaba dispuesto a luchar contra todo y contra todos por construir una nueva vida a mi lado? Quizá estaba equivocada y, cuando se acabara la orden de Joaquín, nuestros caminos no se separarían.

«Tú eres el único Cielo que necesito».

Volvimos a besarnos y mi cuerpo reaccionó como si nunca lo hubiéramos hecho. Él me rodeó con los brazos, yo le acaricié las heridas de oro que mi poder le había causado, las cicatrices de la espalda. Quería curar el dolor de su presente, pero también el de su pasado y el de su futuro.

Quizá aquello no era una despedida.

Quizá sí había esperanza para nosotros.

Me desperté de madrugada porque alguien me estaba dando lametones en la cara. Una lengua húmeda y caliente me besaba con insistencia, como si quisiera arrancarme la piel, y yo no tuve más remedio que incorporarme, sobresaltada. Por supuesto, no era Aleph quien me estaba chupando. Era Pan.

—¡Pan! —exclamé, con alegría, mientras el perro daba saltos sobre mí sin dejar de mover el rabo.

—Parece que te perdona —me dijo Aleph de pie junto a la puerta. Se había vestido de nuevo y, aunque eché de menos su desnudez, tuve que admirar lo guapo que estaba—. No tenía claro que fuera a hacerlo.

—¿Sabes si lo han tratado bien?

—Muy bien. Estoy seguro de que van a echarlo de menos.

—Gracias por ir a buscarlo —le dije, acariciando al perro donde más le gustaba, justo detrás de las orejas—. Si le hubiera pasado algo…

Pan, como si quisiera apoyar mis palabras, se bajó de la cama y se acercó a Aleph para lamerle las manos. Él sonrió, y yo me di cuenta de que haría cualquier cosa por ver esa sonrisa todos los días de mi vida.

—Te sigue queriendo más a ti —apunté, alzando una ceja.

—No me quiere más a mí. Es que le he dado de comer.

Pan volvió conmigo de un salto y yo, al sentir su amor silencioso, sonreí. Por un momento deseé que aquel instante durara eternamente, que el mundo se detuviera con nosotros tres juntos, escondidos en aquella casa del Albaicín, pero enseguida me sentí una egoísta y dejé de hacerlo. ¿Cómo podía estar pensando en quedarme allí para siempre cuando mi familia estaba sufriendo?

—Deberíamos irnos ya —dije preocupada.

Aleph atravesó la habitación y se acercó hasta mí con una sonrisa sugerente en los labios. Mi corazón, al ver cómo se aproximaba, comenzó a latir muy deprisa.

—Aún no ha amanecido —me dijo, mirándome con un deseo que hizo que me temblaran las piernas—. Tenemos un par de horas para nosotros.

—Bueno, en un par de horas nos da tiempo a hacer muchas cosas.

Se reclinó sobre mí, haciendo que me recostase sobre el colchón, y yo le acerqué aún más a mi cuerpo. Cualquier distancia entre nosotros, por pequeña que fuera, me parecía excesiva.

—¿Por ejemplo? —me preguntó, su respiración sobre mi piel.

Depositó un suave beso en mi frente y, después, otro en la punta de mi nariz. Poco a poco fue recorriendo mi piel con los labios; la boca, la mandíbula, los hombros. Cuanto más me besaba, más avivaba las brasas que ardían en mi estómago.

—Por ejemplo —susurré, metiendo las manos bajo su camisa para acariciarle la espalda—, que sigas bajando.

—Tus deseos son órdenes para mí.

Comenzó a besarme el cuello y, con mucha lentitud, fue descendiendo. Era una suerte que ya estuviera desnuda.

Cerré los ojos, deseosa de que todo excepto Aleph desapareciera a mi alrededor, y justo entonces unas imágenes horribles asaltaron mi mente. Dancaire siendo torturado, mis primas llorando, Joaquín desangrándose solo en medio de la oscuridad. Luzbel sonriendo.

«Sé dónde estás, Carmen. Devuélveme lo que es mío».

Me incorporé, sobresaltada, y Aleph se apartó de mí al instante.

—¿Qué pasa? —me preguntó preocupado—. ¿Estás bien?

Pan, que se había tumbado en el suelo, alzó la cabeza para mirarme. De repente el corazón iba a salírseme del pecho y no podía respirar. Lo que sentía ya no tenía nada que ver con la excitación. Era miedo.

—No —le dije, levantándome de la cama—. Mi familia está sufriendo, Aleph. Lo sé. Tzadi me lo dijo. Tenemos que irnos ya.

Aleph me miró durante unos segundos en silencio y después asintió. Él sabía tan bien como yo que habíamos alargado durante demasiado aquella fantasía, que nos habíamos dejado llevar.

—De acuerdo —murmuró.

—¿Hay alguna forma de entrar? —le pregunté mientras me vestía.

—Hay seis pasadizos secretos que conectan la ciudad con la Alhambra —me explicó—. La mayoría fueron bloqueados por Luzbel tras la Caída, pero conozco un túnel que va hasta los mismos Jardines del Partal. Es la única forma de entrar sin ser descubierto.

—¿Y por qué ese túnel no está bloqueado? —le pregunté.

—Porque Luzbel me ordenó destruirlo y le desobedecí.

—¿Por qué? —insistí.

—Porque hacerlo significaba apagar el último rayo de esperanza que quedaba en mi interior, y no fui capaz.

Mis ojos se encontraron con los suyos y, al ver esa mirada humana que le diferenciaba de los demás, el hermoso brillo de compasión que hacía que me derritiera, me olvidé hasta de respirar.

—Bien —le dije, recomponiéndome—, pues entraremos por ese túnel.

—Yo no voy a entrar contigo. Lo sabes, ¿verdad?

Estaba tan nerviosa que tardé un par de segundos en asimilar sus palabras. Aunque no se lo había preguntado, después de lo que había pasado entre nosotros había dado por hecho que entraríamos juntos en la Alhambra, que él tampoco querría separarse de mí cuando la orden que nos obligaba a estar juntos desapareciera. Comprobar que estaba equivocada me dolió como una puñalada.

—En cuanto pongas un pie en la Alhambra —me explicó—, Luzbel se enterará. Solo hay una forma de hacer que no te preste atención; que yo vuelva con él en ese preciso momento.

—¿Vas a… vas a volver con él?

—Lo hago para protegerte —añadió, como si hubiera podido escuchar el crujido que dio mi corazón—. Mientras el rey esté centrado en mí, no lo estará en ti.

Entendía sus razones, pero eso no evitó que la certeza de la separación me doliera. Quería que se quedara conmigo, que se enfrentara a todo y a todos por permanecer a mi lado. No obstante, por encima de eso quería salvar a mi familia. Si el precio que tenía que pagar por poder entrar en la Alhambra era separarme de Aleph, estaba dispuesta a hacerlo.

Aunque eso me destrozara por dentro.

—Pues vámonos cuanto antes —le respondí, metiendo la kinjara en el fajín.

Aleph asintió y, mientras se ponía la capa de lana, yo me agaché a recoger la espada del arcángel. Aún estaba tirada en el suelo, metida en su funda de cuero, olvidada. Podía sentir el poder que emanaba, pero ni siquiera eso me hizo sentir mejor.

—Apunta siempre a la zona de los hombros —me dijo Aleph.

—¿Qué?

—Cuando empuñes la espada —me indicó—, fíjate siempre en los hombros de tu oponente. Lo normal es buscar la punta de su espada, si es que la tiene, pero si te fijas en sus hombros sabrás cómo está colocado, hacia dónde tiene intención de atacar. Así podrás anticiparte a sus movimientos.

¿Qué significaba que Aleph me estuviera dando consejos sobre cómo empuñar el único filo que podía acabar con Luzbel? ¿Qué significaba que me enseñara a usar el arma con la que le habían cortado las alas?

—Vale —le respondí, colocándome el cinto. No sabía qué más decir.

Salimos de la casa cuando aún no había amanecido. Las calles estaban oscuras, iluminadas por las escasas farolas de aceite que aún quedaban encendidas. Todo estaba tranquilo, como si la ciudad entera guardara un luto silencioso. Me estremecí al sentir la brisa de la madrugada y Aleph, al darse cuenta, me cogió de la mano para darme calor.

—¿Vamos a transportarnos hasta el túnel? —le pregunté.

—Mejor no. Prefiero asegurarme antes de que sigue siendo secreto y no hay nadie vigilándolo. No quiero que caigamos en una trampa.

Comenzamos a bajar las empinadas calles del Albaicín sin decir nada, disfrutando del contacto de nuestras manos entrelazadas, con Pan correteando a nuestro alrededor. Quería besarlo, hundir las manos en su pelo y respirar el aroma de su piel por última vez, pero me contuve. Teníamos que hacer aquella despedida lo más fácil posible.

Cuando nos adentramos en el bosque que rodeaba el palacio maldito, mi corazón comenzó a latir más deprisa. La luz del amanecer ya se colaba entre las copas de los árboles que se desplegaban sobre nuestras cabezas. ¿Cuántas cosas habrían vivido aquellos árboles antes de que sus raíces absorbieran la oscuridad que estaba conquistando el mundo? ¿A cuántos reyes habrían visto nacer y morir antes de que sus hojas se volvieran del color de la noche y sus ramas se llenaran de iünas?

—¿Vas a estar bien? —inquirí, rompiendo el silencio que nos separaba —. Las heridas…

—Estaré bien —me interrumpió él—. No te preocupes.

Avanzamos a través de un sendero, dejando atrás muros semiderruidos y altos arcos que habían sido reclamados por la naturaleza, cascadas que invitaban a beber de su agua cristalina en su bajada hasta el río Darro. Algún que otro pájaro cantaba, madrugador, observándonos con interés desde las alturas.

—Es aquí —señaló Aleph, deteniéndose en mitad del camino.

No había nada, absolutamente nada, que nos indicara que allí había algún tipo de entrada secreta, nada que llamara la atención, solo plantas y flores negras.

—¿Aquí?

Aleph asintió y, soltándome la mano, abandonó el sendero y se adentró entre los árboles. Yo lo seguí. Solo cuando escarbó junto al manto de hiedra oscura que cubría el suelo, vi la entrada a un túnel.

—No tardarás mucho en llegar hasta el palacio —me dijo—. Primero tendrás que bajar unas escaleras, luego caminar en la oscuridad. Ten la espada preparada, no sé qué vas a encontrarte al otro lado.

Pan se acercó hasta el agujero del suelo y lo olisqueó con interés. Yo miré a Aleph en silencio, sabiendo que aquel era el final. ¿Quién me iba a

decir que, después de todo lo que había ansiado ese momento, después de todo lo que había luchado por llegar hasta allí, no querría seguir adelante?

—Bueno —mascullé, algo incómoda—, supongo que…

No pude terminar la frase. Aleph se levantó y, como si no pudiera reprimirse más, me besó. Sus labios sabían a despedida, pero también a una necesidad que nunca había saboreado, a una primavera que empezaba a florecernos en el pecho.

Los tatuajes dorados estallaron en mi piel con un poderoso fulgor, incapaz de contenerse ante aquella intensa oleada de afecto, y Aleph tuvo que separarse de mí para no quemarse. Sentí el familiar cosquilleo de las vetas de oro en los brazos, en las piernas, en el cuello, y contuve el aliento al notar el calor de su poder. De las manos me brotaron dos claveles que tenían el mismo color rojo que los ojos de Aleph, pero enseguida cayeron al suelo, como dos manchas de sangre.

Ambos sabíamos que solo había una razón por la que mi gracia explotaba sin control, una razón por la que, por primera vez en mi vida, mi corazón había salido de su jaula; una razón por la que aquella despedida me estaba desgarrando las entrañas; el amor. La explicación era tan simple como compleja, tan dura como unas cadenas y a la vez tan suave como una caricia.

Me había enamorado de él.

—Carmen, no quiero separarme de ti —me dijo Aleph, ansioso por volver a tocarme—. Te juro que no quiero separarme de ti.

—Lo sé —respondí. En sus ojos había tanto amor que me era imposible no creerlo.

Levantó una mano y yo, como si fuera su reflejo, hice lo mismo. No llegamos a tocarnos, como si estuviéramos separados por un fino cristal, pero, aun así, podíamos sentirnos, tan cerca y a la vez tan lejos.

Si hubiera podido arrancarme la gracia en ese preciso instante solo para poder volver a tenerlo cerca, lo habría hecho sin dudarlo. Pero era imposible. Él me había enseñado a desbloquear mis sentimientos, y ahora era incapaz de controlarlos. Él, con su sensibilidad, su humanidad y su confianza ciega en mí, me había enseñado a sacar todo el amor que tenía dentro. Mi corazón, sin pretenderlo, había caído rendido a sus pies.

—Lo que te dije no era ninguna mentira. Sal de la Alhambra con vida y volveremos a reunirnos —musitó—. Borraremos todo lo anterior y crearemos recuerdos nuevos. Cambiaremos el mundo juntos.

Cambiar el mundo. Él y yo. Juntos por elección y no porque una orden nos obligara. Un demonio y una humana desafiándolo todo y a todos, rompiendo las normas. Qué bonito sonaba y qué feliz me hacía solo imaginarlo.

—Sí —le dije, perdiéndome en sus ojos—. Lo haré.

Aleph apartó su mano de la mía y se sacó del fajín el clavel seco que había creado en el callejón del Agua. Sin decir nada, alargó el brazo y lo guardó en el mío.

—Llévatelo —me ordenó—. Te dará suerte.

—¿Y tú? ¿No necesitas suerte?

—Más que tú —me respondió, esbozando una sonrisa triste—. Pero quiero irme con la esperanza de que, más pronto que tarde, volverás a traérmela.

La tensión que había a nuestro alrededor solo podía relajarse con un beso, con un abrazo que olía a jazmín, pero no quería hacerle daño, no quería que nuestros últimos instantes juntos supieran a dolor.

—Entretendré a Luzbel todo lo que pueda —me explicó algo nervioso mientras se agachaba de nuevo junto a la entrada del túnel—, pero tienes que darte prisa.

—Y después, ¿qué?

—Después te buscaré —me dijo—. En todas las vidas y en todos los mundos.

Apreté la mandíbula con fuerza y, cuando sentí que un nudo de pena me aprisionaba la garganta, aparté la mirada de sus ojos y entré en el túnel, resignándome a marcharme sin sentir por última vez sus labios. Me volví y mis tatuajes iluminaron con oro el pasadizo. Así, pude vislumbrar unas escaleras que parecían bajar hasta el centro de la Tierra.

—Recuerda que estoy de tu lado, ¿vale? —me pidió Aleph, con un hilo de voz—. Pase lo que pase, te digan lo que te digan, tú eres mi equipo.

Asentí algo confusa, y maldije a mi poder por impedirme tocarlo, por hacer evidente que lo único que teníamos en común era el tiempo que

habíamos compartido entre mi Cielo y su Infierno; por no permitirme besarlo por última vez.

—Lo recordaré.

Comencé a bajar las escaleras y Pan, aunque dudó, vino detrás de mí. Estaba decidida a seguir hacia delante, pero solo tardé un par de segundos en volver a girarme para mirar al demonio. La fuerza que me atraía hacia él era demasiado intensa, demasiado poderosa, y no me veía capaz de luchar contra ella.

—Aleph —lo llamé. Sabía que, por primera vez en la vida, las palabras que estaba a punto de pronunciar no iban a quemarme la lengua—. Lo siento.

—¿Por qué?

—Por apuñalarte en la fiesta.

El demonio esbozó una sonrisa triste y negó con la cabeza. Probablemente no podía creerse que, después de todo, hubiera sido capaz de pedirle perdón.

—Esa puñalada nos ha traído muchas cosas buenas —dijo, sus ojos clavados en los míos—. Y, de todas formas, supongo que me la merecía.

Guardamos silencio unos instantes, sin poder dejar de mirarnos, pero cuando la tristeza de la despedida se hizo demasiado palpable, demasiado intensa, decidimos volver a la realidad. Si no nos separábamos en aquel momento, si no nos marchábamos para cumplir con nuestro papel, nunca lo haríamos. Comencé a bajar las escaleras de nuevo y Aleph no me detuvo.

Solo nos quedaba la promesa de reencontrarnos, una promesa tan frágil y hermosa como los pétalos de una flor, una utopía hecha de fe, esperanza y amor; una promesa que, a pesar de todo, me dio fuerzas para entrar por fin a la Alhambra.

El Tesoro de los Ángeles me estaba esperando.

Reinado 6:5-7

5. Y cuando los ángeles se hayan extinguido,
el Rey de la Oscuridad hará entenebrecer las estrellas,
el sol se cubrirá de nublado,
y la luna apagará su luz.

6. Haré oscurecer todos los astros brillantes del cielo,
y pondré tinieblas sobre la Tierra, dice Luzbel al Traidor.

7. Entristeceré el corazón de aquellos que te creyeron,
y acabaré con los tuyos como tú hiciste con los míos.

«*El Reinado de la Oscuridad*», según las Escrituras
de la Iglesia de los Renegados

23

Joaquín

Llevaba muchos días actuando con prudencia, observándolo todo con atención, moviéndome con el sigilo de un fantasma. La barba que me había salido desde la fiesta del Alcázar me cubría la cara, pero, aun así, me cuidaba mucho de que nadie me viera, de que no se fijaran en el chico de las cicatrices, en el *Remendao*. Era fácil recordarme, lo que significaba que mucha gente podía dar pistas sobre mi paradero, y nadie podía saber dónde estaba. Todavía no.

—Muchacho, no has comido nada —me dijo Mercedes, observando con disgusto el plato que había sobre la mesa—. ¿Sigues dándole vueltas a lo mismo?

—No puedo dejar de pensar en ella —musité.

La anciana suspiró con cansancio y se sentó en una silla de madera justo a mi lado. Su casa era muy pequeña, un escondite en el corazón del Albaicín, pero se había convertido en algo parecido a un hogar en los últimos días.

Cuando me encontró en mitad de la noche en las calles de Granada, empapado por culpa de la tormenta y con tres flechas atravesándome la carne, me había llevado con ella sin dudarlo un solo segundo. Me había curado y se había quedado a mi lado hasta que pude levantarme de la cama.

—Joaquín, has recorrido Granada de arriba abajo durante días y no hay ni rastro de esa chica. Aún no estás recuperado del todo, ¿por qué no dejas de intentarlo?

—No puedo —me lamenté, sintiendo como el nudo que tenía en la garganta estrujaba mis palabras.

Todavía no entendía por qué le había contado a Mercedes quién era, lo que estaba haciendo allí, pero no me arrepentía. Quizá fue porque había descubierto que en Granada ella no era más que una marginada, una mujer inofensiva que se paseaba por la ciudad cantando canciones en mitad de la noche; una loca. O quizá porque me había demostrado que odiaba a los demonios tanto como yo. Sospechaba que la razón principal era que durante días había sido un apoyo para mí. No solo me había curado las heridas que los híbridos me habían hecho con sus flechas en el Alcázar, también me había dado ropa, comida, una cama, paciencia y un hombro sobre el que llorar.

—Daría mi vida por ella si eso me asegurara que va a estar bien —apunté—, pero la incertidumbre me está matando.

Me saqué la flauta del bolsillo de la chaqueta y la puse sobre la mesa, mirándola con una mezcla de amor y resentimiento. Sus finos grabados siempre me recordaban a los tatuajes que me salían en la piel cuando usaba mi gracia, un intrincado conjunto de formas elegantes y sinuosas. Casi parecía que aquel instrumento de madera y yo habíamos estado destinados a encontrarnos.

«Ojalá no —me dijo la voz de mi cabeza—. Ojalá los ángeles no te hubieran elegido».

¿De qué me servía tener una gracia si nunca me había permitido ayudar a mis seres queridos? No pude hacer nada para salvar a mi madre, no pude hacer nada cuando capturaron a Dancaire, no podía hacer nada para encontrar a Carmen. Ni siquiera había podido sacar del Alcázar a Candela, Triana y Frasquita. Empezaba a pensar que tener un poder tan grande como el mío se pagaba con una vida llena de desgracias.

—¿Por qué no dejas de torturarte?

«Porque la quiero. La quiero más que a mi propia vida».

—Porque si le ha pasado algo, si ese demonio le ha hecho daño, solo yo tendré la culpa.

Mercedes me miró con una mezcla de sorpresa y preocupación. Ni siquiera a ella le había contado la historia entera. Nadie sabía lo grave que era la situación, y eso me estaba quemando por dentro.

—¿No le ordenaste que la protegiera?

—Sí —confesé—, pero la orden solo duró unos minutos.

Recordaba todos los detalles de lo que había pasado la noche de la fiesta; los repetía en mi mente día tras día para castigarme. Habría dado cualquier cosa por poder echar el tiempo atrás, por enmendar mis errores. Pero era imposible.

—En cuanto Carmen desapareció del jardín, fui incapaz de pensar con claridad —le conté a la anciana—. Me dolían las heridas de las flechas, estaba asustado, nervioso y perdido. Dancaire estaba encerrado, los matadores amenazaban a Candela, Frasquita y Triana. Los híbridos iban a matarme. No tenía escapatoria.

—¿Y qué hiciste?

La culpabilidad volvió a aprisionarme el pecho, impidiéndome hablar.

«Tú tienes la culpa de que Carmen haya desaparecido», me gritaba mi mente.

Y tenía razón.

—No quería hacerlo, no quería porque sabía lo que implicaba, pero no tuve más remedio. Volví… volví a tocar la flauta.

—Joaquín…

—Mi huida del Alcázar fue una sucesión de órdenes tomadas a toda velocidad sin pensar en las consecuencias —continué—. Usé mis últimas fuerzas para esquivar un par de flechas y, justo cuando una de ellas me acertó en la pierna, cegado por el dolor, le ordené a Vav, el único de los señores del Infierno que tenía las manos libres, que me trajera hasta Granada. Después, cuando aparecimos en la ciudad en medio de la tormenta, le dije que volviera al Alcázar y lo olvidara todo. No tenía forma de matarlo, si no, te juro que lo habría hecho sin dudarlo.

Mercedes me miraba en silencio, con los labios apretados, porque no entendía qué era lo que tanto me torturaba. La anciana sabía que había aparecido en Granada gracias a mi poder, pero no sabía lo que implicaba lo que había hecho. No tenía ni idea.

—Cuando doy una nueva orden, todas las anteriores desaparecen —le expliqué, incapaz de mirarla a los ojos—. Por eso, cuando escapé del Alcázar… Carmen dejó de estar protegida por el demonio.

No podía dejar de pensar en ella, sola y perdida en una ciudad desconocida, consciente de que el demonio ya no la protegía, de que la orden que le había dado se había acabado. ¿Creería que la había traicionado? Me torturaba que llegara a pensar que había puesto mi bienestar por encima del suyo, que me importaba más mi propia vida que la suya.

—Mi intención era aparecer en Granada antes de que el demonio pudiera hacerle daño —continué—, por eso no me paré a pensar en lo que hacía. Sé que ella es capaz de defenderse sola, pero… nunca la encontré.

—No tienes por qué torturarte así. Tú…

—Podría haber actuado de forma distinta —la interrumpí, dispuesto a sacar todo lo que me arañaba el pecho desde hacía días—. Podría haber intentado salvar a Candela, a Triana y a Frasquita, haber aprovechado mi poder para sacar a Dancaire de aquella celda, pero el miedo y la necesidad de estar junto a Carmen me cegaron. Ahora, por mi culpa, todos están en peligro.

—Tú también tenías que salvarte —dijo Mercedes—. Si hubieras muerto en aquel jardín, la orden que protegía a Carmen se habría roto igualmente y todos seguirían estando en peligro. Tus intenciones eran puras.

La anciana me cogió las manos y no pude evitar que mis ojos se humedecieran. Las tenía frías y ásperas, pero me exculpaban, reducían el peso que había cargado sobre los hombros desde la fiesta del Alcázar. Y en ese momento no había nada más valioso para mí que saber que alguien me apoyaba, que me entendía.

—Voy a prepararte una sopa —me dijo, apretándome las manos con cariño—. Sé que el guiso no te gusta demasiado.

La anciana se puso en pie, pero me apresuré a indicarle que volviera a sentarse. ¿Era eso lo que se sentía teniendo una madre? ¿Un cariño tan cálido y constante que terminaba abrumándote? Ya no lo recordaba.

—Déjelo, Mercedes, de verdad que no tengo hambre. Descanse un poco.

—¿Vas a irte sin comer nada?

Me limpié la lágrima furtiva que se había escapado de mis ojos y, tras guardar la flauta en la chaqueta, me puse en pie. La mirada de la anciana me siguió hasta la puerta, juzgándome.

—Robaré algo en el mercado.

—Joaquín, los dragones llevan días patrullando la ciudad; te están buscando. El Apóstata Balthasar le ha puesto precio a tu cabeza. No deberías salir.

Al escuchar el nombre del Apóstata, una oleada de asco y odio me subió por la garganta. Desde hacía días, Granada estaba llena de dragones recorriendo las calles, inspeccionando las tiendas, interrogando a los ciudadanos. Sabía que me buscaban a mí porque, aunque había obligado a Vav a olvidar que me había traído hasta aquí, el resto de matadores lo habían escuchado, sabían dónde estaba. Sin embargo, me había enterado de que también andaban buscando a Carmen, y eso había renovado mis fuerzas. Si Luzbel y la Iglesia desconocían su paradero significaba que podía estar viva, escondida. Y no pensaba parar hasta encontrarla.

—No se preocupe —le dije a la anciana. Cogí el sombrero que había colgado en el perchero de detrás de la puerta y me lo puse sobre la cabeza —. Se me da muy bien pasar desapercibido. Llevo haciéndolo toda la vida.

Salí de la casa con la esperanza palpitándome con fuerza en el pecho. Como cada mañana, intenté convencerme a mí mismo de que ese sería el día en el que encontraría a Carmen, el día en el que por fin se acabaría mi tortura. Necesitaba pedirle perdón, abrazarla, oler el aroma de su pelo. Necesitaba que estuviera a salvo.

«Ojalá me perdones algún día».

Salí del Albaicín y avancé por el Paseo de los Tristes, siguiendo el curso del Darro. Lo hacía con lentitud porque, por culpa de las heridas de los flechazos, aún cojeaba.

La Alhambra, con sus torres cuadradas y su fachada cubierta de flores negras del Infierno, me vigilaba desde su altura. ¿Sabría ella dónde se escondía Carmen? Me parecía injusto que la hubiera visto pasear por las mismas calles que atravesaba yo cada día y que no pudiera decirme una sola palabra. Casi podía escucharla riéndose de mí.

Granada, como Sevilla, se despertaba temprano. En los últimos días había aprendido dónde colocaban sus puestos cada uno de los comerciantes, quién hablaba más de la cuenta, quién mencionaba el nombre de Luzbel con admiración y quién fruncía ligeramente el ceño cuando lo escuchaba. Lo

único que hacía era caminar con la cabeza agachada mientras lo observaba todo y a todos, recopilando información.

«El rey ha enviado a sus dragones desde Sevilla porque está buscando a dos prisioneros que se le han escapado —dijeron en una taberna—. ¿Cómo es posible?».

«En Córdoba se comenta que han robado la espada del arcángel Miguel —murmuraba un comerciante».

«Si los encuentran, los condenarán a morir en la Plaza —susurraba un hortelano—. No van a durar mucho con vida».

Las campanas comenzaron a tañer con fuerza justo cuando llegué a la plaza de la catedral, donde se congregaban los mejores puestos de telas.

Alcé la mirada con disimulo para observar la majestuosa fachada del edificio y me sentí diminuto ante sus imponentes arcos y pilastras. Un escalofrío me bajó por la espalda. Para mí, la fe no era más que dolor, uno tan intenso e insoportable que me empujaba a huir de él a toda prisa.

Abandoné la plaza, dejando atrás la catedral, y cuando las campanas volvieron a guardar silencio me adentré en la Alcaicería. Donde más gente se reunía era donde más posibilidades tenía de escuchar algo interesante, así que la visita al mercado era obligatoria. Entre aquel revuelto gentío siempre esperaba oír un nombre, a alguien hablar de una chica de preciosos ojos negros y pelo rizado, escuchar una voz que me devolviera la vida. Hasta el momento, no había tenido suerte.

—¡Muchacho! —me gritó un vendedor al verme pasar frente a su puesto —. ¿Tienes novia? ¿Mujer? ¿No te gustaría regalarle un anillo de la mejor plata de las taifas?

Me limité a hacerle un gesto con la mano para disuadirlo y que no se fijara demasiado en mi cara. Me habría encantado comprarle un anillo a Carmen, ponérselo en el dedo con delicadeza, pero antes tenía que encontrarla. Antes tenía que asegurarme de que estaba bien.

Continué caminando y escuchando, observándolo todo con atención, y justo cuando giré en una esquina me choqué con un comerciante que caminaba a toda prisa, agobiado por el gentío.

—¡Mira por dónde vas! —me gritó enfadado.

Apreté la mandíbula con fuerza y me llevé la mano al hombro, a la herida que me había hecho una de las flechas. Aún no estaba del todo curada y, cada vez que la tocaba, se me nublaba la visión; incluso me entraban ganas de vomitar.

—Lo siento —me disculpé, tragándome los espasmos de dolor que me recorrían el brazo entero.

El comerciante bufó y, murmurando algo que me sonó a «idiota», continuó con su camino. Yo cerré los ojos y me quedé quieto entre la multitud, intentando controlar la respiración, paliar el dolor. Casi podía sentir de nuevo la flecha de plata atravesándome la piel, la carne, los músculos.

«Un tullido. Eso es lo que eres».

Cuando mi estómago se asentó y las luces desaparecieron, volví a abrir los ojos.

Y entonces la vi.

Estaba de pie junto a un puesto de telas, completamente sola. La capucha de su capa de lana le cubría el pelo, pero un rizo insurrecto se le escapaba y caía con gracia sobre su cara. Los latidos de mi corazón se detuvieron e incluso dejé de respirar, porque mi cuerpo sabía que en ese momento no existía nada que no fuera ella, no necesitaba nada que no fuera ella.

Carmen. Mi Carmen.

Por un segundo pensé que lo que estaba viendo no era más que una ilusión, un delirio provocado por el dolor del brazo, pero enseguida me di cuenta de que era real, de que ni siquiera mis fantasías podían ser tan hermosas. Llamaba la atención mucho más que los demás porque hasta la luz parecía querer acariciarla, envidiosa de su brillo. Solo nos separaban unos metros, pero, de repente, volví a ser un chiquillo inseguro incapaz de acercarme, aterrado por que aquellos ojos negros juzgaran mis cientos de imperfecciones. Me quedé admirándola escondido entre la multitud.

«Es ella —dijo la voz de mi cabeza—. Es ella. Es ella. Es ella».

Por fin di un paso hacia delante, sabiendo que en cuanto la tuviera delante no podría decirle una sola palabra y me lanzaría a besarla, a estrecharla entre mis brazos. Justo en ese momento alguien se le acercó y me detuve en seco. No estaba sola. Carmen no estaba sola.

El encapuchado era alto y parecía fuerte, pero eso no fue lo que más llamó mi atención; fue la forma en la que Carmen lo miró, con los ojos brillantes, llenos de una admiración y un deseo que me dejaron congelado. A mí *nunca* me había mirado así, jamás, y los celos me agarraron el estómago con sus uñas afiladas.

Carmen cerró los ojos y abrió la boca; parecía no poder contener una sonrisa pícara. El encapuchado, en un gesto tan íntimo que me hizo sentir incómodo, le colocó un dátil en la boca. No podía creerme lo que estaba viendo. ¿Era posible… era posible que Carmen hubiera pasado todos aquellos días en compañía de otra persona?

Aunque sabía que aquella imagen me torturaría por toda la eternidad, fui incapaz de apartar la mirada cuando él comenzó a acariciar los labios de Carmen, probablemente ardiendo en deseos de besarla.

Ella era libre como el viento y yo amaba su libertad, sabía que no teníamos una relación, pero aun así mi corazón se hizo pedazos, haciendo que echara de menos el dolor de los flechazos. Había pensado que Carmen estaba en peligro, pero parecía más feliz que nunca. Parecía más feliz que conmigo.

«A Carmen nunca le has gustado», gritaba mi mente.

«¿Cómo ibas a gustarle, con todas esas cicatrices?

Ella se merece algo mejor que tú.

Siempre le has dado pena y asco.

No mereces que nadie te quiera».

Di un paso hacia atrás, derrumbado, y justo en ese momento el encapuchado giró la cabeza y pude verle el rostro. La tristeza y el dolor se transformaron en incredulidad, en rabia y asco, cuando vi que tenía los ojos rojos. Era un demonio. Era el demonio que la había llevado hasta Granada. ¿Cómo era posible? La orden que le había dado se había anulado y no había nada que le uniera a Carmen. *Nada*.

No tuve tiempo de pensar mucho más porque dos dragones aparecieron en el callejón y tuve que girarme a toda prisa para que no me vieran la cara, fingiendo que examinaba el cuero de la tienda que había justo a mi espalda.

¿Por qué Carmen miraba embelesada a un demonio? ¿Por qué parecía querer besarlo y no matarlo? Tenía que haber una explicación. Quizá, de

alguna forma, él la tenía engañada. Quizá la tenía retenida. Sí, debía de ser eso. Era lo único que encajaba. Carmen jamás dejaría que un demonio la tocara de esa forma.

«Puede que esté usando agua bendita con ella, como en la fiesta del Alcázar».

Me di la vuelta de nuevo, pero tanto Carmen como el demonio habían desaparecido. ¿A dónde se la había llevado? Apreté los puños con fuerza; sentía un fuego intenso ardiéndome en el estómago. Después me marché.

Mientras dejaba atrás el alboroto de la Alcaicería, tracé un nuevo plan. Iba a encontrar a ese demonio y a hacer lo único que podría salvar a Carmen de sus garras, lo único que conseguiría que volviéramos a estar juntos.

Iba a expiar mis pecados a base de sangre.

Iba a encontrar una forma de matarlo.

Volví a verlos mucho antes de lo que esperaba; dos días después, justo antes del amanecer, en el mismísimo Albaicín. Casi parecía que el destino me estaba poniendo en bandeja la oportunidad de acabar con aquel soldado del Infierno.

Había salido de la casa de Mercedes todavía de madrugada. No mucho después nuestros caminos se cruzaron. Salían juntos de una casa, en silencio, de la mano. Carmen jamás habría hecho algo así por voluntad propia; ella nunca le daba la mano a nadie. ¿Qué más cosas le habría hecho ese demonio sin su consentimiento? Pensar en ello hizo que la rabia me consumiera, que el animal enfurecido que llevaba dentro se despertara.

Es culpa tuya, Joaquín.

Culpa tuya.

Culpa tuya.

Lo más raro de todo era que Carmen y el demonio no estaban solos; Pan iba con ellos. ¿Qué estaba haciendo el perro allí? Además, por si eso fuera poco, Carmen llevaba una espada a la cintura. ¡Una espada!

«En Córdoba dicen que han robado la espada del arcángel Miguel».

¿Era posible que le hubieran robado a Luzbel la espada del arcángel? ¿Y si todo ese tiempo habían estado en Córdoba y no en Granada? Si era así, ¿por qué era Carmen quien la llevaba? Tenía demasiadas preguntas dando vueltas en la cabeza, pero, antes de responderlas, tenía una misión que cumplir.

Esperé un tiempo prudencial para que los tres avanzaran por las calles del Albaicín y, cuando estuve seguro de que no me veían ni escuchaban mis pasos en el silencio de la madrugada, los seguí.

Llevaba un puñal guardado en la chaqueta, pero mi arma más poderosa era la flauta. Estaba esperando el momento perfecto para acercarme a ellos y utilizarla, con la paciencia de un depredador que, aunque está hambriento, sabe cuándo atacar. No podía hacerlo todavía, no cuando el demonio podía utilizar a Carmen como escudo. Antes tenía que asegurarme de que ella estaba a salvo y consciente de sus actos. No sabía qué clase de poder había utilizado con ella, ni si el mío sería suficiente para luchar contra él. Tenía que actuar con precaución.

Caminamos unos diez minutos, quince, veinte. La ciudad estaba aún sumida en la tranquilidad de la noche, pero adonde se dirigían era a la Alhambra. Entraron sin dudarlo en el bosque que rodeaba el palacio maldito y yo los seguí. No se soltaron la mano en ningún momento. De vez en cuando se susurraban algo y yo, incapaz de escucharlo, sentía que me atravesaban el estómago con una daga.

Justo cuando más ansioso estaba, cuando sentía que mi corazón no podía latir más rápido sin salírseme del pecho, tanto Carmen como el demonio se detuvieron. Lo hicieron en mitad de un sendero que cruzaba el bosque, y yo me escondí detrás del grueso tronco de un árbol. No dejé de observarlos ni un solo segundo, preparado para atacar si la situación se complicaba. Sin embargo, lo único que hizo el demonio fue adentrarse entre los árboles y levantar las frondosas hojas de hiedra que cubrían el suelo.

Intenté ver desde mi posición qué era lo que le estaba mostrando a Carmen, pero, antes de poder hacerlo, él se levantó. Me volví a esconder de golpe. Desde allí vi que él la agarró de la cintura y la besó.

Cuando ella le devolvió el beso, acariciándole con cariño el cuello, me di cuenta de algo; la sonrisa de Carmen, su mirada, no era la de alguien que

había bebido agua bendita, sino la de alguien que estaba consciente. La conocía lo bastante bien como para saberlo, como para reconocer cuándo era feliz de verdad.

«¿Y si no la está controlando? ¿Y si de verdad le gusta ese demonio?».

Tuve que apartar la mirada, hundido. Casi habría preferido que me atravesara con la espada que llevaba colgada, porque ese dolor habría sido capaz de gestionarlo. El que sentía en ese momento, que comenzaba en mi corazón y se extendía por todo mi cuerpo, era insoportable.

«Carmen nunca te ha mirado así.

A ti te besa con asco. Con pena.

Nunca te ha necesitado como tú la necesitas a ella».

Los tatuajes de Carmen comenzaron a brillar en su piel, en un oro vivo, y los dos se separaron al instante. Yo entorné los ojos, cegado por su brillo. ¿Siempre había sido así de intenso su resplandor? Habría jurado que no, que su luz era mucho más fuerte de lo que recordaba.

Aunque los dos se quedaron quietos, sin tocarse, alzaron las manos y las pusieron muy juntas. No sabía qué se estaban diciendo, pero el aire que había a su alrededor parecía haberse vuelto más espeso, como si la tensión que existía entre ellos pudiera palparse. ¿Por qué parecían tristes? ¿Por qué parecía que, de alguna forma, se estaban despidiendo? El demonio se acercó hasta la hiedra, y, cuando volvió a levantar las hojas, yo saqué la flauta de la chaqueta.

Compartieron un par de palabras más y, después, Carmen dio un paso hacia delante y comenzó a descender. Estaba bajando unas escaleras, como entrando en un túnel secreto, oculto bajo la maleza. Un pasadizo.

Había llegado el momento.

Me llevé la flauta a los labios y, cuando Carmen y Pan se perdieron bajo la tierra, salí de mi escondite. En cuanto me moví, el demonio clavó sus escalofriantes ojos rojos en los míos, y yo sentí una nueva oleada de rabia, una furia incontrolable.

«Hasta nunca, cabrón».

Un segundo después, antes de que mi piel se cubriera de oro, el demonio apareció a mi lado y me arrebató la flauta con un movimiento brusco. Casi no tuve tiempo de reaccionar.

—Joaquín —me dijo, más sorprendido que enfadado.

Tenía la piel llena de quemaduras doradas, un delicado trabajo de orfebrería marcándole la cara, el cuello, las manos. Estaba lleno de cicatrices, como yo, pero él seguía siendo perfecto, muy lejos de parecer un monstruo al que habían remendado. Él era tan hermoso que sentí una punzada de envidia en el costado. Y no lo pensé.

Levanté el brazo derecho y le propiné un puñetazo en la mandíbula que le hizo girar la cara.

—Maldito hijo de puta —escupí, sacando el puñal que llevaba escondido en la chaqueta—. ¿Qué le has hecho a Carmen?

—No es lo que crees —me explicó él muy tranquilo—. Ella…

Le ataqué con el puñal y él me esquivó dando un paso atrás. ¿Por qué no me devolvía los golpes? ¿Por qué no luchaba?

—¡Voy a matarte por lo que le has hecho! —lo amenacé, lanzándole una estocada que, de nuevo, sorteó.

—Joaquín, escúchame.

Intenté rajarle la cara, pero él fue mucho más rápido. Tenía la capacidad de desaparecer, sentía que estaba luchando con una sombra. Lo único que buscaba era hablar conmigo, pero yo no estaba dispuesto a hacerlo.

—Ella me importa —me dijo, levantando las manos en un gesto de inocencia—. Me importa mucho.

—Y una mierda —le respondí furioso. Él no tenía ni idea de lo que era preocuparse por Carmen.

El demonio me miró con tristeza, casi suplicante, y yo le lancé una nueva estocada. Cuanto menos luchaba contra mí, más ganas tenía de matarle.

—¡Cobarde! —le insulté furioso—. ¿Por qué no te defiendes?

—¡Porque Carmen te quiere! —me respondió él, dando un paso hacia atrás. En su voz había un dolor que hizo que me detuviera—. Te quiere más de lo que tú crees, te lo aseguro. Jamás te haría daño porque con eso la heriría a ella.

Me quedé muy quieto, observándolo. ¿Y si era una estrategia para hacerme bajar la guardia?

—Toma —me dijo, entregándome la flauta en un gesto de paz—. Ve con ella.

Lo miré con algo de desconfianza. ¿De verdad me la estaba entregando? ¿De verdad me estaba pidiendo que fuera tras Carmen?

—¿Por qué haces esto? —le pregunté.

—Porque sé que tú la harás feliz de una forma en la que yo jamás podré hacerlo.

Clavé los ojos en los suyos y, justo cuando me di cuenta de que brillaban con una extraña humanidad, un dolor intenso me desgarró la espalda. Grité y caí de rodillas, cegado por un rojo muy vivo, sintiendo que me habían arrancado la piel de un latigazo.

—No estaréis pensando meteros en la Alhambra, ¿verdad? —nos preguntó una voz grave.

Me giré para mirar a mi atacante, dolorido, y los ojos rojos de un dragón se clavaron en los míos. Él, disfrutando de su posición de poder, esbozó una sonrisa cruel y volvió a levantar el látigo. Tenía tantos tatuajes en las manos que su piel parecía negra.

Aunque la cabeza me gritaba que me enfrentara a él, que ignorara el dolor y utilizara mis últimas fuerzas para llevarme la flauta a la boca, enseguida me di cuenta de que atacarle era un suicidio.

Porque no había venido solo.

A nuestro alrededor comenzaron a aparecer dragones. Primero fueron diez, luego veinte, luego cincuenta. Jamás había visto tantos juntos. El bosque entero se llenó de soldados vestidos de negro, sosteniendo látigos y estoques con las manos tatuadas. Era un Infierno entero contra el que mi poder jamás podía luchar. El sonido de mi flauta no le llegaría a los que estaban más lejos y, antes de que me diera cuenta, antes de que pudiera ordenarle a alguno de los dragones que me sacara de allí, tendría un estoque clavado en el corazón.

«Vas a morir con la culpa de haber condenado a tu familia».

El demonio que había acompañado a Carmen mantuvo la cabeza agachada, como si no quisiera que le vieran el rostro. Parecía nervioso. No tenía tatuajes ni en la cara ni en las manos, así que su rango debía de ser muy bajo. Probablemente, al igual que a mí, iban a castigarlo.

—Ponte de rodillas —le ordenó el dragón del látigo, acercándose.

El demonio de las cicatrices doradas apretó la mandíbula, pero no obedeció. Eso hizo enfurecer aún más al soldado, cuyos ojos ardían de rabia.

—¡Te he dicho que te pongas de rodillas!

El dragón levantó el látigo, pero, antes de que el cuero impactara contra su piel, el demonio de Carmen alzó la cabeza y le plantó cara. Parecía mucho más fiero que antes, más peligroso. Hasta la oscuridad parecía arremolinarse a su alrededor, como obedeciéndole.

—Eres tú el que debería ponerse de rodillas ante tus superiores —le dijo, soltando cada una de las palabras como una sentencia.

El dragón guardó silencio, observando la cara del demonio por primera vez desde que había llegado, y algo en su rostro cambió. Un instante después, agachó la cabeza en un gesto de sumisión y se puso de rodillas.

El resto de soldados lo imitaron al instante, extendiendo por el bosque un silencio sumiso, casi ceremonial, que me puso los vellos de punta.

—Disculpadnos, maestro —musitó el dragón del látigo.

¿Maestro? Volví a mirar al demonio de las cicatrices, pero no había nada en su rostro que lo hiciera reconocible, ni una sola veta negra que me indicara su identidad. En el Alcázar había visto a Luzbel, a los señores del Infierno, y él no era ninguno de ellos.

«No los viste a todos —me dijo la voz de mi cabeza—. Había un matador que no estaba en la fiesta».

No, no podía ser. Contuve el aliento y hasta me olvidé del dolor del latigazo de mi espalda. Aquello no tenía ningún sentido.

—¡Iré al Alcázar con vosotros! —exclamó el demonio de las cicatrices doradas, alzando la voz para que todos los dragones le escucharan—. ¡Ya es hora de volver junto a mi rey!

Cuando volvió a clavar sus ojos rojos en los míos, lo supe. La humanidad que había visto en ellos no era más que una mentira, una fachada; no podía haberla en los ojos de un asesino. No solo me había engañado a mí, estaba seguro de que también había engañado a Carmen. Era imposible que ella conociera su identidad porque, si lo hubiera hecho, ni siquiera el embrujo del agua bendita le habría impedido matarlo.

Claro que ella no le importaba, que nunca podría hacerla feliz.

Porque, aunque no tuviera tatuajes, aunque el parche no le cubriera el ojo derecho, no tenía ninguna duda de que aquel demonio era Yud, el Escamillo.

Epílogo

El túnel que se abría ante mí estaba plagado de iünas. Las flores negras del Infierno cubrían las paredes del pasadizo y casi parecían molestas al verse iluminadas por el oro de mis tatuajes.

—Pan —susurré, mi voz perturbaba el silencio—. No te separes de mí.

El perro alzó la cabeza para mirarme con sus alegres ojos ambarinos. Caminaba con cautela a mi lado, como un fiel guardián, y parecía saber que nos dirigíamos a un lugar peligroso, que tenía que estar alerta.

Mis pies, que avanzaban lentamente, hacían un sonido casi imperceptible, deslizándose por la tierra con el sigilo de quien se sabe en peligro. Notaba el corazón palpitándome en la garganta, la energía de la espada del arcángel recorriéndome de arriba abajo; notaba la ausencia de Aleph en el pecho.

«Pase lo que pase, te digan lo que te digan, tú eres mi equipo».

Metí la mano en el fajín para desenvainar la kinjara, preparándome ante cualquier peligro que pudiera acecharnos, pero mis dedos rozaron antes el clavel seco de Aleph. Se me escapó una sonrisa. Me había entregado su suerte solo para tener la esperanza de que se la devolvería.

Saqué la flor del fajín, y, al hacerlo, algo se cayó al suelo; una pequeña pieza metálica que emitió un ligero destello bajo la luz que desprendía mi piel.

—¿Qué es eso? —susurré, frunciendo el ceño.

Pan se acercó hasta el pequeño objeto plateado y, tras olisquearlo, movió el rabo. Me agaché para recogerlo, en silencio, y cuando lo tuve entre las manos, me entraron tantas ganas de abrazar a Aleph como de pegarle un puñetazo. Era un anillo. ¡Un anillo!

—Idiota —musité, observando con detenimiento la joya de plata.

Pan ladeó la cabeza y yo sonreí. Tenía que habérmelo escondido junto al clavel sin que me diera cuenta porque sabía que si me lo hubiera regalado, jamás lo habría aceptado. Un anillo significaba muchas cosas. El compromiso, por ejemplo. Un futuro.

«En todas las vidas y en todos los mundos».

Era un anillo sencillo, un fino aro de plata que no llamaba mucho la atención, pero me lo había regalado él. Lo había elegido con cariño, para entregármelo solo por el placer de hacerlo. Y eso lo hacía mucho más valioso. La Carmen del pasado, huyendo de todo lo que oliera a afecto y responsabilidad, lo habría lanzado muy lejos y habría seguido con su camino. La Carmen del presente, sin embargo, había aprendido que dejar fluir sus sentimientos era lo que de verdad la hacía poderosa, y no lo dudó un solo segundo.

Movida por una imperiosa necesidad de sentir a Aleph de nuevo junto a mí, me coloqué el anillo en el dedo anular de la mano izquierda.

Y entonces, ocurrió.

La luz de mis tatuajes se hizo más intensa y, como si de repente el sol hubiera vuelto a gobernar el mundo desde el cielo, iluminaron con una intensidad cegadora la oscuridad del túnel, conquistando con su oro todos los rincones. La energía provenía de la espada, pero era mi piel la que brillaba. La sentía arder en los brazos, en el vientre, en las piernas, y, por primera vez, también en el rostro.

«Había algunos, los más poderosos, a los que incluso les salían en la cara».

Sentía el cosquilleo de los tatuajes subiéndome por el cuello, arremolinándose en mis mejillas, rodeándome los ojos. ¿Significaba eso que me había vuelto más poderosa? ¿Que por fin era capaz de controlar mi poder por completo?

Tuve que cerrar los ojos un instante para no cegarme con la luz que desprendía. Noté una poderosa fuerza celestial que recorría mis venas, y cuando pude volver a abrirlos, me quedé sin respiración.

Las iünas del túnel se habían secado. Mi luz, que ya había hecho florecer a los olivos negros tras el ataque de Tzadi y sus dragones, las había matado.

Pero las iünas no podían morir. Eran flores del Infierno, nacidas de la oscuridad que vibraba bajo la Tierra desde la llegada de los demonios, y por ello las suponíamos inmortales. Al parecer, estábamos equivocados. El brillo de sus pétalos negros estaba apagado, seco, sin vida; y las flores colgaban de las paredes como cuerpos sin alma. Casi parecían a punto de convertirse en polvo.

Pan se acercó a olisquearlas y yo volví a mirar el anillo. El pulso me iba muy rápido y me temblaban ligeramente las piernas, pero no era porque estuviera cansada, sino por todo lo contrario; me sentía rebosante de energía, de fuerza, de poder. Me sentía invencible.

—Tenías razón, Aleph —le susurré a la joya como si él pudiera escucharme—. El amor es más fuerte que el odio.

Giré la cabeza hacia el otro lado del túnel, hacia el lugar en el que me esperaba la entrada a la Alhambra, y entorné los ojos con decisión.

—Vamos —le indiqué al perro.

Comencé a caminar y, para mi sorpresa, en las paredes empezaron a brotar pequeñas flores blancas. Lo hacían a mi paso, como persiguiéndome, alimentadas por el brillo de oro de mi piel. Iban ocupando los espacios que quedaban entre las iünas secas, eliminando con su aroma y color tanto las sombras como el frío del pasadizo. Era la luz venciendo a la oscuridad, la vida derrotando a la muerte, un estallido de rebeldía y libertad. Y lo estaba provocando yo.

Sin embargo, no me detuve a disfrutarlo. Tenía que aprovechar la oleada de energía que sentía crepitándome en el pecho, la intensidad que emanaba de mi poder. Fe, esperanza y amor, esa tenía que ser mi bandera. Fe en que conseguiríamos crear un mundo mejor, esperanza en que Aleph y yo volveríamos a encontrarnos, amor por mi familia. Mientras mis primas permanecieran unidas, mientras Joaquín y Dancaire estuvieran bien y mientras Aleph me quisiera, nada podía salir mal.

Ellos estaban a mi lado, y eso era lo único que importaba.

Agradecimientos

No miento cuando digo que escribir esta historia me ha costado mucha sangre, mucho sudor y muchas lágrimas. He amado cada segundo del proceso, cada una de las noches sin dormir y cada uno de los amaneceres que he visto gracias a estos personajes, pero ha sido un camino duro. Por eso, porque sé que no lo habría conseguido sola, tengo mucho que agradecer.

En primer lugar, como siempre, tengo que darles las gracias a mis padres. A mamá por ser mi faro, mi luz y mi apoyo más importante; a papá, por enseñarme a no rendirme. Es curioso porque, ahora que estamos lejos, os siento más cerca que nunca. Sois lo más importante que tengo, mi ejemplo a seguir.

Gracias también a Víctor, mi amor, mi otra mitad. No sé qué habría hecho si no me hubieras acompañado en el insomnio, si no me hubieras hecho reír cuando más ganas tenía de llorar. Apareciste de repente y, como te dije una vez, espero que te quedes para siempre.

Gracias a Lidia por estar siempre ahí, por no dejar que me rinda. Estos años hemos pasado por momentos muy difíciles, pero juntas los hemos superado. Has iluminado mis sombras con tu luz, con tu risa y con tu música, y espero que sigas haciéndolo muchos años más. Estoy muy orgullosa del camino que has recorrido, pero, sobre todo, de volver a verte brillar.

Gracias a Alba por leerme una y otra vez, por querer seguir haciéndolo veinte años después. Fuiste la primera que escuchó mis historias, la primera que creyó que podía convertirme en escritora. Este es nuestro año de cumplir sueños, Emea. Vamos juntas a por más.

Gracias a Eli por ilusionarse con esta historia tanto como si fuera suya, por escucharme hablar de lo mismo una y otra vez, por defender a Tzadi y Triana con uñas y dientes. Nunca pensé que, aunque nos separaran miles de kilómetros, seguiríamos tan unidas como siempre. Los donuts, eso sí, no son lo mismo sin ti.

Gracias a Ana por estar siempre dispuesta a leerme y releerme, por ser mi compañera oficial de firmas y eventos literarios. La siguiente historia que veremos en papel será tuya, no tengo ninguna duda.

También tengo que darle las gracias a todos los profesionales del mundo literario con los que he tenido la suerte de trabajar. Me habéis hecho sentir acompañada y habéis conseguido que la historie brille más de lo que creía posible, convirtiendo un sueño en una realidad.

Gracias a Jordi, mi agente, por confiar en mí y en mis historias más de lo que yo misma lo hago. Un día te dije que eras mi Paquita Salas, y esto solo ha sido el principio de lo que espero que sean muchos años de trabajo juntos (y muchos libros publicados). No pararemos hasta que me consigas un papel en Puente Viejo.

Gracias también a Marina, mi editora, y al equipo de Faeris que decidió apostar por mí. Ha sido increíble trabajar con vosotros, y todavía no me creo que mi Carmen vaya a estar en vuestro catálogo. La Miriam de ocho años que soñaba con publicar está dando saltos de alegría.

Gracias a Selene por su ayuda en el editing, por ser tan cercana y por ayudarme a dejar la historia perfecta; gracias a Jota por su prodigiosa capacidad para detectar errores. Los dos sois unos auténticos *cracks*, y esta novela no sería lo que es sin vosotros.

Gracias a Anna, por ser la primera en creer que esta novela tenía potencial, por ilusionarte tanto conmigo. Tienes un hueco especial tanto en el corazón de Carmen como en el mío, y espero que podamos volver a trabajar juntas en el futuro.

Por supuesto, no puedo olvidarme de los maravillosos lectores beta que he tenido en esta historia. Gracias a Andrea D. Morales, a Rocío Galeote, a Andrés Astasio, a Javi G. de Hita, a Laura Martín y a Mars Abella. Gracias por todos vuestros comentarios, por el *hype*, por ser los primeros en emocionaros con esta historia. Espero que, cuando veáis el Carmen en

librerías, penséis que una parte de esta novela (una muy importante) es también vuestra.

Gracias también a Laura G. W. Messer por ayudarme con las escenas de las espadas, a Adriana con las frases en latín y a Diana por ayudarme a seguir cuando más perdida estaba. Gracias a todos mis seguidores de Twitter (llámalo X) e Instagram que, desde hace ya tres años, han sido testigos de cómo hablaba de esta historia sin parar. Por fin (¡por fin!) el #ProyectoCarmen es una realidad, y es todo vuestro.

Gracias también a C. Tangana y a Nathy Peluso por escribir «Ateo» y darle una banda sonora perfecta a la historia que llevaba años deseando contar. Un día prometí que, si esta novela se publicaba, os pondría en los agradecimientos, y tenía que cumplir mi palabra.

Por último, aunque no por ello menos importante, gracias a ti, que tienes este libro entre las manos. Espero que hayas disfrutado de las aventuras de Carmen, pero, sobre todo espero que estés preparado. Esta historia no ha hecho más que comenzar, y tanto el Cielo como el Infierno te están esperando. Tú decides a cuál de los dos entrar. √

Edición en formato digital: 2024

Diseño de cubierta: Mayhem Cover Creations

Miriam Mosquera, 2024. Autora representada por IMC Agencia Literaria
© de esta edición: Faeris Editorial (Grupo Anaya, S. A.), 2024
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid

ISBN: 978-84-19988-11-9

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del *copyright.*

Descubre aquí el reino de Faeris:

Índice

Prólogo

Expulsión 2:7-8

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10

Caída 10:2-3

11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22

Reinado 6:5-7

23

Epílogo

Agradecimientos

Créditos